

Alfa Eridiani

Revista de Ciencia Ficción



Tercera época - N° 13
□ Febrero - Julio 2010

ISSN: 1695-1859



ALFA ERIDIANI es una revista de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es semestral.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración relacionada con la ciencia-ficción siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Cuando envíes un texto, ya sea relato, ensayo o poesía, recuerda que en el interior del texto que enviéis debe figurar vuestro nombre y apellidos. La colaboración escrita ideal debe estar formateada en Times New Roman 12 pto, sangrado de 0,75 cm, párrafo justificado y salto de una línea. Solemos contestar en el plazo de dos meses. Pasados estos, considera que hemos desestimado tu obra.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Coeditor: Graciela I. Lorenzo Tillard.

Comité de Redacción: J. Javier Arnau y J. E. Álamo.

Colaboradores: Iñigo Fernández, Sergio Bayona y Adriana Alarco de Zadra.

Ilustrador de portada: Guillermo Romano.

Infografía: Graciela I. Lorenzo Tillard.

Resto Ilustraciones: Pedro Belushi, William Trabacilo, M. C. Carper y Jorge Luis Vilá

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

Página web: <http://www.alfaeridiani.com>.

Correo-e: alfaeridiani@yahoo.es.

Lista de correo: alfaeridiani@yahoogroups.com.

ÍNDICE	
EDITORIAL	5
CUENTOS:	
El método Feldman	
por Claudio Landete Anaya	7
El regreso	
por Kalton Bruhl	15
Hasta la muerte debe morir	
por Magnus Dagon	23
La búsqueda	
por M.C. Carper	31
Ladrón de experiencias	
por Steve Stanton	37
Lagartos	
por Carlos Morales	41
La máquina del tiempo	
por José Carlos Canalda Cámara	45
Puertas prohibidas	
por Antonio Quintana Carrandi	57
Puerto pirata	
por Blanca Mart	72
Todos los planetas se llaman Tierra	
por Víctor Pintado	90
NOVELAS:	
La odisea literaria	
Capítulo VII	
por Víctor Conde	92
Oxígeno y Aromasia	
Capítulo XII	
por Claës Lundin	
Traducido del inglés por Adriana Alarco	99
Tierras mestizas	
Capítulo II	
por Javier Navarro Costa	108
ARTÍCULOS:	
<i>Cronn: la colonia espacial de Hugo Correa</i>	
por Omar E. Vega	132
<i>Ciencia Ficción, Fantasía, Terror, y Música Rock/ Heavy Metal</i>	
por J. Javier Arnau	146
<i>Moon: el eclipse</i>	
por Magnus Dagon	152
POESÍA	
<i>Poemario Dune: I, la Yihad</i>	
por J. Javier Arnau	156
PORTOFOLIO	
<i>Luis Makianich</i>	164
CÓMIC	
Sin mirar atrás. Capítulo V.	
guión Daniel Santos/Dibujos Scripto	171



EDITORIAL

Estimados amigos:

Una vez más acudimos a nuestra cita semestral para proporcionaros los mejores contenidos de la red. Diez cuentos, tres novelas seriadas, un poemario, un portofolio y el cómic que vuelve por sus fueros.

Los cuentos tratan una gran variedad de temas. Por ejemplo, *El método Feldman* de **Claudio Landete Anaya** aparenta ser un relato detectivesco mientras que *El regreso* de **Kalton Bruhl** es un excelente cuento de terror. Enténdanme, no es que no haya ciencia-ficción en el cuento, es que la ciencia-ficción del cuento produce miedo. *Hasta la muerte debe morir* de **Magnus Dagon** es una reflexión filosófica sobre la responsabilidad del hombre sobre sus creaciones; especialmente si estás son pensantes. *La búsqueda* de **M. C. Carper** es la *time opera* del número; en este cuento no hay héroes ni villanos pero sí una búsqueda en el pasado que recompensará en el futuro a la humanidad. Pasemos al negocio del entretenimiento, llegaremos a *Ladrón de experiencias* de **Steve Stanton**; título expresivo para un mundo en el que proporcionar diversión es un método que se roba. Bueno a veces también se paga a la víctima pero eso es pecata minuta. *La máquina del Tiempo* de **Carlos Canalda Cámara** es una reflexión sobre la ética de los viajes en el tiempo y sus posibles paradojas. *Lagartos* de **Carlos Morales** es un divertido cuento sobre un primer contacto con unos simpáticos lagartos. ¿Ustedes no han sentido esa extraña sensación de querer lograr una cosa cuando se les niega el éxito en esa tarea? *Puertas Prohibidas* de **Antonio Quintana Carrandi** es su cuento. *Puerto Pirata* de **Blanca Mart** es una *space opera* en la que intervienen los divertidos personajes Al Braker y Whissita Reed. **Blanca** tiene todo una pléyade de cuentos en torno a estos personajes que no paran de meterse en jaleos. *Todos los planetas se llaman Tierra* de **Víctor Pintado** nos narra los conflictos coloniales entre la madre Tierra y una de sus colonias.

Pasemos a la sección de novelas. En capítulos anteriores de *Oxígeno y Aromasia* habíamos visto que, en una hipotética Suecia futura, tienen jardines en sus tejados dónde toman el sol y se trasladan en bicicletas aéreas de un lugar a otro por muy lejano que esté. Además las comidas tradicionales ya no se realizan en familia o en bares al efecto sino es establecimientos donde los menos pudientes toman productos energizantes. Sin embargo la felicidad no es perfecta para Aromasia quien, aún siendo una artista afamada y recibir la propuesta de ser diputada por su circunscripción, lee un libro antiguo en casa de su tía en el que se alecciona a las jovencitas a estar por debajo de su amado. Por otro lado, Oxígeno, sospecha que su amada Aromasia pertenece al partido reversionista por su amistad con un anciano poeta que sí lo es y, además, el comportamiento de Aromasia ha cambiado a raíz de leer el libro. Esta sospecha lleva a Oxígeno a presentarse como diputado por la misma circunscripción que Aromasia. A lo largo de la historia vemos inventos como el odorífero que es capaz de crear sinfonías olorosas y el (...) su posible sustituto que estimula directamente el cerebro. En el presente capítulo veremos la trastienda de la presentación de un nuevo invento y la



formación de nuevas empresas. *La odisea literaria* de Víctor Conde juega con dos realidades: la nuestra y otra alternativa. La historia se inicia cuando en la llanura Kármica se abre la Puerta y un operario de la limpieza quita a la vez los paños que cubren la Puerta y su espejo creando un efecto de multiplicación de las puertas que pone en peligro la llanura. Los hermanos Patchoulis se adentran en la gran Puerta para buscar el último reflejo y salvar así la llanura. Pero eso es otra historia. Lo que nos interesa son las historias que suceden en nuestra realidad y la alternativa. En nuestra realidad, la protagonista es Stephanie quién descubre toda una simbología masónica en la película *Frankenstein* de Thomas Alva Edison. Conocía la clave para descifrar el secreto pero necesitaba ir a cierta mansión que sólo su amigo Pietro Brunelle podía localizar. No obstante las relaciones entre ambos son todo menos cordiales pero aún así consigue su colaboración. En la realidad alternativa Iya es la protagonista. Abandona su pueblo avergonzada de haber estropeado la iniciación de su hermana pequeña. Dedicará su esfuerzo a aprender el significado de las palabras. Aprende muchas palabras y cuando sepa las suficientes volverá a su pueblo a pedir perdón a su hermanita. Cuando Iya escucha que hay problemas en la llanura Kármica se dirige a ella. En primer lugar, Iya donde se dirige existen indicios de que un gran afloramiento de letras ha surgido al sur. Por el camino, se encuentra a Pat y Chou. La *Odisea Literaria* se extiende ahora no sólo a los minerales, sino también a los seres humanos, y hay niños a los que les afloran palabras enteras en la cabeza, hechas de cabello anudado. En el presente capítulo Iya, Pat y Chou se dirigen velozmente al valle donde han oído que brotan letras enormes del suelo.

Completa el trío de novelas el segundo capítulo de *Tierras Mestizas* de **Javier Navarro Costa**. En capítulos anteriores veíamos las costumbres de la casta superior, una especie de híbrido entre humanos y loo, unos alienígenas, y como sus reyes morían sucesivamente en las guerras por unificar el país. Esto en el prólogo porque en el primer capítulo veíamos la vida de las clases bajas a través de un huérfano de padre, muerto en una de estas guerras. En el capítulo de hoy vemos al niño convertido en un adolescente al servicio de la casta real como jardinero y posible sucesor de su tío quien lo adoptó a la muerte de su madre y su abuela.

Ya en la sección de artículos, tres de nuestros mejores articulistas han escrito otras tantas obras dignas de ser reseñadas. La primera de ellas es *Cronn: la colonia espacial de Hugo Correa*, ensayo escrito por **Omar Vega** quien se centra en la funcionalidad de Cronn, el mundo descrito por **Hugo Correa** en *Los Altísimos*, una novela imperdible. **Javier Arnau** nos ilustra sobre la relación que ha entre la ciencia-ficción y géneros afines con la música Rock y sus derivados: Rock Espacial, Power Metal, Death/Black Metal, Viking Metal y otras muchas variaciones. La crítica cinematográfica viene de la mano de *Magnus Dagon* (**Miguel Ángel López Muñoz** para los amigos). La película que eligió es *Moon* y se centra en aspectos tales como la dirección, la actuación, la producción y la escenografía. Aspectos todos que arrasaron en el festival de Sitges.

La poesía viene de la mano de una persona muy querida para nosotros: **Javier**



Arnau quién nos ofrece su Poemario *Dune: I La Yihad*. Recrea para nosotros figuras previas al imperio fremen dirigido por Paul Atreides.

No podía faltarnos un portafolio y el cómic. El portofolio está dedicado a **Luis Makianich**. Arquitecto, literato, docente... artista de diversas facetas, ha transitado también la fotografía, los multimedia y el cine.

El cómic es el quinto capítulo de *Sin mirar atrás* escrito por **Daniel Santos** y dibujado por **Scripto**. En capítulos anteriores veíamos como Jhon, un terrícola, llegaba a la Tierra para descubrir que nuestra especie había desaparecido y sido sustituida por una especie de insectos inteligentes, socialmente muy avanzados. No obstante, la buena acogida, la felicidad no es completa y llega una nave de guerra al planeta con no se sabe que intenciones. En este capítulo sabremos algo más de las intenciones de los humanos pilotan.

El equipo editorial



CUENTOS

EL MÉTODO FELDMAN

por Claudio Landete Anaya

Una mujer sabe... lo intuye... hay imponderables que le dan la pista y normalmente acierta: su marido la engaña. Pero esta vez la intuición es algo más que sólo un sentimiento indefinido e irracional, es la base de este relato y llega a un fin imposible de vislumbrar.

1

El descenso en cuatrimotor comenzó nada más fue desactivada la magnetosfera de Murano II, el escudo artificial magnético que rodea a los planetas de categoría A.

Jacques Timberland se apretujó contra el asiento, a pesar del colchón gravimétrico, y comprobó un poco inquieto la firmeza de las protecciones personales que en caso de cualquier imprevisto serían las responsables de salvarle la vida. El investigador sintió una arcada instintiva en la boca del estómago ante lo vertiginoso del aterrizaje, pero resistió las náuseas con la mejor cara que supo poner. Era un profesional y debía estar por encima de contratiempos tan nimios.

Concentró sus pensamientos en otras ideas aparte del suelo planetario que se aproximaba rápidamente. En breve se verían las caras con su enigmática clienta, la sofisticada mujer que no había reparado en gastos hasta traerle aquí, al centro de negocio más importante entre las colonias postindustriales.

Una última mirada al resto del pasaje le confirmó que nadie parecía prestarle la menor atención, nadie reparaba en él. Era condición necesaria que su incursión en aquel lugar fuera anónima, indetectable y fugaz. En el maletín, el nulificador camuflado mostraba sólo ceros en la pantalla, lo cual le confirmaba que no estaba siendo víctima de ningún escáner ni rastreador personal.

Más relajado, el investigador palpó en el bolsillo interior de su traje, donde guardaba un multipase falso con el que rebasar el control fronterizo. Asumiría una identidad ficticia, Shibon Naubloo, mientras estuviera en el planeta Murano II, más conocido como Mundo Negocio. Fuese cual fuese el caso que querían encomendarle, el requisito obligado era ser un agente limpio, una persona externa sin residencia ni vinculaciones con aquel lugar. Capaz de mantener sus pesquisas en el más absoluto anonimato y de desaparecer con igual sigilo. Por este motivo se había visto obligado a adquirir un multipase en el mercado negro. Hubiera preferido actuar abiertamente con su licencia de detective privado. Sin embargo, la paga por los servicios a prestar prometía ser tan excepcional que acalló los recelos.

2



Está visto que sólo el amor y el dinero mueven este universo futuro —pensó Jacques Timberland, mientras escuchaba las explicaciones de su clienta que resultó llamarse Margot.

—Creo que mi marido, Angus Feldman, me es infiel.

—¿Desde cuándo tiene la sospecha, Sra. Feldman?

—Seis meses —concretó la mujer con un mohín de despecho.

—¿Le hace sospechar algún cambio en sus hábitos o en la conducta respecto a usted? —tomé un poco de aire, antes de ser más incisivo—. Sra. Feldman... ¿se siente descuidada en algún sentido? ¿La intimidad entre ustedes dos...?

—La respuesta es NO a todo. Mi marido actúa como siempre. Tampoco se asea más de lo que tenía por costumbre. Me he fijado porque sé que es un signo inequívoco de infidelidad —suspiro largo y tenso—. Tampoco he visto más atenciones conmigo que evidenciaran algún posible sentimiento de culpa. Y nuestra vida marital, ya que lo pregunta, es igual de satisfactoria que desde cuando nos enamoramos —añadió en un claro ramalazo de orgullo femenino, con obligada sacudida de cabello incluida.



© Jorge Vilá

—Nada delata un comportamiento indigno de su esposo —comenté viendo que el asunto no tenía miga y mis suculentos honorarios se me alejaban raudos de las manos. No parecía existir caso, quizás un exceso de celo por parte de Margot, pero nada más.

—Bueno, en verdad hay algo... —añadió en un susurro— de otro modo usted no estaría aquí.

Mis sacrificadas dietas y minutas aparecían de nuevo en el horizonte para engrosar mi famélica cartera.

—Cada martes va a algún sitio que desconozco. Abandona su despacho en las oficinas centrales de Lemoni Enterprises y desaparece. Ilocalizable durante tres o cuatro horas. He indagado en su agenda personal y siempre aparecen unas enigmáticas iniciales que coinciden con cada una de las ausencias: I-RF. Tengo una sospecha: su secretaria se llama Isabella. Es joven y atractiva. Pienso que se acuestan juntos en estas escapadas. Pero estoy perdida respecto al resto de letras.

—Pueden hacer alusión al lugar donde presuntamente mantienen sus escauceos amorosos.

—A esa conclusión he llegado yo también —una sombra de disgusto nubló tan bello rostro—. Necesito pruebas, Timberland. El dinero no es problema, Lemoni



Enterprises es propiedad de Angus, al igual que media docena de rentables empresas aquí en Murano II. Preciso conocer dónde va todos los martes por la tarde y con quién.

—Acepto el caso, Sra. Feldman. Acepto el caso. Obtendré las respuestas.

3

Angus Feldman resultó ser un personaje curioso. Empezó su andadura comercial con una muy modesta empresa de seguros: Kolob GmbH. El capital inicial fue reducido, por no decir insignificante. En poco más de tres años consiguió centuplicar los recursos propios. Después vinieron una serie de muy acertadas operaciones comerciales. Compras y fusiones que hicieron del Grupo de Empresas Feldman una de las diez fortunas más acaudaladas que residían en Mundo Negocio.

El antes modesto agente de seguros ahora dirigía un imperio económico desde su última adquisición: Lemoni Enterprises. En esta firma supervisaba todas y cada una de las operaciones de su trust con un ojo ciertamente bendecido para el comercio y la especulación.

Después de estas pesquisas preliminares, tocaba entrar en la investigación propiamente dicha: ver si Angus mojaba el pincel en otro tintero diferente que el de su amada y abnegada esposa. Timberland sonrió. Sentía la adrenalina comenzar a fluir por las venas. Empezaba el trabajo de campo.

La línea de actuación se presentaba clara. El adulterio es cosa de dos. Bastaba con hacer un seguimiento completo a uno de los presuntos amantes. Si estaban liados, pronto aparecería el otro como la mosca a la miel. Indicios delatores. Hay cosas que no se pueden ocultar. El amor y el deseo son, precisamente, dos de ellas. El investigador se decantó por seguir a Isabella. *La secretaria de moralidad relajada será más accesible que su patrono*, pensó Jacques Timberland mientras calibraba los sensores biométricos del rastreador personal e introducía los parámetros fisiológicos de Isabella.

Dentro del aeromóvil alquilado, primero las horas pasaron lentas, después los días. Comida rápida, mucho café y poco dormir. Siempre apostado cerca de la promiscua secretaria, esperando captar alguna visita furtiva, una conversación sesgada o el detalle comprometedor; mas sólo escuchó el rítmico zumbido del rastreador personal al lado suyo. Siempre el mismo tono monocorde.

Intento frustrado.

Isabella y su hermoso tintero retozaban en compañía de nadie. No asemejaba una buscona, como aventuraba la Sra. Feldman. La secretaria se mostró como una persona más bien retraída. Fuera de la jornada laboral no tenía actividad social ni digamos... de tipo calenturiento. En resumen: una mujer solitaria dedicada a su casa y bastante decente, de momento.



—Habrá que esperar al martes para tener la certeza —dijo Jacques Timberland a sí mismo, mientras desconectaba un momento el rastreador para dormir unos minutos.

4

El edificio de Lemoni Enterprises dominaba toda la avenida. Era uno de esos rascacielos inteligentes de última generación, con aplicaciones domóticas y configuración de entornos, sin olvidar los aparcamientos aéreos de la parte superior. Un hormiguero de oficinas y ejecutivos armados con sus consolas de decisión, en constante conexión con la Ultranet de aquel planeta, informándose en todo momento de las más recientes cotizaciones del mercado de valores.

Angus Feldman tenía una nariz aguileña que, junto con el rostro delgado y severo, recordaba a los bustos de emperadores de la antigüedad. Mirada penetrante. El porte y las maneras eran los de un hombre disciplinado y con un elevado nivel de autosacrificio. Empresario exigente y minucioso. No era de extrañar que trabajase hasta horas intempestivas.

Al concluir el horario de despacho, Angus despidió a un par de empleados en la misma puerta de Lemoni Enterprises, dando lugar a un enigmático paseo a pie avenida abajo sin soltar un elegante portafolios que agarraba con ambas manos, apretándolo de manera informal al pecho.

La cosa se animaba. Arranqué el motor del aeromóvil que ronroneó perezoso y me dispuse a vigilar hasta el más simple de los movimientos de aquel emprendedor. Por otra parte, el rastreador personal asignado a Isabella indicaba que ella no seguía el mismo rumbo. En realidad tomaron direcciones diametralmente opuestas, alejándose inexorablemente segundo a segundo. Fuese cual fuese la ocupación clandestina de Angus Feldman en cada martes, era sin la compañía ni la complicidad de su secretaria Isabella.

Aquella suerte de empresario del año continuó caminando, recreándose en los pequeños detalles: insectos, árboles, otros transeúntes que se cruzaban al paso. Parecía, no sé cómo decirlo... bajo los efectos de alguna clase de evasión. De esta forma, sus pies y mi aeromóvil de alquiler llegamos hasta el imponente Hotel Fritz. Todos los aparcamientos superiores estaban ocupados y sólo encontré el letrero de LIBRE en las plazas subterráneas. El asunto se complicaba, sin lugar a dudas habría un servicio de seguridad en el hotel y me vería obligado a sortearlo de la mejor manera. Nada de ganzúas, ni micros ni marcadores. Y mucho menos medidas de protección personal que hiciesen saltar todas las alarmas.

Después de aparcar, Jacques Timberland se percató de que la batería del nulificador se había agotado y en aquel momento tampoco podía recargarla. Contrariado por haber cometido un descuido de principiante, lanzó el aparato inerte contra el asiento del aeromóvil y se aplicó a buscar a pecho descubierto el paradero del empresario infiel



entre las quince plantas y más de quinientas habitaciones del lujoso Hotel Fritz.

5

Mientras accedía al hall, el investigador vio pasar a Irving Langford, el archiconocido magnate de la energía, fundador de Synchro Corp Ltd quien despidió en la entrada a una caterva de burócratas que le acompañaban —igual que hizo Angus Feldman media hora antes en sus dominios—, y ascendió en el elevador del hotel hasta el piso octavo.

Dos peces gordos de los negocios aquí y ahora. ¡Demasiada casualidad! ¡Aquí hay gato encerrado!, pensó Jacques Timberland.

El piso octavo sorprendió al investigador nada menos que con Reginald Tatomi, accionista mayoritario del canal televisivo Holopantalla y también con la presencia de Jessica Calma, dueña del MCBC, el Murano Commercial Banking Corporation. Todos se encerraron en la Suite 320. Por el barullo habría una decena de personas o más detrás de aquellas paredes.

Un par de secuaces, unos armarios roperos de anchos hombros, avanzaron hacia el investigador cuando le vieron merodeando sin rumbo por aquella planta, seguridad del hotel sin duda. Dos guardianes más cerraron cualquier posible acceso a esa suite.

—¡Eh, usted! ¡Un momento!

—Como Jacques respondió con vaguedades y al verse en evidencia intentó escabullirse, le propinaron dos fuertes manotazos y le llevaron a rastras al fondo del pasillo.

—¡Central de vigilancia, tenemos un intruso!

—Me llamo Shibon Naubloo, aquí tienen mi identificador —dijo Jacques extendiendo el multipase falso.

—¿Multipase? ¿En qué planeta cree que está? —Replicó uno de los matones—. Aplicadle el digitalizador: muestra epitelial y sacad un mapa facial, que los cotejaremos con las bases de datos —mandó el Jefe de aquellos secuaces, mientras obsequiaba con dos generosos puñetazos no en el rostro, sino en el estómago; no fuera que el mapa facial saliera sin definición.

Después de unos tensos minutos en los que no faltaron todo tipo de atenciones violentas y golpes imaginables, volvió a oírse la voz del Jefe de seguridad del Hotel Fritz.

—Bien, Sr. Jacques Timberland. Detective privado, número de licencia NB8900521906. ¿Qué le ha traído aquí? ¿Qué hace tan lejos de su territorio? ¿Por qué ha intentado ocultar su identidad?

Como el silencio era una respuesta no grata, aquellos matones levantaron los puños



con gesto hostil.

—Bien está lo que bien acaba. Créame Jacques, acabar con todos los dientes en su sitio es un final más que satisfactorio, dadas las actuales circunstancias.

—Angus Feldman... busco pruebas de un posible lío de faldas de Angus Feldman —respondió el detective, escupiendo algunas gotas de sangre.

La puerta de la Suite 320 se abrió y, al cabo de escasos segundos, los ilustres magnates allí reunidos abandonaron de forma precipitada su extraño encuentro: Irving Langford, Reginald Tatomi, Jessica Calma y otras muchas personalidades se marcharon con premura.

Al final, unos pasos regulares, firmes y comedidos, cerraron la suite. El culpable del seguimiento se agachó a la altura del investigador y le ofreció un pañuelo para limpiarse la sangre del rostro.

—Hola, soy Angus Feldman. Siempre supe que llegaría este día.

6

—Las personas que ha visto vienen aquí una vez a la semana a petición mía —con una indicación, los matones desaparecieron como si nunca hubieran estado—. Tenemos una cosa en común. Somos ricos porque hemos seguido un instinto difícil de explicar y menos de comprender: la intuición. La mayoría de los emprendedores tienen estudios mercantiles o técnicos y los aplican lo mejor que saben. Pero otros seguimos un raro palpito que vulgarmente se dice corazonada. ¿Qué sabe usted acerca de las intuiciones?

—Nada... no sé nada —un hilo de sangre resbalaba por la comisura de los labios—. Yo estoy aquí por su mujer, Margot, que sospecha que le es infiel. No quiero saber nada de este nuevo Club Bilderberg o Hermandad de la Buena Estrella o lo que sea que monten aquí.

—Entiendo... Verá, yo comencé a amasar mi fortuna con los derivados financieros, concretamente en el mercado de futuros y de opciones. Es decir: comprometiéndome a adquirir o vender unos determinados bienes a fecha futura y a un precio fijado de antemano. Son operaciones de riesgo que muchas veces se reaseguran. Empecé a ser consciente de mi facultad, conforme sumaba beneficios tras beneficios.

»Aunque, siéndole franco, todavía no conozco muy bien qué fuerzas económicas mueven estos mercados. Sólo tengo una explicación: presentimientos. Es un concepto en verdad difuso porque se define, paradójicamente, por lo que no es. Intuición, palpito, corazonada... no es racionalidad.

—Hasta aquí le sigo —dijo el investigador.

—Puedo explicárselo todo. No es ningún secreto inconfesable, aunque Margot tampoco le creerá de entrada, si decide contarle. La gente que ha visto viene aquí a



causa de mi método.

—¿Qué método? —acertó a preguntar Jacques Timberland a pesar del mar de dolor que sufría a causa de las contusiones.

—Imagine a un grupo de personas, usted lo ha visto, que aunque son expertas en dejarse guiar por su olfato, instinto, clarividencia... llámelo como prefiera, recelan del uso de esa facultad. Al fin y al cabo somos educados desde la infancia principalmente en el pensamiento racional y eso crea un conflicto en nuestra mente. ¿Qué hacer? Muy sencillo, intentar conciliar ambas dimensiones de pensamiento. Para ello ideé un sistema que nos permite hacer una ponderación de esas premoniciones hasta ahora sin base lógica.

»Una vez a la semana un grupo de emprendedores nos sinceramos y hacemos públicas nuestras intuiciones. Ordenamos las respuestas sobre la base de su frecuencia de repetición, lo que nos da una idea del grado de coincidencia entre nosotros.

—A posteriori visten de racionalidad un proceso que ciertamente no lo es. Aplican un barniz de reflexión, de sentido común, a unas decisiones sin argumento lógico. Las iniciales de su diario: I-RF, *Intuiciones—Registro de Frecuencias* —aventuró Timberland.

—Exacto. Eso nos da mayor tranquilidad a la hora de invertir. Somos infalibles. En honor a la verdad, este... —Angus Feldman buscó un calificativo— llámelo Club, si le apetece, nunca se equivoca. Y cada vez todos los miembros integrantes somos más adinerados y poderosos.

—No sé si me creerá. No sé si me creerá... —repitió el investigador privado, pensando en su clienta Margot.

7

El mediocre detective hacía rato que marchó por su propio pie, aunque con un aspecto más que lamentable. Difícil de creer que en el futuro volviera a pisar el suelo de Mundo Negocio. Así fue el final de la conversación:

—Le diré que cada martes mantiene entrevistas de alto nivel con otros hombres de negocios —comentó Jacques Timberland a modo de despedida.

—Me parece bien, más o menos es en realidad lo que hacemos aquí —respondió el marido espionado.

Angus Feldman quedó solo en el piso octavo del Hotel Fritz y casi se creía sus propias palabras. Había resultado una actuación convincente. Pero la finalidad del método, sin contradecir lo expuesto, era mucho más profunda y complicada de explicar. Los pensadores intuitivos, además de saber decidir sobre algo sin tener ni idea de por qué lo adivinan, se diferencian demasiado tanto de los deductivos como de los creativos.



El motivo es que habitualmente la mente se educa bien en los razonamientos convencionales o bien en los creativos, pero nunca en los procesos intuitivos. Y la sociedad no sólo busca y elogia el éxito en los planteamientos de una persona, sino que estos han de haberse originado de forma consciente. Nada da más miedo a una colectividad que aquellas fuerzas que no pueden ser controladas por los recursos ordinarios de la conciencia.

¿Se puede explicar el sentimiento de indignidad que sufre una mente cuando se desvía del patrón-modelo que le ha sido inculcado desde siempre? ¿Y cuando siente que debe continuar en rebeldía porque, curiosamente, acierta? Aunque exitosos, los reunidos en la Suite 302 no dejaban de mostrar una conducta desviada... alienada. Contradictoria a lo que se esperaba en personas de prestigio intelectual.

Es imposible describir la sensación interior de frustración y de repulsa. ¿Y qué hace entonces la gente cuando se siente sucia, indigna, defraudadora con las estrategias mentales o las conductas inculcadas desde la infancia? Juntarse entre semejantes. ¿Acaso no hacen esto los alcohólicos, drogadictos, y el resto de personas con una dependencia inconfesable? Esa era la finalidad prioritaria del Método Feldman: que los intuitivos pudieran poner en común sus vivencias, desahogarse. Sentir que no estaban solos y que se dirigían en conjunto hacia alguna clase de normalización de su condición.

Y apoyándose de forma solidaria unos en otros, ir sumando días, tanto para comprender mejor indagando en su singular don predictivo como dejando constancia de sus experiencias, para que en un futuro no tan lejano hubiera una alternativa: un modo de educar la mente que incluyera también a las pautas predictivas y evitara su exclusión de la sociedad.

Angus bajó en elevador hasta la planta baja del hotel. Buscó la floristería del hall. Ese local disfrutaba de fama merecida entre las damas por la belleza de sus ramos y ornamentos. Un centro de bioplast con orquídeas despertó su característico pálpito, un imperceptible tic nervioso en el ojo izquierdo. Acompañó el tiesto con una dedicatoria de esmerada caligrafía y un mensajero que llevara el improvisado regalo a su esposa Margot.

Respiró tranquilo. Había elegido la mejor opción.

Como de costumbre.

© *Claudio Landete Anaya*

Claudio Landete Anaya, escritor aficionado nacido en la ciudad de Mataró en 1966. Desde algo más de quince años viene realizando actividades de difusión del género fantástico en la provincia de Barcelona, como son: la edición de las colecciones Libro Andrómeda y Mundo Imaginario o la convocatoria de un premio anual de ficción especulativa.



EL REGRESO

por Kalton Bruhl

El pasado nunca muere. Puede ocultársenos bajo distintas fachadas, dormir a la sombra de nuestra confianza y aires de suficiencia, simular que nos ha dejado... pero siempre está ahí, siempre latente, esquivo y deseoso de aflorar en el momento menos pensado. Al menos esto es lo que acaba de aprender el señor Andrews, un hombre común y corriente que está a punto de tener un encuentro con el pasado.

El señor Andrews se inclinó para descorrer un poco la cortina, y escudriñó la calle, desde la esquina de la ventana.

A pesar que durante las noches de octubre la temperatura descendía con rapidez, los grupos de niños, enfundados en sus disfraces de monstruos y fantasmas, se hacían cada vez más numerosos.

En las entradas de la casa la luz de las velas adquiría un brillo siniestro, al proyectarse a través de los rostros tallados en las calabazas, que les servían como faroles.

Una ligera brisa comenzó a soplar arrastrando las hojas secas que cubrían las aceras. El señor Andrews pensó, que al ponerse en movimiento las hojas de distintas tonalidades de rojo, se asemejaban a un río de sangre.

La imagen en su mente era una señal. Con el tiempo aprendió a darle importancia a todas las señales. Algo malo estaba a punto de suceder.

Se incorporó, pasándose lengua por los labios resecos y revisó la puerta. Suspiró aliviado tras comprobar que los tres cerrojos estaban corridos.

Sus manos estaban frías y las articulaciones comenzaban a dolerle. Intentó calentarlas bajo sus axilas.

—Maldita noche de brujas —murmuró acercándose a la chimenea.

Tomó el atizador y revolvió los restos ya calcinados de los leños. A menos que saliera por más al patio trasero, le resultaría imposible reavivar el fuego.

Cerró los ojos y se visualizó abriendo la puerta. La bombilla no alcanzaría a iluminarlo todo. Las sombras en el fondo del patio se arremolinarían hasta adquirir una forma casi humana y avanzarían, con pasos torpes, pero decididos. Él estaría inmóvil, sintiendo su garganta cerrarse, hasta que le resultara imposible emitir sonido alguno.

Abrió los ojos sobresaltado. Por unos segundos se sintió desorientado, sin saber en qué lugar se encontraba. Luego de parpadear varias veces logró reconocer su propia sala de estar.

Se sentó en un sillón frente a la chimenea y estiró los pies, intentando recibir las últimas oleadas de calor. Se cubrió el rostro con las manos y se concentró en normalizar



su respiración. Necesitaba tranquilizarse. Si los nervios lo traicionaban se convertiría en una presa fácil.

Cuando sintió que los latidos de su corazón se suavizaban se levantó para servirse una taza de café.

Con el segundo trago logró calmarse. Tal vez sus temores eran infundados y esa noche de brujas sería igual a todas las anteriores.

A todas, menos a ésta.

El señor Andrews asintió con una triste sonrisa. La voz dentro de su cabeza tenía razón, esa noche había sido diferente.

Se arremangó la camisa de franela hasta la altura del codo. La piel de su antebrazo izquierdo mostraba, como si hubiera sido hecha con un hierro candente, la marca de la mano que lo había sujetado.

Por esa maldita cicatriz jamás tendría el consuelo, de convencerse, que todo se había tratado de un sueño.

Llevó la cabeza hacia atrás y centró la mirada en un punto indeterminado del techo. El temor que lo acompañaba se había transformado en algo casi físico. Podía verlo en el constante temblor de sus manos. Cerró una de ellas y se mordió los nudillos hasta que el dolor le humedeció los ojos.

Se sentía agotado, pero sabía que no era un cansancio del que se recuperaría durmiendo.

Además dormir era un lujo que no podía permitirse esa noche.

Se levantó y descolgó la vieja escopeta de dos cañones. Abrió la recámara y revisó los cartuchos.

Sólo esperaba tener la lucidez suficiente para utilizarla en el caso de que alguien, o algo, entrara a buscarlo.

La aparente solidez de la puerta lo confortó. Resultaría imposible que alguien llegara a derribarla. Y nada en el mundo podría obligarlo a abrirla. En todos estos años jamás atendió los llamados a la puerta durante la noche de brujas. Los niños sabían que en esa casa no obtendrían un solo caramelo y habían optado por esquivarla durante sus recorridos.

Apoyó la escopeta contra el borde de la chimenea y encendió la radio colocada sobre la repisa. Confiaba en sintonizar algún programa que le ayudara a distraerse por unos momentos.

Movió la perilla despacio, dejando que la aguja navegara entre estática y voces distorsionadas.

Sus dedos se detuvieron al captar el sonido de las sirenas y los incoherentes murmullos de una multitud. El locutor anunció que se encontraba en una granja situada



en Grover Mills, Nueva Jersey. Algo en el tono de la voz inquietó al señor Andrews, que se sentó en el borde del sillón con la escopeta sobre las piernas.

El locutor informó, con la ayuda de un tal profesor Pierson, sobre la caída de un extraño cilindro metálico.

Al escuchar el relato del dueño de la granja, el señor Andrews comenzó a sudar copiosamente. La similitud entre esa historia y la suya era asombrosa. Se pasó el dorso de la mano por la frente y mantuvo los ojos bien abiertos, porque temía que apenas un parpadeo, fuera suficiente para que su memoria lo transportara a aquella terrible noche cuarenta años atrás.

Luchaba por concentrarse en la radio y no confundir las imágenes en que se transformaban las palabras con sus propios recuerdos.

Hundió los codos en los brazos del sillón y se incorporó a medias, sin dejar de sostener el arma.

El cilindro se estaba abriendo.

—Dios mío —alcanzó a exclamar, antes de empezar a sentir que caía dentro de sí mismo.

Volvía a tener once años y estaba saliendo de la granja de sus padres para adentrarse en el bosque. Creció escuchando las historias de espantos y aparecidos que habitaban en la parte más profunda y estaba decidido a comprobarle a sus compañeros de escuela, que no eran más que mentiras.

—¡Bah! —se había mofado, con un movimiento de la mano— son puros inventos para asustarnos y hacernos trabajar.

La luz de la luna se filtraba entre las ramas desnudas era suficiente para que viera el sendero cubierto de hojas.

Los llamados de los animales nocturnos comenzaron a llenar el ambiente.

Sacó de su bolsillo trasero la navaja de su padre. Extendió la hoja que emitió un débil destello y apretó el mango con fuerza.

Se detuvo al llegar a un claro. Le extrañó no encontrar una tan sola hoja, ni el más mínimo rastro de hierba. La tierra tenía un color oscuro, casi negro. Se acuclilló y tomó un puñado. Hizo un gesto de desagrado al acercarlo a su nariz y lo arrojó, limpiándose luego la mano con la pernera del pantalón. Frunció el entrecejo al recordar que los lugares en que se reunían los adoradores del demonio quedaban impregnados por el azufre. Jamás había oído el azufre, pero escuchó decir que era un olor asqueroso y no creía encontrar uno peor que el que despedía esa tierra.

Un ruido, como el de una rama al romperse, lo hizo ponerse de pie de un salto. Giró intentando determinar su procedencia. A pesar de que la oscuridad que separaba a los árboles era profunda, creyó vislumbrar algo, que corría entre ellos.



De pronto, todos los personajes que poblaban las historias de su abuela, surgieron desde el fondo de su memoria, formaron un círculo y discutieron sobre quién sería el elegido para materializarse en el bosque.

El pequeño Andrews, decidió, que no se quedaría para felicitar al ganador.

Localizó el sendero y tensó los músculos para emprender la carrera. Antes de que diera el primer paso lo cubrió la luz más intensa que había visto en su vida. Levantó un brazo para protegerse los ojos. Quedó paralizado, hasta que el ardor en su otro brazo le hizo reaccionar. Alguien lo asía con firmeza. No quería mirar, pero el miedo y la curiosidad siempre viajan juntos.



Entrecerró los ojos y se volteó lentamente. La luz sólo le permitía distinguir a medias el contorno de lo que tenía al lado. Parecía un hombre, sin embargo él nunca había visto uno con los miembros tan largos y con una cabeza, Dios santo, pensó, con una cabeza que era por lo menos tres veces más grande de lo normal.

Alguien con ese aspecto no podía tener muy buenas intenciones.

En ese instante un destello de sentido común cruzó por su mente y recordó la navaja. La clavó con todas sus fuerzas en el brazo de la criatura, que retrocedió dejando escapar un agudo quejido. Al sentir que quedaba libre, el pequeño Andrews echó a correr en dirección a la granja. A medio camino se detuvo, imaginando la paliza que le propinaría su padre al descubrir que había extraviado la navaja. Tal vez podría recuperarla. Jadeó colocándose ambas manos en la cintura y pensó en regresar. Afortunadamente, el destello de sentido común, había decidido que esa noche cruzaría dos veces y, el pequeño Andrews siguió corriendo, hasta llegar a la seguridad de su casa.

Ahora, él y su terrible recuerdo, celebraban un nuevo aniversario.

Volvió a concentrarse en el boletín informativo. El ser que surgió del cilindro avanzaba con dificultad, como si luchara contra la fuerza de gravedad. Llegaban más patrullas y por lo que escuchaba estaban decidiendo el plan a seguir.

La voz del locutor cambió de pronto al describir el rayo de luz que había desatado un pequeño infierno. Los hombres caían calcinados, mientras el fuego se propagaba sin control, consumiendo todo a su paso.

El señor Andrews sintió un intenso dolor en el pecho y en la articulación del hombro. Le pareció como si el interior de su cabeza se llenara de espuma.



Las autoridades optaron por decretar el estado de guerra. Minutos después el ejército ya se encontraba en el área, rodeando por todos los flancos al extraño cilindro y a su tripulante.

El portavoz de la milicia estimó que la situación se encontraba bajo control.

El señor Andrews no estuvo de acuerdo. No comprendían la magnitud del peligro al que se exponían.

Los soldados se dirigían hacia el cilindro, que se elevó hasta una altura superior a la de los árboles circundantes.

Se produjo un angustioso silencio.

La voz de un nuevo locutor aclaró de una vez todas sus dudas. Durante años creyó que había tenido un encuentro con un tipo de fantasma. Recopiló todos los libros de ocultismo que logró comprar y acudió a innumerables sesiones espiritistas, en un intento de exorcizar a la entidad con la que se enfrentó durante su infancia y evitar su posible regreso.

Ahora sabía que se trataba de un ser de otro planeta. Sonrió con gratitud. Sin importar que tan terrible sea la verdad y el tiempo que tarde en llegar, siempre logra brindar un poco de alivio.

La sonrisa se le congeló en los labios al oír que sólo ciento veinte de los siete mil soldados sobrevivieron al ataque del monstruo espacial.

La gente huía bloqueando las calles en su desesperación.

A continuación transmitieron un mensaje del Secretario del Interior, quien llamaba a la calma.

Para él era fácil pedir tranquilidad y confianza, pensó el señor Andrews. En ese momento se encontraría bien resguardado en Washington.

Se levantó empuñando el arma y volvió a atisbar por la ventana. En esta ocasión la calle estaba desierta. Alcanzó a distinguir las figuras que se dibujaban por las ventanas de las casas de enfrente. Las familias estaban reunidas alrededor de sus aparatos de radio.

Se descubrieron nuevos cilindros en Virginia y Nueva Jersey. Avanzaban a una gran velocidad destruyendo todas las vías de comunicación a su paso. Escuadras de bombarderos los seguían desde el aire, intentando establecer el rumbo que seguirían.

En tierra la artillería hacía lo posible por contener su avance.

Con seguridad los invasores llegarían a todas las ciudades importantes.

El señor Andrews siempre creyó que si el ser regresaba lo haría solo; jamás imaginó una invasión a gran escala. No estaba preparado para eso, nadie lo estaba.

Tal vez lo más conveniente sería que se ocultara en el sótano. Ese era el mejor lugar para sobrevivir a un ataque. Además allí mantenía su alacena. No tendría que



preocuparse por alimentos.

Desconectó la radio. En el sótano había una toma y podría mantenerse informado, por lo menos hasta que el servicio de electricidad fuera cortado.

Cerró la puerta doble y corrió el cerrojo. El sótano quedaba suficientemente iluminado. Se congratuló por haber colocado bombillos de alta potencia. Bajó las gradas con toda la rapidez que le fue posible; quería escuchar las últimas noticias.

Los artilleros lograron averiar una de las máquinas. Suspiró con un poco de alivio. Después de todo no eran invulnerables.

Una gruesa cortina de humo se extendió por el campo, impidiendo que los cañones fuesen apuntados con precisión.

Los bombarderos localizaron los trípodes mecánicos y descubrieron que su objetivo inmediato era la ciudad de Nueva York. Los pilotos decidieron atacar. Al iniciar las maniobras una de las máquinas disparó el terrible rayo de calor. En cuestión de minutos los aviones fueron derribados.

Los locutores de Nueva York comunicaron sobre la completa evacuación de la Ciudad.

El señor Andrews se llevó una mano a la frente con preocupación, al escuchar como las máquinas cruzaban el Hudson. El ejército estaba destruido y la gente se alejaba de la ciudad por todos los medios posibles.

Los cilindros seguían cayendo a un ritmo alarmante. Era cuestión de tiempo para que se hicieran con el control absoluto del País.

De haber contado su historia quizás ésta habría llegado a oídos de las personas indicadas. El gobierno estaría mejor preparado. Aunque claro, era muy posible que lo hubieran tomado por un chiflado y tan solo esas revistas de mala calidad, que se encontraban en los puestos de periódicos con nombres como Amazing y Astonishing, se hubieran atrevido a publicar su relato. Si la humanidad sobrevivía todos esos tipos que soñaban con viajes interplanetarios y héroes que rescataban hermosas princesas atrapadas en asteroides desconocidos, tendrían su momento de gloria. Podrían convertirse en los nuevos líderes y jactarse de que ellos siempre se lo esperaron.

En lo personal él jamás se interesó en ese tipo de literatura. Fue un error. Si hubiera sabido interpretar su experiencia no hubiera malgastado su tiempo con libros sobre brujas y demonios.

Al escuchar como la gente moría sobre las calles o se lanzaba al agua, en un vano intento de salvarse, las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

El mundo nunca volvería a ser el mismo. Sus puños se crisparon. La rabia suplantó al miedo y al dolor. No importaba que sólo contara con una vieja escopeta, lucharía contra esos malditos. Muy pronto se enterarían de lo que era capaz.

Estaba imaginándose de pie frente a una de las máquinas, mientras disparaba con



los ojos inyectados en sangre y reía como un poseso, cuando su quijada cayó y giró el cuello en dirección a la radio.

No sabía si había escuchado bien. Sostuvo la escopeta con una mano y se limpió un oído con el dedo.

Todo era una broma. Los bastardos de la CBS estaban dramatizando una novela. Estuvo tentado a pegarle un tiro a la radio. Lo habría hecho de no haberse tratado de un aparato nuevo.

Se pasó una mano por el cabello, sin saber si debía reír o llorar. Miró a su alrededor sintiéndose como un idiota. Por lo menos estaba seguro que no sería el único.

Apagó la radio y abandonó el sótano.

Llegó al baño, con todas esas emociones se había olvidado de orinar. Levantó la tapa y se inclinó un poco para no fallar. Cerró los ojos por un instante y al abrirlos se encontró inmerso en una densa oscuridad. Salió al pasillo, dando unos pasos vacilantes.

Se dijo que no debía preocuparse, era probable que se tratara de un fallo en el servicio de electricidad. El viento podría haber dañado el cableado. Avanzó a tientas hasta la sala, en la repisa de la chimenea tenía una caja de fósforos.

Un débil resplandor se extendía a lo largo de las cortinas. El señor Andrews frunció el ceño extrañado y las hizo a un lado con la mano. El alumbrado público estaba funcionando y por lo que alcanzaba a ver el resto de las casas se hallaba bien iluminado.



Debía mostrarse razonable antes de permitir que el pánico volviera a apoderarse de él. Alguno de los taponos de seguridad debía haber saltado. Sólo tendría que regresar al sótano y revisarlos.

Le pareció escuchar una vocecilla que le decía que había sido un error subir sin la escopeta.

Encendió un fósforo y caminó ahuecando una mano alrededor de la pequeña llama, en el armario de la cocina guardaba las velas. Se acuclilló para abrir las gavetas más bajas. Encontró una vela cuando el fósforo ya amenazaba con apagarse.

Se levantó y giró para dirigirse al sótano.

Por una fracción de segundo su corazón dejó de bombear sangre. Las cosas que lo rodeaban se volvieron irreales, como si junto a él hubieran sido transportadas al interior de un sueño.



Una mano se cerró sobre su cuello y lo levantó varias pulgadas en el aire. La trémula luz de la vela se reflejó en los oscuros y enormes ojos. El señor Andrews bajó la mirada hacia la fina línea que aparentaba ser la boca de la criatura. Antes de que la vela se cayera de sus dedos le pareció ver que se curvaba en una sonrisa.

El también sonrió resignado. Ya no tendría que temer su regreso.

© *Kalton Bruhl*

Kalton Bruhl, es abogado, nació en Tegucigalpa, Honduras, en 1976. Obtuvo el primer lugar en el concurso de cuento auspiciado por el Grupo Ideas de Honduras en 1994. En 1995 obtuvo el tercer lugar en el mismo concurso. Finalista del premio ángel Miguel Pozanco, España, 2004; Accésit en el Primer Concurso de cuentos de la Revista Altura, España, 2005; finalista en la Convocatoria Axxón Ficciones Breves 2009, categoría Minirrelatos, Argentina; finalista en el concurso de cuentos de terror, ediciones Fergutson, España, 2009; finalista en el concurso de cuentos del mes de octubre, ediciones Fergutson, España, 2009; finalista en el concurso de cuentos navideños, ediciones Fergutson, España, 2009; Ganador del II concurso de Microrrelatos El Arte de Escribir, 2009.



HASTA LA MUERTE DEBE MORIR

por Magnus Dagon

En un planeta donde el suelo es habitado por androides y los cielos por seres humanos aparece la figura de Ben, un hombre ordinario que encarna a la muerte sin saber que pronto será testigo privilegiado de un fenómeno temido, al tiempo que esperado, por la humanidad...

En los días de lluvia como aquel, cuando me tocaba descender de la torre, veía las nubes negras y llenas de polución, las mismas nubes que nos obligaron a ascender más alto que ellas, como un gran mar espeso y oscuro, denso y suave como terciopelo. Costaba creer que aquellas nubes mansas eran las que nos habían desterrado de la tierra prometida y nos habían convertido para ellos en dioses. Aunque dudo que en los cielos hubieran querido a alguien como yo.

Me enfundé el traje y comprobé la bombona de aire, preparándome para la salida al exterior en lo que el ascensor acristalado alcanzaba el nivel más bajo. Como medida de precaución, para que mi aparición no fuera observada desde abajo, se electrificaba levemente la salida en la base de la torre para limpiar la zona de androides curiosos, aunque en mi opinión, pese a que en su momento dicha costumbre pudo ser de alguna utilidad, para entonces ya no me buscaban, sino que se limitaban a esperar mi llegada. Es comprensible. Nosotros tampoco la vamos buscando, sólo esperamos a que llegue cuando sea la hora. La cultura humana la ha representado a veces como un amigo fiel, a veces como una ejecutora de almas; pero siempre como a alguien que queremos tener lejos.

Según los informes que me habían pasado los técnicos de la torre, el androide que debía traer de vuelta había sido partido en dos por una de las sierras mecánicas encargadas de modelar el terreno rocoso. En mitad del chaparrón llegué a la zona de las factorías, los robots abriéndome paso, mirándome con devoción o temor. Pero por primera vez desde que tenía aquella macabra función noté que unos robots me miraban con actitud desafiante, un gesto de valentía teniendo en cuenta que en el terreno místico, yo era una personificación del fin de todos los seres vivos, y en el terreno físico, medía el doble que cualquiera de ellos.

Llegué al lugar donde estaba el robot inutilizado y allí encontré, como siempre solía suceder, al androide protector. Era un robot como los demás, pero lleno de accesorios cuya única finalidad era imitar, de una manera mal entendida, los accesorios de mi traje de respiración artificial. Me miró y me señaló aquello que venía a buscar.

—Hola, B33MH —dije sin tratar de imponer tono a mi voz.

—Bienvenido, deidad Ben —respondió el androide solemne—. Sabíamos que vendrías.

La primera vez que me presenté ante los androides y les dije mi nombre, ellos



decidieron anticiparlo con el tratamiento deidad. Al principio traté de obligarles a que me llamaran simplemente con mi nombre, pero fue inútil. Para ellos mi nombre era algo tan imperecedero como el espacio o el tiempo.

—¿Qué ocurrió? —pregunté con calma.

—Fue un accidente, mi señor. Se acercó demasiado a la sierra.

—Quiero que los androides que manejen sierras se alejen más de éstas. No es necesario que se arriesguen tanto.

—Pero señor, de ese modo tardaremos más en tener completado el Gran Templo de las deidades.

—El Gran Templo puede esperar, B33MH. Vuestra seguridad me importa más ahora.

—Así se hará, señor.

Saqué un rayo tractor y junté todas las piezas del robot caído. Acto seguido lo introduje en una caja de tinieblas, un práctico recipiente plegable que para los robots debía ser poco menos que un ataúd, y lo cargué en ambas manos con todo el respeto que pude emplear en mis acciones. B33MH me miró, cumpliendo con la función que los suyos le habían otorgado, ser testigo viviente de mis actos, y me pidió, como siempre hacía, acompañarme hasta mi reino.

—Cuando sea tu hora, vendrás conmigo. Pero antes no debes —dije con sencillez, esperando poder zanjar un tema que no tenía discusión posible.

—¿Qué será de nuestro compañero, deidad Ben? —preguntó implorante—. ¿Tendrá, como los otros, acceso a tu reino?

—Todos lo tienen —respondí—. Puedes dejar de preocuparte por él. Ahora está en paz consigo mismo y con todos.

—¡Mientes! —dijo otro de los androides a mi espalda. A pesar de mi sorpresa, ninguno de los androides notó por mi parte el más mínimo titubeo. El traje, que consideraban parte de mi propio organismo, ayudó a ello.

—¿Por qué dices eso, C22RD? —comenté tratando de parecer lo más sereno posible.

—Yo no creo que tú seas una deidad. Puede que seas poderoso, pero eres otra cosa. Y no soy el único que lo cree.

Callé. Todos esperaban que hablara. Tenía que darles lo contrario. Tenía que





parecer que mis motivaciones eran imposibles de concebir para sus metálicos cuerpos perecederos.

Ante el silencio como respuesta, C22RD habló de nuevo.

—Demostraré a todos que eres un dios de plástico.

Me di la vuelta y me marché, ajeno a sus comentarios, como si no fuera capaz de oírlos. Aunque no me volví en ningún momento sé que todos los robots me miraban esperando una reacción que clarificara qué opinaba al respecto de aquellos ataques directos. En lugar de eso sólo les di incertidumbre. Era lo único que podía darles, pues era lo único que albergaba en aquel momento.

Ahora, recordando aquel día, sé que tuvieron que pasar muchas cosas para llegar a ese punto. Al principio yo era un mero observador, un técnico más con el único aliciente de mantener contacto directo con los androides. Era un trabajo mal pagado y no exento de peligros; llegaba con mi traje, me llevaba los modelos defectuosos en cuando éstos dejaban de funcionar, toqueteaba un par de sistemas para verificar sus pautas de programación y supervisaba el progreso de las cúpulas que algún día habrían de albergarnos. Pero poco a poco se empezó a invertir más en dicha construcción, pues la humanidad en bloque empezó a creer esperanzada que ésa sería la solución, que de verdad algún día los esclavos de metal completarían un mundo cupular aislado de las emanaciones tóxicas de las nubes. El Gran Templo, como ellos lo llaman ahora. El Paraíso en la Tierra. Es la única de sus expresiones bíblicas que no considero exagerada. No es que en las torres se viviera mal, pero el hogar, por muchas generaciones que pasen, sigue siendo el hogar. Se escribe como una marca más en nuestra voluntad genética hasta que no hay manera de pasarlo por alto.

Más o menos por aquellos días fue cuando empecé a pensar en los androides como más que simples máquinas y ellos empezaron a pensar en mí como algo... metahumano. Siempre se procuró que no conocieran la verdad de su existencia, que se limitaran a trabajar a cambio de tener unos vigilantes cuidando de su seguridad. Nunca fue esclavismo, en realidad. Tardé en darme cuenta, pero nuestra situación era muy similar a la de los dioses de la época clásica. Ellos trabajaban convencidos de que en cierto modo estaban honrando a unos seres incuestionables. Nosotros les dábamos recursos, ayuda tecnológica y renovábamos su población, para ellos el mayor don de todos los que les otorgábamos. La única diferencia con los dioses griegos o egipcios era que los hombres sí existíamos y tratábamos en verdad de protegerles.

Sin perder el ritmo, los robots estaban elaborando respuestas a preguntas que en un principio no imaginamos que podían formular.

Cuando se tuvo claro el alcance de su percepción, nuestros superiores decidieron especializarnos para que tuvieran toda una legión de criaturas y símbolos a los que adorar. De ese modo, desde el punto de vista de los androides, la deidad John se encargaba de traer nueva vida entre los robots, lo contrario de mi función; la deidad



Robin se encargaba del buen funcionamiento de las máquinas menores y la deidad Carl se encargaba de sofocar las revueltas. Las relaciones que entre nosotros pudiéramos tener y nuestro estilo de trabajo conformaron todo un complejo imaginario mitológico para los robots. De ese modo, por ejemplo, para ellos vivir y morir eran dos procesos gemelos que durante un tiempo fueron acogidos de manera simultánea por ambas deidades hasta que éstas decidieron llegar por su cuenta para atender sus asuntos personales entre los no eternos. Algo tan complejo para explicar que mi turno y el de John sencillamente dejaron de coincidir.

En un principio se nos dieron instrucciones y cursos para no desbaratar la pantomima que tan cuidadosamente ellos mismos habían elaborado. En mi caso concreto se me aconsejó que provocara en ellos el mismo pánico a morir que la mayoría de los humanos experimentan. Me enseñaron multitud de imágenes alegóricas, y me hicieron cientos de sugerencias acerca de cómo debía expresarme y moverme delante de ellos. Pero yo no quería ni pretendía ser una cosa simbólica bien definida, no quería ser el pensamiento tembloroso de aquellas desgraciadas entidades de metal. Por Dios, yo era ingeniero, no Maquiavelo o Milton. Yo creía en el conocimiento, no en darle la vuelta a la cabecera de la cama para ahuyentar malos espíritus. De modo que ignoré todo consejo ético y estético y me ceñí a mi propio guión. Nada de ankh ni guadaña ni descomunales alas llenas de ojos. Si deben vivir en las sombras, pensaba, haré de esas sombras un lugar un poco más placentero.

A veces desearía que en mi vida irrumpieran seres más inteligentes que yo y, por medio de complicados artificios y sutiles orquestaciones, me devolvieran de golpe las creencias que hace tanto perdí. Que viniera un ángel de los cielos y nos dijera a todos, sí, hay vida después de la muerte, no os espera el vacío ni la nada. Que desbaratara todas mis sospechas. Eso es lo que traté de dar a los andróides. La esperanza de continuidad contra toda lógica de la naturaleza. Si al hacerlo estaba en lo cierto, al fin y al cabo, me lo agradecerían; si me equivocaba, entonces nunca se sentirían engañados porque allá donde estuvieran no sentirían alegría, tristeza, odio, dolor ni nada de nada. Lo cierto es que a menudo me atormenta pensar que ellos pudieran tener una oportunidad y nosotros no. Que los que ya no están operativos me miren desde alguna parte que no acertamos a comprender y se compadezcan de mí, de su falso ídolo de cristal, lleno de dudas e incertidumbres, y me acusen con el dedo por comportarme como dador de algo que ni siquiera soy capaz de recibir.

No todos los técnicos idolatrados compartían mi punto de vista, por supuesto. Es sorprendente la gran cantidad de miseria de la que es capaz el hombre cuando se le da la oportunidad. Carl Tinerch, el encargado de sofocar revueltas, disfrutaba de su tarea con placer psicopático. Debió ser de esa clase de niños que perseguían a los gatos en los tejados de las torres con láseres neurales. Aunque los otros técnicos le despreciaban, no sentían la misma animadversión hacia él que yo, en parte porque su trabajo no consistía en paliar sus excesos ni en restablecer el delicado equilibrio entre el bien y el mal del panteón de los robots. Un buen día decidí mandar el equilibrio a la mierda y descendí antes de mi turno con la sana intención de dar a Tinerch una pequeña tunda delante de



los robots, pelea que ellos añadieron a su lista de acontecimientos míticos, con la única intención de frenar su cruel matanza. Hice prometer a todos los robots presentes que jamás habría una revuelta similar. Los superiores me amonestaron y me redujeron el sueldo, argumentando que podía haber roto el traje de Tinerch, lo cual por otra parte es absolutamente cierto. Sin embargo no me cesaron de mi puesto. Sabían que ahí abajo era importante, y eso no debía ser cambiado. Las revueltas, no obstante, no tardaron en producirse de nuevo. Muchos simpatizantes de los robots defendían su postura diciendo que ahí abajo no había una sociedad. En eso estoy de acuerdo con ellos; el problema es que pensaban que ésa había sido la intención en algún momento del experimento. Una especie de convivencia pacífica entre creadores y creaciones. Yo me desengañé rápido. De todos modos prefiero ver a los robots como individuos antes que como una masa. Su destino colectivo está más allá de mis posibilidades aunque pretendiera lo contrario.

Pero aquel día, en aquel momento, con la caja de tinieblas en las manos y regresando hasta perderme en las alturas que jamás androide alguno llegaría a conocer, supe que algo más iba a pasar. Tuve la misma sensación de frialdad que cuando bajé a golpear a Tinerch, sólo que ya no era yo el detonante de los acontecimientos. Y como era de esperar, algo pasó. C22RD cumplió sus amenazas, pero no en la manera que hubiera esperado.

Acababa de llegar a la planta de observación procedente de mi propia casa. Ni siquiera había tenido tiempo para comer, por lo que me disponía a tomar la primera porquería que encontrara en las máquinas expendedoras. Ya iba directo hacia la del pasillo con la idea de que todo lo que tendría estaría caducado cuando John Redfer me hizo una señal para que entrara.

—¿Qué ocurre, Johnny? —dije sin ocultar la preocupación. John nunca me habría molestado fuera de mi turno si no era para algo grave.

—No recibimos señal de C22RD desde ayer, y las cámaras no pueden encontrarlo. Lo último que sabemos de él es que se dirigía a la base del Gran Templo.

En ocasiones entre nosotros usábamos la misma jerga religiosa que los propios androides usaban. Más que nada, por motivos prácticos. Me acerqué a los monitores y tomé nota mental de las coordenadas de la zona.

—Voy a bajar —dije en lo que me acercaba al armario y me ponía mi traje—. Tengo un mal presentimiento.

—¿Quieres que baje contigo?

—Gracias, John, pero creo que es mejor que no lo hagas. Me temo que estamos ante una crisis de ideales. Esto lo tengo que resolver yo solo.

—¿Qué hago si viene Tinerch? Esto parece cosa suya.

—Dale recuerdos de mi parte —respondí saliendo bombona en mano.



Cuando llegué al borde de la cúpula que ya estaba en fase avanzada, noté que todos los robots me miraban con impaciencia. No tardé en comprobar por qué. Allá donde las cámaras no llegaban pues era normal que cada día se abrieran nuevos túneles, estaba el cuerpo de C22RD, inmóvil y custodiado por otros dos androides. Me agaché para poder pasar por el túnel y llevármelo, pero me impidieron el paso.

—Él tenía razón. No llegaste para llevártelo porque no alcanzarías a encontrarlo a tiempo. Su sacrificio no ha sido en vano.



Salí del túnel para regresar a la zanja de nuevo y me encontré con el androide protector. Parecía asustado.

—Mi señor, has tardado en venir.

—He venido todo lo pronto que he podido, B33MH. Como bien ya sabes, son muchas las cosas de las que debo ocuparme.

—Pero este pobre desgraciado, mi señor... ya no recibirá el descanso en tu reino, pues han pasado varios ciclos desde tu última llegada.

—Podrá descansar como los otros, no debes preocuparte por él.

De repente un androide me golpeó con una piedra y rompió un tubo del traje. Por fortuna no fue grave, pero B33MH no lo interpretó así. Activó las máquinas de tunelación y sepultó al

androide. Estaba siendo testigo de la primera muestra de fanatismo violento artificial de la historia, además del primer suicidio de un robot. Realmente iba a tener muchas cosas que explicar cuando llegara a la superficie.

Si es que llegaba, claro.

Soliviantados, varios androides más me apedrearon hasta que uno de ellos, al fin, atinó en un tubo de procesamiento de dióxido de carbono. La avería no fue total, pero debía volver a la torre cuanto antes o moriría sin remedio en cuanto estuviera expuesto a los gases nocivos. Agarré como pude tanto el cuerpo del androide sepultado como el del propio C22RD y me los llevé sin tener tiempo siquiera de usar cajas de tinieblas. Algunos robots empezaron a perseguirme, y si bien sus piedras no me hacían apenas daño, pronto acabarían por romper otro tubo y escribir un negro capítulo en sus mitos particulares. Sin embargo, al cabo de un rato, apareció Tinerch con su traje blindado. A



pesar de odiarle, a él y a sus métodos, me alegré de su presencia. Se limitó a poner una cortina de humo entre ellos y nosotros para frenarlos, pues para los robots el humo de la deidad Carl era portador de efectos malignos sobre los circuitos. Supongo que no les atacó porque sabía que bajo ninguna circunstancia me mandarían otra vez a ras de suelo justo después del incidente y entonces le tocaría a él recoger los robots que masacrara. Siempre tuve curiosidad por saber cómo hubieran interpretado eso los androides.

Mis superiores decidieron que durante un par de días sería conveniente que no volviera a bajar, encargándose de mi trabajo John. Los dos días se hicieron una semana y la semana se hizo un mes. Finalmente me anunciaron que ya no podía bajar de nuevo. Había suficientes robots que no creían en mí como para hacer mis descensos peligrosos, pero debería entrenar a mis sustitutos para que aprendieran a realizar mi trabajo en todos los sentidos imaginables.

No funcionó. Ninguno de los sustitutos fue admitido por la comunidad de robots, pensando en ellos como herejes, como impostores. Parte de culpa fue que los nuevos siempre trataban de ser muy teatrales, muy líricos, para así infundirles pavor y tenerlos dominados. La experiencia, al menos, me sirvió para comprender que cuando quieres ganar el respeto de alguien, ya sea humano, ya sea robot, puedes hacerlo desde el camino de la igualdad o desde el camino de la superioridad, pero el segundo camino nunca hará que seas respetado de verdad. Temido, adorado. Pero no respetado en realidad.

Creo recordar que después de ser relevado de mi cargo me enfadé con los androides por haber despreciado la oportunidad que les había dado de conciliar sus miedos a morir. Supongo que es cierto que era un hermoso don, pero también es cierto que ellos nunca me lo pidieron. Tal vez debí dejarles aprender por sí mismos, librarles de ese círculo vicioso que se había formado en torno a él, aleccionarles en secreto sobre lo terrible que era en realidad la vida, que ellos eran menos que nada, vástagos de una cultura y raza imperfecta que desconocía para sí misma su propio final. Que no les estábamos dando la ocasión de existir sino que era precisamente al contrario. Que si había dioses debían ser ellos.

Un buen día, treinta años después, decidí pedir un permiso para descender de nuevo. Sabía que no tendría problemas en recibirlo, y tenía curiosidad por ver con mis propios ojos la evolución del Gran Templo, casi concluido. Fue una suerte que así ocurriera, porque todos los técnicos ya eran bastante mayores, y si resultó imposible sustituirme a mí en su momento, más aún sería hacerlo con todos a la vez.

Cuando descendí noté cómo había mucha algarabía por todas partes. La mayoría de los androides no tenían que trabajar en exceso debido a lo poco que quedaba por hacer, hecho que habían interpretado como el advenimiento del nuevo orden. Mi llegada no hizo más que agravar esa sensación. Que la deidad Ben descendiera de los cielos de nuevo después de treinta años era para ellos indicativo de que estábamos muy satisfechos.

Quise decirles que la realidad era que en cuanto la cúpula estuviera acabada cientos



de hombres con trajes blindados, cientos de deidades Carl, bajarían para desconectarlos a todos, por las buenas o por las malas, y los fundirían para formar parte de la estructura del Gran Templo, pero me negué a hacerlo. Estoy seguro de que se las hubieran apañado para inventar alguna clase de relato pseudobudista que justificara tal acción. Un nirvana al que lanzar sus últimas plegarias.

Los de arriba me habían pedido que ya que bajaba, comprobara que los niveles de aire eran correctos, de modo que entré en la cúpula, inmensa y diáfana, y saqué los instrumentos de medición. Cuando hube acabado, noté que se me acercaba un androide viejo y apenas capaz de moverse, pero que aún podía manejar ciertos aparatos como grúas hidráulicas. Se trataba de B33MH.

—Mi señor, ha regresado, he esperado tanto este momento....

En aquel momento estuve seguro de que, si los robots pudieran llorar, él lo habría hecho.

—He vuelto, sí. Pero debo decirte que no por mucho tiempo.

—¿Por qué nos dejaste, mi señor? Algunos de nosotros aún te éramos fieles...

—Dejé de ser necesario, B33MH. Incluso nosotros debemos retirarnos cuando corresponde. Acércate.

El androide vino lo más deprisa que pudo hasta que estuvo frente a mí. Entonces me quité la escafandra del traje con mucha lentitud. Para el robot aquello debió ser una experiencia mística sin igual.

—Sólo quiero que sepas que aunque no lo creas, en el fondo somos como vosotros. Tenemos temores y también dudamos de nuestro destino final. Sé que nunca lo dirás, por eso lo comparto contigo.

—¿Es eso cierto, mi señor?

Puse la escafandra en el suelo, de modo que resultara claro que no era parte de mí mismo.

—Hasta la Muerte debe morir —dije con mi arrugado rostro al descubierto.

© *Magnus Dagon*

Magnus Dagon: Seudónimo de Miguel Ángel López Muñoz. Nacido en Madrid en 1981. En el año 2006 ganó el Premio UPC de novela corta, publicada después bajo el sello de Ediciones B. Ese año fue finalista también del Premio Andrómeda, al año siguiente del Premio Pablo Rido y en el 2009 ganador del IX Certamen de Narrativa Corta Villa de Torrecampo. Ha publicado relatos en numerosas publicaciones digitales y de papel. Es miembro de la asociación Noche de escritores de terror. En abril de 2010 salió a la venta su primer libro, "Los Siete Secretos del Mundo Olvidado", con la editorial Grupo Ajec. Es cantante y letrista del grupo musical Balamb Garden, que se puede escuchar en <http://www.myspace.com/balambgardenmusic>.



LA BÚSQUEDA

por M. C. Carper

La humanidad ha prevalecido desde la prehistoria gracias a que ha sabido imponerse sobre las demás especies con agresiva eficiencia. ¿Qué sucedería si nos quedáramos sólo con la eficiencia? ¿Llegaríamos a un camino evolutivo sin salida? ¿Dejaríamos lugar a la siguiente especie sentiente a conciencia o buscaríamos eliminar esta competencia? La respuesta, mis amigos, está soplando con el viento.

—¡Veamos el informe una vez más! —dijo Marcia en voz alta y se desplegaron cinco pantallas etéreas sobre la consola. Estaba en la cabina de mando de su crono cápsula, estacionada en un lapso de no-tiempo, uno de sus escondites preferidos cuando no deseaba ser interrumpida.

Tocó con la yema de los dedos los ítems que le interesaban, las páginas del informe se desplazaron hacia un borde de la pantalla hasta desaparecer. Revisó el informe de los robots y lanzó un bufido, no soportaba la incapacidad para razonar que tenían los modelos que usaban para los sondeos. Ya iban por el quinto intento. La unidad de sondeo temporal recorrió los pasillos y oficinas del edificio efectuando varios barridos con sus sensores con resultado infructuoso. Marcia resopló en su asiento con frustración, mirando el informe procedente de la investigación anterior. Todo había ocurrido dos semanas atrás y ningún agente del departamento estaba dispuesto a encargarse del asunto. Estiró las piernas apoyando los talones en la consola, dejando que la melena oscura y rizada colgase hacia el piso.

El objetivo era obtener ADN, una clase especial de ADN. Cuando la manipulación genética condicionó a la humanidad, muchos rasgos de conducta desaparecieron. La primera cualidad en extinguirse fue la agresividad. La sociedad vivió una era de armonía y paz donde los individuos se dedicaron a la propia evolución personal. El sexo fue una herramienta de placer que poco a poco cayó en desuso. Los nacimientos se hicieron escasos y la humanidad continuó su existencia en ese paraíso utópico. Pero algo se salió de control, manteniéndose oculto había un grupo de rebeldes que había rehusado las modificaciones en sus genes. Agresivos y llenos de rabia irrumpieron como un huracán, asesinando personas como si se trataran de ovejas. Nadie se defendió, no podían ni siquiera levantar la mano para evitar los golpes. Todo hubiese terminado en un genocidio de no ser por los robots. Ellos redujeron a los rebeldes y a todos le extirparon el gen agresivo. Sin embargo, esto generó un debate muy polémico ¿Podía la humanidad privarse para siempre de la agresividad? Con el inicio del programa espacial aquella cuestión tuvo respuesta: el temperamento agresivo era un motivador eficiente para comandar una tripulación, tomar decisiones límites y aventurarse a las profundidades del cosmos, aunque siempre ese tipo de personalidad debía estar acompañada de un catalizador, como los códigos de ética y moral que llevaron a la civilización a superar el riesgo de extinción. En la época de Marcia no eran



frecuentes personas así y el programa de colonización de la galaxia carecía de capitanes con esas aptitudes. Lo único en lo que había certeza era que esas características controladas por una conciencia de valores justos eran necesarias en la exploración de nuevos mundos. En adición, por mala fortuna, tampoco había sobrevivido un banco de genes de ese tipo, los rebeldes habían volado la instalación que lo albergaba, fue el primer objetivo cuando iniciaron la escaramuza. La única solución era encontrarlos en el pasado, entre millones de seres de genética salvaje.

Parecía sencillo, el gráfico con el diagrama del ADN buscado estaba en la computadora, sólo había que tomar una muestra y ver la coincidencia. Sin embargo esa acción estaba prohibida para los viajeros del tiempo, todo sondeo se realizaba con sutileza. Observar y no alterar era la máxima del jefe de operaciones, para esta tarea, el departamento designaba un grupo de robots asistentes, pero Marcia no los soportaba, la ponían fuera de sí tanto el aplomo que tenían como las preguntas que hacían sobre cada detalle, sólo aceptó uno para cumplir con el reglamento. Su robot seguía acumulando polvo en el nicho de mantenimiento desde el primer día.

Un punto rojo parpadeó sobre la pantalla, su superior la estaba llamando, era el único que conocía su escondite en el no-tiempo. Abrió la comunicación con un leve ademán.

—Hola, jefe —dijo ella.

—¿Estás lista para encargarte de esto, Marcia, preciosa? —el rostro del jefe de operaciones apareció flotando justo frente al de la mujer.

—Sí, supongo que siempre tengo que reparar el resultado de la incompetencia de los robots...

—Los robots son eficientes —acotó el hombre con seriedad—, eres tú la que no les da ninguna oportunidad, funcionan mejor cuando hay empatía —suspiró para agregar con una sonrisa llena de picardía—. Por eso te ordeno que uses tu robot asistente para esta misión.

—¡Jefe! —protestó ella.

—Nada —dijo rotundo el jefe—, quiero el informe acompañado por el de tu asistente. Ya tienes las coordenadas para ir al año dos mil ¡Buena suerte!

La pantalla se apagó y ella dispuso todo para el traslado, el desplazamiento espacio temporal fue sólo un pestañeo.

Cada siglo tenía sus características, los buscadores más metódicos hablaban de cada década. Algunas estaban marcadas como agradables o complicadas, pero el fin del segundo milenio se distinguía por el caos. Desde la cronocápsula, nadie podía verla suspendida a cien metros del suelo pues disponía de un sistema de ocultamiento, al igual que la unidad de sondeo era invisible para los tempo-locales. Marcia podía espiar la entrada a las oficinas con tranquilidad. Había retrocedido mil años, cuando el planeta estaba superpoblado y la gente se hacinaba en metrópolis polucionadas, una de las



épocas que otros cazadores del tiempo evitaban transitar.

Según los datos que poseía, el ADN buscado había sido localizado en el edificio que sobrevolaba. No obstante, algo estaba funcionando mal. Los reconocimientos anteriores de la sonda habían analizado a cada uno de los humanos que frecuentaban la empresa, tanto a los que trabajaban dentro como a los ocasionales. Y no eran pocos; entre directores, gerentes, secretarías y cadetes, incluyendo a los empleados de limpieza y vigilancia había doscientas treinta y siete personas.

El trabajo de Marcia consistía en aprobar la selección efectuada por los del Departamento de Búsqueda. Muchas veces había cancelado a los postulantes, la primera impresión puede ser engañosa y para ella, los robots no tenían intuición para percibir la falsedad. Hubiese preferido que las búsquedas de cronovidas las realizaran personas, pero de donde venía los humanos eran escasos y la costumbre de reproducirse se había abandonado hacía un par de siglos. En contraposición, los robots se hacían más listos, pero aún les faltaban muchas instrucciones en los cerebros para entender cuál era el tipo de cualidades personales que debían buscar en un individuo.

El programa espiaba a un grupo de gente para reconocer una serie de actitudes y clasificar cronovidas de ADN potencial. Pero el informe que Marcia tenía estaba incompleto debido a un desafortunado accidente.

Ninguno de los robots buscadores de ese edificio había regresado funcionando y el reporte de los datos de la persona encontrada no estaba en ningún lado, sólo se tenía la certeza de que ahí estaba el ADN adecuado para crear clones de capitanes aptos para la exploración espacial. Los datos se habían perdido, todo por culpa de una fisura en la cápsula de traslado temporal. Parecía sencillo encontrar al individuo entre los modelos comunes de esa época en particular, donde la mayoría se destacaba por el egoísmo, la ruindad y la envidia.

El espacio en la cronoagenda continuaría vacío si no tomaba las riendas del asunto. Tamborileó los dedos sobre la pantalla de cristal líquido y llamó a su robot asistente. Al hacerlo no pudo evitar que aflorara de nuevo la desconfianza que sentía hacia esos seres artificiales, siempre tan pedantes con sus conocimientos, los mismos que no tendrían si sus constructores humanos no los hubiesen puesto ahí. El colaborador androide salió de un sutil armario en la pared que no había abandonado en los últimos cinco meses y en esa ocasión había sido para la revisión obligatoria de mantenimiento. Tenía aspecto humanoide, cubierto de una película de cromo azulado, en las articulaciones brillaban unas hebras de neón. Caminó sin hacer ruido hasta estar frente a la mujer.

—Buenos días, Marcia. ¿En que puedo ayudarle? —saludó respetuosamente el robot que ella había bautizado con el nombre de Mulo.

—Necesito de tu razonamiento robótico para entender por qué la unidad de sondeo no encuentra al sujeto que tus primos artificiales localizaron. —Informó Marcia frunciendo su generosa boca.

—¿Me permite el informe? —dijo Mulo sin ninguna muestra de emoción. Ella se lo



pasó.

El cerebro lógico descartó enseguida enfermedad o muerte. Todas y cada una de las personas que transitaban el edificio eran las mismas que las registradas en el reporte. Los robots buscadores permanecieron quince días hasta dar con el perfil buscado: un humano que hiciera sus elecciones en favor de la amistad, que afrontase los inconvenientes con honor o que defendiese a las víctimas de injusticias aún a riesgo de ser calificado en forma negativa por sus semejantes.

Transcurrió un minuto, un espacio de tiempo muy incómodo cuando se trata de un robot pensando.

—¿Qué pasa, Mulo? ¿Estás tan perplejo como yo? —dijo Marcia frunciendo el ceño, le molestaba el silencio y la postura meditativa de la máquina, no podía entender porque los ingenieros se esmeraban en hacerlos imitar los gestos humanos.

—Sin duda nuestro objetivo se encuentra en ese edificio y la sonda no falla —argumentó Mulo y ella estuvo tentada de aplaudir, pero se mordió el labio, el robot no tenía sentido del humor, se limitaba a exponer la verdad—. Podríamos investigarlos a todos para encontrarlo por descarte. —Propuso el androide.

—Son casi trescientos —arguyó la mujer—, pero supongo que es la única opción, —estaba segura que ese sería el procedimiento escogido por el autómata—. Usaré un dispositivo de ocultación y tú vendrás conmigo, Mulo. —Por nada del mundo iría sola a la tortuosa tarea de fisgonear a los caóticos seres humanos de esa época, ni siquiera siendo invisible.

El edificio tenía seis pisos y casi cincuenta oficinas. Aunque le costó reconocerlo, la asistencia de Mulo fue muy valiosa. En las primeras horas ella se ocupó de fastidiarlo, desacreditando sin molestarse en analizarlas, las teorías del androide. Sin embargo, su asistente no reaccionaba, seguía dando respuestas educadas y prestando atención a cada demanda de su compañera, aún cuando se trataran de burlas y menosprecios. Juntos descubrieron la mala voluntad que existía entre los empleados del edificio mientras caminaban entre ellos, imperceptibles para sus ojos y oídos. El aplomo del robot la llenó de asombro, no se exasperaba ante las críticas y los comentarios venenosos que emitían las personas entre ellas. Las envidias o las extorsiones burocráticas no le crispaban los nervios. Después de analizar dos pisos, Marcia tenía muy claro porqué aquella tarea no la realizaban humanos; ningún ser de carne y sangre podía soportar la falsedad que se respiraba a cada paso, encubierta en una sonrisa o un beso en la mejilla.

Muchas de las personas parecían ejemplos de honradez y amabilidad en una primera inspección. Solícitos y desenvueltos, no obstante, en un examen más profundo se descubría una máscara que sólo pretendía engañar al desprevenido. Muchas secretarías y cadetes se deshacían en servilismo para insultar con odio a aquellos que ayudaban en sus momentos privados. Por otra parte, a los empleados jerárquicos no les importaba en absoluto algo que no fuera su propia estabilidad, a cualquier costo.



Solicitaban despidos de sus subordinados por errores propios, la sucesión de bajas por un puesto o la aprobación de un superior eran interminable.

Una a una, Marcia y Mulo fueron descartando a las personas. Siempre con el robot sopesando todas las variantes, su escrutinio meticuloso daba la tranquilidad a Marcia de que no se les pasaría nada por alto, ni cometerían errores. Algunas personas eran más fáciles de eliminar de la lista que otras. Ella descubrió que no podía ser imparcial en muchos casos, había gente que le caía bien, a pesar de ciertas actitudes. Hasta podía entender la frialdad insensible de secretarías, vigilantes y gerentes, la fórmula para sobrevivir en esa empresa era muy contagiosa; era necesario un cerebro selectivo como el de Mulo para hallar al portador del ADN.

Cuando, al fin, terminaron de evaluar al personal completo se encontraron con que no tenían al candidato identificado. Las personas afables escondían personalidades hábiles para el timo y la traición. Otras personas, calladas y sumisas, anidaban en sus corazones vergüenzas y envidias enormes, muchas viejitas dulces y jovencitos sonrientes ocultaban oscuros resentimientos.



De regreso en la cronocápsula, repasaron sus apuntes una y otra vez.

—¿Qué pasamos por alto, Mulo? —dijo ella—. Estas personas son de lo peor.

—Quizá nuestra premisa de búsqueda esté errada. —Acotó el robot, siempre con su tono correcto.

—¿Qué quieres decir?

—Nos concentramos en un estereotipo de nuestro candidato —comenzó Mulo con tono catedrático—, sin tomar en cuenta el medio donde debe desenvolverse. Una persona con las actitudes que buscamos no sobreviviría en esa empresa; es atinado pensar que alguien que dijese la verdad estaría obligado a convertirse en antagonista del resto. Pronto sería tildado de perturbador, considerado una persona antipática para la mayoría. No dudo que se unirían para acusarlo con calumnias y así conseguir su despido.

—Estimado Mulo —dijo Marcia amonestando con suavidad al robot y sorprendiéndose de dirigirse a él amablemente—, no ha habido despidos este último mes; y tú lo sabes.

—No me refiero a eso. Nuestro objetivo también ha de ser una persona inteligente. La adaptación a los cambios imprevistos es un rasgo vital para la supervivencia. Los



robots de búsqueda estuvieron más tiempo que nosotros, además de tener mejor experiencia en ese campo —Mulo calló por un espacio de medio minuto—. Debemos observar a una persona reservada que sabe solucionar problemas sin ser identificado. Alguien que se mueve en el anonimato, que no habla de sí mismo y tal vez sea hosco con ciertas personas.

Marcia entendió el razonamiento de Mulo, casi no podía creer que aquella máquina fuese tan útil, hasta tuvo deseos de abrazarlo. En aquel reconocimiento había descubierto que era un compañero leal, además de práctico y nunca le levantaba la voz o ignoraba sus preguntas.

Regresaron al edificio, con nuevos conocimientos para la búsqueda.

Volvieron a la faena y ya casi terminaba el día cuando encontraron al portador del ADN. Por supuesto, estaba cubriendo, sin informar de ello, el horario de un compañero, alguien que sabían no era su amigo. Aquella persona no era mencionada en las conversaciones cotidianas, tenía varios enemigos, pero también era querido por muchos, aunque no participaba en salidas o fiestas de la empresa. Sus acciones nunca quedaban registradas y para la mayoría de sus compañeros era una persona parca y poco social, pero de temperamento enérgico con aquellos que menospreciaban su puesto o autoridad.

Marcia estableció las coordenadas para regresar con los datos del nuevo candidato en la cronoagenda. En la base tendrían todo fácil con esa información. La mujer se ubicó ante los mandos de la cronocápsula, pero esta vez, Mulo no fue recluido en el armario. Ocupó el asiento de copiloto, con el rango de Asistente Oficial.

—Veamos el próximo informe, amigo. —dijo Marcia con una sonrisa.

© M. C. Carper

M.C. Carper. Escritor e ilustrador argentino de Ciencia Ficción. Ganador del primer premio y el accésit en el rubro ilustración del PIII 2009. Realizó el comic biográfico de AC/DC y un comic book sobre el Inner Cilce, Los Maestros del Caos. Ha participado en Alfa Eridiani, Forjadores, Axxón, Próxima, Sensación y MiNatura. Ilustró Escultores de Hombres de Claudio L. Anaya. También realiza la Serie Salvat en Aurora Bitzine y la space opera EdLD en Portal-Cifi.



LADRÓN DE EXPERIENCIAS

por Steve Stanton

Este es un mundo en el que los recuerdos han dejado de ser algo íntimo para transformarse en un producto, en una mercancía sometida a los caprichos de la oferta y de la demanda. Este es el tiempo en que los ladrones no sólo se apropian de las experiencias, también incitan a los individuos para que sean sus protagonistas. Esta es, pues, la época en la que la amnesia es el camino para el recuerdo.

Uno nunca sabe qué clase de vivencias va a vender estos días. Es un verdadero problema para los ladrones de experiencias como yo. Puedes estudiar rasgos culturales, analizar las tendencias de mercado, contratar gurus de la publicidad... y aun así errar de cabo a rabo. No hay garantías ni previsiones. Simplemente resulta imposible anticipar cuáles serán las vivencias más valiosas.

Antes no era así. Contábamos con infinidad de nuevas experiencias placenteras y una multitud de usuarios ávidos de ellas. En esos días, los atletas, alpinistas y deportistas de riesgo proporcionaban vivencias muy valiosas, ¿Montó alguna vez en un trineo que recorre un brillante túnel de hielo? Ése era uno de mis productos buenos de entonces. ¿Corrió alguna vez delante de los toros en Pamplona? ¿O luchó con una anaconda en la selva tropical del Amazonas? Todas esas experiencias se vendían mucho y bien en aquellos días.

La pornografía era buena también, sensaciones ilimitadas sin riesgos de contraer enfermedades. Hice un montón de sincronizaciones sórdidas al comienzo de mi carrera —cualquier cosa servía para completar mi cuota—, y también era un trabajo duro, no se imagina cuánto. Las prostitutas eran un objetivo fácil y obvio, pero si supieran lo que pasaba por sus cabezas en los momentos de acción, el aburrimiento les llevaría a practicar la castidad. *Cena de los niños, el lavado de la ropa, ¿acaso este tipo va a tener un ataque cardíaco encima de mí, o qué?* Ante esto, me pregunto cómo algunas de estas profesionales consiguen llevar a cabo un espectáculo con éxito. La mayoría de las veces no vale la pena robar la secuencia. Se necesita ser un verdadero fanático para robar incluso la pornografía marginal.

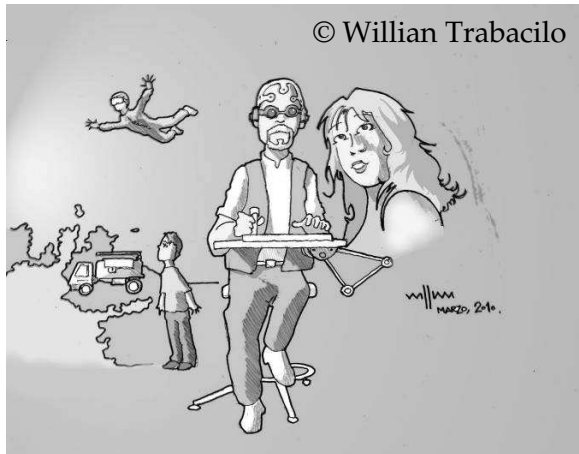
Y lo mismo reza para el otro lado de la moneda, recordemos las viejas secuencias evangélicas. ¿Recuerda *Charismania*? Recuerdo haber presidido un mitín de miles de personas, rodeado por un mar de manos levantadas en oración, el espíritu de gloria encima de las aguas, moviéndose en mi corazón, hablando con mis labios —era mi primer millón de ventas, el que confirmó mi reputación de ladrón de experiencias *par excellence*. Ésos eran buenos tiempos.

Ahora el público está saciado, y con toda la razón. Todos y cada uno de los actos humanos concebibles han sido grabados. Se han robado las vivencias suficientes desde el presente hasta el Pleistoceno. Es simplemente imposible impresionar al sofisticado usuario moderno, añadir algo nuevo a su vasta experiencia. Ya ganó la Serie Mundial y fue elegido Presidente de los Estados Unidos. Ya ha estado sin gravedad en el espacio



exterior y lo ha hecho con varios dobles de Marilyn Monroe, posiblemente al mismo tiempo. ¿Qué puede añadir a eso un ladrón de experiencias?

Concéntrense en la técnica, les digo hoy a mis mejores estudiantes: robar vivencias es un arte, la forma final del espectáculo. Somos profesionales inteligentes que roban para usuarios inteligentes, y lo que cuenta no es lo que revelamos sino lo que insinuamos. La desnuda experiencia humana es sólo una base sobre la cual construir, los fondos armónicos para una sinfonía empírica. Con una buena técnica, un ladrón de experiencias puede hacer de *Bibliotecario en Descanso* un gran éxito de ventas. ¿Qué pensamientos secretos yacen escondidos detrás de esos ojos afables? ¿Qué imaginación exótica? Uno puede explorar los niveles subconscientes si está sintonizado apropiadamente: uno tiene que usar todos los avances tecnológicos. Ahora estoy trabajando sobre una nueva generación de secuencias «súper conscientes». El usuario exigente hoy...



¿Dónde estaba? ¿Vio alguna vez mi secuencia *Héroe*? A veces uno tropieza con un clásico así sin premeditación. Estaba ese día en mi unidad móvil, explorando las calles buscando algo anormal para cumplir mi cuota, cuando me encontré con el edificio en llamas. Una casa de ladrillos de dos plantas de la que salían llamas rugiendo por la puerta principal mientras el humo se rizaba debajo de los aleros. El edificio absorbía aire con un ¡shuff! audible, anhelaba oxígeno como una cocina de

madera recalentada. Se había reunido una multitud. Los bomberos contenían a los padres que pujaban por volver adentro. Uno podía escuchar los gritos de los niños a través de una ventana del piso superior.

Activé mi sistema y empecé a escanear a los espectadores. Estaba buscando una base particularmente emotiva, esa horrible sensación de sed de sangre que uno a veces encuentra en una audiencia muerta —simplemente una secuencia fugaz y extrema para el noticiero. Noté que un joven miraba hacia arriba con atención embelesada, su cara inmóvil por la tensión, y pensé que había encontrado un objetivo valioso. Lo sondeé y encontré un buen contenido emotivo. Me conecté directamente al cerebro y empecé a ensanchar mis filtros. Horror, pánico... una señal abrumadora. Sintonicé mejor la visual para corregir un ligero astigmatismo y maximicé la señal olfativa del humo. Estimulé los niveles de amígdalas y del hipocampo buscando un buen efecto artístico y reduje el conocimiento verbal, que parecía estar atascado en una rutina circular repetitiva que tenía que ver con cuestiones sobrenaturales. Sincronicé y empecé la secuencia de bypass.

Yo/nosotros estábamos ahí, saboreando el humo como ácido caliente, escuchando los llantos de los niños por encima del griterío de la multitud, retrocediendo interiormente y rebotando hacia la superficie de la conciencia, rebotando hacia adelante



y atrás como un redoble, como un teleobjetivo enfocando y desenfocando una escena demasiado espeluznante de contemplar. Yo/nosotros no podíamos aceptar la realidad, la tortura de esos inocentes.

Algo se disparó... todavía es como lo describo hasta el día de hoy. Una total reorganización conceptual. Desde el caos vino una determinación fija, desde el horror una resolución horrorosa. Yo/nosotros corrimos hacia el fuego, subimos la escalera ennegrecida, cegados por el humo y jadeando, sin temer nunca a la muerte. Yo/nosotros éramos invencibles, súper humanos. Yo/nosotros seguimos los gritos, pateamos puertas en llamas, gateamos sobre una alfombra humeante. Dos niños bajo una cama y un bebé inconsciente en una cuna. Yo/nosotros los recogimos como si fueran sacos para la lavandería, los envolvimos en mantas y los cargamos sobre los hombros. Entonces, yo/nosotros notamos dolor, mareo, debilidad. Yo/nosotros vomitamos humo y bilis y caímos hacia adelante.

Usted ya ha experimentado la secuencia; conoce la peculiar brecha en la temporalidad del escape del héroe. Incluso ahora, mirando hacia atrás, me pregunto cómo conservé la suficiente perspicacia profesional para enviar señales a la computadora y solicitar tiempo adicional. Los abogados tienen buenos motivos para criticar lo que hice. Están en su derecho, pero los usuarios apasionados comprenden por qué utilicé más tiempo en *Héroe*. Tenía que tenerlo todo, con enmiendas legales o no. Estaba allí esa primera vez, sufrí a lo largo de la versión no editada; no me cuente mi trabajo.

Las manos y los pies del héroe quedaron permanentemente mutilados, la cara desfigurada, los pulmones quemados y ennegrecidos. Los niños fueron tratados en el hospital por inhalación de humo y luego se les dio el alta. Los padres se convirtieron al Cristianismo. El héroe, más tarde, les dijo a los reporteros que no recordaba nada de lo que había ocurrido. Por supuesto que no... yo le había robado el episodio entero. Envié al héroe una copia previa a la publicación y le ofrecí un diez por ciento como arreglo extrajudicial por el tiempo adicional robado. (La edición final dejó la secuencia en siete segundos, como ya sabe.) Es un hombre rico hoy.

Me preguntan constantemente si influí en el héroe de alguna manera para que emprendiera su audaz rescate, si al sincronizar y robar su actividad cerebral de alguna manera fabriqué la secuencia, lo cual por supuesto es absurdo. Robar vivencias es un acto completamente pasivo, inadvertido por el sujeto. Jamás se ha intentado una comunicación en ambos sentidos fuera del laboratorio, y los resultados allí obtenidos no son dignos de publicar —glorificadas conversaciones telefónicas. El héroe se habría lanzado de cabeza en esas llamas conmigo o sin mí, y puede agradecer a su buena estrella...

¿Dónde estaba? De acuerdo, consideremos la parte ética. Primero dígame con sinceridad, ¿quién va a echar en falta cinco minutos de proceso mental? La gente desperdicia más tiempo en los atascos o en el cuarto de baño. Algunas personas están tan drogadas que renuncian a las funciones cerebrales más elevadas durante la mayor parte del día. Una cultura sin respeto por el tiempo bien puede permitirse la pérdida de una fracción insignificante a manos de los ladrones de experiencias como yo. Si Dios



hubiera querido que nuestros pensamientos y sentimientos fueran privados no habría permitido el desarrollo de la tecnología de monitoreo... y no estoy tratando de ser gracioso; he visto demasiadas cosas extrañas para negar su existencia. Confesaré mi peor robo y le permitiré que me juzgue. ¿Recuerda *Virgen Novia*? Esa joven podría haber tenido motivos para quejarse. Esos cuatro minutos y cincuenta y cinco segundos cruciales podrían efectivamente haber tenido cierta importancia emocional —como hombre, sólo puedo adivinar hasta qué punto— pero piense en la experimentada satisfacción que proporcionó a millones, hombres y mujeres, vírgenes o no. Ella ha contribuido al gestalt social, ha influido en el entorno contemporáneo. Ella siempre puede comprar la secuencia; estoy seguro de que ya ha pasado al mercado masivo. En todo caso...

Maldición, esto es desconcertante. ¿Dónde estaba? Calidad es la palabra clave estos días. Un producto de buena calidad nunca estará fuera de estilo. No está grabado en granito que el mercado comercial no aceptará las sutilezas de la expresión artística. Cualquier ladrón de experiencias puede dominar la exactitud técnica, y muchos pueden aprender a violar reglas básicas con buenos resultados, pero sólo los mejores estudiantes muestran esa chispa de originalidad, ese amor por el tema y formato necesario para una secuencia clásica. El resto seguirá las tendencias y modas del día; proporcionarán un buen material a los semanarios y tal vez aparecerán en las listas una y otra vez con esfuerzo máximo y un poco de suerte. Y nadie estará a salvo de su atención. Cuando las regalías despierten algún interés descenderán como una multitud sobre reyes y reinas en todo el mundo; cuando un nuevo Papa sea votado se aglomerarán como moscas alrededor de las rosquillas de azúcar. Seguí las tendencias durante la mayor parte de mi propia vida, de modo que no malinterprete mi crítica. Simplemente estoy señalando que la búsqueda de la novedad tiene que terminar en algún lugar, algún día.

Los usuarios han viajado hasta el Mar de la Tranquilidad y observado a la Tierra girar en el aire desde un terreno lunar escarpado. Los usuarios han bailado al ritmo de tambores tribales en una llanura africana iluminada por el fuego. Los usuarios han usado el cerebro de un físico subatómico para reflexionar sobre los primeros nanosegundos de la creación, cuando el universo mismo no era más grande que un átomo de hidrógeno. Sin embargo, incluso después de todos estos años, la búsqueda de la secuencia final no muestra pruebas de aflojar, los semanarios exigen más, el público lo devora todo, y se muestra crítico exigente, y ahora la atención parece haberse volcado sobre los ladrones de experiencias. A veces deseo...

¿Dónde estaba?

© Steve Stanton

Steve Stanton vive en Ontario, Canadá, y se ha graduado por la Universidad de Toronto. Sus historias cortas han sido publicadas en doce países y ocho idiomas. Su primera novela, *Reconciliation*, será publicada (en inglés) en septiembre de 2010 como parte de una trilogía de ciencia-ficción. Actualmente Ejerce como Vicepresidente de la Sociedad de CF de Canadá.
www.stevestanton.ca



LAGARTOS

por Carlos Morales

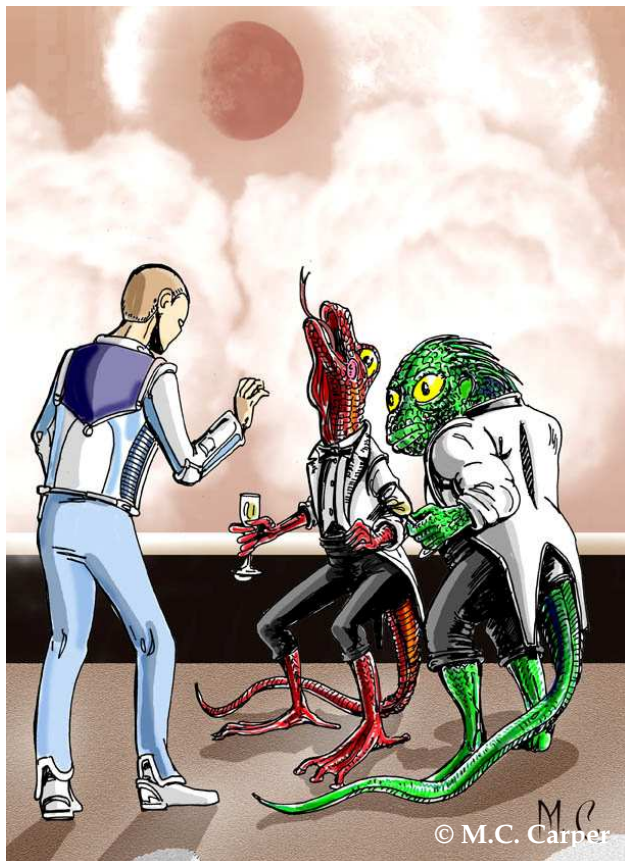
Uno de los rasgos que distinguen a las civilizaciones es el de la diplomacia, ese arte de disfrazar la verdad para no mostrarla tal cual es y de ocultar las intenciones propias tras las palabras que el otro quiere escuchar. Pero, ¿cómo se transforma la diplomacia cuando dos razas diferentes se encuentran? ¿Existirá un protocolo universal que les permitirá entenderse?, y, de no ser así, ¿habrá alguno que sea superior a los demás? Carlos Morales responde a estas y otras más preguntas a través de un relato, por demás, «perturbador».

El hombre es el animal que se ríe de sí mismo.
-Robert A. Heinlein, *Stranger in a Strange Land*

—Son una especie de lagartos.

El jefe de protocolo asintió.

—Así es, Martin. Observe estas imágenes que nos han proporcionado de su cultura. Obsérvelas con cuidado.



A los lagartos parecían gustarles los piletones de barro. Hasta ceremonias parecían hacer en ellos. Todo indicaba que hasta celebraban ceremonias en ellas.

—Nos han dicho que eso es una boda
—aseveró mordaz el jefe de protocolo.

Una multitud de lagartos arrojaba largos pescados —a simple vista semejaban anguilas— sobre la feliz pareja, que se daba mutuamente cabezazos en el centro de la pileta enlodada.

—¿Qué es eso que hacen? ¿Qué expulsan por detrás?

—Pues... supuestamente defecan en el lodo cuando están muy contentos..., como esa digna pareja —terminó Lord Sappleton, con un retintín de disgusto.

Martin se enfrentó a las dos autoridades que lo habían convocado a esa austera oficina de la Cancillería.

—OK. ¿Cuál es mi tarea, entonces?



—Una cosa más. Vea este otro video, tomado por Ceremonial durante el primer encuentro tras nuestro desembarco en el planeta. Entonces hablaremos.

Si la escena anterior había sido extraña, ésta resultaba grotesca. Los lagartos intentaban mantenerse de pie vestidos en fracs —o algo muy parecido— y saludaban a los visitantes de la Tierra con copas de cristal entre sus garras. Los terrestres, como quedaba claro en la imagen, estaban entre sorprendidos y tentados a largar la carcajada.

Martin se volvió hacia el noble embajador, que parecía ensimismado.

—¿Es acaso una broma?

Lord Sappleton lo miró hoscamente.

—¿Le parece que tenemos tiempo para bromas? Esos *lagartos*, como todos los llaman, son la raza Yetle. No se deje engañar por su apariencia: poseen una flota considerable y bien armada, y conocen el vuelo hiperespacial. Además, duplican en número a nuestra especie. Y su nave embajadora está a dos días de aquí. La enviaron sin avisar. Bueno, justo es decir que tampoco nosotros avisamos que llegábamos hasta el último momento.

—Ya veo. Bueno, ¿qué esperan de mí?

El jefe de protocolo apagó la pantalla. El embajador se repantigó en el amplio sillón.

—Usted me fue recomendado por la propia Reina. Me ha sido informado que es el mejor analista del que podemos disponer. Yo estuve en esa reunión en el planeta y le puedo asegurar que los Yetle se lo tomaban todo muy en serio.

»El caballero aquí presente —hizo un gesto indicando al jefe de protocolo— insiste en que los Yetle se han dado cuenta de nuestra superior cultura y nos han honrado aceptándola como la correcta y civilizada forma de ceremonial. En cuanto al general McNally, el jefe militar de la expedición, está convencido de que nos estaban remedando en forma grosera para que reaccionemos en consecuencia, y tener así ellos un pretexto para la guerra. Pero yo no estoy tan convencido de las apreciaciones de ambos. Creo que los Yetle nos están probando, de alguna manera. La Reina entendió mi preocupación y sugirió su nombre.

—Ya veo.

—En dos días llegan esos emisarios Yetle. Usted tiene veinticuatro horas para indicarme cómo debemos proceder.

—Hum.

Lord Sappleton se levantó con elegancia, abotonó la chaqueta sobre su prominente estómago, extrajo la tableta del marco de la pantalla y se la entregó.

—Aquí está toda la información de que disponemos: los videos que nos enviaron, los que les radiamos nosotros al llegar... usted ya los conoce, la típica presentación de la humanidad ante una raza alienígena... y las filmaciones que nuestro equipo ha hecho



mientras estuvo allí. Además, los análisis de Inteligencia sobre sus capacidades.

—¿No le molesta si los reviso aquí?

—Por supuesto que no, haga como quiera. Debo retirarme ahora. Le destinaré un empleado de la Cancillería para cuando termine; lo esperará en el hall.

Lord Sappleton ascendía a su vehículo cuando escuchó su nombre. Se volvió.

—¿Qué desea, Martin?

—¿Me llevaría hasta casa, su Excelencia?

—Por supuesto. Álvaro, abre al caballero.

La puerta izquierda se deslizó y Martin entró con una sonrisa en el rostro. El vehículo cabeceó levemente y levantó el vuelo.

—Pensé que había dicho que se quedaría en el despacho.

—No ha hecho falta. Tengo la solución al asunto.

—¿De veras? Caramba, qué rapidez. —El dignatario lo miró de reojo, suspicaz—. Y... ¿se puede saber cuál es?

—Lo siento mucho, señor, pero antes debo hacer una llamada. —Trasteó con su teléfono, ante la atónita mirada del otro—. Alguien desea hablarle, señor.

—¿A qué se refiere? ¿Quién quiere hablarme?

—La Reina, señor.

Lord Sappleton tomó el teléfono, confuso por primera vez.

—Mi señora...

—*Alvin, le debemos mucho, por lo que desde este mismo momento cederá al señor Martin su puesto en la futura embajada Yetle. Tengo algo previsto que le dejará conforme. Mañana a las diez en mi despacho.*

—Ehh...

Pero la comunicación se cortó, y dejó al ahora ex embajador (con un palmo de narices) con la palabra en la boca. Martin le tocó el brazo.

—Informe, por favor, el cambio a su chofer.

Lord Sappleton tragó en seco, se acomodó la corbata e hizo lo que se le indicaba. Álvaro sólo le concedió un leve saludo —un dedo en la visera de su gorra de chofer— y pasó a mirar a su nuevo jefe por el retrovisor, para recordar perfectamente su rostro.

—Disculpe usted —reaccionó por fin Lord Sappleton—, pero me despierta muchas preguntas todo esto.

—Le estoy haciendo un favor, Sire. Pero puede ayudarme; en dos días necesito



convencer a un hotel de primera categoría de que llene su piscina de lodo y que usted se prepare a vernos defecar en ella. ¿Podrá conseguir que unos infantes de marina de élite me acompañen? Es que luego vendrá la lucha a cabezazos con los Yetle...

El ex funcionario lo miró horrorizado.

—Así es, Sire. Ellos nos hicieron los honores debidos según su costumbre: acomodarse a las nuestras. Nos corresponde hacer otro tanto. Álvaro, vamos a casa del ex embajador. Le dejaremos allí.

© *Carlos Morales*

Carlos Morales: Buenos Aires-1961. Fue un niño enfermizo; estudioso pero retraído. Ilustrador compulsivo e interesado por todo lo que tuviera que ver con la tecnología. A los 19 años, descubrió los Bolsilibros de Bruguera Ciencia Ficción, y a partir de ese momento lee casi cualquier cosa Diseñador mecánico en un laboratorio científico, letrista y guitarrista de base en una banda de rock progresivo, investigador y articulista numismático especializado en errorística, además de esforzado padre de una jovencita pensante. Actualmente no hace música, pero sí el resto de actividades incluyendo la de escribir y repasar manuscritos; participa también en foros de literatura -donde busca impulsar una CF hard latinoamericana...



LA MÁQUINA DEL TIEMPO

por José Carlos Canalda Cámara

Si tuvieras un artefacto que te permitiera viajar en el tiempo, ¿lo harías? ¿A qué costo? Lo que todo navegante en las corrientes del tiempo teme son las paradojas, la más conocida es la que especula sobre lo que sucedería si matas a tu abuelo al retroceder en el tiempo. Aquí la paradoja es mucho más relevante ¿Qué sucede si tienes que decidir si vives o no como resultado de atreverte a desafiar a Cronos?

El gran momento había llegado. Después de toda una vida de sacrificios sin recompensa el premio a todos sus esfuerzos iba a ser por fin cobrado. Atrás quedaban todas las humillaciones, todos los desprecios, todos los sinsabores que se había visto obligado a sufrir durante su larga vida profesional... Demasiado larga, y demasiado amarga.

Habían sido muchos años teniendo que soportar jefes mediocres o rapaces, cuando no ambas cosas simultáneamente, viendo cómo sus ideas eran ignoradas si no expoliadas. Él era mejor que muchos de sus superiores, pero nunca pudo dejar de ser un simple subordinado sin la menor posibilidad de ver reconocida su valía. Quienes no lo conocían afirmaban ingenuamente que el mundo de la ciencia era libre y enriquecedor, pero él sabía por propia experiencia que los científicos no eran en su conjunto ni peores ni mejores que cualquier otro colectivo social, aunque sí más sofisticados, y que entre ellos se daban exactamente las mismas injusticias y los mismos pecados que en cualquier otro lugar.

Flaco consuelo, se decía, resignado como estaba a su injusta situación. Pero la investigación era la razón de su vida y, si la ciencia oficial le negaba el reconocimiento que por su talla se merecía, él se buscaría la manera de resarcirse buscando la verdad por su cuenta. Malos tiempos corrían para quien deseara investigar sin ataduras de ningún tipo, dado que tanto las grandes estructuras burocráticas como la superespecialización suicida hacían virtualmente imposible la figura del investigador independiente a la manera de los humanistas del Renacimiento; pero él era tesonero, en ello le iba el empeño y a ello se consagró.

Por fortuna, apenas si necesitaba para sus planes algo más que un potente ordenador y mucho tiempo libre para desarrollar su teoría; y, puesto que disponía de ambas cosas, pronto pudo empezar a desarrollar una peculiar doble vida. Durante unas horas, las mínimas imprescindibles para cumplir con sus obligaciones de funcionario, dejaba pasar el tiempo en su rutinario trabajo de investigación oficial, tan alienante como una cadena de montaje y tan estéril como la producción de un burócrata. Pero cuando traspasaba la puerta de su centro y se encaminaba hacia su casa la situación cambiaba por completo, con su mente libre de ataduras dedicada exclusivamente a desarrollar sus revolucionarias ideas... Tan revolucionarias que jamás le hubieran creído



de haberlas dado a conocer, circunstancia ésta que no había pasado jamás por su cabeza.

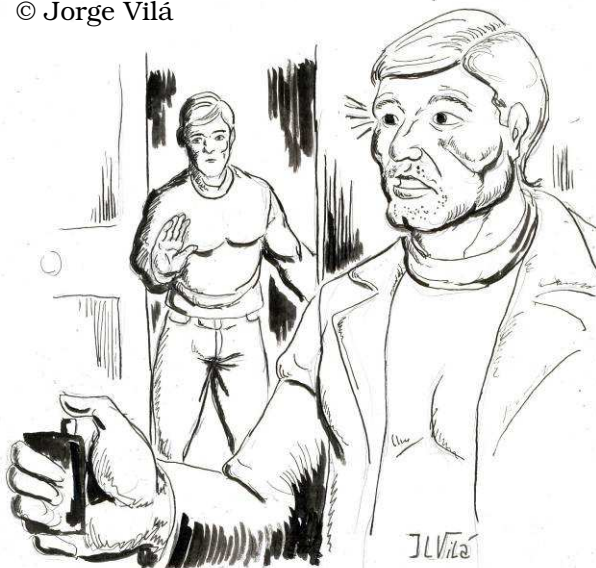
Pasaron los años y su teoría fue tomando lentamente forma. Sumido en un ambiente en el que nada nuevo se imaginaba, un ambiente en el que los científicos habían dejado de ser creadores para convertirse en simples artesanos, tristes remedos de los grandes genios que gobernarán con mano firme la nave de la ciencia hacia ya casi un siglo, él era probablemente el último representante de esa noble estirpe de pensadores que con sus revolucionarias ideas habían cambiado la historia, el único que en aquellos momentos se cobijaba bajo el manto protector de una ciencia que tan sólo engendraba ya tristes remedos de sí mismos, adocenados epígonos de una época que había desaparecido ya.

Pero eso sólo lo sabía él. Misántropo convencido tanto en su trabajo como en sus relaciones sociales, sin familia y sin amigos dignos de tal nombre, ni tan siquiera sus escasos allegados llegaban a tener la menor sospecha de cuál era su verdadera actividad. Marginado y despreciado en su trabajo, rechazado por huraño en todas las demás esferas de su vida, él era en realidad feliz pudiendo disponer de su vida sin interferencias de ningún tipo que pudiera distraerlo un solo instante de su magna labor. Y mientras tanto, su teoría seguía adelante.

No fue sino a las puertas mismas de la jubilación cuando consiguió culminar por fin su tarea... Con un éxito completo, al menos en el plano teórico. Ahora tan sólo quedaba la comprobación experimental de su logro, para lo cual ya no bastaba tan sólo con un ordenador y su cerebro; pero él era tesonero y al final conseguiría construir en secreto el ingenio que habría de demostrar lo acertado de su teoría. De esta manera, la primera Máquina del Tiempo de la historia de la humanidad fue al fin una tangible realidad.

Ciertamente no le había resultado difícil; la extrema, casi insultante simplicidad del artefacto parecía una burla de todos aquellos devotos de la tecnología que creían vehementemente que cualquier artefacto capaz de realizar una labor mínimamente sofisticada debería ser por fuerza indefectiblemente complicado. Que una Máquina del Tiempo no abultara más que un paquete de cigarrillos y cupiera sin problemas en un bolsillo era realmente chocante, pero no necesitaba más para cumplir con su revolucionaria misión.

© Jorge Vilá



Que una Máquina del Tiempo no abultara más que un paquete de cigarrillos y cupiera sin problemas en un bolsillo era realmente chocante, pero no necesitaba más para cumplir con su revolucionaria misión.

Una vez tuvo en sus manos el artefacto que él mismo había construido, procedió sin vacilaciones a utilizarlo. Hacía ya mucho que había decidido cuál sería su primer viaje por el Tiempo, por lo que no tuvo la menor necesidad de vacilar. Sabía perfectamente dónde ir, y



sabía también qué tenía que hacer allí. Sin miedo de ningún tipo procedió a apretar el botón de conexión... Y entonces apareció él.

Lo identificó rápidamente. Cierto era que existían algunas diferencias en su aspecto (el pelo más abundante y completamente negro, la ausencia de barriga, un aire mucho más joven), pero resultaba evidente que se trataba de él... de él mismo.

No suele ser nada frecuente que alguien se encuentre consigo mismo, máxime si el visitante es a la vez igual y diferente a él. Y tampoco lo es precisamente que el sosias aparezca de repente materializándose de la nada. Pocos habrían sido capaces de afrontar con entereza tan insólita situación, pero él supo sobreponerse a la sorpresa asumiendo que, al ser el inventor de la Máquina del Tiempo, nada había de extraño en que fuera visitado por él mismo, lo que no evitaba que esta circunstancia le causara una notable perplejidad.

—¿Qué quieres? —preguntó a su visitante sin llegar a pulsar el botón.

—Que no conectes ese aparato —fue la escueta respuesta.

—¿Por qué?

—Para evitar que tú llegues a ser lo que soy yo.

—Eso es absurdo. —Aunque todavía afectado por la sorpresa, comenzaba ya a recobrar su aplomo—. Tú eres yo y yo soy tú; ¿qué importa lo demás?

—Te equivocas —respondió el visitante—. Tú y yo somos diferentes, puesto que procedemos de distintos avatares. Nuestras líneas vitales se bifurcaron hace mucho, justo desde que apretaste ese botón y realizaste tu primer y único viaje al pasado. Yo soy como tú deseabas ser, pero tú y yo no somos la misma persona.

—Pues no parece que te haya ido mal del todo —ironizó el científico—. Se te ve muy buen aspecto, mucho mejor que el mío por cierto.

—Así es, al menos en lo que respecta al plano puramente material; con dinero de sobra resulta bastante fácil conservar mejor tu cuerpo.

—Luego el viaje resultó ser un éxito.

—Desde tu punto de vista, un éxito completo. Viajaste al pasado y te reuniste contigo mismo (y conmigo, puesto que hasta entonces ambos éramos el mismo) cuando solamente eras un joven recién salido de la facultad. Te proporcionaste una información que para tu yo viejo era trivial pero que para tu yo joven resultaba valiosísima: un premio millonario de lotería, una inversión afortunada del dinero recién ganado en la compra de una empresa, unos cuantos cambalaches financieros... Y he aquí al joven estudiante, condenado por el destino a arrastrar una vida gris y mortecina hasta su jubilación, convertido repentinamente en un magnate de la industria con más dinero del que jamás podría gastar puesto que, como dicen los americanos, lo difícil es hacerse con el primer millón de dólares.

—Y ese empresario...



—Ése soy yo, evidentemente, el yo de exactamente tu misma edad que tú siempre anhelaste ser; agraciado por la fortuna gracias a que tú me comunicaste cierta combinación ganadora hace ya muchos años.

—¿Qué tiene esto de malo? —protestó—. Al fin y al cabo, eso era precisamente lo que yo quería.

—Lo sé —suspiró—. Por esta razón es por lo que yo estoy aquí; porque ignoras por completo cuáles pueden ser las consecuencias derivadas de la alteración de tu línea temporal.

—¿Cuáles van a ser, aparte de que cambio una existencia miserable por una vida rica?

—¿Eres consciente de que con tu acción te estás condenando a desaparecer?

—¿Cómo voy a desaparecer? Tú existes.

—Pero tú y yo somos distintos, ya te lo dije. Nuestras respectivas vidas han discurrido por caminos diferentes durante la mayor parte de nuestra existencia, y nuestras vivencias, nuestros recuerdos y nuestras personalidades en suma son también completamente dispares.

—Ya veo lo que quieres decir. Tú me estás poniendo el ejemplo de los dos gemelos educados por separado y de manera distinta. ¿Me equivoco?

—Bien, es una buena metáfora —concedió—. Tienes que tener en cuenta que la personalidad de todos nosotros está modelada no sólo por nuestro patrimonio genético, sino también por las numerosas circunstancias que nos acontecen todos los días. De ellas dependemos y sin ellas, o por mejor decir con otras distintas, habríamos sido diferentes. Por esta razón, tú y yo no podemos ser iguales.

—Comprendo. Dices que desapareceré en el mismo momento en el que nuestro joven yo común reciba de mis manos la información necesaria para enriquecerse... ¡Pero eso es precisamente lo que yo quiero!

—¿Sabes que con ello te estás suicidando? —insistió de nuevo—. Peor aún; te estás negando tu propia existencia. Jamás habrás existido.

—¡Pero estarás tú! ¿Qué me importa que seas diferente? ¿Crees acaso que siento el menor apego por la vida que he llevado? ¿Crees que me importa lo más mínimo renunciar a una existencia gris y desagradable? Yo quiero ser tú, ¿entiendes?

—Entiendo —respondió al tiempo que movía tristemente la cabeza—. Pero lo que te niegas a aceptar es que tú jamás podrás cambiar tu vida por la mía, ya que simplemente dejarás de ser; tu destino está marcado y nunca lo podrías cambiar por mucho que lo intentes. Además, y por si fuera poco, esto tampoco serviría para nada ya que yo no me podría beneficiar de tu sacrificio.

—¿Cómo dices? ¿Acaso no eres real? ¿Acaso no has llevado una vida regalada durante todos estos años gracias a mi ayuda? ¿Así es como me lo agradeces?



—Continúas sin entenderlo. Para nuestra común desgracia, con tu iniciativa no creaste una persona, sino que te limitaste únicamente a conjurar un fantasma. Por cierto; ¿te importa que me sienta? Ya no soy nada joven.

Sólo entonces se dio cuenta de que ambos estaban de pie. Mascullando una excusa, él mismo se sentó —más bien se derrumbó— frente a su visitante.

—¿Qué quieres decir con eso? —su sorpresa era auténtica.

—Algo muy sencillo. ¿Te has parado a pensar que tu iniciativa llevaba implícita una paradoja temporal?

—Yo no lo veo tan claro —refunfuñó irritado—. Tú eres la prueba palpable de que mi plan resultó ser un éxito completo; ahora mismo acabas de reconocerlo.

—A corto plazo es cierto; pero por desgracia, la bifurcación temporal que forzaste no es viable de modo indefinido.

—¿Por qué? —insistió con tozudez mirando fijamente a su interlocutor; mirándose a él mismo, pensó con desasosiego.

—Porque con tu acción me apartaste por completo de la investigación científica, de modo que no pude construir la Máquina del Tiempo que todavía tienes entre tus manos; porque en mi línea temporal no sólo no existes tú, sino que tampoco existe ese artefacto.

—¿Entonces...? —preguntó perplejo.

—Entonces nos encontramos con que yo existo gracias a que tú construiste la Máquina del Tiempo; pero al desaparecer tú desapareció también la Máquina, con lo que resulta imposible que yo pueda existir —concluyó con una irónica sonrisa.

—Esto es absurdo. Tanto tú como yo existimos.

—¿Y no te parece absurdo eso también? ¿No atenta contra el sentido común que nosotros dos podamos estar aquí hablando, sentados frente a frente, como si tal cosa? Pero si aprietas ese botón, te aseguro que ambos desapareceremos para siempre; tú porque habrás dejado de existir después de dar el mensaje a nuestro antecesor común, y yo porque nunca habré existido.

—No te creo —zanjó al tiempo que hacía un amago de conectar la Máquina—. Si ya lo hice una vez, forzosamente tendré que volverlo a repetir ahora.

—¡Aguarda un momento! —Su expresión era de un patetismo tal que descartaba toda posible sospecha de engaño—. Escúchame al menos —suplicó.

—Está bien —concedió a regañadientes, depositando la Máquina sobre la mesa—. Intenta convencerme de que tus argumentos son siquiera coherentes.

—Es una historia muy larga —suspiró con alivio—. A raíz de tu intervención... Sí, esa misma que ahora estoy tratando de evitar —concedió—, me convertí en un próspero hombre de negocios, y durante mucho tiempo me despreocupé por completo



no sólo de cuanto estuviera relacionado con la ciencia, sino también de la dichosa Máquina del Tiempo. No fue sino hasta bastantes años después cuando esta cuestión comenzó a preocuparme; puesto que mi vida derivaba, eso era evidente, de la utilización de la Máquina, si ésta no llegaba a ser construida, ¿cómo podría llegar a existir en esta línea temporal que tú habías abierto?

»Se trataba, sin duda, de una paradoja temporal a la que había que buscar una solución. Se me ocurrió que ésta podría ser la construcción por parte mía... mía, no tuya —aclaró—, de la Máquina; al fin y al cabo, si ya lo había hecho una vez, no veía la razón por la que no pudiera hacerlo una segunda.

»Por desgracia, mis circunstancias eran completamente distintas de las que te habían empujado a ti a culminar con éxito la tarea. Sabía, porque tú mismo me lo habías comunicado, que la Máquina del Tiempo era resultado de los esfuerzos de toda una vida dedicada en forma exclusiva a la investigación; tarea ésta completamente inalcanzable para mí por razones obvias ya que, aunque contaba con capacidad suficiente para ello, carecía de las condiciones necesarias para hacerlo.

»No, nunca podría conseguirlo; esto lo supe muy pronto, cuando tuve que abandonar definitivamente todos mis infructuosos esfuerzos por desarrollar la teoría. Pero algo tenía que hacer; no podía quedarme con los brazos cruzados. Puesto que no me resultaba posible realizar el desarrollo científico del problema, resolví abordar al menos una faceta que a ti te había pasado completamente desapercibida: la... llamémosla filosófica. ¿Cuáles serían las consecuencias de tu deliberada alteración del flujo del tiempo? ¿Cómo podría ser resuelta la paradoja temporal en la que involuntariamente habías enredado nuestras respectivas vidas? Eso sí estaba a mi alcance o, al menos, así lo creí, por lo que inmediatamente me puse manos a la obra.

—¿Y qué ocurrió? —interrumpió por vez primera.

—Pues que llegué mucho más lejos de lo que tú habías hecho, descubriendo con sorpresa que, de no remediarlo, ambos caminaríamos hacia la catástrofe de un bucle temporal en el que corríamos el riesgo de ser atrapados para siempre.

—Un momento —le interrumpió—. Aclárame eso del bucle. Según mis ecuaciones, mi intervención tendría que haber producido una bifurcación divergente en el flujo del Tiempo... Nunca un bucle que nos hiciera volver hacia atrás.

—Ahí es precisamente donde radica tu error: en considerar al Tiempo como algo moldeable a voluntad cuando en realidad cuenta con una elasticidad —vamos a llamarla así— que hace que sus deformaciones sólo puedan ser momentáneas antes de volver a su posición de equilibrio. Tú lo forzaste, es cierto, pero sin saber que tarde o temprano esa tensión tendría forzosamente que desaparecer.

—¿Quieres decir que mi esfuerzo no sirvió para nada?

—A largo plazo, después de cierto tiempo necesario para que el flujo temporal se recupere de la perturbación, por supuesto que no. La entropía temporal, la inercia que



hace que el Tiempo tienda siempre a retornar a su curso marcado, es tan grande que el esfuerzo necesario para mantener de forma indefinida una alteración del mismo tiende rápidamente a infinito. Por ello tarde o temprano las aguas tienen que acabar volviendo a su cauce. Eso sí, si al recobrar el Tiempo su curso natural tropieza con un obstáculo del tipo de nuestra paradoja, es decir, dos variantes de una misma persona, forzosamente tendrá que resolverlo mediante un bucle u otro mecanismo similar. No existe otra alternativa. ¿Me sigues?

—Perfectamente. ¿Acaso no pensamos los dos exactamente igual? —ironizó—. Pero no me trago que la diferencia de... ¿entropía temporal dices?... entre tú y yo pueda ser tan grande como para crear problemas de ese calibre. ¿Qué le importa al universo que alguien tan insignificante como nosotros sea rico o pobre?

—Olvidas que nadie está aislado sino en contacto continuo con muchas personas; y tú, como cualquier otro, estás interfiriendo constantemente en la vida de todos los que te rodean, de igual manera que ellos interfieren en la tuya.

—Aun con eso, pienso que exageras.

—No lo creas. En el mismo momento en el que nuestras vidas se bifurcaron, cada uno de nosotros comenzó a actuar de manera distinta. Yo gané una gran cantidad de dinero que en tu línea temporal fue a parar a otras personas distintas, mientras que tú ocupaste una plaza en un centro de investigación que en mi línea, supongo, también fue cubierto por otro científico. Pero no es sólo eso: imagínate todas las personas que has conocido a lo largo de estos años y que son completamente desconocidas para mí; y viceversa. Tus compañeros de trabajo, tus amigos, tu mujer...

—Estoy soltero —le interrumpió.

—Yo también, pero eso no deja de ser una simple casualidad; lo que sí he tenido han sido varias aventuras que a buen seguro no pueden coincidir con las tuyas.

—No, desde luego que no —respondió sonrojándose; él no había tenido jamás ese tipo de *aventuras*.

—Y eso no es todo —continuó—. Hace varios años tuve la desgracia de atropellar a una persona que falleció a consecuencia de las heridas recibidas en el accidente. No fue culpa mía, pero eso no impidió que mi involuntaria intervención se saldara con una muerte que en tu línea temporal no se produjo; considera ahora todas las incidencias cotidianas, importantes o no, que han tenido lugar a lo largo de todos estos años en tu vida y en la mía, y dime si la entropía temporal generada no puede llegar a ser realmente elevada, lo suficiente como para forzar al Tiempo a retornar a su lugar.

—En ese caso, ¿cómo me explicas que un problema de ese calibre haya podido haberseme pasado por alto?

—Porque tú te limitaste a estudiar su vertiente matemática; pero que una ecuación pueda ser resuelta algebraicamente no implica que sus resultados hayan de tener necesariamente un significado físico. Éste fue tu gran error; te sobraron matemáticas



pero te faltó sentido común.

—Es muy fácil criticar a alguien desde fuera —respondió amoscado—; mucho más, desde luego, que trabajar desde dentro. Pero por mucho que te empeñes, sigo encontrando puntos flacos en tus razonamientos.

—¿Dónde? —preguntó su interlocutor en un tono débilmente burlón.

—Concretamente, en tu tajante afirmación de que el Tiempo es inmutable y no se puede bifurcar. ¿Qué hubiera pasado, pongo por caso, si la famosa bala que casi mató al general Franco en la guerra de Marruecos hubiera acabado realmente con su vida?

—Pues que la historia contemporánea de España hubiera sido muy diferente —concedió beatíficamente.

—¿Lo ves? Te estás contradiciendo tú mismo.

—En absoluto; yo jamás he dicho que el Tiempo no se pueda bifurcar, sino que una vez bifurcado no es posible retroceder hasta la encrucijada para tomar un camino diferente. Lo cual, creo yo, no es precisamente lo mismo.

—Déjate de ambigüedades y rebate mi argumento.

—Nada más sencillo. El moro que disparó la bala era contemporáneo de Franco; nada había pasado todavía, por lo que el curso del Tiempo podía optar sin problemas entre dos soluciones distintas: Franco muerto o Franco vivo, y cada una de ellas conducía a futuros completamente distintos. Pero imagina ahora que tú, desde el futuro de Franco, decidieras viajar a tu pasado, es decir a *su* presente, para pegarle un tiro en la esperanza de poder cambiar de esta manera la historia contemporánea de España. Aquí sí estarías forzando una vuelta atrás, lo que necesariamente tendría que provocar una paradoja. El Tiempo es asimétrico, y tan sólo puede fluir en un único sentido.

—Concedido; vamos a aceptar la hipótesis del bucle. En ese caso, ¿cómo explicas que yo, de joven, no recibiera mi visita? ¿O que la primera vez que viajé por el Tiempo no vinieras tú a impedírmelo? Porque, de acuerdo con tu teoría, ésta sería para ti la segunda vuelta del lazo mientras para mí, por el contrario, seguiría siendo la primera. ¿No te parece incongruente?

—Ahora soy yo quien no te entiende —reconoció confundido—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Es muy sencillo. Si existe un bucle temporal, si dos puntos cronológicamente distintos se superponen, ambos deberían ser equivalentes; la interacción tendría que ser en los dos sentidos, y no en uno solo.

—Sigo sin comprenderte.

—Deja que termine de explicártelo. —Era evidente que estaba haciendo todo lo posible por desquitarse de su anterior derrota—. Al haber un punto de contacto en la línea temporal, tendríamos que encontrarnos con él tanto si viniéramos del pasado como si lo hiciéramos desde el futuro. Tendría que existir una simetría que en este caso



no se da, puesto que tú conoces acontecimientos que yo ignoro a pesar de que ambos arrancamos de un origen común.

—Pero ocurre que... —objetó débilmente.

—¡No me interrumpas! —Su creciente seguridad corría pareja con la pérdida de diplomacia—. Lo que quiero decir, es que si existe un bucle en el tiempo, forzosamente tendría que haber estado siempre allí; si yo hice un viaje al pasado para entrevistarme conmigo mismo, forzosamente tendría que recordar esa entrevista puesto que es seguro que tuvo lugar; sin embargo, esto no ocurre en mi caso sino solamente en el tuyo. Ésta es la verdadera paradoja; si fuera cierta tu teoría toda posible alteración de la historia habría tenido que ocurrir previamente, por lo que en la práctica resultaría inútil intentar modificarla. Sin embargo yo la alteré, como lo prueba el hecho de que ambos estemos ahora aquí, cada uno de nosotros procedente de una línea temporal distinta.

—Te equivocas de nuevo —tras el chaparrón había recobrado el aplomo—. El Tiempo no es algo estático tal como tú postulas sino una magnitud dinámica que está en continuo movimiento; sus remolinos se forman y se deshacen continuamente puesto que su camino no está trazado a priori, sino que se dibuja a cada momento. Tú iniciaste un bucle que anteriormente no existía en el mismo momento en el que conectaste la Máquina, y no antes; pero por esta razón es precisamente por lo que no puedes guardar recuerdo de la visita mientras que yo sí. Ahora ha llegado el momento en el que el bucle debe ser cerrado, y en nuestras manos está que el curso del Tiempo, al menos en lo que a nosotros respecta, continúe su rumbo normal o, por el contrario, quede atascado quizá para siempre.

—Bien, señor sabiondo —contraatacó irritado después de digerir todo lo anterior—. En ese caso, ¿cómo se explica que tú estés aquí si no tienes Máquina del Tiempo?

—Porque yo no he viajado en el Tiempo, al menos en sentido ascendente o descendente; yo no provengo ni de tu futuro ni de tu pasado, sino de un presente alternativo contemporáneo del tuyo con el que la entropía temporal ha forzado a reunirse.

—Y yo soy Napoleón Bonaparte —la explosión había tenido finalmente lugar—. Apareces de repente interrumpiendo el experimento con el que iba a culminar el trabajo de toda una vida; me cuentas toda una serie de historias increíbles acerca del hipotético peligro que supondría realizar un viaje al pasado; y por último pretendes convencerme de que así por las buenas, sin más que decir *abracadabra*, eres capaz de dar un saltito para presentarte ante mí. ¿Me tomas acaso por un imbécil?

—Pero es que es la verdad...

—¡Y un cuerno! Me paso cuarenta años de mi vida desarrollando ecuaciones, empleo casi cinco en construir este chisme —al decirlo esgrimía la Máquina del Tiempo amenazadoramente sobre su cabeza—, y ahora llega el chico listo, que no ha visto un vector desde que salió de la universidad, chasquea los dedos y se le aparece el genio de la lámpara. Así de simple. ¿Sabes qué voy a hacer? Mandarte a freír espárragos, apretar



este botón y desaparecer esperando que cuando vuelva tú ya no estés aquí.

—Hazlo. —La palidez de su rostro era tal que parecía el de un cadáver—. Hazlo y yo no estaré aquí; pero tú no podrás volver para comprobarlo.

—¿Y quién me garantiza eso? ¿Tú? Eres una parte demasiado interesada como para poder fiarme de lo que digas.

—Tan interesado que te estoy pidiendo que consumes mi desaparición. ¿Te parece eso egoísmo?

—Bueno, yo... —balbuceó confundido—. ¿Por qué tengo que creerte?

—Ya te he explicado suficientemente lo del bucle; si tú no viajas al pasado, yo no llegaré nunca a existir, pero si lo haces serás tú el que desaparezca arrastrándome a continuación a mí.

—¿Y si existiera un bucle dentro del bucle que exigiese que yo no realizara este viaje para que tú sí llegaras a existir? —preguntó receloso.

—No seas tan suspicaz; eso que has planteado es imposible.

—¿Por qué tengo que creerte? A mí me parece más verosímil que estés buscando tu propia supervivencia; lo entiendo, te lo aseguro, y yo en tu lugar intentaría hacer exactamente lo mismo. Pero lo que no me creo, es que vengas aquí dispuesto a sacrificarte de una forma tan altruista.

—Sigues sin comprenderlo. Cualquiera que sea la salida que se dé a este problema, yo estoy condenado a desaparecer. Por ello, y puesto que no tengo nada que perder ni que ganar, intento tan sólo salvarte. ¿Qué pierdo con ello?

—Pero continúas sin explicarme cómo pudiste aparecer aquí — le interrumpió.

—Te aseguro que no hice absolutamente nada de forma voluntaria. Tu manipulación del pasado hizo posible mi existencia gracias a un pliegue en el tiempo que antes no había existido; cuando dicho pliegue dejó de ser viable, es decir, cuando el bucle tuvo forzosamente que cerrarse al alcanzarse el momento en el que conectaste la Máquina, las dos bifurcaciones existentes hasta entonces, la tuya y la mía, se vieron forzadas a coincidir por la entropía temporal.

—Pero sin la Máquina del Tiempo...

—Para elevar agua a un depósito es necesaria una bomba que venza la fuerza de la gravedad, pero este agua será perfectamente capaz de caer por sí sola sin necesidad de ayuda de ninguna clase. Tu Máquina funciona de una manera similar provocando un salto contra la entropía temporal, pero cuando el flujo del Tiempo intenta recuperar su camino normal lo hace por propia inercia. Yo nunca hice el menor esfuerzo por llegar aquí pero sabía que esta circunstancia se tenía que dar obligatoriamente, por lo que me preparé para este momento. Sabía el cómo y el porqué, pero desconocía con exactitud el cuándo, por lo que me limité a esperar pacientemente a que llegara la hora.



—Aun aceptándolo, queda todavía otra cuestión por resolver. —Era evidente que no quería dar su brazo a torcer—. ¿No te parece una paradoja aún mayor que ambos podamos coexistir simultáneamente? ¿No hubiera sido más lógico según tus teorías que tú hubieras aparecido justo después de mi desaparición sin que ambos hubiéramos llegado a entrar en contacto?

—No, puesto que entonces el bucle no se habría llegado a cerrar. Para que su cierre fuera completo ambos teníamos que hablar antes de que yo me... desvaneciera, puesto que sólo yo conozco tu secreto y sólo yo podría ser capaz de convencerte.

—Eso es cierto —concedió—. Pero necesitaré pruebas más tangibles que tu propia presencia aquí.

—Lo lamento mucho, pero me temo que no voy a poderte dar satisfacción.

—¿Por qué? —preguntó con malicia—. ¿Porque no las tienes?

—Porque no voy a tener tiempo para proporcionártelas —fue la escueta respuesta—. Mi tiempo se acaba.

—¿Cómo?

—Hace un momento me preguntabas por qué ambos habíamos coincidido simultáneamente, y yo te he respondido que tal coincidencia era imprescindible para que el bucle se cerrara; pero el bucle ya se ha cerrado, por lo que mi existencia llega a su fin.

—Pero...

—No hay tiempo. Recuerda lo que te he dicho; nada puede salvarme a mí, pero tú todavía puedes evitar tu propia catástrofe. Piénsalo antes de apretar ese botón.

—Escucha...

—Fue un placer conocerte —fueron sus últimas palabras.

Y desapareció.

Varios años después continuaba sin pulsar el botón. En un primer momento la perplejidad le impidió reaccionar y más tarde, una vez superada la sorpresa, decidió aplazar la decisión hasta que estuviera bien seguro de todas las posibles consecuencias; él creía en sus ecuaciones, pero quizá...

Le costó mucho tiempo revisar sus teorías llegando finalmente a una conclusión desalentadora: las ecuaciones, tal como estaban formuladas, eran incapaces tanto de predecir como de descartar la paradoja temporal que le fuera anunciada por su yo paralelo; para poder obtener información al respecto debería replantearlas desde el principio, labor ésta que podría ocuparle durante varias décadas. Y ni aun de esto estaba seguro, puesto que su visitante había llegado a esta conclusión, según él, sin necesidad de aparato matemático alguno...

¿Y si había mentido?



¿Y si, pese a todo, era cierto lo que le había dicho?

Ante la duda se abstuvo. Algún tiempo después destruiría la Máquina del Tiempo, y no mucho más tarde fueron todas sus anotaciones, cuidadosamente conservadas hasta entonces, las que desaparecieron para siempre. Le quedaban muy pocos años de vida, y no podía correr el peligro de que algo tan peligroso como era su trabajo pudiera caer en manos inadecuadas. El riesgo era demasiado grande, y él no estaba dispuesto a correrlo.

Cuando al fin murió, lo hizo en paz.

© José Carlos Canalda Cámara

José Carlos Canalda (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares, y trabaja en un instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.) en Madrid. Ha publicado numerosos relatos, tanto en papel como en formato electrónico, en revistas y páginas web tales como Pulp Magazine, Asimov, Artifex, Antologías de relatos de El Melocotón Mecánico, Menhir, Sitio de Ciencia Ficción, NGC 3660, BEM, Qliphoth, Alfa Eridani, Púlsar, La Plaga, Tau Zero, Axxón, Efímero o Libro Andrómeda, entre otras.



PUERTAS PROHIBIDAS

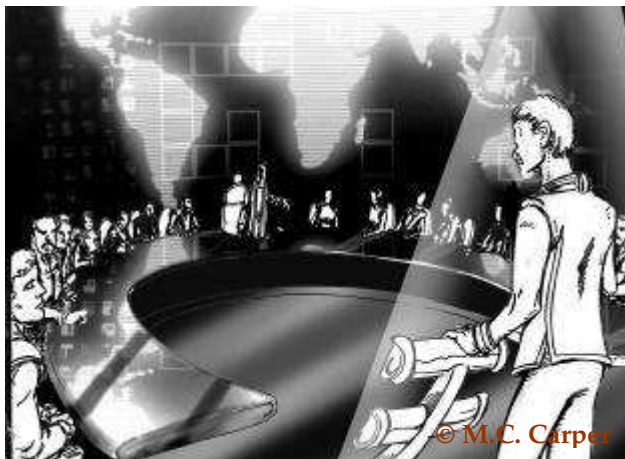
por Antonio Quintana Carrandi

Victor Rowan, el científico más brillante de la tierra, finalmente ha resuelto el problema de los viajes hiperespaciales y tiene todo dispuesto para que Hanibal, la primera nave de manufactura humana capaz de acortar la duración de las travesías cósmicas, haga su primer viaje. La presente es una historia que versa sobre el ingenio humano y de aquellas fronteras que ni siquiera es capaz de imaginar.

Victor Rowan se detuvo ante la doble puerta corredera decorada con el sello del Directorio Terrestre. Había llegado el momento. Tras largas semanas de espera, por fin iba a ser recibido por el gobierno en pleno. Cualquiera otro ciudadano se habría sentido cohibido en presencia de los máximos dirigentes del planeta, que en muy raras ocasiones concedían entrevistas, y mucho menos recibían a nadie en la sacrosanta sala del Consejo, en la que se discutían y decidían las cuestiones capitales que atañían no sólo al gobierno de la Tierra, sino al de todo el Sistema Solar. Pero Rowan no era un ciudadano cualquiera, sino uno de los científicos más importantes del último siglo, sino el que más, y no le asustaban los políticos, por mucho poder que tuvieran.

Un sensor de seguridad escaneó a Rowan. Tras unos pocos segundos de espera, las hojas de la puerta se deslizaron silenciosamente a ambos lados. El científico entró con paso ágil y elástico, impropio de un hombre de su avanzada edad, mientras la puerta se cerraba a sus espaldas. Rowan avanzó exactamente seis pasos y se detuvo.

La gran sala del consejo de gobierno era una estancia rectangular, de alto techo y paredes grises, en las que no se veían ventanas, pero sí varias pantallas de televisión de gran tamaño, que ahora estaban apagadas. El suelo era de reluciente mármol, negro como el petróleo. En el centro de la sala había una gran mesa de cristal, en forma de herradura, en torno a la cual se hallaban sentadas quince personas, nueve hombres y seis mujeres: los miembros del gobierno del Directorio Terrestre. En el hueco de la herradura que formaba la mesa había un sillón giratorio.



Tan pronto como entró Rowan, el Presidente, que ocupaba un sillón situado en el centro de la curva exterior de la herradura, se puso en pie.

—Buenas tardes, doctor Rowan — saludó en tono cordial—. Por favor, tenga la amabilidad de tomar asiento.

Sin decir una palabra, el científico avanzó unos cuantos pasos más y ocupó el sillón, siempre mirando fijamente al Presidente, que seguía de pie.



—Damas y caballeros —dijo el Presidente cuando Rowan se hubo sentado—. Todos están al tanto del motivo de esta reunión extraordinaria del consejo de gobierno, y puesto que cada uno de ustedes ha recibido un informe detallado sobre la cuestión que vamos a tratar, nos ahorraremos los preliminares e iremos directamente al grano. He convocado esta reunión para que puedan formularle directamente al doctor Rowan las preguntas que consideren oportunas. Huelga decir que ésta es una reunión secreta, por lo que sólo quedarán registros de la misma en los bancos de datos Cero del Servicio de Inteligencia.

Los miembros del gobierno intercambiaron miradas aprovechando la pausa hecha por el Presidente. Victor Rowan tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no pasear la vista por aquella colección de rostros suspicaces, algunos de los cuales pertenecían a personas que estaban abiertamente en su contra. O, mejor dicho, en contra de lo que él defendía.

—Como saben —prosiguió el Presidente—, hace doce años se llevó a cabo un experimento científico conocido como *Proyecto Hiperpuerta*. El objetivo de dicho proyecto no era otro que el de hallar la forma de abrir un acceso al hiperespacio, que permitiese a una nave espacial introducirse en el mismo y navegar por él, acortando de esta forma la duración de las travesías cósmicas. No voy a tratar de explicar ahora la teoría del hiperespacio, que todos conocemos aunque sólo sea a nivel divulgativo. Pero sí quiero resaltar la importancia de las investigaciones llevadas a cabo por el doctor Rowan y su equipo en los últimos diez años. El *Proyecto Hiperpuerta* fracasó, generando enormes pérdidas económicas y muchas críticas, lo que obligó al gobierno de entonces a cancelarlo. Pero un grupo de personas que había trabajado en dicho proyecto, entre las cuales destacaba el doctor Rowan, siguió adelante con sus estudios sobre el hiperespacio, gracias a una subvención gubernamental. Hace dos meses, el doctor solicitó una audiencia conmigo y me informó del resultado de sus investigaciones. En pocas palabras: Rowan y su equipo están seguros de haber resuelto el problema de acceder al hiperespacio, y hoy se encuentra aquí para solicitar de este gobierno los fondos y el equipamiento necesarios para reactivar el *Proyecto Hiperpuerta*.

Tras su largo parlamento, el Presidente se sentó, apoyó los codos sobre la pulida superficie vítrea de la mesa, unió las yemas de los dedos de sus manos y, sonriendo ampliamente, dijo a Rowan:

—Doctor, cuando quiera.

—Gracias, señor Presidente. —Victor se puso de pie. Aunque el sillón era giratorio, prefería mirar a aquellos hombres y mujeres desde un plano ligeramente superior. Después de todo, él era un científico y ellos *sólo* eran políticos—. Señoras, caballeros; el *Proyecto Hiperpuerta* fue un fracaso porque estuvo mal concebido desde el principio.

—Explíquenos eso —solicitó la Secretaria de Energía, una mujer rubia de unos cuarenta y cinco años—. ¿Cómo pudo concebirse mal un proyecto semejante?

—El hiperespacio es otra dimensión del universo, que está interconectada con el



espacio... llamémosle *normal*, a través de trillones de conductos que hemos bautizado con el nombre de *puertas subatómicas* —dijo el científico, mirando fríamente a la mujer—. A finales del siglo XXI logramos desarrollar las matemáticas necesarias para probar científica e irrefutablemente su existencia. A partir de ese momento, todos nuestros esfuerzos se dirigieron hacia una sola meta: encontrar el modo de dilatar una de esas *puertas subatómicas*, para permitir el paso a través de ella de una nave espacial. Esto podría conseguirse, en teoría, inyectando una gran cantidad de energía en uno de esos conductos, y para eso se construyó la *Hiperpuerta* que dio nombre a todo el proyecto. Recurriendo a la inagotable energía de nuestro Sol, llevamos a cabo, hace doce años, varios intentos de abrir un... vórtice de acceso al hiperespacio. Fracasamos. Algunos de los miembros del equipo sostuvimos que la idea de la *Hiperpuerta*, también llamada *plataforma de salto*, no era la más adecuada para resolver el problema, y propusimos otra línea de investigación. Mis colegas y yo pensábamos que, tal vez, el fallo se debía a que no era posible dilatar una *puerta subatómica* lo suficiente para permitir el paso de una nave, y ateniéndonos a esto, dedujimos que el fracaso del proyecto se debió a su erróneo planteamiento inicial.

—Doctor Rowan —intervino ahora el Secretario de Astronáutica—, el *Proyecto Hiperpuerta* fracasó estrepitosamente, y así constó en los informes oficiales. Sin embargo, como hemos sabido hace poco gracias a la desclasificación de ciertos documentos etiquetados en su momento como Top Secret, eso no es del todo cierto. En dos ocasiones, al menos, se logró dilatar una de esas... *puertas*, pero este detalle ni siquiera se hizo constar en los informes oficiales, y sólo aparece en los secretos, redactados por los científicos que dirigían el proyecto. ¿Quiere explicarnos por qué se hizo así?

—Estoy de acuerdo con mi colega —dijo el Secretario de Ciencia y Tecnología—. Por lo que sé, ni siquiera mi homólogo de entonces fue informado del asunto y, lo que es más grave aún, mi Departamento no recibió copia de ese informe secreto.

Rowan se volvió hacia la derecha para encararse con el que acababa de hablar, pero antes de que pudiera replicar a éste, se le adelantó el Presidente.

—El *Proyecto Hiperpuerta* era una investigación secreta, estimado Secretario de Ciencia y Tecnología. No creo necesario tener que explicar, a estas alturas, lo que significa el término *Secreto de Estado*. Sólo un reducido grupo de personas del gobierno estaba al tanto del asunto. Por otra parte, dada la importancia militar de la naturaleza del experimento, los analistas de Inteligencia insistieron en la necesidad de mantener al margen del proyecto a todas aquellas personas e instituciones que no estuvieran directamente implicadas en el mismo. Esto incluía, como es natural, a casi todas las Secretarías.

—Pero no a la de Defensa —comentó la Secretaria de Salud Pública, dirigiendo una irónica mirada al Secretario de Defensa.

Éste, un hombre de unos sesenta años, de recio aspecto acentuado por el uniforme azul que vestía, asintió con la cabeza.



—Defensa estaba a la cabeza del proyecto, es cierto —admitió—. Pero yo no tuve conocimiento de ello hasta que fui designado para ocupar esta Secretaría. Estoy seguro de que mis estimados colegas comprenden que no podía hablar del tema con ninguno de ellos, sin el consentimiento expreso del Presidente.

—Nos estamos desviando de la cuestión, damas y caballeros —intervino de nuevo el Presidente del Directorio Terrestre—. Les ruego que tengan la amabilidad de centrarse en el asunto que nos ocupa.

—De acuerdo —convino el Secretario de Astronáutica—. Doctor Rowan, insisto: ¿es cierto o no que hace doce años consiguieron ustedes abrir un... túnel, comunicación, punto de contacto, o como quiera llamarlo, entre el espacio *normal* y el hiperespacio?

Quince pares de ojos se clavaron en la enjuta figura del científico.

—Es cierto —respondió éste.

Un murmullo se extendió como un reguero de pólvora por la mesa en forma de herradura.

—Pero si han prestado atención a los informes de la época —continuó Rowan, alzando ligeramente la voz para hacerse oír por encima del excitado rumor de los cuchicheos de los políticos—, me refiero a los secretos que se les han facilitado hace unos días, sabrán que el mayor de esos vórtices apenas alcanzó los cuarenta centímetros de diámetro..., y eso a costa de ingentes cantidades de energía.

—Es verdad —reconoció el titular de Defensa—. Se hicieron una veintena de intentos, de los que sólo dos dieron resultados, aunque francamente pobres.

—Así es —afirmó Rowan—. Después de muchos intentos infructuosos, conseguimos dilatar una *puerta subatómica*, que sólo alcanzó los diez centímetros de diámetro. En vista de ello, decidimos aumentar el aflujo de energía en un doscientos cuarenta por ciento, con la esperanza de obtener una dilatación mayor. Pero tras varias semanas de trabajo, tan sólo obtuvimos, como ya he dicho, un vórtice de unos cuarenta centímetros de diámetro. Y ni siquiera pudimos mantenerlo estable durante medio minuto. Al igual que ocurrió con el primero, este minúsculo *punto de salto* se colapsó, es decir, se cerró, en apenas diez segundos. Esto fue lo máximo que pudimos conseguir hace doce años. Realizamos algunos intentos posteriores, incrementando hasta niveles increíbles la inyección de energía, pero ni siquiera pudimos abrir un vórtice microscópico. El proyecto fue cancelado. Sin embargo, algunos de mis colegas y yo nos replanteamos la cuestión desde su base...

—... y llegaron a la conclusión de que era imposible dilatar lo suficiente una de esas *puertas*, ¿verdad? —apuntó el Secretario de Interior.

—Exacto. Y partiendo de ahí, nos dedicamos en cuerpo y alma a desarrollar un nuevo método para acceder al hiperespacio.

—Según parece, lo han encontrado —dijo la Secretaria de Salud Pública.



—Sí.

—De acuerdo, doctor Rowan —el Secretario de Astronáutica se echó hacia atrás en su asiento y se cruzó de brazos—. Si han conseguido ustedes resolver el problema, por mi parte estoy ansioso por oír lo que tenga que decirnos.

Victor carraspeó ligeramente para aclararse la garganta, y empezó a hablar con claridad y lentitud, eligiendo cuidadosamente las palabras para que pudieran ser entendidas por aquel puñado de politicastos.

—Bien, aceptada la imposibilidad de dilatar lo suficiente una sola *puerta subatómica*, nos consagramos al estudio de la única alternativa posible, que era la de dilatar simultáneamente varias de esas *puertas*. No les aburriré enumerando los complicados cálculos que debimos realizar, ni con el relato de los obstáculos de todo tipo, principalmente científicos y económicos, que tuvimos que soslayar a lo largo de esos años de trabajo incesante. Pero, al fin, alcanzamos nuestro objetivo. Hoy estamos en situación de poder asegurar a este gobierno que el acceso al hiperespacio es posible.

—¿Cómo? —inquirió el titular de Astronáutica.

—Acabo de explicarlo. Dilatando a un tiempo varias *puertas subatómicas* próximas unas a otras, de forma que generen un solo vórtice hiperespacial.

—Muy interesante —comentó la Secretaria de Salud—. ¿Y quiere usted que aprobemos la... reactivación, por así decirlo, del *Proyecto Hiperpuerta*?

—No.

Los políticos cruzaron miradas de sorpresa.

—¿No? —se asombró la Secretaria de energía.

—El *Proyecto Hiperpuerta* conllevó la construcción de una estructura espacial, un gigantesco anillo de varios centenares de metros de circunferencia, que debía envolver el vórtice, una vez creado, y mantenerlo estable con un flujo constante de energía, canalizada a través de los inyectores distribuidos por la cara interna del anillo. Esta *hiperpuerta* costó veintidós mil millones de créditos y su construcción duró dieciocho meses. Y al final, se reveló casi inútil.

—Muy cierto —convino el Secretario del Tesoro—. Aparte de la cifra que acaba de mencionar, se invirtieron en el asunto otros quince mil millones de créditos, destinados a diferentes partidas relacionadas con el proyecto. Todo se fue al garete. La dichosa *hiperpuerta* se ha convertido en un montón de chatarra espacial, y en cuanto al capital invertido... Bueno, a día de hoy, el Tesoro todavía no se ha repuesto de semejante sangría.

—Esa inversión no se ha perdido del todo, señor Secretario.

—¿Ah, no, doctor? —inquirió el responsable de finanzas con escepticismo.

—No, porque gracias a ella hemos podido avanzar extraordinariamente en nuestro



conocimiento del hiperespacio. Permítanme proseguir. Lo que, en representación del equipo científico, quiero solicitar a este gobierno no es la reapertura del *Proyecto Hiperpuerta*, sino el inicio de otro proyecto más ambicioso y con mayores posibilidades de éxito. Además de descartar la dilatación de una sola *puerta subatómica*, hemos descartado, también, la idea de utilizar un dispositivo externo para abrir un vórtice. Dicho de otro modo: sostenemos que lo mejor es dotar a una astronave de un medio propio para saltar al hiperespacio.

—Es decir, construir una nave que integre en su equipo propulsor una especie de... motor hiperespacial.

—Exacto, señor Presidente —contestó Rowan—. Hemos diseñado un dispositivo que, una vez instalado a bordo de una nave, permitiría a ésta energizar simultáneamente todas las *puertas subatómicas* situadas a proa, abriendo un vórtice o *punto de salto*, a través del cual el navío podría deslizarse al hiperespacio.

—¡Fascinante! —exclamó el Secretario de Defensa—. ¿Puede hacerse eso?

—Según las conclusiones a que hemos llegado, sí, puede hacerse.

—Doctor Rowan, lo que acaba de exponernos es muy interesante —habló el Secretario del Tesoro—. Pero me temo que, desde el punto de vista financiero, sea de todo punto inviable. Estamos en medio de una recesión, agravada por las conflictivas situaciones que se viven en las colonias de Marte y en las lunas de Júpiter y Saturno. Por no hablar de los gravísimos problemas provocados por la actitud del Bloque Africano y de la Federación Asiática. En estos momentos está en juego la existencia misma del Directorio Terrestre, puede estallar una guerra cuando menos lo esperemos, y no creo que debamos embarcarnos ahora en algo como lo que usted propone. Necesitamos hasta el último crédito de nuestros fondos para cosas más importantes.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Rowan, fulminando con su mirada al orondo economista.

—Como, por ejemplo, financiar una modernización de nuestras fuerzas armadas, en previsión de que los disturbios acaben convirtiéndose en verdaderas revueltas —respondió secamente el titular del Tesoro.

—¿Qué opina de esto el titular de Defensa? —quiso saber el Presidente.

—Estoy de acuerdo con la valoración de mi colega del Tesoro, aunque sólo parcialmente. Debemos modernizar nuestro ejército y flota espacial. Pero, por otra parte, encuentro muy sugestiva la idea del doctor Rowan. Si consiguiésemos construir naves capaces de viajar por el hiperespacio, tendríamos una ventaja considerable sobre los que pretenden destruir el Directorio. En cuanto a las aplicaciones civiles del viaje hiperespacial, estoy seguro de que nuestro estimado colega, el Secretario de Astronáutica, comprende los enormes beneficios que nos reportaría una tecnología como ésta.

—Por supuesto —convino el mencionado.



—Sí, pero el coste del desarrollo de ese motor hiperespacial y de una nave capaz de integrarlo en sus sistemas sería prohibitivo —insistió el del Tesoro.

—No necesariamente —replicó Rowan—. Se podría emplear alguna de las naves que se están construyendo actualmente, modificándola en el astillero. Podríamos utilizar, por ejemplo, uno de esos nuevos cruceros pesados que...

—¿Cómo demonios sabe usted eso? —le cortó con sequedad el titular de Defensa.

—Yo le informé —respondió el Presidente—. Cuando el doctor Rowan me puso al tanto de su proyecto, hablamos largo y tendido sobre el asunto. En realidad, fui yo quien sugirió la posibilidad de recurrir a uno de los nuevos cruceros en construcción, puesto que son las naves más avanzadas diseñadas por nuestros ingenieros.

—Por lo que sé, esas naves, además de nuevas armas y blindajes, incorporan equipos propulsores de nuevo diseño, alimentados por una batería de tres reactores de fusión, dos de tipo estándar y uno avanzado —prosiguió Rowan impertérrito—. Se podría adaptar una de ellas para recibir nuestro propulsor hiperespacial. En cuanto a la potencia necesaria para energizar las *puertas subatómicas*, bastaría con dotarla de tres reactores de fusión avanzados. He podido estudiar dichos reactores, siempre con el conocimiento y anuencia del Presidente, por supuesto; y he concluido que tres de ellos, funcionando a la vez, bastarían para proporcionar la energía necesaria para abrir el vórtice.

—¿Qué probabilidades de éxito cree usted que puede tener, en el caso de que demos vía libre a su proyecto? —quiso saber la Secretaria de Energía.

—Un ochenta por ciento. A favor, naturalmente —sonrió Rowan.

—Muy bien. Aunque, a título personal, estoy de acuerdo con su planteamiento, no puedo decidir solo, doctor Rowan —dijo el Presidente—. ¿Hay algo más que quiera exponernos, antes de dar por concluida esta audiencia?

—Sólo una cosa, señor.

—Adelante, le escuchamos.

—Durante el siglo XXI y la primera mitad de éste, la humanidad ha sido capaz de erradicar enfermedades, acabar con la mayoría de las desigualdades y eliminar muchas de las otras lacras que se han abatido sobre nosotros desde el principio de los tiempos. Hemos explorado y colonizado todo el Sistema Solar. El siguiente paso lógico es nuestra expansión por la galaxia, y eso sólo podremos lograrlo accediendo primero al hiperespacio. Sé que, debido a nuestros anteriores fracasos en esta materia, muchos piensan que no estamos preparados todavía para dar el salto a las estrellas. Algunos, incluso entre ustedes mismos, miembros del gobierno del Directorio, albergan serias dudas sobre la viabilidad del viaje hiperespacial. Saben que existe el hiperespacio, pero consideran que aún no estamos tecnológicamente preparados para acceder al mismo y navegar por él. Se equivocan. Mis colaboradores y yo tenemos plena confianza en nuestro éxito, y tan sólo pedimos que se nos dé una oportunidad de demostrarlo.



Ustedes tienen la última palabra. Medítenlo bien. Tal vez el futuro de la humanidad dependa de lo que ustedes decidan respecto a este asunto.

Un profundo silencio siguió a las palabras del científico. Luego, tras un leve carraspeo, habló de nuevo el Presidente.

—Gracias por su exposición, doctor Rowan. Espero que en breve podamos darle una respuesta.

Comprendiendo que la audiencia había terminado, el científico, que había permanecido de pie desde que tomó la palabra por primera vez, inclinó levemente la cabeza en señal de saludo y abandonó la estancia. La suerte estaba echada. Ahora sólo le restaba esperar.

Rowan regresó a su hotel y contactó por videófono con los miembros de su equipo, que se hallaban en los laboratorios situados en Cernan City, en la Luna. Tras informarles sucintamente del desarrollo de la audiencia, pidió que le sirvieran en la *suite* una cena ligera y luego se retiró a descansar.

Pasaron cuatro días y la impaciencia empezó a consumir al científico. Ardía en deseos de llamar a la Casa Blanca, pero no lo hizo. Conocía bien al Presidente para saber que a éste no le gustaba que le atosigarán más de la cuenta. Si todavía no le había llamado debía de ser, simplemente, porque el Consejo no había alcanzado aún un acuerdo.

Por fin, nueve días después de su audiencia con los máximos dirigentes del Directorio Terrestre, fue llamado a la Casa Blanca y recibido por el Presidente en el Despacho Oval. El dirigente no se anduvo por las ramas. No había resultado nada fácil convencer a la mayoría de los Secretarios, pero, por fin, las tesis de Rowan se habían impuesto. Tenía carta blanca para llevar a cabo su proyecto.

Las semanas siguientes fueron de intensa actividad para Victor Rowan, que se trasladó con su equipo a los astilleros orbitales lunares, donde se estaban construyendo las nuevas naves de guerra, tres colosos de doscientos cincuenta metros de eslora, dotados de la tecnología más revolucionaria. Habían sido bautizadas con los nombres de *César*, *Alexander* y *Hanibal*, y esta última fue la asignada para el que todos los implicados acabaron por llamar *Proyecto Rowan*. A éste no le hizo ninguna gracia el nombrecito, pero nada dijo al respecto. Estaba demasiado ocupado trabajando dieciséis horas diarias para prestar atención a esas nimiedades.

La *Hanibal*, como sus hermanas de serie, era un artefacto nada aerodinámico y más bien feo, puesto que no había sido diseñado para desplazarse en una atmósfera, sino en el espacio exterior. Lo primero que hizo Rowan fue ordenar que se retirasen los bancos de armas, que ya estaban instalados. El interior del navío fue desmantelado casi por completo. Se retiraron los dos reactores de fusión estándar, reemplazándolos por dos



unidades avanzadas, con lo cual el *Hanibal* pasó a contar con tres reactores de última generación. La fase más delicada fue la del ensamblaje del motor hiperespacial, que debía ser conectado por una parte a los reactores, y por otra, a los recién acoplados inyectores de energía situados en la proa de la colosal astronave. Sólo esta operación llevó tres largos meses, y una vez realizada, todo el conjunto fue chequeado una y otra vez, hasta que Víctor se convenció de que todo estaba bien. Después vino un periodo de dos meses más, durante los cuales la nave y sus equipamientos fueron sometidos a una serie de exhaustivas pruebas, cuya finalidad era la de calibrar los sistemas y verificar cómo respondían los reactores. Todo parecía en orden, pero Rowan insistía en realizar nuevas comprobaciones. Pasaron muchos meses más, durante los cuales los nervios de los integrantes del equipo científico se exasperaron hasta el límite, porque Rowan no acababa de dar señales de sentirse satisfecho con el trabajo realizado. Pero un día, casi un año después de su reunión con los miembros del gobierno, Víctor Rowan dijo a sus colaboradores:

—Estamos listos.

A pesar de su enorme tamaño y grotesco aspecto, la *Hanibal* surcaba el espacio con la misma gracia y majestuosidad con la que un águila surca los aires. Dado el secreto en que se había llevado todo el asunto, el gigantesco crucero espacial había navegado hasta los confines del Sistema Solar, rebasando incluso la órbita de Plutón y adentrándose en el espacio profundo más de lo que ninguna nave tripulada lo había hecho antes. Una escuadra de ocho naves de combate ligeras escoltaban al gran navío cósmico. En el puente de mando, Rowan y su equipo vigilaban los instrumentos especiales que habían sido incorporados al equipamiento estándar de navegación. La tripulación de la *Hanibal* había sido cuidadosamente seleccionada entre los mejores de la flota espacial del Directorio. El Secretario de Defensa era el único miembro del gobierno que estaría presente en el momento culminante del experimento. Él sería el encargado de informar al Presidente del resultado del mismo.

Había llegado el momento. Todo estaba preparado. El capitán de la *Hanibal* ordenó a las naves de escolta que se retiraran a una distancia prudencial. Rowan y su gente realizaron las últimas comprobaciones rutinarias.

—Sala de reactores, informe —pidió Rowan a través de un micrófono.

—Reactores de fusión a pleno rendimiento —informó la voz del ingeniero jefe desde la sala de máquinas—. Preparados para canalizar energía hacia los inyectores.

—Control de inyectores, informe.

Una hermosa joven dijo, sin desviar la mirada de su consola:

—Inyectores en perfecto funcionamiento.



—¿Preparada su tripulación, capitán?

—Mi tripulación siempre está lista, doctor Rowan —respondió el capitán Haraldson sin titubear.

Víctor Rowan se acercó al sillón de mando de Haraldson y contempló, en la gran pantalla ovalada, la impresionante negrura tachonada de estrellas.

—Inicien la cuenta atrás —ordenó.

Una voz monocorde fue desgranando los dígitos con exasperante lentitud.

—Menos veinte segundos y contando... diecinueve... dieciocho... diecisiete...

El Secretario de Defensa, que permanecía de pie junto a uno de los controladores, se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo.

—... catorce... trece... doce...

Los dedos de los técnicos del equipo de Rowan volaban sobre los teclados táctiles de sus consolas. El capitán Haraldson comenzó a tamborilear con los dedos de una mano sobre el brazo de su sillón. Por su profesión, tenía gran interés en aquel experimento, que prometía revolucionar el concepto de navegación espacial.

—... nueve... ocho... siete... seis... cinco...

Por vez primera en mucho tiempo, Victor Rowan sintió la garganta seca. Había dedicado los últimos veinte años de su vida a desarrollar una forma de acceder al hiperespacio. Era ya casi un anciano, a pesar de que todavía conservaba buena parte del vigor de sus años mozos. Ésta era, sin duda, su última oportunidad de dejar su impronta en la historia científica de la humanidad. Si el experimento fracasaba de nuevo...

—... tres... dos... uno... ¡Inyectores activados!

Todas las miradas convergieron en la pantalla principal del puente de mando. En dos zancadas, Rowan se acercó a uno de los controladores y miró con ansiedad la consola que monitorizaba la actividad de los inyectores de energía. Funcionaban perfectamente. Volvió sus ojos hacia la gran pantalla ovalada. No parecía ocurrir nada. El negro espacio punteado de estrellas seguía tan aparentemente inmutable como siempre.

—¡Miren ahí! —gritó de pronto Haraldson—. En el centro de la pantalla. ¿Lo ven?

Rowan rodeó el sillón de mando del capitán y se acercó lentamente a la gran pantalla. Al principio no vio nada, pero unos instantes después, descubrió el pequeño círculo gris claro en el centro del monitor. Tenía las dimensiones de una moneda de veinte créditos y parecía aumentar de tamaño a cada segundo que pasaba. Para el científico y su gente no era nada nuevo, puesto que ya habían asistido a un espectáculo similar doce años atrás. Pero para Haraldson y su reducida tripulación se trataba de una experiencia única.



—Medición del vórtice —exigió Rowan secamente.

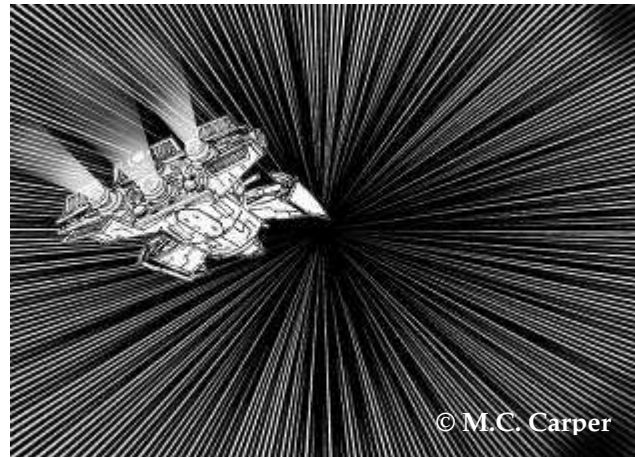
—Quince centímetros de diámetro y aumentando —respondió una voz—. Veinte centímetros... Treinta... Cuarenta... ¡Dios mío! ¡Mire eso, doctor Rowan!

De pronto, el círculo grisáceo se expandió como la onda provocada por una piedra arrojada a un estanque, hasta ocupar la mayor parte de la pantalla.

—¡Doctor! —pareció aullar uno de sus ayudantes—. ¡El vórtice alcanza ya los quinientos metros de diámetro!

Todos los presentes contuvieron el aliento, las miradas hipnóticamente fijas en aquella especie de cráter o agujero en el tejido del espacio, que emitía una extraña luz de un gris lechoso y fluctuante.

Inmóvil como una estatua, Victor Rowan asistía al increíble espectáculo. *Lo logramos, lo logramos*, repetía incesantemente una vocecilla en su cerebro.



© M.C. Carper

—Capitán Haraldson, adelante —ordenó en voz alta y clara.

—Sala de máquinas, impulsores a un quinto de potencia. Timonel, enfile hacia esa abertura.

La tripulación actuó con la rapidez y precisión que sólo se obtiene tras largos años de experiencia. Los dedos del piloto se deslizaron veloz y suavemente sobre los controles táctiles de su consola. A través del suelo metálico, recubierto de vitropilas, todas las personas presentes en el puente sintieron la poderosa vibración de los motores de la *Hanibal*.

Y entonces ocurrió lo inesperado, lo inimaginable.

El gran círculo de lechosa luz grisácea y fluctuante desapareció. No se cerró, reduciendo paulatinamente su tamaño, como habría sido lo lógico. Simplemente, se esfumó. Como si nunca hubiera existido. Un segundo antes estaba ahí; un segundo después, no.

Un coro de exclamaciones de sorpresa se dejó oír en el puente de mando. La tenue sonrisa que había empezado a perfilarse en los labios de Rowan se congeló. Haraldson soltó una procaz imprecación.

El puente de mando, con sus docenas de consolas cubiertas de monitores y lucecitas de colores, empezó a girar en torno a Rowan. Dos de sus ayudantes llegaron a tiempo de sostenerle, antes de que se derrumbara sin conocimiento.

El Secretario de Defensa, todavía con los ojos fijos en la pantalla, que ahora



mostraba de nuevo la inmensidad del espacio estrellado, murmuró:

—Quizá, después de todo, no estemos hechos para el hiperespacio.

—Reconocerás que, esta vez, mis criaturas, como tú las llamas, han estado a punto de conseguirlo —comentó Zidac, observando a su compañero, que era también su superior.

Btoh, que manipulaba con sus zarcillos los controles de los inductores anti-materia, tratando de encontrar algún fallo en el sistema, respondió:

—No cantes victoria antes de tiempo, Zidac. Es imposible que esos seres primitivos hayan podido abrir ese vórtice por sus propios medios. Tiene que haberse producido alguna avería en la red de inhibidores. Tal vez una súbita caída de energía... Ocurre a veces.

—Llevas en este trabajo más de diez mil ciclos. En ese tiempo, ¿cuántas averías como la que mencionas has visto?



Btoh no supo qué responder. Miró un instante a su compañero, y luego volvió a dedicar toda su atención a los datos que aparecían en la holopantalla.

La especie de ameba dorada que era Zidac se desplazó levitando hasta situarse junto a su congénere.

—La red de inhibidores de salto funciona correctamente —dijo—. Admítelo, Btoh. Los humanos son mucho más inteligentes de lo que suponían los Regidores.

—Sólo son formas de vida inferiores, indignas de integrarse en la Comunidad Interestelar.

—¿Por eso les estamos sometiendo a esta... *cuarentena*, como dicen ellos? —inquirió Zidac con suspicacia.

—No sólo a ellos —contestó Btoh—. Hay muchas especies similares repartidas por la galaxia, criaturas violentas, dominadas por sus pasiones e instintos, que pueden representar un peligro para las razas más avanzadas, como la nuestra. Estas *cuarentenas* son necesarias, Zidac. Debemos impedir que razas así dominen la tecnología hiperespacial. Al menos, hasta que hayan evolucionado lo suficiente, eliminando los instintos agresivos de su caudal genético.



—No es mi intención criticar las decisiones de los Regidores, pero no creo que lo que estamos haciendo sea justo. ¿Quiénes somos nosotros, o cualquiera de las otras especies más avanzadas, como tú dices, para encerrar a otra raza en su Sistema de origen, impidiéndole abandonarlo?

El único ojo de Btoh, circular, rojo y facetado como los de los insectos, clavó su inexpresiva mirada en su compañero.

—Eres demasiado joven para comprenderlo, Zidac. Hace cientos de miles de ciclos existía, en el otro extremo de la galaxia, una raza muy parecida a la humana. No parecida en lo físico, que en eso eran completamente distintas, sino en actitudes y carácter. Al igual que tus admirados humanos, aquellos seres luchaban entre ellos por razones absurdas, incomprensibles para las culturas avanzadas. Estuvieron a punto de aniquilarse entre sí, pero sobrevivieron. Desarrollaron la tecnología hiperespacial y comenzaron a extenderse por la galaxia, no como exploradores ávidos de conocimiento, como nosotros, sino como conquistadores. Se apoderaron de muchos Sistemas, esclavizando a sus habitantes, hasta que una coalición de especies superiores, liderada por nuestra raza, logró acabar con ellos. Pero la lucha se prolongó durante cientos de ciclos, pereciendo en ella miles de millones de seres. Todo por la ambición de una especie primitiva, que había desarrollado el viaje hiperespacial antes de tiempo. Fue entonces cuando los Regidores decidieron crear el programa de inhibidores de salto.

—Conozco la historia.

—Siendo así, no comprendo tu atracción por los humanos. Llevas el tiempo suficiente en este sector para conocerlos bien. Hemos sometido su mundo de origen, y aquellos en los que se han establecido, a observación y vigilancia. Su planeta natal estaba dividido en ridículas parcelas, denominadas naciones, que han estado guerreando entre sí hasta hace poco. Más tarde, cuando empezaron a expandirse por su Sistema planetario, siguieron enfrentándose entre ellos por el control de los recursos que encontraron en esos mundos.

—Pero han sido capaces de crear un gobierno global —replicó Zidac—. No negarás que es un primer paso prometedor.

—Podría serlo, si su mentalidad hubiera evolucionado lo suficiente. Pero siguen dominados por las mismas pasiones e instintos que les condujeron a dos guerras globales hace menos de tres de nuestros ciclos. ¿No te has fijado en lo que está ocurriendo ahora en ciertas zonas de su planeta natal? ¿Y qué me dices de la situación en el cuarto mundo del sistema, en el que los humanos tienen su colonia más poblada e importante? Los últimos escaneos de sus comunicaciones, analizados por nuestro Cerebro Central, indican que se está incubando un nuevo conflicto armado. No, Zidac; tus humanos no están preparados para disponer de la tecnología hiperespacial. Y si de mí dependiera, jamás se les permitiría salir de su Sistema.

Tras su larga parrafada, Btoh volvió a dedicar toda su atención a los controles de la red de inhibidores de salto. Su compañero regresó a su puesto, y durante un buen rato



observó, abstraído, las lecturas que recogían los escáneres enfocados hacia el tercer planeta de aquel Sistema, cuna de una especie tan fascinante.

—Lo he encontrado —dijo de pronto Btoh.

El cuerpo amebiforme de Zidac onduló casi imperceptiblemente, en lo que podría compararse con un estremecimiento humano. Concentrada su atención en el monitor holográfico, Btoh no se percató de ello.

—¿Qué has encontrado? —inquirió el más joven de los seres, tratando de que su voz no revelase a su compañero la preocupación que sentía.

—El inhibidor 324 ha sufrido una ligera pérdida de energía, que ha coincidido con el instante en que se abrió ese *punto de salto* frente a la nave humana.

—¿Significa eso que admites que los humanos han conseguido generar un vórtice hiperespacial por sus propios medios, y a pesar de la interferencia de nuestros inhibidores?

—En absoluto. Nunca lo habrían conseguido, de no mediar esta extraña pérdida de energía. No acabo de entender a qué puede deberse. Las lecturas indicaban que todos los inhibidores funcionaban correctamente.

—Los inhibidores son máquinas; muy sofisticadas, pero máquinas, al fin y al cabo. Y toda máquina está expuesta a fallos. Incluso las construidas por las razas más avanzadas —dijo Zidac sentenciosamente.

—Éste es tu campo de trabajo, Zidac. Quiero que recalibres este inhibidor y que averigües, si es posible, a qué se debió ese leve bajón energético. No podemos permitirnos fallos como éste. La cuarentena en torno a este Sistema y sus habitantes debe mantenerse a toda costa... hasta que los Regidores decidan lo contrario. Cosa que no creo que ocurra antes de quinientos ciclos.

—Me pondré a ello de inmediato.

—Cuando termines con el 324, deberás testear y recalibrar el resto de la Red.

—¡Pero tenemos 567 inhibidores cercando este sistema! —protestó Zidac.

—Tú hazlo —ordenó Btoh—. Por el momento, no informaremos a la superioridad. Después de todo, no ha ocurrido nada irreparable. El vórtice se colapsó antes de que la nave humana pudiera saltar al hiperespacio. Pero sigue preocupándome ese desfase energético. Investígalo. Yo me retiro a descansar.

—Así lo haré.

Btoh levitó hasta la cápsula teletransportadora y se introdujo en ella. Una luz verdosa rieló durante una décima de segundo. Cuando se extinguió, Btoh ya no estaba allí. Había sido teletransportado a su cubículo de reposo, situado en el otro extremo de aquella gigantesca infraestructura que parecía mecerse en el gris lechoso del hiperespacio, y que era la gran Estación de Control Hiperespacial de aquel sector.



Zidac se puso rápidamente al trabajo. No tenía mucho tiempo, si quería borrar las pruebas de su intervención. Había tenido suerte. Btoh era viejo y estaba perdiendo facultades. O quizá se estaba volviendo algo indolente. Un superior más joven no se habría conformado con localizar el fallo, para luego ordenar a su subordinado que lo investigase. Habría realizado la investigación pertinente él mismo.

La operación de ajuste y recalibración del inhibidor 324 no le llevó demasiado tiempo. Después de todo, al contrario que Btoh, él sabía exactamente dónde estaba la *avería*.

Guiado por sus sentimientos de admiración hacia aquella raza extraordinaria, Zidac había obrado temerariamente, tratando de facilitarles el acceso al hiperespacio. Tal vez Btoh tuviera razón. Entraba en lo posible que su juventud le hubiera inducido a actuar impulsivamente, en su deseo de ayudar a la humanidad a escapar de la prisión en que estaba recluida, aun sin ella misma saberlo. Debería ser más prudente en lo sucesivo.

Solicitó al Cerebro Central una nueva lectura de los sistemas del inhibidor 324. Todo rastro de la *avería* había desaparecido. Ahora tendría que proceder al testeo y recalibración de toda la red. Ése era el precio que tenía que pagar por su osadía.

En una de las holopantallas, la Tierra refulgía en la negrura del espacio, como una joya de deslumbrante belleza.

—La próxima vez —musitó Zidac.

© Antonio Quintana Carrandi

Español, de cuarenta y cinco años de edad, **Antonio Quintana** es un fanático de la ciencia ficción desde que tenía diez años. Asimoviano de pro, entusiasta de los bolsilibros y las series televisivas clásicas del género, además de cinéfilo irreductible, es también colaborador habitual del Sitio de ciencia ficción, especializado en reseñas cinematográficas, no sólo del género citado, sino también de otros muchos. Cien por cien autodidacta, no se ha prodigado demasiado en el campo de la ficción, aunque en este momento está trabajando, a ratos perdidos, en una Space Opera con sabor hispano, que no sabe cuándo estará concluida.



PUERTO PIRATA

por Blanca Mart

El phishing es algo que, en el menor de los casos, genera incomodidad en estos días de piratería en la aldea global, Blanca Mart nos propone otro tipo de robo de identidad, en un futuro donde el código más defendido no se compone de unos y ceros sino de la preciosa larga secuencia compuesta por estas letras: ACTG.

I

—Sin duda es él —pensó Whissita.

Dice el holograma-reportero-galáctico que un hombre —sin identificar—, quizás un piloto austral por su modo de manejar las extensiones nitrogenadas, aterrizó sin permiso en Puerto Pirata. Liberó a las doscientas mujeres prisioneras, las metió en una nave automática que mandó a la luna y pegó una patada a la Consola Comercial de Alkurny, el jefe del cotarro del Barrio de Ostros.

Luego saltó a su nave y salió disparado.

Puerto Pirata explotó.

Me quedé reflexionando sobre el hecho: ésa era su depurada técnica; estaba ahí. ¿Qué demonios se le había perdido en Puerto Pirata? ¡Vaya pregunta! ¡Cualquier cosa!

Al Braker: tú siempre vas a lo tuyo. No es bueno tener a los tipos de Puerto Pirata tras de ti... si es que han logrado identificarte.

II

—Sé quién eres —dijo el arkud Alkurny y le miró fijamente. Sentado, se erguía magnífico en su poderosa dimensión, en medio de su despacho destrozado. Un rey entre las ruinas de mármol cibernético.

—Tienes valor, o eres un idiota —continuó apaciblemente—. La información que me quieres vender te la puedo exprimir del cerebro en un momento.

—No lo harás —contestó tranquilo, el arkud visitante—. Mi nombre es Rasho y quiero universos, en oro, en titanio, en



© Jorge Vilá



cuarzo marciano, en agua de Venus.

—Me sigues pareciendo muy imprudente.

—Voy a darte su nombre y el método para cazarlo. El método no es fácil, dado quien es él, y el anzuelo —quizás el mito—, está grabado lejos de aquí. Ni yo entiendo el proceso. Nada sacarías de mi cerebro.

Alkurny entornó los ojos.

—¿Cuánto?

—Un millón de universos. Los acepto en las especies que he citado. Tendrás tu venganza.

El arkud esperó las carcajadas del titán, pero éste solo masculló:

—Habla.

—Su nombre es Al Braker, explorador austral independiente y...

—¿Ése? ¿Ése? —Rugió el pirata—. Tendrás que demostrarlo muy bien, porque conozco al tipo. Nada se le ha perdido por esta zona. No se desvía de su ruta así como así. ¿Rescatar a las mujeres? ¡Qué estupidez! Es más propio de una de esas agrupaciones Pirata-libertarias...

—No. Sólo fue un hombre. Y es el que te digo.

El pirata se levantó, paseó por la amplia estancia, pateó los cables, deshechos, quemados; sus hombres se apartaban a su paso.

—¿Qué quería? ¿Formar su propio harén?

—Quería una mujer.

—¿Ese? ¿Ése, enamorado? No lo creo.

—Le pagaron por rescatarla.

—Te lo repito, arkud. Él no hace esos trabajos.

—Hizo éste; pero no se desvió de su camino, no, tenlo por seguro. Le entregaron como pago el diseño de las Naves Arquetípicas de los Solares Antiguos de Mai-Nor, los dioses del mar.

El pirata se detuvo y lo miró fijamente. La noche oscurecía su voz.

—Ahora empiezo a creerte —paseó otro poco y luego se detuvo frente a él—. ¿A quién venía a rescatar? ¿Quién era ella?

—Tenías secuestrada a una diosa solar. No llevaba los Signos. No podías identificarla. Abea Shar es su nombre. Los solares pagaron por ella.

—¿Por qué llevarse a todas? ¡Qué imprudente exageración!

—Dices que sabes de él. Bien: reconoce ahí su estilo, no le gusta perder tiempo.



«Todo el mundo fuera», y asunto arreglado. ¡Que luego los solares detecten a su diosa! —El arkud se encogió de hombros—. Debía tener una nave mercante contratada, situada al lado de la suya, una exploradora. Había ido a la Taberna a beber. Quizá compartió con tus hombres. «Traigo mercancía, ¿con quién hablo?» ¡Un piloto austral, quién sabe en qué negocio! ¿Qué tiene eso de raro?

El pirata se paseó impaciente.

—Tendrás tu paga. ¿Dónde está él, ahora?

—No lo sé.

La mirada del pirata era fría.

—El universo es muy grande y tu paga es excesiva.

—Donde quiera que él esté —arguyó calmadamente el arkud—, no se dejará ver en un tiempo... a menos que tenga un motivo...

—A menos que...

—Tengamos a su mujer.

Las risas de Alkurny relajaron a sus hombres, que le miraban tensos.

—No tiene mujer. ¿Come alrededor de un fuego? ¿Comparte un hogar? No se sabe nada de eso. Es un solitario.

—Vives muy apartado, Señor de los piratas. Tiene una mujer. Comparte con ella la aventura de la vida.

—¿Cómo sabes que arriesgaría su vida por ella? ¿O le vas a ofrecer, como cebo, los diseños de las naves arkudes?

—Esos ya los robó, y encima le premiaron.

—La mujer —urgió el pirata.

—Fue a rescatarla a Arkud, desde la Tierra. Fue al ritual del Tiempo Dorado. No se apartó de ella ni un segundo. No ganó nada. Los dos eran uno.

—Su nombre.

—Whissita Reed. Terrestre.

III

Tenía los diseños de las naves solares frente a él. No podía creerlo. Se estiró, contento, perezoso. Esa noche con una diosa. Ese viaje. Esas Tierras Solares. Todo ardía. Todo ese fuego en su mente. Y necesitaba hielo. Tendría que andarse con cuidado durante un largo tiempo. Nada de la Zona III de Puerto Pirata. Nada cerca de Los Confines.

Así que aquel amanecer, Al Braker, piloto austral, explorador independiente, partió.



Ingresó en el código interno los nuevos conocimientos solares obtenidos. Envío datos parciales del diseño a Tierra, al taller donde cuidaba y recreaba las piezas de su nave, *La Frontera azul*. No se le había ocurrido un nombre más decadente para aquella joya capaz de llegar detrás del Sol, de aterrizar en Mercurio, de atravesar Los Confines. Con ella hubiera entrado en Puerto Pirata sin necesidad de contratar dos naves y hacer dos viajes. Primero dejó la mercante. Se fue en la bipolar y su piloto se fue en la exploradora. Vuelta de regreso y claro, tenía que abandonar aquella cáscara. Quizás debiera construir una gemelar, algo más pequeña, con las cualidades de la *Frontera*.

Bien, luego vería eso.

Hacía dos días que había partido de la Tierra de los Solares y se dispuso a hibernar. No le gustaba esa parte de los viajes. Nunca le había gustado.

No hay mas remedio —se dijo—. Es demasiado tiempo.

Y entonces, como siempre en el momento inoportuno, sonó una llamada en el comunicador: EMERGENCIA y el consiguiente parpadeo. Pulsó el botón de entrada de imagen.

En la pantalla, el rostro de un solar, Alio Marden.

—Piloto Braker, los piratas saben quién es usted. Un arkud ha llevado el comunicado. Desconocemos los motivos.

—Comprendo. ¿Saben quién es?

—Rasho Mor de Arkud.

—Lo conozco. Me cuidaré.

—¿Braker, sabe alguien más de su rumbo?

—Nadie.

—Me despido. Buen paseo. Buen aterrizaje, donde sea que vaya.

—Gracias amigo.

Al apagó y se sentó en silencio. Conocía a Rasho, en otro tiempo comisionado para llevarle por la fuerza a Arkud. El piloto le había dejado noqueado en Tierra y había partido solo en busca de Whissita. No necesitaba ninguna presión para ir a buscarla. Además no le gustaba que le obligaran. Bien, parece que ahora tocaba una de esas imaginarias venganzas de honor. O quizás un buen negocio con excusa de venganza. Porque que los piratas iban a pagar por él, eso era seguro.

Tenía que pensar. Más adelante se hibernaría. Luego, tras el primer salto. Ahora sería mejor tomar su saxofón y relajarse un rato con su propia música.

Puso en marcha el proceso automático de la nave y tomando el saxo, recordó música Antigua de la Tierra. ¿Cómo la llamaban, *blue*? Y entró en el universo que él mismo creaba.



IV

Alkurny se inclinó sobre la deliciosa carne de jabalí clonado.

—¿Le gusta?

—Excelente comida —asintió Rasho.

—Dicen que los piratas no somos hospitalarios. Después de este banquete estaremos en mejor disposición para ir a buscar sus grabaciones.

—Pero yo ya estaré lejos.

—Me molesta. Realmente me molesta que no confíe en mí. En nosotros. Le he pagado la mitad de su pedido. En cuanto tenga el chip, le daré el resto, y usted no confía en mí... en nosotros...

Sus hombres sonrieron.

—Beba, es un buen vino.

El arkud bebió.

—Delicioso.

—Hábleme de su odio.

—¿De... mi...?

—Sí, usted conoce mis motivos. Son evidentes. Yo no conozco los suyos.

Y eso es muy importante. Da posibilidad a futuras transacciones.

—Me golpeó. Al Braker me golpeó.

—No sea infantil.

—Está bien. Todo empezó con esa mujer. Whissita.

—Ah, la mujer.

—Sí, ella. Estuvo en Arkud. Fue invitada a iniciar el Rito del Tiempo Dorado.

—¡Ella fue! Toda una proeza, hay que reconocerlo.

—Ya ¿Oyó hablar del asunto?

—Por supuesto. Su pueblo, los arkudes, siempre estaban en guerra, se dice que a causa de la vacuna que habían conseguido en un intercambio con los piratas de Orsini. Se dice que esa vacuna detuvo la plaga que les asolaba, pero que también alteró sus enzimas convirtiéndolos en el pueblo más absurdamente agresivo de su zona Galáctica.

—Exageraciones...

—No, espere —continuó el pirata—. Aun hay más: esa mujer, no recordaba el nombre, les entregó una pócima, una medicina, durante el Rito Dorado. Algo que contrarrestó el efecto de agresividad que la dichosa vacuna había provocado en su



pueblo. Fíjese si estoy bien informado.

—Ella fue la culpable.

—Culpable ¿de qué? Su pueblo ya no guerrea constantemente; comercia, se ha enriquecido. Sus naves cruzan el espacio, las conozco bien. —Sonrió el pirata, añadiendo rápidamente—: No se enfade, amigo, es nuestro trabajo. Pero en todo caso, coma, coma. Esto es pavo transgénico al vino de Baitinia. En fin, como le decía, Arkud se ha transformado, se ha enriquecido en su paz interna.

El arkud sonrió burlón.

—Es usted un guerrero... no legal, por decirlo de alguna forma pero habla como un hombre culto.

—Tengo un libro —se enorgulleció el pirata.

—¿Lo robó de un Archivo Hurus?

—No, no —se rió Alkurny—. Esos Archivos son tierra neutral. Hasta un pirata recibiría asilo en uno de ellos. Digamos que lo encontré por ahí. Pero no me hace falta el libro para saber que esa mujer benefició a su pueblo.

El arkud rechinó los dientes.

—En monstruos castrados los convirtió. ¿Sabe exactamente lo que pasó?

—Dígame usted.

—El gobierno anunció públicamente que guerreábamos por desequilibrio, que con la nueva fórmula que todos debíamos beber durante el Rito del Tiempo Dorado, sanaríamos.

—Fue verdad.

—No. No. Yo no entré al ritual. Me negué. Enseguida, mis compañeros no eran mis compañeros. *Luchemos* —les dije—. *No* —me contestaban—; *sólo lucharemos para defender nuestras tierras; ahora nadie nos está atacando ¿Qué necesidad de pelear entre nosotros? Construye. Descansa.*

»Intenté agredirles y me apartaban. *Aún estás enfermo* —me decían—. ¡Ellos estaban enfermos! No peleábamos, no matábamos como antes, no...

—Bien —interrumpió el pirata—, supongamos que tenga razón. Su enemigo es la mujer. El mío es el hombre.

Los piratas que rodeaban la mesa de los dos hombres asintieron.

—No, los dos son uno. Él me golpeó brutalmente en Tierra. Fue a apoyarla sin importarle lo que ella hiciera en Arkud. Los dos deben pagar. Teniéndola a ella, lo tenemos a él.

El jefe de los piratas le miró detenidamente.

—¿Y cuando acabemos con ellos?



Y dijo *acabemos* conscientemente, manejando el alma de su huésped.

El otro reaccionó. Durante un segundo le miró desorientado.

—Todos los que desprecian la guerra, deben pagar.

Entonces el titán se inclinó hacia él.

—Rasho Mor, tenemos los mismos orígenes, los dos somos arkudes, aunque yo nací en Tierra. Siempre que tengas un enemigo, un pleito, una venganza... ven. Las posibles guerras, las rutas comerciales del Universo, los envíos imprevistos... tráeme esas noticias y serás bien recibido.

—No me interesa, señor de los piratas.

—Siempre, te lo garantizo, hay ganancias y sobre todo hay guerra en esos asuntos. ¿No quieres guerrear?

Los ojos del arkud brillaron.

—Lo que yo sepa, sabrás.

—Empieza por decirme dónde está la mujer.

—En Tierra.

—Muy lejos. Primero miraremos el asunto del chip.

V

El arkud ciertamente no gozaba en exceso de la cualidad de la prudencia, bebió todo el vino que pudo ingerir, cuando sólo con un sorbo hubiera quedado dormido. Comió y regocijó su alma en el sabor que le corroía: el ansia de destruir, exacerbada en su destierro.

Mientras, los hombres de Alkurny destruyeron la puerta de la nave arkudiana; entraron y buscaron y no dieron con nada. Cuando después le llevaron ante el desastre, él les maldijo y corrió furioso al rincón más oscuro de su bodega. Metió un diminuto chip en su boca y amenazó con tragarlo si no juraban pagar y reparar su nave.

—Abriré tus tripas —rugió el pirata—, trágatelo ya, hombre desconfiado, arkudiano despreciable, visitante que exige y no confía en nuestra palabra.

Y como la cosa parecía no tener fin ni solución, Rasho, el arkud, desesperado, escupió el chip.

Luego, todo fue sencillo pues le llevaron ante su jefe y esperaron.

Intentaron abrir el chip en la computadora de precisión y allí, suave, lentamente, unos signos, un código, cantó en espiral para ellos.

—¿Qué es esto? —se asombró Alkurny.

—¿No tienes de casualidad un científico secuestrado por ahí? —masculló el



arkud—. Porque si no es así, me temo que no podremos hacer nada.

—Sí, sí tengo —afirmó el jefe de los piratas.

VI

Y cuando Ratio, el científico, llegó ante el chip, tembló de emoción.

—Es un código de genes, una espiral perfecta. Observen, observen las líneas de tiempo; una creciendo, otra decayendo; si se consigue diseñar este clon, apenas vivirá dos meses, pero será perfecto. Con la máquina adecuada, en un mes tendremos un clon adulto idéntico a éste, pero... —suspiró— ¿dónde tenemos una máquina así?

—En los Archivos —contestó el arkud.

Alkurny negó en silencio.

—Piensa en otro sitio. Yo sería erradicado de las Galaxias.

—Podrías entrar en los Archivos. Estoy seguro.

—No. En cada acción se gana y se pierde. Ahí pierdo. La venganza debe ser lenta. Macerarse. No atacaré un Archivo estelar... Pero quizás en Los Confines... Sé de un lugar...

—¿Astrax II? —se emocionó el científico.

—Sí, pero debe ir una comisión respetable. No negociarán con piratas. Quizá deba ir un científico y un arkud solitario que perdió a su amada en las antiguas guerras que asolaban Arkud, antes de la paz del Tiempo Dorado.

—Hablas bien, jefe —se admiró el arkud.

—¿No escuchas? Ya te he dicho que tengo un libro.

VII

Esa misma noche partieron el científico y el arkud. Los piratas les llevaron lo más cerca posible acompañados de uno de sus pilotos estelares y de Espir, un silencioso jefe de banda trajeado de estudioso.

Fueron saltos y saltos en el espacio, y con el sistema nervioso desolado, con el alma trasegada, diez días más tarde, los cuatro tripulantes avistaron la basura estelar que rodeaba el asteroide. Asteroide magnífico plagado de garzas blancas y orquídeas presuntuosas. Habitado por esa raza clónica de dos metros de altura: los ecologistas, los poderosos pacifistas del espacio.

A los clones no les gustaban las visitas, pero accedieron a recibirles ante el desasosiego de un enamorado, su canto de amor y su oferta de que realizaran aquel experimento por una paga espléndida.



Los científicos clones se pusieron a la tarea y tomaron con reverencia religiosa el diminuto chip. Unas horas más tarde los viajeros recibieron su propuesta.

—Podemos hacerlo. Pero al abrirlo, la máquina destruirá el chip-placa; no se podrá repetir esta operación. Tendrá a su enamorada perdida, tan real como ella misma, pues será su clon, pero debemos avisarles que hay un error en la programación genética temporal. Solo durará dos meses y usted, arkud, volverá a sentir el dolor de la pérdida.

—No importa —masculló el arkud.

—El amor es egoísta —terció el científico—. Pero ¿cómo finalizará la clon?

—Se vaporizará, exactamente a los dos meses, en unos segundos.

—La ciencia cambia constantemente —insistió el científico—. ¡Cuántos avances se pueden conseguir para que una copia perdure! Háganlo.

Sahio, el científico clon, le miró fríamente.

—No será una copia. Será un clon de corta durabilidad.

—Pero si se altera la cronoacción y se retarda, quizá podamos...

El clon científico, le interrumpió fríamente.

—Podrán. Ustedes podrán. Sí, quizás investigando consigan variaciones, pero puede tardar cien años terrestres. ¿Quieren que abramos su hélice tal cual está ahora? Es lo único que podemos hacer.

—Sí —contestaron el arkud y Espir, a la vez.

Al cabo de tres días entregaron a los visitantes un botón diminuto dentro de una cápsula traslúcida de dos metros de longitud.

—Dentro de un mes florecerá —prometieron— pero deben tener en cuenta el factor tiempo, como ya le hemos avisado. A partir del momento en que florezca su duración es de dos meses. Si consiguen una extensión temporal les agradeceríamos que nos informaran.

El científico suspiró e inclinó la cabeza pues quería salir de allí cuanto antes.

VIII

Día a día, luz tras luz, la cápsula crecía, transparente y opaca, sombría en la delectación de su propio tiempo. Larva cantarina que soñaba.

Alkurny, el señor de los piratas, la visitaba. El científico la observaba constantemente. El arkud cantaba su impaciencia, rondando el lugar.

Y, lo que fuera que había dentro, crecía en tonos dorados y naranjas, alterando su sustancia, diseñándose en una sombra de promesa.

El día veinticinco del proceso, el arkud se acercó durante la noche, intentó abrir la



cápsula, enloquecido en su odio, en su ansia descontrolada, en su impaciente tontería; y manipulando aquí y allá permitió que por una milimétrica ranura entrara oxígeno en el sueño larval.

Nada ocurría y tuvo que retirarse aún más desazonado que cuando llegó. Y cada minuto que pasaba era la tortura del imprudente y la equivocación del torpe.

El día treinta, al amanecer, la cápsula se abrió, un líquido claro, transparente, azul, salado, formó una concha, y envuelta entre brumas y vapores salió una espléndida mujer adormecida.

Al verla, el arkud se inclinó levemente.

—Reina Ara.

—No es tu reina, ni siquiera la compañera del piloto —se burló Alkurny.

—Son tan parecidas —murmuró el arkud en éxtasis.

El jefe de los piratas suspiró y apartándole ordenó a sus mujeres que la bañaran, cuidaran y alimentaran a ver en cuanto tiempo se transformaba aquella indolente en una guerrera presentable.

Tres días más tarde, alguien empujó con violencia la sala de reuniones del pirata.

—¿Cómo me llamo? —dijo la mujer, entrando sin miramientos.

—Whissita Reed —contestó Alkurny inmediatamente, sonriendo.

La joven vestida de negro, los pantalones dentro de las botas, la cabellera clara, revuelta; cruzadas sobre su cuerpo esbelto las insignias de vuelo, era un espléndido objeto de intercambio.

El arkud la miraba con timidez.

—¿Quién es Al Braker? —preguntó la mujer—, ¿por qué lo recuerdo?

—Es tu amante —contestó el jefe de los piratas.

—¿Y por qué no lo sé?

—Poco a poco, Whissita. Sufriste un accidente, perdiste la memoria. Nosotros te rescatamos. Llamaremos a tu amado para que venga por ti. Claro querida, ocurre que nosotros somos comerciantes; tu amado debería compensarnos los gastos... no tienes idea de cómo hemos luchado por tu vida...

—Estoy segura de que lo haría, pero no es necesario, yo misma lo haré.

—Bien, bien, estimada joven, en ese asunto ustedes deberán entenderse, pero me temo que él tendrá que venir a buscarte. No sabe nada de ti. ¿No crees que estará preocupado?

—No creo nada. Pero voy a necesitar un comunicador.

—Una bestia irresponsable ha destrozado nuestro principal comunicador, pero



acabamos de instalar la consola A-27, comercial-K, una extraordinaria computadora gemelar. La ponemos a tu disposición.

—Os agradezco vuestra hospitalidad. ¿Decidme: dónde estamos ahora?

—En el asteroide 18-G-3

—No lo conozco.

—No me extraña. Andabas perdida. No sabemos qué hacías por aquí en una nave bipolar averiada. ¿Buscabas a tu compañero?

—No, no recuerdo nada de lo que dices, pero sé esto: el 18-G-3 está cerca de Puerto Pirata.

—Por desgracia, sí, pero nada debes temer; ahora los piratas están tranquilos, tuvieron un accidente, parte de su satélite estuvo en llamas.

Y entonces, ella, la copia-doble-hermana-gemelar de Whissita Reed, recordó, y todos supieron que ella recordaba.

—Pero en ese momento, yo estaba muy lejos, en Tierra. En casa. Y supe de esa noticia que ha recorrido la Galaxia... Y en cambio, estoy aquí.

El pirata se encogió de hombros.

—Tú lo dices. Así debió pasar. Quizás tenían una misión, quizás viniste con él. Con el tiempo irás recordando y nos podrás explicar, Whissita.

La joven asintió.

—A veces me confundo, me fatigo.

—Claro— arguyó, el hombre—, eres en realidad como una recién nacida.

Descansa, aquí estás a salvo. Ahora llama a tu amado.

Cuando la mujer se retiró, Alkumy se volvió al científico.

—¿Todo bien?

—Parece que sí —contestó éste.

Pero parecía preocupado.

IX

Ese amanecer, en tierra de los albatros negros, el explorador austral, Al Braker, recibió un mensaje. Lo leyó y lo releyó asombrado. Esas palabras que debían ser conocidas y sonaban tan extrañas.

Al, amor, estoy cerca de la zona G-3 en el asteroide de la vindicación. He tenido un ligero accidente, pero también he visto cosas maravillosas.



Te espero

Whissita

No, definitivamente, no era su estilo. ¿Qué era eso de amor? Como mucho hubiera dicho: Hola Al ¿nos vemos? o ¿Al Braker qué bestiezas andas haciendo ahora? ¿Qué le había pasado a aquella guerrera de la paz para hablar babosamente dulzona? Miró su holograma, su cabello rizado, brillando en las ondas circulares de la espiral. Su cintura ¡Ah, su cintura! El dibujo de su cadera, un cierto aire infantil... ¿infantil? Ah, no, eso sí que no. Whissita era fuerte, una mujer del espacio, una guerrera hecha de curvas y sonrisa. Y de valor. ¿Qué pasaba con aquel holograma?

Allá en el satélite Albatros Negro, él se alojaba en la posada Albatros Negro (no eran por allá muy imaginativos) y se disponía a salir, mochila de emergencia al hombro.

Cuando llegó el mensaje, soltó la mochila. ¡Vaya, que tenía ganas de verla! Sentado frente al microordenador, pulsó la proyección del holograma.

Whissita, por primera vez en su larga amistad, había enviado el mensaje sin protección ¡Qué imprudencia! Aquel era su código absolutamente secreto.

¿Qué estaba pasando? ¿Algún telépata se lo había birlado?

Le contestó a través de la línea protegida.

Whissita, ¿Qué pasa? ¿Dónde demonios estás? Yo ando en lugares remotos.

Al Braker.

Envió el mensaje, cerró el protector y tomó su mochila. Tardaría horas en llegar la respuesta, si es que Whissita en un golpe de suerte, estaba en ese momento frente a su monitor de carga-codificado.



cumbre, al menos, estaba limpio de naturaleza albatriona.

Mientras, seguiría con su plan. Iría al Volcán de los Albatros Negros. Tendría que ascender a la sima, y bajar por el lado opuesto, no había forma de rodearla con aquellas tierras móviles que de pronto succionaban a los caminantes, con aquella pequeña fauna escondida, con aquellos matojos de ortigas negras, que se alzaban alrededor de la falda del volcán como un foso de defensa. El camino recto y empinado que subía hacia la



Del otro lado estaba la playa de ceniza, y sobre el mar, los albatros, negros como el ónice. Aves que volaban en vertical, ascendiendo como elegantes naves espaciales; allí había algún secreto, como el de los abejorros: un tipo de vuelo imposible. Y eso le interesaba. No quiso contratar guía. Iría solo, como siempre, tras algún conocimiento nuevo. Un conocimiento que le sirviera en sus viajes, en el diseño y rediseño de su nave, capaz de atravesar el Sol —o eso decía una de las leyendas que hablaban de él.

Caminó rápido. Montañero de cenizas y oquedades, en dos horas había llegado a la cima del volcán. El descenso se podía hacer rápido, caminitos aquí y allá; unos matorrales grises color plata brillaban en los senderos. Abajo: un mar azul con vetas gris claro, se adormecía en una playa de cenizas gris oscuro y rocas elaboradas, esponjosas, que creaban arabescos, palacios y banquillos. Descendió rápido, sin ningún contratiempo. Al cabo de una hora estaba en la playa y vio de cerca los albatros negros.

—Tenga cuidado —le había advertido el guía de la posada—. No se les acerque... Le sacarán un ojo antes de que se dé cuenta. Así que tocó su casco y sus lentes ópticas radiales, cerrándolas sobre sus ojos al sentarse cerca de la orilla.

Los albatros parecían ignorar su presencia. Se lanzaban de cabeza hacia el mar. Surgían de repente, en vertical, y volvían a hundirse en ese mar que reflejaba el cielo naranja y gris. Planeaban. Eran hermosos, elegantes, de bellas alas negras y ojos llenos de noche.

Esperó tranquilo y mientras les observaba, les grabó con su micro-radiador-orsiniano, fotografiando sus huesos, sus extrañas nerviaciones, sus pulmones escondidos. Al cabo de media hora unos albatros aterrizaron sobre el mar, y ya en él, tomaron fuerza, navegaron, se deslizaron en vuelo rasante y después de un trecho y dejando tras ellos un reguero de espuma plateada y rojiza se detuvieron bruscamente y en ese instante, situados en un ángulo de 45°, ascendieron en línea recta en picado hacia el cielo, arriba, arriba hasta perderse entre las nubes grises.

Al Braker los contempló estupefacto y luego empezó a dibujar en su observador-grabador, fascinado en la tarde de los volcanes.

Anochece cuando el piloto regresó al albergue. Cenó jabalí clonado con arroz salvaje y bebió Hai-tonic sintético. Tomó unas nueces negras y vino dorado y dulce de los Volcanes, luego subió a su cuarto. Atravesó la puerta y abrió el conector que parpadeaba: Dos mensajes de Whissita. ¿Qué estaba pasando? Uno de ellos, el que respondía al suyo decía:

Al, Imagino que tras tus últimas aventuras —que intuyo— harás bien en estar en lugares remotos. Yo estoy en la Tierra.

Desde aquí veo tu faro. Brilla en la noche.

—¡Buen vuelo! Hasta la vista.

Whissita



¡Eso! —pensó el piloto—. Así escribe ella.

Abrió el otro mensaje. Al igual que el correo de la mañana, había ingresado usando el código correcto, pero sin el archivo de protección.

Leyó:

Al, amor mío.

¿Cuándo podremos reunirnos? Me urge que vengas a la Zona G3°...

A continuación mil babosadas más, así que cerró prudentemente y contestó al primer correo.

Whissita, he recibido tu mensaje. Sí estaré un tiempo en lugares remotos. Pero hay un problema. Alguien ha entrado en nuestro código. Me escribe un hacker que firma como Whissita. Sigue escribiendo en línea protegida. Cambiemos el código a fase 3.

De acuerdo, había contestado ella, horas después.

Y ya no hubo más errores pues sólo llegaron cartas del supuesto hacker; mensajes cada vez más enamoradizos y pegajosos pero también, cada vez más claros y direccionalmente definidos. ¡Le estaban rastreando!

X

Al tercer amanecer, Al Braker dejó el lugar de los albatros negros. Cambió los códigos de rastreo y alteró el diseño de la comunicación; aunque protegida conservó aparte la línea de mensaje.

Contestó alterando las coordenadas de destino y le sugirió al hacker Whissita, verse en la Zona Tercia. Cerca de la G-3-18.

Whissita —le contestó—, por algunas razones técnicas no puedo acercarme al G-3-18. Debes decirles a los comerciantes estelares que te rescataron, que pagaré el rescate o donación por salvamento terrestre, en el asteroide Humus en la Zona Tercia. Tú deberás estar ahí con ellos. Como estoy seguro, por lo que dices, que no son piratas sino integrantes de Salvamentos Libres, no creo que haya ningún problema.

Y luego llegó la carta almibarada de ella y él respondía, y vuelta otra vez, con aquella correspondencia impensada y sin sentido. Y entre tanto él se iba acercando en el espacio, a aquella trampa que sabía cierta.

X

Alkurny, sentado en su gran despacho, rodeado de sus primeros, escuchaba al guarda de vigilancia aeroespacial.



—Ya ves señor, que tenemos un extraordinario cuidado con el avistamiento y entrada de extraños... sobre todo desde que entró... ocurrió... en fin lo que ocurrió.

—Sigue.

—Y ese tipo nos llamó la atención. Es un clon. Viene de los asteroides cercanos a la Zona de Astrax II.

—Vienen muchos. ¿Por qué señalas a éste?

—Son dos, señor; modelos de guerrero y de científico. Llegaron en una nave de mercaderes. No en la suya propia. Se han alistado en una mercante para salir dentro de tres días. Han pedido autorización para conectarse a la Sala de Discernimiento, en los ordenadores de Consulta espacial.

—Muchos lo hacen. Pagan bien.

—Sí, señor. Normalmente la reservan por horas. Ellos quieren los tres días. Quieren una específica la: A.

—La A tiene conexiones y salida real al exterior. Transmíteles que no. Sólo les podemos dejar la C. Es un área rodeada. No saldrán de ahí hasta que sepamos si todo está correcto. Les cobras el triple y si no aceptan, que se larguen como puedan. Esto es Puerto Pirata.

Los clones aceptaron las condiciones y entraron en la sala C y luego, como tantos visitantes que llegaba a aquel mundo, fueron olvidados.

XI

Alkurny se impacientaba. ¿Todo estaba en orden? Mandó llamar al científico. Esa muchacha, ¿respondía como esperaban? Había quedado en verse con su amante en la Zona Tercia, cerca de la G-3-18. Él tardaba, se cubría, dudaba.

¿Ése era el hombre que, según el arkud, había saltado a su nave sin pensarlo y se había plantado en Arkud, en el peligroso Tiempo Dorado? Desconfiaba. Eso ocurría. Desconfiaba. Algo estaba fallando en el clon de Whissita.

Cuando Rasho, el arkud, y el científico entraron, les miró en silencio.

—El hombre desconfía —les dijo—. ¿Por qué?

—Es ella, pero no es ella —masculló Rasho—. Se desconcierta, es débil. Algo ha ocurrido en el proceso. No tiene el aspecto aguerrido que tenía en Arkud.

—Algo permitió que entrara un exceso de oxígeno en su cápsula de generación. —afirmó el científico.

Alkurny les miró fríamente.

—Sabré quién fue. Pero entre tanto prepárala para que tenga un aspecto fuerte. Duérmela, hipnotízala, haz lo que sea. Sólo la necesitamos unas horas. Al amanecer



salimos hacia G-3. —Luego se volvió a uno de sus hombres—: Tráeme a los clones de Astrax II. Ellos pueden ser la solución.

Los clones estaban en la taberna espacial, salían en unas horas, pero no tuvieron ningún inconveniente en presentarse a la llamada de Alkurny.

El científico fue el encargado de explicarles el asunto.

—Estuvimos en la Zona de Astrax II. Nos ayudaron a generar el clon de una mujer a la que nuestro amigo arkud amó en vida; pero por desgracia, la técnica del código era muy antigua. Solo vivirá dos meses, apenas le quedan unos días. Ustedes son especialistas en el tema. La paga será muy buena si consiguen despertarla, fortalecerla. Quizás podamos alargar su vida.

Los clones se miraron, el que parecía un guerrero dio un paso atrás como dándole presencia a su compañero. El que tenía aspecto de estudioso se adelantó.

—Tendría que explicarle la técnica a alguien preparado. El proceso avanzará y revertirá durante unos días; no sé cuántos, ya saben que cada clon es diferente.

—Acompañennos. Vengan con nosotros a la Zona G. De allí partiremos al asteroide Humus. Alguien vendrá allí. Nos trae datos sobre el alargamiento de la vida. O eso creemos. En todo caso estarán bien pagados y pueden tomar allí una nave comercial.

El trato quedó formalizado y los clones fueron llevados frente a una Whissita adormecida que exigía la presencia de Al Braker. Pasaron la noche proporcionándole vitaminas astraxianas, pidieron elementos para preparar jarabes y compresas que le aplicaban como si remedios de boticas de la antigua Tierra se trataran. Al amanecer partieron y una esbelta Whissita-clon de especto audaz y vital les acompañaba.

XII

Ya en el asteroide Humus, la clon se comunicó con Al.

Al, no sé qué me ha pasado, sin duda he estado enferma y no era yo. Me sentía turbada y extraña. Te espero en Humus. Protégete. Si no lo ves claro, te regresas, ya sabes que yo me defiendo bien

En la línea duplicada Alkurny y el científico sonreían.

Y Al Braker leyó aquel mensaje y por un momento se quedó pensativo.

Escribió a Tierra. Pero el correo de Whissita estaba cerrado y señalaba *en viaje*. Tardaría horas en tener una respuesta. Y decidió arriesgarse.

No le extrañó que le esperaran. Si alguien iba por él, cerca de la Zona Pirata, quizás no le quisiera matar rápido. Accedió a acompañar a los hombres fuera del aeropuerto. El trato debía cerrarse en el límite de las aduanas, en la zona de almacenes, rodeada de una cúpula transparente. Allí estaría Whissita, o quien quiera que fuera.

Enseguida pudo distinguir su figura a contraluz, en la puerta de la cúpula. ¿Era



© M.C. Carper

ella?

—¡Whissita! —gritó.

La silueta femenina empezó a caminar despacio hacia él.

¡Maldita sea, cómo se parecía!

Pero él no avanzó.

Unas sombras surgieron detrás de la joven.

Alkurny, el señor de los piratas sonreía, alargaba su brazo, detenía a la mujer, levantaba un arma hacia el piloto. Un arma fina, alargada, de magnífica precisión. No iba a fallar.

El piloto no podía disparar sin hierla a ella.

Trató de ver la mirada de la mujer. No pudo. ¿Quién era, por los dioses, quién era? Y entonces Al Braker levantó su arma y

disparó. Alkurny y aquella sombra dorada cayeron juntos.

Luego todo fue demasiado rápido, hubo una explosión y dos clones, altos, fuertes, elásticos, aparecieron, tomaron en sus brazos a la mujer que moría, y miraron al piloto.

—¡Síguenos!

Las cosas no estaban para discutir, así que corrieron por un estrecho pasadizo; otras explosiones seguían su camino, llegaron a la nave del piloto y saltaron dentro.

Mientras, la mujer se evaporaba, parecía deshacerse. Bella, tranquila, transformándose en el vapor helado de su concha primigenia. Al Braker pilotaba y los clones se inclinaban sobre ella, introducían aquel vapor en un cilindro helado, crionizando su alma.

Ya en el espacio, Braker puso el automático y se inclinó sobre ellos.

—¿Dónde está?

El que parecía un científico señaló el cilindro.

—No nos gusta que maten clones —afirmó el guerrero—. Debe llevarnos usted a Astrax II. Sólo allí podremos salvarla.

El piloto asintió en silencio pero antes conectó su comunicador. Allí había un mensaje de Whissita.

Al



Acabo de llegar de un viaje. Sé de un asteroide donde querrás ir; sus naves imitan el vuelo del abejorro. Más adelante. Cuando el espacio esté tranquilo.

Hasta pronto.

Whissita.

Sintió que el alma se le abría, que descansaba. Porque él había disparado contra una mujer exacta; copia-clon-imagen. No, en aquellos segundos no había tenido la seguridad absoluta. ¿Y si hubiera sido ella?

Y de pronto, el Universo le pareció vacío.

Luego marcó las coordenadas hacia el lejano Astrax II en ese inesperado viaje de salvación, de expiación, de homenaje.

Ritos necesarios en las Galaxias.

Atrás, quedaba Puerto Pirata.

© Blanca Mart

Blanca Martínez, escritora catalana que reside en México, es Licenciada en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona, imparte clases de literatura fantástica, Ficción Prospectiva (Ciencia Ficción), en el Instituto Internacional de Prospectiva de la Ciudad de México. Entre sus publicaciones destacamos la novela *La era de los clones*, *Cuentos del Archivo Hurus*, *Archivo Hurus II*, *La soledad de la Meiga*, *Ficción Prospectiva* y la reciente *A la sombra del linaje*, publicada por Alfa Eridiani.



TODOS LOS PLANETAS SE LLAMAN TIERRA

por Víctor Pintado

En este relato, Víctor Pintado, nos presenta los problemas que acarrea esa terca necesidad humana de ponerle nombre a todo cuanto encuentra. ¿Realmente tiene importancia cómo llamemos a los planetas? ¿Acaso marca la diferencia el uso de un nombre en lugar de otro?... Estas y otras interrogantes quedarán develadas en la presente historia.

Los españoles conquistaron el planeta Cachapachu en el 3040. El idioma impuesto fue el español. El planeta fue designado así por los primeros exploradores, antes de descifrar su lenguaje. Aquéllos preguntaron a los nativos cómo llamaban a su mundo, y los nativos respondieron: «Cachapachu». Años después, se descubrió que lo que decían no era el nombre del planeta, sino la frase «no te entiendo». Pero el nombre arraigó con agrado y simpatía en la sociedad terrestre. Por eso muy pocos vieron con buenos ojos la revolución cultural del nuevo planeta.



Un grupo selecto de sabios cachapachenses visitó la embajada terrestre española. Su resolución: querían que fuera admitido oficialmente el nombre original de su mundo, esto es, su significado literal. Y ese nombre era «Tierra».

—¡No pueden llamarla Tierra! ¡Nosotros somos de la Tierra! —exclamó el embajador ante el pedido de los sabios.

—Desde que nuestro idioma es el español, nos llamamos terrestres.

—Entonces, ¿cómo pronunciabais el nombre original?

—(...) Pi-chi.

—¿¡Pichi!?

—Pi-chi.

—Ya veo... Hablaré con mis autoridades en la Tier... en mi planeta, y volveremos a reunirnos mañana.

En la capital de España, la noticia causó revuelo: no podían admitir llamar Tierra también a aquel planeta (y los cachapachenses se negaban a llamarla «Tierra 2»), pero mucho menos eran capaces en Madrid de llamarlo por su verdadero nombre, porque se



acordaban de una canción popular muy antigua sobre un chulo castigador, y los pobres se caían al suelo de la risa.

Las reuniones prosiguieron durante semanas, pero el embajador sufrió una crisis nerviosa y se tuvo que dar de baja. Mientras un nuevo embajador era trasladado, un destacamento argentino hizo negociaciones clandestinas con los pi... los terr... con los cachapachenses. A cambio de que éstos se unieran al Imperio Argentino, la potencia mundial terrestre, les permitirían conservar su nombre y su cultura original. Después de todo, su próximo plan era rebautizar toda la Tierra como «El Argentino».

Los españoles se encontraron con una revuelta civil en Pi-Chi, y sus habitantes dejaron de parecerles gente de nombres graciosos. Pero los únicos países terrestres que quedaban íntegros después de siglos de anexionamientos, eran Argentina, Japón, Marruecos, y España. Y la tensión entre todos no ayudaba. Había incluso puestos militares a lo largo de cada frontera, por si al país vecino se le ocurría correr los mojones un sólo milímetro. Así que la ayuda finalmente vino del planeta Ienesecua. Desgraciadamente para los dos países que invadían Pi-Chi, dicha ayuda extraterrestre decidió al poco tiempo quedarse con todo el planeta, aprovechando la confusión entre las naciones, que se reflejaba en la Tierra: viendo próxima una guerra que pudiera hacer que el territorio español acabase bajo el dominio argentino, España decidió retirar a tiempo sus tropas de Pi-Chi. Dicho planeta quedó entonces en manos de Argentina, que por superioridad numérica venció también al bando de Ienesecua. Pero tarde. Los extraterrestres «aliados» ya habían acabado con la población de aquel mundo, y mediante la colonización, impuesto una cultura diferente.

Tiempo después, un nuevo grupo de sabios, muy distinto al anterior, se presentó en la embajada argentina de Cachapachu.

—Señores terrícolas, ¿por qué siguen llamando Pi-Chi a nuestro nuevo planeta? Le recordamos que nuestra población no desciende de los terrestres.

—Y... la costumbre. ¿Cómo dicen ahora su nombre?

—¡Este glorioso mundo tiene el orgullo de poder llamarse... «Nueva Pelotuda»!

© *Víctor Pintado*

Madrid, 1986. Con Ibáñez quiso ser dibujante de cómics. Con Kubrick, cineasta. Al final, excepto música, ha probado de todo. Lo importante es relatar historias desde un prisma personal. Algún día, (ojalá) se decantará por un medio en particular. De momento, esta es una muestra de su escritura. Mantiene un blog bastante ecléctico: <http://victorpintado.blogspot.com>



NOVELAS

LA ODISEA LITERARIA CAPÍTULO VII *por Víctor Conde*

Resumen de lo publicado: Iya, Pat y Chou, abandonada toda pretensión de seguir la cadena de reflejos iniciada en la Llanura Kármica, se dirigen velozmente al valle donde han oído que brotan letras enormes del suelo. Por el camino, se topan con una columna de refugiados...

EL VALLE DE LAS LETRAS DE PIEDRA

Los refugiados tenían la piel de color amaranto, iban cabizbajos y algunos incluso cargaban a hombros con sus animales, en lugar de dejar que corretearan libremente por el suelo. En conjunto, daban la impresión de ser una marejada de desechos humanos, tan sucia y deprimida que sus cuerpos apenas se distinguían de las sombras que proyectaban en el suelo.

Iya se acercó a una familia que llevaba a los niños sujetos con correas de flores. Ninguno de sus miembros pareció darse cuenta de su presencia hasta que preguntó:

—Disculpen, amigos, ¿de dónde vienen? ¿De qué están huyendo?

Un hombre elevó la vista hacia ella, y tras examinarla de arriba abajo, hizo un gesto con los dedos al niño que llevaba delante y siguió caminando. Iya se disponía a reformular la pregunta cuando el niño dijo:

—Le ha caído bien. Le gustan sus botas.

—¿Disculpa?

—Esa es la primera conclusión —dijo el niño, y la ignoró igual que había hecho el adulto. Iya se retiró unos metros para unirse de nuevo a los hermanos.

—¿Entendéis de qué van? —preguntó, algo molesta.

Pat lanzó una carcajada.

—Sí, son escalares. Una tribu de humanos episódicos que vive en el valle hacia donde nos dirigimos.

—¿Humanos episódicos? ¿Qué es eso?

Chou se frotó con delicadeza su recién adquirido bulbo y contestó antes que su hermano:

—No forman unidades autónomas de un solo individuo, como tú y yo, sino que la *familiar* es la unidad más pequeña de su existencia. Cada familia es uno, si entiendes lo



que quiero decir.

—Aaahh... —Iya miró la columna con otros ojos. En efecto, la densa masa de personas estaba dividida en corpúsculos de siete u ocho individuos, islas autónomas dentro del océano de cabezas, y no se veía a ninguno que caminase en soledad—. Comprendo. O sea, que para comunicarme con ellos...

—Comparten los procesos mentales. El padre te miró y decidió si constituías una amenaza. El hijo te lanzó una advertencia. Si quieres seguir con la conversación, tendrás que preguntarle al siguiente miembro de la cadena.

Iya asintió. Se aproximó de nuevo al núcleo familiar y preguntó a una de las mujeres:

—Perdone que la moleste, señora, ¿no sabrá por casualidad si vamos por buen camino hacia el valle que hay tras la Montaña No Rodeable?

La mujer la miró y dijo a coro, con su hija:

—Valle hermoso, valle maldito. Los dioses han hablado y tatuado sus deseos en la piedra. No espacio para humanos allí, nunca más. No vayas, oh, no vayas, o tú también te convertirás en la canción de alguien.

Iya no pudo obtener más de ellos. Se alejó de la columna, seguida de cerca por los hermanos, y buscaron un árbol desde el que otear. Los refugiados provenían de la Montaña, en efecto, y la delgada serpiente que formaban culebreaba por senderos y colinas hasta desaparecer tras el horizonte.

—Por los dioses, son muchísimos —se asombró—. ¿Todos vienen del valle?

—Eso parece —asintió Pat—, aunque vete a saber. Las gentes que viven en estos países sufren de inercia de actuación. Si muchos deciden hacer algo, todos a la vez, los demás tienden a imitarlos sin pensárselo dos veces. Por eso son tan peligrosos los movimientos sociales en estos poblados. Como dos o tres decidan emigrar o tirarse por un barranco, los demás acabarán haciéndolo sin siquiera conocer los motivos.

Iya lo miró, impresionada.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre estos países y sus costumbres?

Pat se acarició uno de los cuernos, orgulloso.

—¿Crees que a un aspirante a zeppelinista le basta con desearlo, y ya está? No, preciosa —rió—. Para desear serlo tienes que estar preparado, y estudiar mucho. Debes conocer los lugares que podrías sobrevolar si alguna vez te licencias, por si el aparato se estropea y te ves obligado a aterrizar en ellos.

—Mi hermano se ha hartado a leer folletos de viajes tumbado en su hamaca, allá en la Llanura —apuntó Chou—. Y mientras tanto, yo encargándome de revisar la simetría de los reflejos, yo solito.

—¡Adoras ese trabajo, así que a mí no me eches la culpa!



—¡Claro que lo adoro, pero eso no quiere decir que sea justo!

—¿El qué!?

—¡Que todo el trabajo recaiga sobre mis hombros!

Iya los dejó un poco atrás, discutiendo. En los últimos días, durante lo que había sido su viaje juntos, se había acabado por acostumbrar a sus peleas. Ambos se querían mucho, eso era evidente, pero no podían sostener una conversación de más de uno o dos minutos sin acabar enfrentados. Cosas de hermanos.

La misión se ponía difícil. Ella deseaba ir a la ciudad para hablar con los sabios, pero estas nuevas pistas que habían surgido espontáneamente, en los últimos días, la habían hecho cambiar de opinión. Seguía necesitando orientación sobre cómo debería actuar una vez llegara al fondo del asunto, pero si ignoraba las pistas, podría perderse nuevas manifestaciones de la Siglamancia.

Se emocionó al pensar en lo que la aguardaba en aquel valle. ¡Letras hechas de piedra, esculpidas de forma natural por la magia! Iya mataría por construirse una casa en un sitio así. ¿Por qué aquella gente se marchaba, entonces? ¿Qué clase de peligro los había obligado a levantar el vuelo, como una gigantesca bandada de pájaros, y salir corriendo del que hasta hacía nada era su hogar?

Tendría que averiguarlo cuando llegase. Por norma general, la gente le tenía miedo a las manifestaciones mágicas, y por eso la llamaban a ella, para que normalizase la situación. Pero estas manifestaciones no solían ser realmente dañinas. O al menos, no siempre.

Iya recordó una historia que su maestro le había contado una vez, sobre los habitantes de un desdichado pueblo llamado Kornuk. Los kornukianos eran agricultores, gente sencilla que poseía un bajísimo nivel intelectual. Apenas sabían leer o escribir, y los poquísimos signos visuales o dibujos que usaban en su vida cotidiana normalmente se empleaban para apoyar una rica tradición oral, que era lo que mantenía intacta su cultura.

Un día, alguien gritó a los zagales que se apartaran del camino porque iban a pasar las cabras. Pero lo que surgió de su boca no fue una palabra habitual en su idioma, sino una interjección rarísima y espantosa, una palabra tan horrible que los animales huyeron despavoridos y a los niños les brotó sangre de las orejas. Un paisano fue a recriminarle a su compatriota lo que había hecho, pero al abrir la boca... otra palabra horrible e impronunciable salió de ella, agrietando los cristales de las ventanas y pudriendo las flores que había en los alrededores.

Al poco tiempo, los asustados habitantes de Kornuk se habían dado cuenta de que la plaga de palabras horribles se había extendido hasta afectarlos a todos, incluso a los bebés, que al llorar producían un sonido chirriante que ninguna garganta humana podía tolerar. La invasión de los vocablos mortales se cobró muchas vidas en aquella desdichada aldea, y por mucho que los expertos de las ciudades cercanas trataran de



ayudarlos, la epidemia no remitió hasta que los supervivientes juraron no abrir la boca nunca más, salvo para comer. Iya sabía que alguien apuntó en algún momento dado algunas de aquellas palabras en un diccionario, con la intención o bien de estudiarlas o de usarlas como munición verbal en alguna guerra en curso... pero ese alguien terminó víctima de su propia osadía, mudo como una roca, y del diccionario jamás se supo.

Sí, las palabras podían llegar a ser terribles. Era una verdad irrefutable. Desde aquel día, el miedo hacia las manifestaciones espontáneas de las letras aumentó, y la gente como Iya tuvo más trabajo que nunca.

El polvo del camino acabó por sofocar la discusión de los hermanos, y los últimos kilómetros los andaron en silencio. La imponente masa de la Montaña No Rodeable se erguía cada vez más alta, y la compleja red de túneles que habían sido excavados a su través para poder sortearla ya eran visibles sin necesidad de catalejo. Iya eligió un prado para descansar y compartió algo de su comida con los hermanos. Luego prosiguieron la marcha, después de una discusión o dos.

—Cuando lleguemos —explicó la Siglamante—, deberemos tener mucho cuidado.

—¿Por qué? —preguntó Chou—. No son más que letras que salen del suelo.

—No es tan sencillo. A toda esa gente la asustó algo, algo capaz de hacer huir a una cantidad ingente de personas que podrían haberse quedado y luchar.

—Los humanos episódicos son más bien cobardes —apuntó Pat—. O eso dicen los folletos de viaje. El principal peligro que pueden representar es que uno te abrace y esa conducta se contagie a los demás, y mueras aplastado por un cariño inercial de diez mil abrazos.

—Confiad en mí, las letras pueden hacer mucho daño, sobre todo si nadie las controla. —Les contó la historia de la aldea de Kornuk, y logró hacerlos cambiar de idea aunque fuese un poco, porque los dos redujeron el paso a la vez—. Con una Siglamante estaréis a salvo, pero tenéis que hacer todo lo que yo diga, ¿entendido?

—Sí —dijeron al unísono. Y siguieron caminando abrazados el uno al otro un rato más.

La Montaña no supuso un obstáculo para su viaje. Las últimas unidades familiares rezagadas de los episódicos ya estaban saliendo de los túneles, corriendo para alcanzar cuanto antes a los demás. Iya se encontró con un túnel amplio, bien pavimentado con la misma roca de las paredes (pero cortada y pulida por manos artesanas), e iluminado a intervalos de cien metros por macetas de plantas-lámpara. Fue en ese momento cuando descubrieron que Chou había vuelto a ser un dup.

—¡Su tercer bulbo ha desaparecido! —exclamó su hermano, eufórico, y le dio un abrazo y un sonoro beso en la mejilla—. ¡Bravo, Chou, lo has conseguido!

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Iya, estupefacta. Había oído hablar de casos frecuentes en los que los dup pasaban a ser trip, pero nunca al revés.



—¡Mi hermano del alma lo ha conseguido! —canturreó Pat, mientras daba saltitos en plan danza tribal alrededor de Chou. Éste se concentró, miró a algo invisible que parecía estar flotando a pocos centímetros de su cara, y dijo:

—Si no puedes demostrar que la comida de los axxhums sabe mejor después del quinto plato, mejor que te dediques a vender todos esos tulipanes, conejita.

—Desde luego, la surrealia ha vuelto a infectarle —se asombró Iya—. Y bien fuerte. ¿Pero cómo rayos...?

—Chou es un artista de la involución —explicó su hermano, sin parar de bailar. Sus lágrimas brotaban como agua de una canilla—. Concentrándose en los axiomas que él mismo enunció siendo un dup, y meditando sobre las implicaciones filosóficas de la demencia, ¡ha logrado revertir el proceso! ¡Su cerebro ha reabsorbido el bulbo del cráneo! ¿Lo convertirá en proteínas para el desayuno?

—Increíble —admitió Iya—. Sólo espero que todo esto no nos retrase...

—¡Adelante, Chou! —bramó Pat—. ¡Enséñales a esos torpes incrédulos cuál es el poder del surrealismo!

El neo-dup alzó un brazo y apuntó solemnemente hacia el fondo del túnel, como un general arengando a sus tropas.

—¡Felicitaciones a la aurora austral! —gritó—. ¡Que nadie nos pueda acusar de no haber pelado suficientes guisantes cuando hayamos muerto!

—Creo que será mejor que nos pongamos en marcha —sugirió Iya, y se internó en las profundidades del túnel. En realidad le gustaba que hubiese sucedido aquello. No sólo porque los hermanos estaban contentos, cosa que era de agradecer, sino porque al ser de nuevo un dup, las propiedades de varita de zahorí de sus bulbos podrían volver a activarse. Así, en el improbable caso de que la invasión de letras del valle fuera anatema para los humanos (¡incluso para una experta Siglamante como ella!) podrían seguir la pista de la cadena de reflejos de la Llanura Kármica.

Al cabo de dos horas de andar, el túnel acabó. La luz del sol los cegó momentáneamente, en lo que sus ojos se amoldaban al potente brillo exterior, tan cálido y dorado en comparación con el fulgor de las plantas lámpara. Iya distinguió poco a poco algunos contornos: unas granjas abandonadas, un bosquecillo de árboles mariposa, con sus alas tan maduras que dentro de poco echarían a volar, e incluso una posada con aspecto de tener más chinches que clientes.

Y al fondo de todo...

Sintió cómo un escalofrío le trepaba por la columna.

Sí, allí estaban: monolitos de piedra de formas irregulares, que vistos en perspectiva asemejaban caracteres del alfabeto. ¡De todos los alfabetos que ella conocía, y muchos más! Había letras simples de Vhan, ideogramas complejos de Zhing-Uhm, trazos anudados de Vuluvia... e incluso caracteres cuneiformes amontonados en pilas que



asemejaban pirámides. ¡Asombroso! Iya ni siquiera esperó a que sus compañeros saliesen del túnel: echó a correr hacia la zona del valle invadida por los petroglifos, sin mirar atrás ni hacer el menor caso de sus advertencias.

Llegó mucho antes que Pat y Chou hasta la aldea arrasada por las letras. Ella estaba emocionada, sí, pero eso no evitó que se asustara cuando vio las chozas destrozadas, reducidas a poco menos que amasijos de paja y barro cocido. Algunas letras habían crecido desde dentro de las casas, reventándolas en mil pedazos, mientras que otras habían caído con todo su descomunal peso sobre ellas. Las señales de devastación estaban por doquier... y eso que los cadáveres descompuestos aún no habían aparecido. Si estaba en lo cierto y allí se había dado otro caso de palabras terribles, los aldeanos no sólo habrían muerto por explosiones o aplastamiento. También habría rastros de cabezas hinchadas hasta lo indecible y oídos supurantes.

Oyó pasos a su espalda. Se volvió para ver a los dos hermanos, que habían vuelto a abrazarse el uno al otro, y esperaban que ella acabase su inspección en el límite de la zona afectada. Uno de ellos abrió la boca para preguntar algo, pero Iya lo silenció con un gesto imperioso. No debían pronunciar la más mínima palabra, porque en aquel lugar nadie les aseguraba que lo que en realidad saliera de sus gargantas fuera bueno.

Pat lo entendió y le tapó a su hermano a boca con la mano, para que no soltara espontáneamente una de sus sentencias oníricas. Iya les hizo una señal para que esperaran y fue avanzando lentamente, entre los monolitos.

Era increíble. Todos medían entre cuatro y ocho metros de altura, y el más liviano debía pesar unas dos toneladas. Iya zigzagueó entre ellos, los tocó con reverencia, incluso se atrevió a encaramarse a uno para ver mejor en la distancia.

Llevaba casi una hora anotando cosas en su libreta de viaje (describiendo los monolitos, sus impresiones cuando los veía o los tocaba, detallando la posición y forma de cada uno con enfermiza meticulosidad) cuando se dio cuenta de algo: hasta ese momento los había contemplado individualmente. Y como objetos únicos le contaban una historia asombrosa. Pero, ¿y si los observaba en conjunto?

Emocionada, trepó al tejado de una de las casas más altas que quedaban en pie, y barrió con la mirada la totalidad del valle. Esperó, se tomó su tiempo. Había que dar tiempo al cerebro para que él solo conjugara las perspectivas y observase las correspondencias.

Y al cabo de diez minutos, contuvo la respiración.

Sí, había algo. Diferentes alineaciones de letras que formaban palabras... ¡incluso frases enteras! Con mano temblorosa, anotó cualquier combinación de monolitos que le sonaba familiar, con significado:

MAREÁLISIS, decían las rocas del fondo, junto a la huerta de zanahorias.

REFLEJOSCOPIA, apuntaba otra más allá, sobre una línea de casas derruidas.

SIGLA – EN – CRONOPIA – POSTERGADA, afirmaba la frase más larga que



encontró.

¿Quién las escribiría? ¿Sería esta la forma de hablar (o de *aprender* a hablar) de los dioses? ¿Estaban las potencias del cielo y del subsuelo tratando de usar el lenguaje de los humanos para avisarles de algo, un acontecimiento importantísimo que estaba a punto de suceder?

Estaba tan ocupada con sus pensamientos e hipótesis, que no vio venir a los hermanos. Dio un respingo cuando Pat le tocó la pierna. Iya miró hacia abajo y los vio encaramados a un saliente del tejado, haciéndole señas frenéticas en una dirección.

Iya no les hizo caso al principio, haciéndoles ademanes bruscos para que se fueran y la dejaran trabajar en paz. Pero la cara de horror de Pat y de Chou y sus gestos imperiosos la obligaron a mirar hacia donde ellos querían, un punto situado entre varias casas medio derruidas.

Lo que vio hizo que su corazón diera un vuelco.

(continuará)

© Víctor Conde

Víctor Conde nació en Tenerife, donde aún reside, y desde sus inicios como escritor ha cultivado la ciencia-ficción y el terror, sin descuidar la fantasía o la novela negra. Ha ganado recientemente el Premio Minotauro con *Crónicas del Multiverso*, publicado el *Libro de las Almas* en nuestra editorial, y entre sus proyectos futuros se encuentra el de resucitar los libro-juegos que hicieron furor en los años 80.



OXÍGENO Y AROMASIA

de Claës Lundin

Traducido del inglés por Adriana Alarco

En capítulos anteriores veíamos parte de la vida social en una hipotética Suecia futura: jardines en las azoteas, comidas fuera de casa, recitales con odoríferos, conciertos psíquicos. En este capítulo, veremos un nuevo aspecto: como se negocian las nuevas empresas mientras se presenta un invento destinado a revolucionar la sociedad sueca.

Capítulo XII: Una Nueva Sociedad Anónima

—Esto creará un revuelo total si llega a influenciar la economía pública y privada —comentó uno de los invitados al banquete. Sin apegarse a las reglas del momento, Giro, el director del banco, recibía a sus invitados a cenar en su casa, la cual quedaba en uno de los edificios de Majorna.

—Nuestro banco ha ayudado a desarrollar las nuevas fábricas de alimentos —dijo el director— y estoy convencido de que gracias a ello hemos hecho un gran favor a la humanidad.

—¡Oh, sí, muy grande! —exclamaron juntos los invitados, quienes eran en su mayor parte los propietarios del banco.

—Por lo tanto, no se arruinarán si toman su desayuno en casa ni tampoco deberán consumirlo tomando pastillas energizantes.

—¡Esto causará un verdadero impacto en la vida familiar!

Los invitados estaban sentados en el nuevo comedor del director del banco, construido especialmente en el sótano del edificio para probar la nueva invención. Estaba equipado con todo el lujo al que estaban acostumbrados desde siempre los banqueros, pero solamente uno de los directores de las muchas instituciones bancarias en el distrito de Majorna en Gothenburg tenía la capacidad de preparar una recepción, mucho más que cualquier otro.

La mesa estaba adornada con unas curiosas vasijas de metales finos y de formas extrañas y al lado estaban colocadas unas fuentes con productos sencillos y primarios para la cena. No se veía nada crudo ni con sangre ni con alguna sustancia que no se hubiera eliminado aún de los laboratorios culinarios, a pesar de que la ciencia y el arte habían perfeccionado el arte de la cocina.

La antigua forma de cocinar se llevaba a cabo en los laboratorios culinarios y allí nadie se disgustaba por las partes que constituían el alimento. Pero en la actualidad, toda la comida era totalmente artificial. No existía nada en los nuevos alimentos que



perteneciera al mundo animal o vegetal.

—Esto es lo que hemos anhelado por tanto tiempo —dijo Giro— y nunca habíamos tenido éxito antes de ahora. Más bien, es verdad que aún se deben perfeccionar los diferentes aspectos.

—¿Y qué sustancia traen estos alimentos? —preguntó uno de los invitados.

—Por el momento es un secreto del inventor, por supuesto —respondió el gerente del banco— pero todos deben convencerse de que no existe en ellos ninguna traza de lo que se llamó alimento anteriormente. Todo es artificial.

—¡Brillante, espléndido, magnífico! —se escuchó exclamar a los invitados, mientras la anfitriona mezclaba el contenido de las diferentes fuentes con una cuchara de platino frente a los invitados. Ella distribuyó el alimento en varias vasijas de metal y presionando levemente con su dedo meñique, inducía en ellas la corriente galvánica. En pocos minutos se preparaba a la perfección el cocido o el asado, como se le llamaba en la antigüedad.

Los platos así preparados suministraban más variedad de la que los ingenieros de cocina habían podido preparar antes con los medios comunes.

—Pero, ¿a qué sabe exactamente este plato? —preguntó uno de los invitados, quien estaba sentado pensativo mientras permitía que su lengua girara contra su paladar.

—Eso es exactamente lo que es imposible de definir —explicó el anfitrión—, por lo cual se debería encontrar el sabor terriblemente delicioso. En cada uno de estos platos, uno experimenta un cierto deleite y una inagotable cantidad de ingredientes de sabores agradables, cosa que antes ni siquiera hubiéramos podido sospechar.

—¡Brillante! —repitió nuevamente uno de los invitados.

—¿Qué sucederá ahora con las grandes tabernas?

—Se irán al desagüe, por supuesto. Así está hecho el mundo. Los nuevos empujan a los más viejos para avanzar. Lo que se consideró excelente ayer, baja su valor en la actualidad y mañana será inútil. Si ustedes tienen acciones de alguna taberna o posada, deben venderlas inmediatamente. Creo que todavía quedan acciones disponibles de las nuevas fábricas de provisiones.

Quienes no tenían dichas acciones se apresuraron a comprar algunas a través de la cortés atención del anfitrión que se las consiguió. Los ojos de todos brillaban de satisfacción.

Las personas se levantaron de la mesa sintiéndose más ligeras de lo que estaban al principio de la cena o así lo creyeron.

—Es una ventaja —explicó el anfitrión— que las nuevas fábricas produzcan una buena cena a un precio menor que la cena más ligera que se podía obtener anteriormente y, aún así, no experimentará esa pesantez desagradable en el bajo vientre, como ocurría en los casos anteriores. Cuando uno termina de cenar, ni siquiera



sabe que ha comido. Sólo queda un recuerdo agradable que nos ilumina el resto del día. Las antiguas fiestas en casas privadas pueden volverse a poner de moda otra vez, pero qué diferentes serán ahora y con qué deliciosas consecuencias se llevarán a cabo, comparándolas con las de la antigüedad.

—¡Brillante! —volvieron a exclamar los invitados—. ¡Vivimos en la edad del progreso!

—También se dice que toda intención de ponerse en contacto con los habitantes de Marte ha sido declarada imposible —declaró uno de los huéspedes.

—Eso es una tontería —declaró otro—. Si concertamos los esfuerzos podríamos usar los circuitos circulares de éter y probablemente tendríamos éxito.

—¡Sin duda! —aprobaron muchos.

—Ya estamos enterados de la constitución corporal de los marcianos. Nuestro objetivo ahora es encontrar cuáles son sus facultades interiores, algo que seguramente traerá enormes beneficios a los habitantes de la Tierra.

—He entregado una propuesta a la Sociedad Anónima que se ocupa de ello —explicó el director del banco—. Señoras y señores, quizás quieren ustedes anotar sus nombres para formar parte de dicha compañía. Llevará el nombre de Circuitos Circulares de Éter, Limitada, y estará dedicada a descubrir el estado mental de los marcianos.

»Les puedo decir que en la actualidad he reunido casi la suma total de mil millones de francos por lo que la lista de accionistas está prácticamente colmada. Aunque mi deseo es servir lo mejor posible a mis amigos para que puedan obtener acciones seguras del mercado.

En pocos minutos todas las acciones de los Circuitos Circulares de Éter, Limitada fueron compradas. No era posible obtener ni una sola de las acciones en depósito. Al día siguiente las acciones subieron en la bolsa, pero sólo nominalmente porque nadie quiso venderlas.

Giro, el director, era infatigable cuando se trataba de entretener a los huéspedes. Desde el sótano los acompañó hasta el techo del edificio donde podían gozar del fresco proveniente del mar y observar la hermosa luna en una apacible noche de Agosto. El anfitrión exhortó a sus huéspedes a echar una mirada a los enormes vidrios instalados en el techo que permitían penetrar y vislumbrar las condiciones internas de la Luna.

—Señoras y señores —exclamó el gerente bancario—, déjenme que les muestre la Luna.

—Este señor sí que sabe entretener a sus huéspedes —afirmó uno de los invitados mientras los demás asentían aprobando.

—¿A qué precio están las acciones de la Compañía Minera de Oro en la Luna, en la actualidad? —preguntó uno de los presentes.



—Bien. Existen algunos problemas de transporte para traer el oro a la Tierra que todavía no se han resuelto —explicó el director Giro—. Pero desde que el arte de nadar en el aire ha hecho increíbles progresos y está dejando de lado los ciclos de aire de las antiguas naves espaciales, tenemos la esperanza de fabricar dentro de poco unas máquinas nadadoras enormes para transportar el oro. Podría realizarse cualquier día de estos, y los que deseen beneficiarse de esta espléndida empresa deberían comprar las acciones sin demora.

No pasó ni un cuarto de hora que se vendieron todas las acciones de la Compañía Minera de Oro de la Luna. Aún las acciones de la antigua fábrica de plata en la luna se elevaron tanto como nunca lo habían estado en los siglos pasados.

Una de las revistas satíricas de Gothenburg, llamada El Avispón Celestial, acababa de expresar su sorpresa ante el hecho inusitado de que las acciones de la plata habían caído rápidamente a pesar de la baja gravedad en la superficie de la luna. Pero esa broma, similar a tantas otras, había perdido su gracia y no se usaba más, al menos no hasta que se pudiera cambiar y adjuntar a algún otro objeto de burla.

—¿Ha visitado sin duda los Jardines de Okeanos? —preguntó el director del banco a uno de los principales ingenieros del departamento del gobierno central Escandinavo. Estos importantes hombres de las máquinas correspondían a los antiguos subsecretarios de Estado en el pasado.

—Por supuesto, he visitado los jardines de Okeanos, —respondió el hombre a quien le dirigían la pregunta—. También he visto el Psycheón y me fue permitido transportarme con la imaginación a través de las emociones producidas por el órgano del cerebro, una excelente invención.

—Por supuesto que aún se está desarrollando pero probablemente pronto será dejado atrás por alguna otra novedad, —respondió Giro—. Lo que es excelente y mucho más práctico es el nuevo túnel que se excavará desde esos jardines.

—¿Un túnel?

—Así es. Por de pronto será un túnel bajo el mar de Escocia. Como saben todos ustedes, la construcción de túneles ha hecho grandes progresos recientemente. Ya no se fabrica en la forma tan estúpida como se hacía en el pasado, como cuando se construyó la galería a través del Monte San Gotardo, o cuando trataron de unir Gran Bretaña con Francia por un túnel que pasaba bajo el Canal inglés. Ahora, que hemos tenido éxito al transformar el oxígeno en líquido, podemos penetrar a profundidades antes inaccesibles bajo la Tierra, aún atravesando roca sólida hasta llegar al centro movedizo en las entrañas de la Tierra.

—Pero, ¿cómo se puede aguantar el calor intenso allí abajo? —objetó uno de los huéspedes.

—El calor viene neutralizado por el oxígeno líquido, mientras baja por el túnel —informó el anfitrión—. En su rápida evaporación, el oxígeno va absorbiendo suficiente



calor como para que uno pueda sobrevivir allá abajo sin inconvenientes. Tiene la ventaja, además, de que el oxígeno cuando se convierte nuevamente en gas, ofrece los mejores medios para moderar el clima.

»Y otra de las ventajas del trabajo en el túnel es que cuando el oxígeno líquido es conducido a través de la masa derretida dentro de la Tierra, congela la materia que toca. Así es posible introducir una tubería por las entrañas de la Tierra y, en esa forma, el túnel se construye solo.

—¡Brillante! —exclamaron los invitados.

—Más que brillante —comentaron dos ingenieros que esperaban ser empleados en la nueva empresa.

—Alrededor del oxígeno que fluye, se forma una costra extraordinariamente endurecida —continuó el anfitrión—. Mientras procede la inyección se vuelve cada vez más gruesa como para aguantar la presión inmensa que produce la corteza terrestre.

—Eso es obvio —afirmaron los invitados.

—Más que obvio —aseguraron los ingenieros.

—Como les decía —continuó el anfitrión—, empezamos construyendo el túnel hacia Escocia. Pero luego emprenderemos un trabajo mucho mayor: construiremos una vía desde Europa hasta América bajo el mar y aún otra debajo de los Estados Unidos hasta llegar a la costa de California. Será un túnel recto de un largo de 1300 millas geográficas en la línea geodésica pero en el interior de la Tierra será solamente parte de un segmento que se extenderá por unas 1100 o 1200 millas, ahorrando unas doscientas millas.

—Si pensamos que desde los puntos extremos del túnel se pueden dibujar dos radios hacia el centro de la Tierra, comprendería un ángulo de más o menos 88 grados. Así, la línea de inclinación del túnel hacia Europa, y la que va a la costa oeste de los Estados Unidos tendría una inclinación de 44 grados, lo que significa que el túnel desde Europa penetra en la Tierra con una inclinación hacia abajo de 44 grados y luego llega a América con una cuesta en subida de 44 grados.

—Pero usted dijo hace un momento que el túnel iba a ser construido en línea recta —objetó uno de los invitados.

—Y así será —respondió el anfitrión—. La inclinación hacia abajo y hacia arriba será aplicada solamente a la salida y a la llegada del túnel, con respecto al centro de la Tierra, un punto que no vamos a alcanzar, por supuesto. Pero la inclinación hacia abajo o hacia arriba es imaginaria y, no obstante, suficiente como para que se pueda conducir automóviles a través del túnel sin problemas.

—No se necesita otra energía que la fuerza de gravedad. ¡Y esa es una ventaja incomparable! Para empezar, los carruajes pueden correr hacia delante y hacia abajo por su propio peso. Más largo es el camino y más rápido van, hasta que llegan al punto focal del túnel, que es lo más cerca al centro de la Tierra que llegamos, como a unas 240



millas bajo la superficie. Los carruajes viajan tan rápido que su propia velocidad los llevará a subir la cuesta el resto del camino, pero a una velocidad mucho más lenta a medida que van llegando a su destino.

—¿Y el poder de resistencia del aire? —objetaron algunos—. ¿Cómo se puede solucionar?

—Simplemente haciendo que se cierre el túnel y se evacue el aire con un par de ventiladores apropiados —fue la respuesta.

—¿Y, cómo van a poder respirar los pasajeros?

—A cada uno se le entregará su ración de oxígeno. Este se podrá vender junto con el boleto de entrada.

Cualquier otra objeción se volvió innecesaria. El asunto era claro como el día. La compañía para la construcción del túnel entre Marstrand y la costa de Escocia se formó inmediatamente y el director del banco fue exhortado para que empezara la empresa lo antes posible, para que el túnel hacia California pudiera también comenzar muy pronto.

Luego todos bebieron algunos vasos de agua de mar y el humor de todos se tornó de lo más agradable.

—Temo que debo ir a casa para verificar si toda la maquinaria en mi departamento está engrasada propiamente —anunció el jefe de máquinas—. Tendremos una reunión del gabinete mañana. El director en jefe del tráfico es muy minucioso y no tolerará que una sola rueda gire chirriando cuando la maquinaria del Gobierno empieza a funcionar.

—Por favor, beba usted otro vaso de agua, antes de irse —invitó cortésmente el anfitrión—. Los maquinistas pueden inspeccionar ellos mismos si todo está bien engrasado.

El director del tráfico o primer ministro, como se le llamara en el pasado, era un jefe muy riguroso. Mantenía a sus jefes de máquinas con el puño férreo de la disciplina, quienes a su vez seguían muy de cerca a los maquinistas que en su tiempo fueron llamados diputados o jefes de división.

—Creo que la maquinaria adolece de una burocracia insoportable —comentó el director del banco—. Podría tranquilamente simplificarse si se quisiera.

—Es verdad —asintieron muchos de los presentes—. La reorganización de los departamentos de servicios cívicos es muy necesaria en estos momentos.

El jefe de máquinas no era de la misma opinión. Él no deseaba otro cambio que recibir un sueldo suficiente como para pagar el costo de vida cada año, o mejor aún, cada 6 meses.

—Con el progreso que la mecánica ha hecho en los últimos años —comentó el director del banco—, realmente no necesitamos tantos maquinistas. Sin mencionar que el director en jefe del tráfico tiene a su cargo demasiados jefes, directores, ministros o lo que se llamen.



—Con el presente parlamento tan bien coordinado, por lo que se trabaja muy bien en la actualidad, no es necesario más personal. Es inconcebible que cada departamento y división de maquinaria tenga tantos maquinistas y jefes de maquinistas.

—¡Y no hay que olvidar a los engrasadores! —exclamó alguno.

—¡Claro que también están los engrasadores! —añadió el anfitrión—. Es como si viviéramos en la época de hace quinientos años. Esto debe cambiar. ¿Qué piensan ustedes si se pudiera transformar el parlamento y su mecánica total en una sociedad anónima?

—Es una buena idea.

—Se podría perfeccionar la maquinaria para deshacernos de muchos maquinistas.

—Se remplazarían con asistentes y secretarios de los asistentes con propias máquinas a su cargo, como fue en el pasado y, entonces, nos sería posible dar un paso adelante. Podríamos despedir a los asistentes y a los subsecretarios de los diputados maquinistas y dejar que los jefes de máquinas controlen su división de maquinaria, asesorados, quizás, por los engrasadores.

—Pero dicha sociedad anónima no puede formarse sin una decisión directa del parlamento.

—Bueno, debe haber algún parlamentario que pueda introducir esta propuesta a la gran máquina de las mociones y los decretos y ver si con la máquina de votaciones se puede introducir dicho cambio. Nosotros podríamos levantar la empresa en cualquier momento. Nunca es demasiado tarde para ello.

En diez minutos ya se había formado otra compañía con el propósito de que la maquinaria del gobierno se convirtiera en una sociedad anónima, incluyendo todo aquello que en el pasado llevaba el nombre de departamentos administrativos.

Estaban todos los invitados listos para retirarse cuando el hijo pequeño de Giro, de cinco o seis años de edad, entró corriendo al tejado y exclamó:

—Papá, papá, ¿cómo nado de espaldas?

—Muy bien, muchacho —contestó el padre orgulloso—. Te he prometido un premio cuando hayas progresado en el arte de la natación aérea y tú mismo puedes decidir cuál puede ser tu premio. ¿Qué quisieras, hijo mío?

—Si papá me diera alguno de aquellos certificados de débito al 40% de los que hablaba ayer, me pondría muy contento.

—Te los daré, pero ahora debes ir a la cama porque es tarde.

—Sí papá, pero antes quiero terminar el juego que empezamos abajo. Somos siete niños y niñas. Nos estamos divirtiendo mucho.

—Me alegra oír eso. ¿A qué están jugando?

—A un juego muy, pero muy gracioso. Se llama La Compañía Flotante.



—¿Y, cómo se juega?

—No es difícil, papá. Yo soy quien mantiene a flote todas las compañías y los demás niños me entregan su dinero y yo lo pongo en mi alcancía.

El director del banco se emocionó. Levantó a su hijo y lo besó:

—Pronto empezarás la escuela cerebral, hijo mío, —le dijo.

—¿Es aquí en Majorna? —preguntó el niño.

—No, queda en Telge y es un distinguido centro de estudios, como dicen en la Costa Este, aunque la dirección de la escuela está aquí en Gothenburg. La escuela cerebral es una nueva institución educacional establecida en el antiguo pueblo de Telge. Yo tengo acciones de esa compañía y probablemente puedo deshacerme de algunas de ellas.

Giro regresó a la reunión y continuó:

—El hecho de que mi hijo pueda nadar en el aire y de espaldas, es suficiente evidencia de que el arte de la natación aérea tiene futuro. Yo soy de la opinión de que el arte no puede dejarse ir a la deriva y sin motivo. Se debe formar una empresa para que levante y apoye este deporte.

Los invitados eran de la misma opinión.

—¿Qué se necesita para nadar en el aire?

—Lo primero que se necesita para la natación aérea es un aparato de natación hecho de una aleación de platino, silicio e hidrocarburos, muy pequeño y con un peso específico que une las cualidades del platino a la transparencia del vidrio y a la elasticidad del caucho y aún así puede ser más fuerte que el metal. Es una sustancia que llamamos Kresim y es muy usada en varias otras profesiones.

Una campana de Kresim totalmente transparente con un sujetador de aire, como lo llaman, hace que la persona adentro esté bien balanceada. Al frente, este aparato tiene forma de cuña lo que sirve como una pantalla contra el viento a grandes velocidades. A ambos lados cuelgan dos estribos para sujetar los pies, mientras un manubrio de Kresim templado empuja el cuerpo en movimiento hacia delante y el nadador debe decidir en cuál dirección ir.

El manubrio solo no puede crear el movimiento a menos que exista una caja con oxígeno flotante dentro del aparato. Oxígeno a baja temperatura y bajo enorme presión puede usarse para crear energía de larga duración.

—Como pueden ver, la natación aérea es algo que tenemos por delante en el futuro. Va a dejar relegadas a las bicicletas aéreas que resultarán redundantes y sin duda tendrá mucha influencia en el transporte de comodidades.

Se negoció la empresa rápidamente y casi todas las acciones se compraron inmediatamente. Giro tenía aún otras propuestas de compañías diversas pero, entonces,



uno de los invitados propuso que para ahorrar tiempo debían formar una sociedad anónima del futuro.

La propuesta fue aceptada unánimemente.

© *Claës Lundin*

© *Traducido del inglés: Adriana Alarco*

Hace cien años, **Claës Lundin** (1825-1908) era bien conocido en Suecia. Fue periodista y corresponsal en el extranjero, trabajando para periódicos en su oriunda Estocolmo y en Gothenburg. Escribió muchos libros, principalmente sobre la vida en Estocolmo, pero también libros de viajes por Europa y Suecia. Antes de su tormentosa colaboración con Strindberg, publicó en 1878 su novela de ciencia ficción *Oxígeno y Aromasia*. La novela se inspiró en *Bilder aus der Zukunft (Imágenes del futuro)*, del filósofo y escritor de ciencia ficción alemán Kurd Lasswitz (1848-1910). La novela se puede leer en su idioma original en el siguiente enlace <http://runeberg.org/oxygen/>.



TIERRAS MESTIZAS

por Javier Navarro Costa

Las tensiones dentro de la Familia Real por la falta de un heredero varón, mitad hombre mitad loo, siguen envenenado las relaciones entre sus miembros. La vieja y antigua Reina Madre Constelación se resiste a abandonar el viejo sueño de ver un país gobernado por esta casta de mestizos y trama intrigas para que las aguas vuelvan al antiguo cauce.

CAPÍTULO 2: FRUTALES

197 d.A.

(4 años después)

Un sistro, ¿alguien agitaba un sistro? Si así era, debía hacerlo muy cerca, justo a su espalda, pues el sonajero retumbaba como si se encontrase dentro de su cabeza. Se volvió, pero no había nadie. Tal vez sólo fuera ya una anciana senil, y allí se originasen, precisamente, todas sus preocupaciones.

El sistro imaginario volvió a sonar, los platillos metálicos que conformaban sus entrañas retumbaron como era costumbre en las fiestas religiosas de toda la Tierra Mestiza y, en especial, en las de Hathor, la encarnación de la belleza.

De pronto, el sonido se extinguió y sólo quedó el rumor de unos pasos que parecían adentrarse en el interior de los jardines, por sendas que conocían bien, huyendo del murmullo insidioso de la senectud, transformado en necias alucinaciones.

La Señora del Cielo, la reina-madre Constelación, avanzaba ceñuda entre las higueras. Su Intendente, sus sirvientas, sus Jefes de Graneros y de Almacenes, todos coincidían en aconsejarle más cautela, hacerse custodiar por uno de esos aguerridos veteranos que formaban la Guardia. Sí, eso les hubiera complacido. Pero Constelación era demasiado vieja para complacer a nadie si no le venía en gana, demasiado estúpida para mostrar cautela, demasiado poderosa para escuchar los consejos de su servidumbre.

Vestía únicamente el viejo caparazón ceremonial de los Loo. Esbozando una sonrisa, paseaba bajo el mediodía de Re. El astro rey estaba satisfecho; Constelación podía sentirlo, erizando su piel con su cálida caricia. Los presagios eran favorables, la hora se acercaba. Pronto nacería la niña; aquel mismo día seguramente. Por eso había abandonado el Dominio de las Esposas de Dios, su residencia habitual desde hacía años, y navegado sin descanso hasta el Doble Palacio. Por eso y por la visión.

Pasó sólo dos días atrás. Estaba con Precesin, dictándole una carta dirigida a su sobrino nieto, el príncipe Bakenkhonsu, cuando sucedió todo. Lo recordaba bien porque a aquel títere obeso y falto de afecto debía siempre tratarlo con tacto infinito para no herir su susceptibilidad, siempre presta al desencanto, regada por una infancia de burlas e insatisfacciones, en la que el niño Bakenkhonsu había tardado en comprender



que un grueso muchacho, hijo de una esposa secundaria y enésimo en la línea de sucesión, no contaba en verdad mucho para nadie. Pero los años, la muerte de casi todos sus iguales, un carácter dúctil y cruel, y acaso también la sabia mano del destino, le habían convertido en un poderoso aliado, por lo que mantenía con él una amistosa y hasta íntima correspondencia.

—Algo más... o termino así la misiva —dijo de pronto Precesin.

Constelación abrió los ojos. ¿Se había quedado dormida? Oh, dioses, qué cosa tan terrible hacerse vieja.

—¿Que es lo último que dije, amigo Rector?

Precesin era una de las pocas personas en las que aún se atrevía a depositar su confianza. Le desagradaba que el azar le hubiese conferido el raro honor de nacer macho en un lugar donde apenas había una docena de Loo con esa tara. Aunque era un joven intrigante, le había aupado a la cima de la SoGen porque era el más capaz de su generación. La vieja Reina no creía en favoritismos y, además, no creía que el hecho de ser varón, astuto y un punto embaucador le fuera nada mal en su cometido. Después de todo, era un funcionario.

—«Deseando que la Divina Tríada os acompañe...» —repitió con voz monótona Precesin—. Es lo último que apunté en el RLV.

—Pues añade: «os acompañe en cada uno de los avatares de la existencia, se despide de su sobrino preferido...» —completó Constelación—. El resto puedes imaginarlo.

Precesin tecleó sus palabras y al cabo guardaron silencio. El Rector de la SoGen la miraba de reojo, como si estuviera reflexionando sobre sus próximas palabras. Parecía dubitativo, sopesando secretamente los pros y los contras de sacar a colación algún asunto.

—Supongo —dijo, todavía inseguro— que no me habéis llamado para dictarme una carta. Después de todo tenéis un millar de escribas que podrían hacer mejor que yo una tarea semejante.

—Tal vez quería disfrutar de tu compañía, Precesin.

—Tal vez.

Se hizo el silencio. Precesin meneó la cabeza, cansado de fingimientos.

—Tal vez quieras que te hable de las últimas novedades en nuestra investigación —dijo al fin, tuteándola—. Del tema de los fantasmas.

A Constelación se le escapó una sonrisa.

—Explícate, pues, amigo Rector, si tantas ganas tienes de escuchar qué pienso de tus pesquisas.

Precesin sonrió a su vez. No debería haber subestimado a la vieja Señora del Cielo.



—Bien, ocurre que se han dado demasiados casos para considerarlos una anomalía.

—¿Demasiados casos de qué?

—De fantasmas, Constelación. Hombres, mujeres, altos cargos de la corte, incluso miembros de la SoGen han visto apariciones fantasmales en los últimos meses. Los muertos, tal y como asegura la tradición egipcia, regresan a menudo a los lugares que en vida les fueron comunes. Parece como si la magia se negase a abandonarnos y...

—La magia no existe, Rector.

—Pero tú misma...

Precesin había callado por respeto, ¿por miedo? Constelación intentó buscar la mirada de su interlocutor y sólo vio una masa de pequeñas lentes enfocadas en todas direcciones. Ella misma había ordenado que los altos jefes de la SoGen sustituyesen su sistema óptico por aquellos aparatos artificiales, herencia del planeta Biwoses. Sólo tenía a su disposición un puñado de ellos y tardarían medio siglo al menos en alcanzar el nivel tecnológico que permitiera reproducirlos. Nadie había entendido por qué dio una orden semejante. En realidad, sólo ella sabía que aquellos aparatos, que imitaban el ojo compuesto de algunos insectos, estaban secretamente relacionados con eso que Precesin, erróneamente, llamaba fantasmas.

—¿Qué decías?, amigo mío. Completa la frase, por favor.

—Pensé que tú también creías en ellos —reconoció Precesin, luego de una nueva pausa—. Después de todo, mandaste tapiar el cadáver del último mago humano y colocaste trampas que, según la tradición egipcia, evitarán que renazca como un ente espectral. Amén de un campo de fuerza, claro.

—Eso no significa que crea en la magia ni en los fantasmas. Toda esa pantomima la mandé ejecutar para el mismo mago, para que cuando renazca piense que no puede salir de su prisión. El campo de fuerza lo puse para que ningún idiota intente rescatarlo, naturalmente.

Precesin se mesó su amplio mentón antes de proseguir:

—No entiendo nada, mi Señora. Has dicho cuando renazca. Siptah, el mago, ha muerto. Nadie renace tras la muerte.

Constelación movió la cabeza en señal de asentimiento. Hizo una señal a un robot doméstico, que llenó su copa de vino con especias.

—Sí y no. Todo este asunto es más complejo de lo que tú crees. Sólo debes saber, sin embargo, que la magia no existe y todo tiene una explicación científica. A su debido tiempo lo comprenderás. Para entonces ya habré muerto, pero eso es lo de menos ahora. Será mejor que todo este asunto se olvide y que, en adelante, no sea objeto de estudio de la Sogen y que neguemos sistemáticamente la existencia de fantasmas, espectros o como quieran llamarse. —Temiendo que Precesin exigiese ulteriores explicaciones, se apresuró a añadir—: Deberíais centraros en la investigación genética, que fue la razón



por la que fuisteis concebidos. ¿Se ha avanzado algo en las hipótesis sobre la interprocreación?

El Rector de la SoGen estuvo a punto de hacer patente su desagrado por la forma en que se había dejado atrás el asunto de los fantasmas, pero cuando Constelación gruñó y mostró sus dientes desvencijados, comprendió que sería una pérdida de tiempo. Por el contrario, hizo una reverencia y respondió a su Señora:

—Seguimos pensando que la ingeniería genética tiene que ser la explicación. De alguna forma nuestros benefactores modificaron el ADN Loo con una enzimas especiales para que podamos reproducirnos con los humanos y...

—¿Cómo modificaron nuestro ADN, Precesin? No, no respondas. Ya sé que lo ignoras. Hablas de enzimas como podrías hablar de pasteles de miel. ¿Y cuándo? ¿Antes de nacer, en Biwoses? ¿Sesenta o setenta años antes de que nos trajeran a la Tierra Mestiza? ¿Lo prepararon sin que nadie lo supiese en nuestro planeta y luego nos trajeron hasta aquí justo antes que nuestra galaxia se convirtiera en nova?

Precesin sacudió la cabeza, contrariado.

—Bueno, los Universales son seres de gran poder y por lo tanto...

—¿Universales? —inquirió Constelación. El Rector de la SoGen, ante esta nueva interrupción, se irguió y caminó hacia un extremo de la habitación, intentando contener su rabia.

—De alguna manera teníamos que llamarlos. No tenemos ningún dato sobre los que nos salvaron. Nadie los ha visto. Nadie sabe nada ellos.

Constelación recordó a aquellos seres repulsivos, bañados en sangre, que les trajeron a través de la nada. No eran Universales, no eran eternos, sólo eran una raza que se extinguía con un plan perverso entre manos.

—No quiero que los llaméis Universales. Llamadlos, si tanto necesitáis un epíteto, los Moribundos. Y créeme cuando te digo que pronto estaremos tan moribundos como ellos si no conseguimos saber la causa de nuestra venida a este mundo, o por qué humanos y Loo fuimos escogidos para fundar una nueva raza de mestizos.

—Pero Señora, lo que decís...

Presa de un temblor involuntario, Constelación se echó hacia atrás en su sillón y sintió que una fuerza le abría los ojos y tiraba de ellos hacia el interior.

—¡Señora! Dama Constelación, ¿estáis bien? —gritaba Precesin a su lado.

Entonces tuvo la visión:

Amón, el Oculto, la miraba. En la banqueta donde antes estuviera el Rector de la SoGen ahora descansaba el dios de dioses. Sostenía el Cetro y el Símbolo de Vida. Parecía refulgir, magnífico, él que sostiene en equilibrio el Doble País. Se irguió de pronto señalándola con su vara:



—Mira dentro de mí —le ordenó.

El miedo la atenazaba, pero obedeció. Y vio a Solsticio, su bisnieta, esperando en su lecho al caer la noche. Sonreía, admirando la trabajada cabeza de la hermosa Hathor, jugando con las varillas que de ella sobresalían para imitar el sonido de titilantes flores de papiro, el sonido del sistro, el sistro que zumbaba dentro de sus oídos. La Gran Madre aguardaba la llegada de su esposo.

Y vio a Hapu, el heredero del trono, caer en trance en sus aposentos privados, y al Oculito hablarle dulcemente, como si fuese su hermano:

—Tú eres como el agua y yo soy como la tierra; juntos detendremos el fuego.

Y Amón tomaba la forma de Hapu para poder acceder al lecho de Solsticio y yacer con ella; porque Amón deseaba ardientemente a la mujer que estaba destinada a gobernar muy pronto la Tierra Mestiza.

Y Solsticio se maravillaba de la fragancia de incienso que impregnaba la piel de su amado, y de los collares de oro y las piedras preciosas que adornaban su persona. Sonreía. Sabía que el destino de todos ellos estaba ya escrito en el sagrado Árbol de Persea. Y dijo el Oculito, luego de yacer con la princesa:

—La que esta unida a Amón, la niña Pleamar, será el fruto de la simiente que he depositado en ti. Ella será un día Rey y hará resplandecer los Nueve Arcos para insuflar al universo entero su hálito de vida.

Constelación se volvió hacia a Amón y quiso tocarlo con sus manos, que compartiera con ella su esencia divina. Pero Amón era sólo un impostor deplorable, un ser antiquísimo y cubierto de podredumbre, plagado de úlceras, que se disfrazaba del viejo dios egipcio para engañarla. Amón era uno de los Moribundos, un navegante, un alma que erraba por el tiempo y el espacio camino de ninguna parte.

Constelación se despertó con un sobresalto.

El Moribundo la había liberado por fin y, de nuevo a solas, antes de irse, le habló de los árboles de Nlòplales de flores amarillas, de la luna Tonutir, del secreto que guardaba el estanque, de Siptah, el mago y enemigo de la luz que lo había embrujado, y de cómo vencer definitivamente su hechizo.

Sintió alegría, pánico, terror, aflicción, cólera y, de alguna forma, también sosiego. No podía pensar, calibrar, decidir... sólo sentir.

Y despertó de nuevo, bruscamente. Precésin la sujetaba de un brazo y de la cintura. Ella estaba en el aire, con medio cuerpo fuera de su sillón.

—Perdiste el conocimiento, mi Señora. Creí por un instante que ibas a caer al suelo.

Constelación recuperó al instante la compostura, se deshizo del abrazo de su sirviente y cruzó las manos sobre el pecho, con toda la estancia dándole vueltas. Pero su voz sólo dejó entrever ironía, y un punto de soberbia:



—Oh, amigo mío, no sería la primera vez que cayese al enlosado. Tampoco será la última.

1

Siptah, sentado en una banqueta de su vieja habitación, rodeado de polvo y telarañas, reflexionaba sobre su condición de espíritu errante, uno de esos espíritus que salen al alba de sus tumbas y vagan por los espacios terrenales que le son queridos, aquellos a los que están inextricablemente ligados por afinidad y conciencia.

Sin embargo, él no lo tenía nada fácil. Otros espíritus, aunque algo molestos porque las apetencias de su Ka no se hubieran completado y no pudieran acceder a la otra orilla, lo cierto es que gozaban de una cierta libertad y podían ir hasta la aldea que les vio nacer, hasta la casa de sus padres, o de sus familiares, incluso podían molestar a su viuda y aterrorizarla en el hogar que se había construido con su nuevo y flamante marido, un patán indecente y estúpido cuya sola visión justificaba, a ojos del aparecido, la desgracia de haber muerto... Por lo menos no había de soportar en vida ignominia semejante.

Pero Siptah estaba atado a aquel lugar, a sus húmedas habitaciones sobre las caballerizas, por causa de la ira de la Reina Constelación, que no le había perdonado aquel feo asunto con los ocho jardineros muertos ni el que hubiese destruido los Nlòplales con los que esperaba aferrarse al poder e instaurar un matriarcado Loo.

¿Quién le iba a decir que su propia discípula, su pequeña Nube, estaría también implicada en todo aquel asunto?

Uno no puede fiarse de esas Loo del demonio. Viven obsesionadas por conceptos ajenos al mundo real: independencia, esperanza, igualdad... principios extraterrestres, en lugar de poner sus vidas en manos de la justicia, de la Regla y de la Armonía Universal, unos dogmas viejos y resabiados que llevan funcionando en manos de los humanos miles de años, asegurando la perpetuación del dominio del macho de la especie y la presencia ubicua de la guerra y el derramamiento de sangre como catarsis y principio de estabilidad del propio sistema.

No, las mujeres Loo no sabían nada de la política, a juicio de Siptah, y su lugar estaba en el harén, en las alcobas, en los jardines, en el ejercicio de las artes, como la música o la danza... había un sinfín de ocupaciones que les venían como anillo al dedo. No necesitaban el gobierno de la nación. Eso era cosa de los hombres y de sus soldados.

Mas, sin duda, el llevar muerto medio siglo había terminado por ranciar sus propias reflexiones, y a menudo ponía en duda que su juicio desaprobador no fuera causa de estar eternamente condenado entre aquellas cuatro paredes. ¡Sólo faltaría que su castigo hubiera sido por nada, que hubiera luchado en el bando equivocado, que las mujeres fueran capaces de hacer las cosas mejor que aquellos que llevaban tantas y tantas generaciones royendo, consumiendo, mortificando al universo entero, de una parte a



otra del orbe!

Muy pronto, la vieja Constelación volvería a enfrentar a viejos antagonistas. Sería una partida larga y disputada.

Lástima que su niña no se apercebiera que en una partida como ésa, finalmente, todos los bandos están sin remedio abocados a la derrota.

2

La jarra casi le escapa de las manos. Dio un giro brusco a la muñeca y la atrajo hacia sí, sujetando luego la base con la otra mano. Aunque tenía sed, primero derramó un poco de agua en su nuca, dejando escapar un suspiro cuando los primeros surcos helados empezaron a resbalar por la espalda.

—Veamos, sobrino, tenemos el hoyo de Codo o Codo y medio por un Codo, ¿no es verdad? Ahora echamos las piedras y un poco de abono. Yo prefiero el que me traen de las caballerizas de los Heteri, pero cualquiera valdrá, mientras este bien maduro. Ahora coges la vid... ¡No!... y la colocas... ¡No!... con las raíces extendidas. ¡Bah! ¡Déjame a mí!

Jeda se hacía viejo. Encerrado en su Dominio, aunque aún no había cumplido ni de lejos los cuarenta, su pelo se volvía gris y las fuerzas le abandonaban. Buscaba la perfección en un mundo imperfecto, y ni siquiera sus jardines podían darle ya sosiego, quizá nunca se lo dieron. Kamutef era lo único que le quedaba, aunque le costara reconocerlo.

—Tío, pásame la hoz.

—¿Para qué la quieres? ¿No irás a destrozarme nada? ¡Ten cuidado con no acercarte al Campo de Fuerza que acaban de instalar en torno a la muralla!

Kamutef estaba acostumbrado al carácter del Maestro de los Jardines. Su amor por él no había hecho sino crecer en aquellos años que llevaban juntos, y ahora, apenas un muchacho, comenzaba a cobrar conciencia que, en breve, sería el bastón de la vejez de su tío como él fuera muralla de su niñez hasta ayer mismo. Se inclinó para coger la herramienta y vio las sandalias doradas, miró hacia arriba y comprendió que llevaba muchas horas bajo el sol, tal vez le hubiera dado una insolación. Aún era joven y su carne tierna, demasiado tierna para olvidarse por costumbre su gorro de trabajo.

—Hola, jovencito, buscaba al Maestro Jeda ¿Sabrías darme razón de él? —dijo la aparición.

—Sí... detrás de mí —tartamudeó el niño.

Así pues, no soñaba: había hablado, aunque fuera por un instante, con la gran Constelación, esposa de Tutmose el Libertador, madre del rey Jiserkare, Señora del Cielo y grande entre las damas del Doble País. Su tío se inclinó con las manos a la altura de las rodillas en señal de respeto. Kamutef se quedó de pie, boquiabierto, demasiado



sorprendido para guardar las formas.

—Maestro, me apetece pasear, ¿querríais acompañarme? —dijo Constelación.

Jeda estiró la mano propinándole a su sobrino un pescozón que, de golpe, le postró de hinojos.

—Por supuesto —dijo, casi sin dar crédito a lo que estaba sucediendo.

Se alejaron lentamente, sin prisas, caminando el uno junto al otro. Kamutef se apercibió que en un par de ocasiones la anciana volvía el rostro y le miraba con interés. Cerca de una hora permanecieron en el Paseo de los Granados, para regocijo del joven jardinero, que les veía ir y venir, poniendo buen cuidado en que pareciese que estaba atareado todavía en los misterios insondables de las vides, su poda y su cultivo.

Al fin, comenzaron a desandar el corto trecho que les separaba de los frutales y pudo escuchar un breve fragmento de su conversación:

—Así pues, ¿cumpliréis con los deseos de una pobre vieja?

—Si pudiera, mi señora, lo haría gustoso, pero ya os he dicho que nunca ha sido posible, los Nlòplales perecen al poco de...

—Amón lo hará posible.

Por el sendero vio que reaparecían y no se le ocurrió nada mejor que improvisar una nueva cava para las vides con un instrumento tan poco adecuado como su hoz.

—Si es así, no precisaréis en demasía de mis servicios; pero tendréis mi ayuda, pese a todo —dijo su tío, en tono servil.

La Señora del Cielo le dedicó una tenue sonrisa de agradecimiento e inició el camino de regreso hacia palacio. Tal vez fuera una anciana, pero también era la mujer más poderosa de la Tierra Mestiza.

—No esperábamos menos de un hombre como vos —dijo Constelación, a modo de despedida.

A media tarde, Kamutef comenzó a sentirse abrumado por todo cuanto había aprendido y le pidió a su tío permiso para irse a jugar con sus amigos en la ciudad. Pero éste ni siquiera le respondió, como si la misma de idea de divertirse fuese algo impensable, y le señaló un árbol que se erguía delante de ellos. Era un espécimen joven, no demasiado alto; el tronco aún no se le retorció como a sus hermanos mayores. Un olivo. Jeda abarcó su contorno con la mano y lo zarandeó como quisiera llamar la atención de un alumno travieso y distraído.

—Separaremos a los frutales por lo que nos dan: pepita, hueso, o fruto seco —dijo, prosiguiendo con una clase que ya duraba seis horas—. Ya sé que es fácil dejarse llevar



por las apariencias y sólo ver que unos destacan hacia el cielo, otros parecen trepar sobre sí mismos y otros se estiran formando un seto. Pero debes olvidar lo aparente y concentrarte en lo real; eliminado el artificio es la realidad lo único que nos queda.

Pero Jeda hablaba sin convicción, porque sabía poco de la realidad y nada de la vida. Kamutef, perdido en un mar de cítricos, higueras, vides y granados, no observaba pepitas, huesos ni frutos secos, ni siquiera titánicos esfuerzos para alcanzar la bóveda celeste, haciendo mudas contorsiones, trepando o buscando el equilibrio de un cercado de matas y arbustos. Estaba rodeado de vida, de belleza, de la realidad que el Maestro buscaba en vano. El resto eran palabras.

—Tío Jeda, ¿quién te sucederá al frente de los Jardines del Rey?

—Si vivo lo bastante y convengo a quien tiene el poder para ser convencido... tú, por supuesto.

Kamutef se balanceó adelante y atrás, concentrado en sus pensamientos. Se miró los pies, sucios de tierra y hojarasca.

—¿Es eso lo que queremos?

—No sé lo que tú deseas. Es el mejor destino que puedo ofrecerte.

Se hizo el silencio; un silencio denso, repleto de rumores de voces y suspiros del viento.

—Tío Jeda, a veces pienso en la vida en este lugar. Llevo ya algunos años contigo en el Doble Palacio. Prometí a mi madre que aprendería un oficio y me labraría un porvenir. Cuando lo haya hecho no sé si querré quedarme. No quiero ser prisionero de estos árboles, de los muros, del estanque.

¿Y yo lo soy? ¿Eso crees? Los pensamientos de Jeda estuvieron a punto de hacerse verbo, pero no alcanzaron a ser pronunciados, y se perdieron en el rumor de aquel hablar cuyo sonido se nos escapa, en el siseo de las corrientes de aire.

—Cuando seas un hombre, podrás decidir tu destino. Uno fácil y trillado u otro que te plazca. Es más que a lo que muchos pueden aspirar.

Y hablaron también del suelo, de cómo mejorarlo con un compuesto de estiércol y arena, del riego de ciertos frutales, más intenso el primer año, de la cava al principio del verano eliminando las malas hierbas para airear el terreno y facilitar la recogida de agua.

—Tío Jeda, yo te...

Ya lo sé. Yo también te amo Los pensamientos de Jeda estuvieron a punto de hacerse verbo, pero no alcanzaron a ser pronunciados, y se perdieron de nuevo y para siempre.

—Cuando seas un hombre, podrás decidir tú destino. Yo no te juzgaré —dijo el viejo jardinero.

—Sí, tío. Muy bien.



Kamutef, recordando muchos años después aquella lección magistral que Jeda le impartiera, supo que algo se les había escapado, algo que pudo unirles para siempre como a padre e hijo y, en adelante, sólo levantaría barreras entre ambos.

—En la época de recogida de cada frutal, utilizarás cajas de madera o estanterías. Hay una habitación en los Almacenes Reales, la última, una muy oscura orientada hacia el norte. Ése es el lugar preciso, el lugar donde mejor se conservarán.

Se miraron un instante fugaz, tan breve como la vida; luego bajaron los ojos, turbados.

—El lugar propicio y adecuado —prosiguió el Maestro de los Jardines—. Su lugar.

3

La nodriza de la Reina, Parábola, penetró de puntillas en los aposentos de su ama; comprobó que seguía durmiendo, retiró un paño cubierto de sudor y lo sustituyó por uno limpio. Imploró a Meskhenet y a los dioses que presiden el Bello Occidente que el padecimiento de la nueva Isis no se prolongase por más tiempo. Miró a su señora un instante. Afligida, dio media vuelta y se fue a buscar a los Recitadores.

En su lecho enrejado, bajo el azul de la bóveda celeste, la Reina Solsticio sufría en silencio la agonía del nacimiento. Despertó. ¿Acaso se había desmayado? Un cordero retozaba con su madre y juntos dejaban que las horas pasasen bajo la protección de las primeras luces del alba. Volvió la vista. En las marismas de sus sueños, los ánades revoloteaban majestuosos sobre los campos de cañas. Sonrió. La Reina amaba las pinturas de palacio. Cuando el artista trabajaba con su pincel sobre las piedras sintientes, la pintura parecía cobrar vida, contoneándose antes los ojos de su espectador, maravillándolo con mil gamas tonos y de convulsiones. En ellas el universo era siempre brillante, rico en matices, tinturas y caracteres. A menudo pensaba que aquellos dibujos saltarían de los muros para llevársela consigo. Pero era una reflexión siempre demasiado breve, subyugada como estaba su imaginación a los improporrogables deberes de la sangre de reyes que corría por sus venas.

Hapu, su esposo, vino a verla una vez por la mañana. Puso una mano en su frente, le preguntó si sufría mucho. Ella negó con la cabeza y él se sentó en la cabecera de la cama. Solsticio cerró los ojos un instante, sacudida por una punzada de dolor. Al abrirlos, estaba sola. Echó un vistazo más allá de sus estancias. Su esposo se alejaba del brazo de la tercera consorte, Iye, una perra humana, una de las pocas que habían nacido mujer sin apenas rastro del estigma genético Loo. Era blanca de piel, y aunque tenía los hombros escamosos y el abdomen rechoncho, cubierto del vello negro y salvaje de las Loo genuinas, el resto de su cuerpo era el típico de la hembra humana. En realidad, esas aberraciones no eran demasiado codiciadas por los machos, que ya se habían acostumbrado a los cuerpos estilizados y carmesíes de sus amantes extraterrestres, pero Hapu se había encaprichado de ella y no había manera de quitársela de la cabeza.



—Señora, ¿necesitáis alguna cosa?

Era Parábola, su nodriza, y ahora también lo sería del recién nacido. Después de todo, estaba en buenas manos, pensó Solsticio. Aspiró hondo. Como si en verdad el estuco la hubiese engullido, las horas se fueron desvaneciendo, y ella se columpió de la bóveda celeste, volando junto a los ánaes se llegó a un campo de cañas, y allí retozó con un corderillo y su madre hasta la puesta de sol.

—¡Señora! ¿Qué os pasa? —chilló de pronto su nodriza.

Sintió una cuchillada lacerante que la traspasaba. Buscó a Hapu con la mirada. Sólo el rumor de un millar de sirvientes, lacayos y aduladores enmarcando las facciones atribuladas de Parábola. Se irguió con el rostro contraído por la angustia.

—Llama a las comadronas. Ya viene.

La espesura de papiros había sido preparada con mimo desde horas antes. Cien Codos de largo por cincuenta de ancho ocupaba el lugar donde el vástago de Hapu y Solsticio vendría al mundo. El Médico Jefe del Sur y del Norte aguardaba nervioso ordenando los últimos retoques. Con él estaban sus asistentes, tres Recitadores y el Supervisor de los Enanos, éste último sin que nadie se explicase la razón de su presencia, fuera de la íntima relación de esos bufones diminutos con Bes, el dios protector de los nacimientos.

A Solsticio la traían en volandas cinco comadronas, entre gemidos e imprecaciones. Tan pronto como la Reina vio el gigantesco pabellón de madera, con sus columnas en forma de nudosos tallos —suspendidas en el aire gracias a dos motores de rotor— y las parras enroscándose voraces de la techumbre, prorrumpió en alaridos aún mayores que pusieron en marcha a médicos y asistentes. Sólo el Supervisor de los Enanos permaneció en su sitio, mesándose la peluca con un rictus de extraña satisfacción.

Sobre los cuatro ladrillos donde la parturienta daría a luz, el Jefe de los Recitadores apeló a Tuert para que expulsase las aguas del nacimiento y liberara a su hija Solsticio. Luego se acercó a un pequeño fuego al fondo del pabellón y arrojó incienso y grasa de pájaro. Ahora que los magos habían desaparecido de la Tierra Mestiza, sólo quedaban algunos vestigios de su poder, como la costumbre de que bufones relamidos declamaran viejos conjuros en ocasiones solemnes como aquella. Pero un Recitador no tenía nada que ver con un hombre mágico; sólo era un farsante que repetía frases hechas y no conocía que ciertos encantamientos, en labios de un elegido, devienen Palabras de Poder.

—¡Tenemos la protección de Tuert! —dijo en un grito el farsante, para que le oyeran a cincuenta o sesenta Codos más allá.

—Tenemos la protección de Tuert —repitieron todos.



Solsticio, que había esperado desnuda apoyada en un lecho de almohadones a que el hombre mágico acabara la ceremonia, fue esta vez arrastrada hasta los cuatro ladrillos. Entonces se pasaron las máscaras. La Reina vio de reojo a Isis colocarse tras ella sujetándole los brazos, Neftis le abrió las piernas y Heket le recogió los cabellos con una cinta. El resto de comadronas esperaba un poco apartado con jarras de agua para lavar al recién nacido, luego que le cortaran el cordón umbilical, y una alfombra de lino para apoyar su cuerpo en su venida a esta orilla.

Se oyó un haz crepitar, una cosa caer y quebrarse, una letanía. El Recitador había arrojado alguna otra cosa al fuego.

—¡Tenemos la protección de Re! —gritó.

—Tenemos la protección de Re —repitieron todos.

Entonces llegó el dolor, el padre del dolor que es capaz de vaciar el universo de todo salvo de sí mismo. Y Solsticio lanzó un alarido que la dejó sin aire en los pulmones.

—¡Hapu!

Una voz se elevó inmediatamente desde muy lejos:

—¡Tenemos la protección de Nut! —gritó en esta ocasión el Recitador desde la lejanía.

—Tenemos la protección de Nut —repitieron todos.

La Reina llamó entonces a Parábola con un gesto. Aunque no la hubiera visto desde que la sacaron de sus aposentos, sabía que su nodriza estaba allí. Siempre estaba allí.

—Majestad.

—Decidle a ese patán que invoque a los dioses en silencio u ordenaré que esta misma noche se reúna con ellos.

Parábola reprimió una sonrisa.

—Sí, mi Señora.

A su lado, el Médico Jefe del Sur y del Norte, se asomó entre ella y la comadrona con máscara de rana. Heket se echó a un lado y el Médico Jefe asintió con gesto satisfecho. La dilatación era ya casi la adecuada. *La cirugía no será necesaria*, dictaminó.

Parábola se dio media vuelta pensando que, para saber eso, no se necesitaba al ministro de sanidad y tantos doctores de renombre. Se lo podría haber dicho ella misma.

—¡Tenemos la protección de Isis! —gritó una vez más el Jefe de los Recitadores.

—Tenemos la protección de Isis —repitieron todos.

La nodriza apretó el paso camino del lugar donde ardía la Hoguera de las Ofrendas, preocupada por la salud de aquellos estúpidos celebrantes que se hacían llamar



Recitadores.

Habían pasado varias horas desde el parto. Solsticio, aunque agotada, no podía conciliar el sueño. El reposacabezas le hacía daño. Tal vez el soporte, demasiado alto para su gusto, pusiera su espalda en una postura tensa a la que su cuerpo no estaba acostumbrado, o tal vez fuera alguna cosa que se le escapaba. Pasó la mañana intentando encontrar el punto exacto, el giro de su cuerpo que le permitiera un poco de holgura y comodidad. Dejó de intentarlo cuando descubrió que el problema estaba en ella, no en el reposacabezas ni en ninguna otra parte.

A media tarde le trajeron al recién nacido. Iba envuelto en ropas de abrigo, quieto, expectante. Lo atrajo a su seno y se sintió radiante como Isis con su Horus, madre de una criatura hermosa y completa, vehículo de los infatigables planes del destino. Parábola le trajo un vaso de leche:

—Tómeselo, mi Señora, le hará bien.

Vio dos veces a su esposo. En una le descubrió paseando con los médicos a la entrada de sus aposentos. Más tarde la despertó con un beso en la frente.

—Muy bien mi amada, ahora descansa —le dijo, pero su corazón pensaba otra cosa. Podía sentirlo.

—Es una niña, Hapu. La llamaré Pleamar.

—Será bien venida al Doble Palacio de Ity-tawy.

Pero su corazón discurría: *Tendré que nombrar heredero a uno de mis hijos varones, Amenmosis o Uadjamosis, aunque sean hijos de esposas secundarias, o incluso al joven Ajep, aunque sea débil y enfermizo; y nuestra hija recién nacida se desposará con uno de ellos, para salvaguardar la pureza de nuestra sangre, que es la sangre de Osiris derramada sobre la Tierra Mestiza.*

—Te amo.

—Adiós, esposa mía.

—Vuelve pronto.

—Así lo haré.

Pero Solsticio supo que mentía. Cerró los ojos para no ver como Iye, la puerca humana, se lo llevaba lejos de su lecho, de su hija, para emponzoñarle la sangre con su veneno. No volvería a verlo hasta abandonar su convalecencia para aventurarse de nuevo por la enortijada red de corredores de la Gran Casa. Hapu tenía ahora que planificar su futuro, y ella y su hija se habían transformado en sólo dos peones sacrificables de un gigantesco juego del Senet: cinco combatientes por lado, un tablero en forma de serpiente, y una metáfora del tránsito infinito y de la vida palaciega, pues



para alcanzar la meta final, todos eran igualmente sacrificables.

4

En la entrada principal se detuvo un instante a recuperar el resuello y, con gesto de pesadumbre, reanudó su esfuerzo apartando de su camino a un tembloroso sirviente, que salió despedido hacia la pared con los ojos desorbitados.

El príncipe Bakenkhonsu respiraba agitadamente, agotado por la carrera. Trastabillando alcanzó el último tramo de escalones y dejó que sus carnes fofas se relajasen antes de entrar en los aposentos de la gran dama Constelación.

—Una niña —consiguió decir con voz no demasiado entrecortada.

—Sí, claro, buen príncipe —dijo una voz meliflua.

El Supervisor de los Enanos estaba sentado en una banqueta, hablando con familiaridad con la Señora del Cielo, grande entre las grandes del Doble País. Escupía sus palabras por una boca desdentada, diminuta, y se relamía a cada momento, embebido en su relato:

—Como decía, Señora del Cielo, puse la cinta con las dos plumas en la mano del recién nacido aprovechando la desidia de esas necias comadronas. Luego, antes de que nadie pudiese reaccionar, caí al suelo entre grandes aspavientos. ¿Os dije alguna vez que, siendo joven, intervine con gran éxito en los Dramas Osiriacos de las Fiestas del Valle? Todos alabaron mis actuaciones, esperaban con ansia mi papel, La Que Vuelve El Rostro, el primero de los cuarenta y dos Asesores del Ahogado.

El enano reía convulso, buceando en sus hazañas de juventud mientras columpiaba arriba y abajo las piernas en su asiento como un niño, intentando, aunque fuera con la punta de los pies, tocar el suelo.

—Una vez en trance fui presa de temblores —prosiguió, sin dejar de sonreír ni por un momento—, solté espumarajos por la boca y di patadas a más de uno de esos estirados matasanos, con gran placer y maliciosa puntería, si he de seros franco. Hasta que ese patán imberbe de aprendiz de mago me arrojó grasa de pájaro a la cara, supongo por ser la cosa que tenía más a mano. ¡Desgraciado! Ojalá un asno copule con su esposa.

Bakenkhonsu, viendo que por el momento no pensaban reparar en su presencia, tomó asiento y se dispuso a escuchar el resto de la historia.

—Así que desperté milagrosamente y les hablé del Oculto —dijo el enano, bajando el tono de su voz—, que juré se me había aparecido para hablarme de la niña Pleamar y su glorioso destino. *La que está unida a Amón, la Todopoderosa Pleamar*, grité con voz estentórea. Entonces entraron el Rey (Vida, Salud y Fuerza), dos mil heraldos, Cancilleres, Chambelanes, Supervisores, Superintendentes... y todos pudieron ver que a la niña lloriquear sobre la alfombra de lino cogida bien fuerte en una de sus manitas la



cinta con las dos plumas, la Sagrada Banda de Amón, que nadie había colocado allí, ni imaginaba cómo podía haber llegado. Por el pelo amarillo de Ptah que se armó una buena.

El enano, terminada su historia, saltó abruptamente de su tarima y se postró ante la Reina-madre.

—Ha sido, como siempre, un placer servir a vuestra Majestad, máxime cuando, como siempre, sabéis encontrar un servicio que nos aporta beneficios a ambos. Debo marchar con premura, sin embargo, y renunciar al placer de tan exquisita compañía, pues tengo en breve cita con Hapu, nuestro próximo Soberano, que quiere oír de mis labios los más mínimos detalles de tan fabulosa visión. Tal vez nos acompañe su Intérprete de Sueños, y acaso haya sido oportunamente sobornado para que acierte a discernirlos según nuestros deseos: los vuestros, cuyo afán último se me escapa, y los míos, que no van más allá de que se ilustre al buen Rey de la conveniencia de atribuir a éste su servidor de nuevas cargas, dignidades, y parabienes que le hagan su existencia terrena más llevadera.

Y el Supervisor de los Enanos marchó sin más ceremonia, con una mueca de torcida vanidad arrugando su feo rostro.

—Mi Señora...

El gordo príncipe inició una frase pero, dándose cuenta que aún no era objeto de atención, soltó un adiposo bufido y esperó.

Constelación parecía distraída. Tenía muchas cosas en la cabeza, cosas que requerían tiempo para prosperar o para desmadejarse, y el tiempo, como siempre, era una posesión extremadamente valiosa, sobre todo a sus años. Bakenkhonsu aguardaba en silencio. Miró a su sobrino. *¡Oh, aquel enojoso patán y su expresión de carnero degollado!* Pensó en la delicada red que tejen las Háthores con el destino, y en lo frágiles que podían ser los hilos que sostienen a los fuertes, y en lo trascendentales que podían resultar las acciones de los seres más frágiles. La edad le había enseñado una única lección: el azar es la única medida de las cosas.

Pero hasta el azar podía doblarse a un corazón cauto, agudo, sutil.

—Acércate, amado mío.

Sí, tal vez. No podía confiar en nadie, no enteramente. Aunque encontrara alguien lo bastante decidido, tendría que ser por la misma naturaleza de la misión alguien íntegro; ¿y acaso alguien íntegro llevaría a cabo la misión encomendada? Pero si escogía alguien mezquino, ¿acaso no se vendería a unos nuevos amos en cuanto tuviese oportunidad?

—Siéntate a mi lado, pequeño Baki. Así, muy bien.

Pero aquel gordo amargado... ¡Oh, sí, por supuesto! Si consiguiera atraerle al vórtice de aquel juego diabólico. Porque, ¿acaso no se precipitaría ansioso en cuanto le hiciese partícipe? Lo pensó bien antes de empezar a hablar. Nadie jamás había confiado en él.



Recadero de los poderosos, pasaba la mayor parte del año ejerciendo su labor de Director en el Lugar del Tránsito, la Morada Eterna de los difuntos en Ity-tawy. Constelación sabía que era un cargo honorífico y que el pobrecillo no tenía más ocupación que hartarse de carne de ave y arrastrarse de un aposento a otro intentando agradar a muchos que deberían postrarse a sus pies. Sonrió. Sería fácil.

—Baki, mi pequeño, ¿no es ese tu nombre familiar? Así te llamaba tu madre, ¿no es verdad? Pienso en ella a menudo. Era tan hermosa...

Le ofreció una jarra de vino, que él recogió ansioso.

—Tenía sed —reconoció.

—Príncipe Bakenkhonsu, escucha a esta anciana —dijo Constelación, en un tono que no admitía distracción ni duda—. Te he estado observando los últimos años. Sé que muchos piensan que vales poca cosa, un inútil, un indigno hijo de su padre; pero yo digo a todos que se equivocan, pues veo en ti los rasgos severos de tu abuelo Rameses, aunque tú no lo creas.

Bakenkhonsu estaba boquiabierto, cautivado ya por las palabras de la maga.

—Y no soy la única. Amón se me apareció anteanoche en una visión, una visión verdadera, no ese ardid con el Supervisor de los Enanos. Entiendes la diferencia, ¿verdad?

El príncipe asentía incontrolablemente.

—El Oculto me habló del futuro del Doble País, de una tarea insigne que debe ser propiciada. Luego se refirió a ti con gran respeto y me dijo que serías mi abanderado, el que respondería al fuego con el fuego: el Guardián del Destino.

El gordo príncipe no podía dar crédito a lo que oía. Así que al final, después de tanto sufrimiento, los dioses le habían entregado la oportunidad que sus capacidades merecían. Y todo gracias a aquella mujer, la Señora del Cielo, bendita fuera un millón de veces. De su mano entraría en el Bello Occidente, tras la última hora, subido a un carro dorado.

—Oh, abuela venerada, contadme los designios del Oculto.

Constelación cruzó los brazos bajo su pecho y le miró con expresión grave.

—¿Qué sabes de Iye?

—¿La bruja sólo-humana? Una esposa secundaria del heredero Hapu. Últimamente se les ve muy unidos. Creo que está embarazada.

Embarazada. La Señora del cielo retuvo la palabra en sus pensamientos, dejándola moverse ligera al compás de ese corazón suyo tan cauto, agudo y sutil.

—Sí; Amón me habló de ella también en mi sueño —mintió.



Una rana saltó del estanque a la ribera. Miró al gigante vestido de lino alejándose hacia el Paseo de los Eucaliptos y cantó dos veces. Se alejó a un lado, el derecho, con un gesto muy suave. Luego, de otro salto, regresó al estanque.

La reina-madre Constelación oyó a la rana croar a sus espaldas antes de llegar a su destino, un árbol ajado e inútil como ella, un espécimen agrietado por el tiempo. Dos sirvientas la acompañaban, una con sus sandalias y otra con las banquetas. Cuando todo estuvo listo, las despidió con un escueto "marchaos". Odiaba ver a aquellas bobaliconas de pie, esperando mansamente una orden que no sabían nunca si iba a llegar. Precesin, el Rector de la SoGen y, de un tiempo a esta parte, su sombra particular, la vigilaba desde los arriates, intentando descubrir qué misterios guardaba todavía lejos de sus ojos indiscretos. ¡Menudo imbécil!

Parábola le trajo a la niña. La oyó vacilando al borde del paseo con el recién nacido arrancado de profundos sueños. Mitad respiración, mitad sollozo, la pequeña Pleamar lloraba en un continuo, melifluo, único lamento.

—Pasa, mujer.

La nodriza real dio un paso, dos y se detuvo de nuevo.

—Señora del Cielo, os traigo a vuestra tataranieta, vástago del Heredero Hapu y de Solsticio, Hija Verdadera del Dios Bueno Jiserkare.

—Por favor, Parábola. Hace cuánto nos conocemos, ¿cuarenta, cincuenta años? En mi presencia, especialmente a solas, abandona ese tono de simio amaestrado o haré que te retiren del servicio.

—Sí, Majestad.

Parábola, algo ruborizada, le entregó a la princesa y tomó asiento a su lado, dejándose acariciar por la sombra de un endrino.

—Un día soleado —dijo.

La reina-madre Constelación carraspeó. Contempló a lo lejos a uno de sus sirvientas recoger los frutos de un árbol que, borroso, no supo reconocer, y alejarse luego con una cesta bajo el brazo. Luego le asaltó un pensamiento absurdo: sí, a aquella distancia, no podía distinguir un árbol, ¿cómo había distinguido a su sirvienta? Meneó la cabeza. Su corazón era como un dédalo de sensaciones inconclusas, fluctuando siempre sin orden ni concierto. Cada vez le costaba más trabajar en una sola cosa.

—Un día soleado, sí.

Sólo entonces miró a la niña. Pleamar extendía nerviosa la mano, que se llevó luego a la cara para cubrirse sus párpados cansados, ahítos probablemente de tanta luz, tantos sonidos nuevos. Recordó aquel gesto, lo había visto antes muchas veces, pero fue incapaz de recordar. Por el contrario, y en voz muy baja, casi en un susurro, empezó a



hilvanar un cuento para su pequeña. Primero, dejando que las palabras brotaran solas, pensó que podría manar cualquier historia. Después comprendió que era el relato y no ella quien deseaba ser contado:

—Hubo una vez un Rey triste, porque, aunque parezca mentira, los Reyes también pueden estar tristes, mi niña. Hubo pues un Rey muy triste, que padecía el tormento de no tener ningún hijo varón. Amón, el Oculto, sin embargo, se apiadó de él y le concedió un hermoso heredero, sano y fuerte, que pensaban todos sería la bendición de la familia. Pero las Háthores se llegaron hasta la cabecera de la cama del niño e hicieron su profecía: morirá por el cocodrilo o por la serpiente o por el perro, dijeron, y todos huyeron aterrorizados, pues es bien sabido que los nudos que las hijas de Hathor enredan, nadie puede deshacerlos

«El Rey mandó encerrar al niño tras altos muros, en palacio, y dentro de palacio en el ala de los Amigos; dentro del ala de los Amigos en los aposentos de las mujeres y las concubinas; y dentro de los aposentos de las mujeres y las concubinas en un cuarto de oro, enrejado, inaccesible desde el exterior tanto como el mundo de afuera lo era desde el interior.

«Así pues, el niño era un prisionero, de tal suerte que pensaba que el universo era un lugar inaccesible, vetado de dorados barrotes. Pero un día una imagen se escapó entre esos barrotes, y el príncipe vio a un criado con un animal que le seguía. Nadie le había hablado de aquella bestia, ¿qué demonios sería? Lo preguntó: un perro, le contestaron. Y no paró hasta conseguir uno, porque, ¿quién puede negarle algo a un niño? Desde ese día el perro le seguiría a todas partes hasta el final de sus días.

«El tiempo pasó y el niño dejó de serlo para convertirse en un hombre, y descubriendo por su nodriza la profecía de las Háthores se presentó ante su padre y le acusó de haberle condenado a vivir en la desgracia, preso como un criminal. Pues, si el destino marcado no podía modificarse, ¿a qué venían los muros, los aposentos, los guardianes y los barrotes? Y, si podía modificarse, si existía el libre albedrío, ¿igualmente a qué venían los muros, los aposentos, los guardianes y los barrotes? Airado, abandonó la casa de su padre y, más tarde, el Doble País que los egipcios habían fundado en el planeta Tierra Mestiza. Como un hombre nuevo, olvidó su pasado, su estirpe de Reyes y se convirtió en uno más, en un hijo del Gran Río.

«Puso rumbo al norte, con su perro tras sus pasos, y vivió como un vagabundo, alimentándose de la tierra; y le pareció que todo era delicioso, porque creyó que no había barrotes por ninguna parte, salvo en los palacios, que aprendió a evitar en sus viajes.

«Más allá del océano, del Gran Verde, descubrió que en la Tierra Mestiza no había otros pueblos diferentes de los mestizos, los Loo o los humanos, esos malditos Puros. En sus viajes, alcanzó el Desierto Occidental, la tierra de los Puros más irreductibles. Su caudillo era grande y poderoso pero, como antaño el Rey del Doble País, no tenía hijos varones; en realidad tenía sólo una hija.



«Aquí mi historia se pierde en la bruma de la leyenda, y sin duda mediaron muchas hazañas, actos de valentía, actos de honor, que acercaron el alma del caudillo extranjero a la del hijo del Doble País. El caso es que un día le entregó la mano de su hija, y como dote una villa, esclavos, ganado, y todas las cosas que precisa un hombre para ser feliz.

«Y sin embargo, al otrora príncipe se le veía poco entre los muros de la casa, que él imaginaría siempre prisión de dorados barrotes, y prefería vagar por los valles, por las montañas, seguido de su perro, en busca de su destino.

«El tiempo pasó y un día el marido le habló a su esposa del pasado que, de pronto, le atormentaba; su nacimiento, su noble linaje, su encierro de tantos años, pero también la maldición que sobre él pesaba. Y repitió la profecía de las hijas de Hathor: morirá por el cocodrilo o por la serpiente o por el perro. Su esposa ordenó de inmediato que matasen al perro, su viejo amigo de correrías, pero el príncipe la detuvo: es mi amigo desde la infancia, le dijo, y en la casa se obedeció su voluntad.

«Al cabo del tiempo, el príncipe, un hombre ya maduro, quiso regresar a la tierra de sus antepasados. No podía soportar por más tiempo la angustia de la separación. Así que recuperó su nombre, su linaje y marchó con su mujer y su anciano perro, que no quisieron dejarle solo.

«Llegaron a una ciudad y fijaron allí su residencia. Pero en aquella ciudad vivía un cocodrilo al que todos temían. Llamaron a un mago y éste, por medio de un poderoso sortilegio, lo ató a una gran piedra. Pero su esposa no tuvo bastante con esta garantía y todas las noches velaba el sueño de su amado y vigilaba los pasos del perro.

«Una noche la serpiente entró en la habitación del príncipe, que dormía. Mas como su esposa estaba despierta y al acecho del enemigo, llamó a los sirvientes, que dieron muerte al monstruo. Entonces despertó el esposo y, viendo lo sucedido, prorrumpió en alabanzas a su esposa y a los dioses. Dijo: Amón ha puesto en mi mano uno de mis destinos.

«Desde ese día hizo ofrendas sin fin al Oculito para que le protegiera y pensó que, de este modo, por fin, estaría a salvo.

«Pero una mañana el príncipe salió a pasear con su perro, que estaba ya muy muy viejo; pero el animal vio a un ave y la fue persiguiendo hasta caer ambos al río. El joven, riendo, se tiró tras ellos. Entonces apareció el cocodrilo, que se había liberado de la roca. Pero el animal, en lugar de devorarlo, lo aupó en su lomo y le dijo: Mirad, soy vuestro destino que os sigue. Y le llevó a casa de un mago, de un mago poderoso y sabio llamado Siptah.

—¿Es todo? ¿Así se acaba, mi Señora? —decía una voz que parecía llegar de muy lejos.



Constelación, que hacía rato que estaba en silencio, en realidad miraba al cielo con los ojos cerrados. La niña se había dormido. Por un momento, creyó que también ella se había quedado transpuesta pero, finalmente, con más esfuerzo del que sería capaz de reconocer, alzó la vista hacia su vieja amiga.

—¿Decías?

—¿Nada más? ¿Así acaba la historia?

—Sencillamente, el hombre mágico le hizo comprender al príncipe predestinado que moriría por uno de los tres males, que su fin estaba cerca y que nada frenaría la mano del destino. No puede deshacerse el nudo de las Háthores, mi buena Parábola.

—¿Y? —dijo ésta, ansiosa todavía por conocer el final de la historia.

—Oh, resta que el príncipe dejó de creer en las Háthores y se sintió traicionado por el Oculto, al que había confiado su vida, y no volvió a hacer ofrendas a los dioses que, desde ese día, abandonaron su casa.

Parábola se irguió y recogió a la pequeña Pleamar de brazos de su bisabuela. Se hacía tarde. Su ama le esperaba inquieta, seguramente.

—¿Y de esa forma venció al destino?

—En absoluto. Murió al poco tiempo y, por lo que yo sé, de acuerdo con la profecía.

La nodriza, que ya se había alejado unos pasos, se dio la vuelta.

—Sigo sin entender. ¿Cuál es, por fin, el objeto de la historia? ¿Que es inútil desafiar al destino?

—No creo que haya nada que entender, hija mía. Nuestro apuesto muchacho nunca comprendió su porvenir y, en su ignorancia, naturalmente, no supo enfrentarlo. El hijo del Rey, el príncipe predestinado, estaba marcado por las siete hijas de Hathor. Mientras fue un vagabundo con falso nombre, buscando fortuna más allá del Gran Verde, se sustrajo a su destino: las Háthores no podían tocarle. Pero tuvo que decir la verdad, regresar al lugar de su condena y asumir su obligado final. Debería haber sobrevivido en la mentira y dejar la dignidad para quién no está, como él, “predestinado” a entregar por ella la vida.

—Pero...

Parábola parecía dudar. Perder el nombre era algo terrible para un egipcio; nadie de tu sangre te reconocería en esta orilla, el Ahogado y sus cuarenta y dos Asesores no lo harían en la otra. La muerte, después de todo, era un instante comparada con el olvido.

—Yo pienso que obró correctamente, mi Señora.

Constelación, a quién sus pensamientos le habían llevado hacía rato al recóndito escondrijo que su corazón, por medio de aquella fábula, quería mostrarle, prefirió no llevar más allá la controversia.

—Tal vez por eso murió, amiga mía; tal vez por eso. Por obrar como era debido.



6

El cuchillo dibujó un signo nervioso en el aire cuando Iye regresó por fin a sus habitaciones. Su asesino llevaba demasiado tiempo esperando en las sombras y empezaba a impacientarse; había sacado su arma para regalarse algo de aplomo, de seguridad en sí mismo. Podía hacerlo, ¿no es verdad? Resultaba sorprendente como el tacto caliente de una hoja láser transformaba al cobarde en una hiena sedienta de sangre. Pero a la dama le aguardaba un final distinto, nadie moría accidentalmente de esa forma, y aquello, después de todo, no era más que una catástrofe desafortunada. La reina-madre Constelación le había aleccionado incluso en cómo eliminar toda sospecha. Una caída, un golpe, asfixia o una herida de cuchillo, por supuesto, eran cosas que exigirían una investigación. Pero si el crimen era algo lo bastante espantoso, aterrador, impensable... entonces no sería más que una catástrofe desafortunada.

Iye se sentó holgazana y coqueta junto a su cofre de cosméticos y ordenó que la dejaran sola, sellando así su destino. El asesino volvió a enfundar la daga en su cintura. La espera había terminado.

Habían pasado dos meses desde que viniera al mundo Pleamar, el último nacido de la estirpe del viejo Soberano Jiserkare. El universo estaba en paz y se respiraba Armonía, allí, en el Doble País, el mejor de los mundos posibles.

De madrugada, luego que el silencio se apoderara de los Jardines del Rey, Tebi y Djoser iniciaban su ronda. Hablaban del buen vino y las buenas mujeres y de la mejor manera de romper el sello de ambos sin ensuciarse demasiado las manos. Reían. Eran viejos amigos.

—¡Kessi!

Tebi y Djoser oyeron los gritos desde su puesto de guardia. Avanzando apresurados con la lanza en ristre sus recuerdos volaban hacia el pasado, y Djoser tenía veinte años, y Tebi tenía dieciocho, y esos bárbaros sólo-humanos, los Puros, resistían con denuedo el último embate de los infantes Meshaw, en cuyas unidades ellos servían.

El Palacio de Hetuaret estaba en llamas. Esos puercos extranjeros habían incendiado su fortaleza para que nada pudiera aprovecharse. ¡Malditos! Tebi iba el primero y Djoser le seguía. Todavía estaba demasiado débil después de casi perder la vida a manos del conductor de aquel carro diabólico. Se le revolvió el estómago sólo de pensarlo. Bueno, ahora el infeliz se pudría en el Lago de Fuego gracias a Senra, su instructor.

—¡Cuidado!

Esquivaron por los pelos el leño carbonizado que se les venía encima. Senra se llegó entonces hasta ellos con una sonrisa que enlazaba sus dos orejas.



—Sin mí seríais como un corderito desvalido a merced de los predadores, como un odre de agua en el desierto, como un sabroso pescado en la nansa de un pescador, como...

Como ya habían entendido el símil y el incendio no se detenía a su alrededor, dieron las gracias, se inclinaron en una precipitada reverencia y siguieron camino.

—Vamos.

En las plantas superiores hallarían los tesoros escondidos de los Puros, estaban seguros de ello. Esos puercos sólo-humanos no quemarían su soldada. Los ejércitos del Dios Bueno se merecían la mejor de las recompensas.

Entonces oyeron los gritos. Una mujer, seguramente joven y hermosa, atravesó frente a ellos envuelta en llamas. Sus finos ropajes eran ahora pasto para su inmólación. Apenas pudieron recuperar un par de sortijas ennegrecidas y una ajorca del pie. Pobrecilla.

—¿Saben cómo se originó el fuego?

Despertaron. El príncipe Bakenkhonsu había sido el primero en llegar. Lo habían encontrado allí, plantado, contemplando las columnas de humo elevarse como en un sueño.

—No sabemos más que vos. Oímos gritos y...

El gordo sintió que se le erizaban los cabellos. La muy puta lo había sorprendido. Cuando las llamas comenzaron a lamerla, Iye no se abalanzó sobre él, que huía para ponerse a cubierto, ni siquiera pidió ayuda a sus sirvientes, que llegaron demasiado tarde. Sólo gritó una vez, muy fuerte: ¡Kessi!, el nombre con el que llamaba a su amado Hapu. La muy puta debía estar en verdad enamorada. Kessi... Rebuscó en sus recuerdos de estudiante y creyó intuir algo de una fábula de un hombre que idolatraba tanto a su esposa que se olvidó de las ofrendas a sus dioses. Una prueba más de que la muy puta estaba loca. Miró a los Capitanes de la Guardia, aprensivo.

—Esas perras humanas son unos espíritus torpes. Se incendiaría ella misma las ropas con una lámpara de aceite mientras se untaba esencias olorosas. Bah, jovencita irresponsable.

A una señal suya, Tebi y Djoser comenzaron las tareas de extinción, guiando a los robots domésticos hacia la habitación de la favorita del Rey, observando cómo éstos carreteaban pesadas mangueras y arrojaban agua y espuma a las brasas. Por fin, entre voluntarios y robots domésticos apagaron el fuego de las estancias en menos de media hora. Al cabo, Bakenkhonsu permanecía erguido en el mismo lugar, contemplando ensimismado la escena. Hizo que envolvieran el cuerpo en una estera y se lo llevaran apresurados funcionarios del Lugar del Tránsito, a los que había mandado llamar antes incluso del accidente. A nadie le extrañó. Al fin y al cabo, ¿no era Bakenkhonsu el máximo responsable de la necrópolis real?

—Habéis hecho un buen trabajo —dijo a los Capitanes de la Guardia—. Yo mismo informaré a Hapu de vuestra prestancia y devoto servicio.

Tebi y Djoser se inclinaron ante su príncipe murmurando confusas frases de



agradecimiento. Sólo Tebi se atrevió a decir en voz alta lo que todos pensaban:

—El Heredero Hapu se pondrá furioso como Seth durante la tormenta. Amaba muchísimo a esa mujer y, además...

—Sí —interrumpió Bakenkhonsu—, y además estaba embarazada. Ocho meses ya. Un niño, según decían los augurios. Qué pena. Una esposa real, tal vez la madre del próximo heredero... pero ya sabéis, ni los nobles se salvan de la tumba.

Tebi y Djoser se inclinaron de nuevo ante el príncipe Bakenkhonsu, y le vieron marcharse tras el cadáver que, subido a una aerocamilla, levantó el vuelo a través de los corredores de palacio. El príncipe parecía terriblemente afectado; aunque apenas podía hablar, deshecho de dolor, iba informando a su paso a unos y a otros de la *desafortunada catástrofe* que se había producido.

7

El Supervisor de los Escribas de Palacio se sorprendió de ver en su despacho al príncipe Bakenkhonsu.

—Excelencia, ¿ahora hacéis las tareas de vuestros criados?

El gordo negó con la cabeza y depositó su carta en un cesto, junto a otras de altos dignatarios.

—Es una nota para mi querida abuela Constelación. Como bien sabéis, las redacto yo personalmente.

—¿Y ahora también las entregáis?

—Me venía de camino.

El príncipe se retiró en silencio. Pasó una hora y luego otra. Por fin, el Supervisor de los Escribas se atrevió a desenrollar el papiro. Su aspecto, cierta tensión que había percibido, algo le había parecido sospechoso. ¿Acaso no era su misión velar para que ninguna intriga escapase al control del Rey? El papiro sólo se utilizaba ya para misivas personales; el resto, novelas, poesía, tratados médicos... se escribía en RLV. Pero precisamente por ello, el Supervisor tenía en su poder un sello idéntico al de cada habitante de la Gran Casa. Los espías del propio Soberano se encargaban de proporcionárselos. Quebraba la estampa, leía, hacía su informe y volvía a precintar. Poca cosa. Sin embargo, nunca en todos sus años de servicio se había preocupado de aquel bastardo de sangre aguada. Nunca hasta ahora. Se arrepintió al instante. Aquel imbécil ni siquiera había sido capaz de poner un encabezamiento laudatorio, una invocación a los dioses, seguir un mínimo estilo como aconsejan las buenas costumbres: no, directamente al grano, sin cumplidos, como si fuera un campesino ignorante. Y, después de todo, ¿qué podía pensarse de alguien que malgastaba tinta y papiro de primera calidad para dirigirse a la Señora del Cielo, casi un dios viviente, para hablarle de plantas? A veces, su celo resultaba excesivo, ¿cómo había podido desconfiar de un



idiota semejante?

Tal y como vos me pedisteis, he comenzado a remover las aguas para que, llegado el momento, puedan crecer en el estanque los especímenes que hemos soñado.

Príncipe Bakenkhonsu

Obviando hacer un informe de algo como aquello, el Supervisor se marchó de su despacho riendo a carcajadas.

© Javier Navarro Costa

Javier Navarro Costa tiene 39 años y reside en Asturias. En colaboración con el dibujante Toni Carbos actualmente suman ya 25 premios y/o reconocimientos en el mundo del cómic. Bajo el pseudónimo COSNAVA Ha publicado las novelas gráficas MI HEROINA (Dibbuxs), UN BUEN HOMBRE (Glenat) y la novela DE LOS DEMONIOS DE LA MENTE (Ilarión). Sumamente prolífico, en los próximos meses saldrá al mercado una nueva novela gráfica llamada PRISIONERO EN MAUTHAUSEN (De Ponent), un libro de fotografías y otra novela juvenil (DIARIO DE UNA ADOLESCENTE DEL FUTURO, Dibbuxs-Ilarión). Actualmente está corrigiendo *1936Z, la guerra civil zombi*, una obra que se inscribe en el moderno género de terror dedicado a los muertos vivientes, está vez ambientado en la guerra civil española.



ARTÍCULOS

CRONN: LA COLONIA ESPACIAL DE HUGO CORREA

por Omar E. Vega

En las presentes líneas, Omar E. Vega rinde un merecido tributo a Hugo Correa, autor de ciencia ficción recién fallecido quien tiene entre sus méritos el honor de ser el primer escritor chileno en ser publicado en las mejores revistas estadounidenses del género. Es, de igual forma, una invitación para rescatar la memoria de Correa adentrándonos en las diversas capas que poseen cada uno de sus escritos y recordando que la grandeza de un hombre no radica en el reconocimiento de sus semejantes, sino en la magnitud de sus obras

Hace muy poco falleció **Hugo Correa**, quien fue el más grande escritor chileno de ciencia-ficción del siglo XX. Su vida literaria estuvo marcada por la indiferencia de los literatos chilenos y el desconocimiento del público general, lo cual contrastó con su éxito internacional y la admiración del fandom local, que le consideró su mayor figura. Entre sus méritos estuvo ser el primer chileno en publicar sus cuentos en las principales revistas norteamericanas del género; una hazaña en la que todavía no tiene imitadores. Además, sus novelas fueron traducidas a varios idiomas y sus primeras ediciones son coleccionadas con afán por sus seguidores.

Le vi en persona sólo una vez, durante el lanzamiento del libro *Años Luz*, obra señera que recopila lo mejor de la ciencia ficción chilena del siglo pasado, y que incluye un hermoso cuento de su autoría. En esa oportunidad dictó una charla magistral en la que sería su última presentación pública. En ella nos explicó que la ciencia-ficción era principalmente literatura, y que las obras del género debían medirse, por sobre toda otra consideración, por patrones de calidad literaria

Los Altísimos (1959), considerada la obra chilena de ciencia-ficción más importante de todos los tiempos, nos muestra que la especulación científica fue central en los trabajos de nuestro autor, tanto como la fuerte influencia mística de clásicos, que pareciera velarse en sus concepciones cosmogónicas.

La CF es literatura, fue la máxima que aprendimos del maestro en aquella memorable ocasión, no sólo por ser un género valioso en sí mismo y de igual nivel que el resto del arte de las letras, sino porque la literatura debe primar por sobre la mera expresión escrita de la especulación científica. Sin dejar de lado el tinte científico, la CF debiera encontrar su inspiración principalmente en las grandes temáticas humanas que conmueven al hombre desde sus orígenes. Con su frase, **Hugo Correa** no sólo nos legó una forma de hacer CF, sino que también nos dio la llave para interpretar su propia obra, la cual está impregnada de misticismo, y donde la ambientación espacial cumple un rol secundario.



De entre sus novelas, algunos consideran que *Los Altísimos* es la mayor de todas, principalmente por su alcance tan vasto como el mismo universo. Se trata de una obra de concepciones grandiosas como pocas, que nos hace recordar el imperio galáctico de *Isaac Asimov*, o el rosario de mundos del *Hacedor de Estrellas* de **Olaf Stapledon**. *Los Altísimos* es una novela que nos revela qué pequeños somos en el universo y la terrible posibilidad de que en el futuro nos esclavicen dioses de proporciones cósmicas. Seres que sólo esperan que revelemos nuestra presencia para encadenarnos.

Hay quienes compararon la obra de Correa con *El mundo anillo* de **Larry Niven**, o *Encuentro con Rama* de **Arthur Clarke**, tema al que volveremos. Sin embargo, las ambiciones cosmológicas de **Correa** parecen ser mucho más vastas que las de aquellas novelas posteriores. A diferencia de estos últimos, **Correa** crea una cosmogonía propia de alcance universal al modo de una nueva teología.

Lo importante es que *Los Altísimos* es una obra misteriosa que tiene un alcance literario mayor que la CF común, llegando a niveles místicos. Para comenzar a atisbar en las alturas de *Los Altísimos*, valga la redundancia, no tenemos otra opción que analizarla mirando una a una sus partes fundamentales. En este artículo me concentraré exclusivamente en la arquitectura y funcionalidad de Cronn, el mundo descrito por **Correa** en su novela. Este análisis no agota en absoluto todo lo que pueda decirse de esta novela, sino que sólo da una aproximación a la complejidad de la obra del gran maestro de la CF chilena.

Trama y temática

La trama de *Los Altísimos* es simple. Un hombre es secuestrado por una sociedad alienígena de paso por el Sistema Solar. Desorientado, el protagonista empieza poco a poco a descubrir la naturaleza de un nuevo mundo, más vasto que decenas de Tierras, habitado por una raza humanoide que vive esclavizada por unos misteriosos seres que sólo se perciben por sus brutales castigos, conocidos como los Altísimos.

Mirada en forma superficial, *Los altísimos* es sólo una Ópera Espacial más, de entre tantas que se produjeron en serie en su época. Sin embargo, como toda obra de arte de importancia, la novela de **Correa** se presta a varias lecturas. Yo mismo caí en el engaño, pensando que se trataba sólo de una novela de aventuras espaciales más, de las decenas de miles que se escribieron en su época. Olvidaba que su autor era nuestro compatriota, y que nosotros no vivimos en ese mundo desarrollado donde pululan los robots, la ciencia y la tecnología, sino en nuestra Sudamérica atrasada y mágica, pobre y amada, lejana y bella, donde los escritores carecen de motivación para escribir sobre el futuro, por lo que la CF la convierten en poesía, cuando no en realismo mágico.

Andrea Bell, profesora estadounidense y experta en CF latinoamericana, autora de la antología *Cosmos Latino*, afirmó una vez que el escritor de nuestra América sólo escribe CF blanda, de aquella donde la fantasía y el desprecio por la ciencia priman en obras plenas de humanismo, esoterismo y de magia. Pero **Hugo Correa** escribía sobre cohetes, planetas, mundos espaciales y extraños alienígenas, y al parecer se enmarcaba



en la fantasía científica convencional. Nadie hubiera sospechado la verdad sobre su obra, pero él mismo nos legó la clave antes de morir, al declarar:

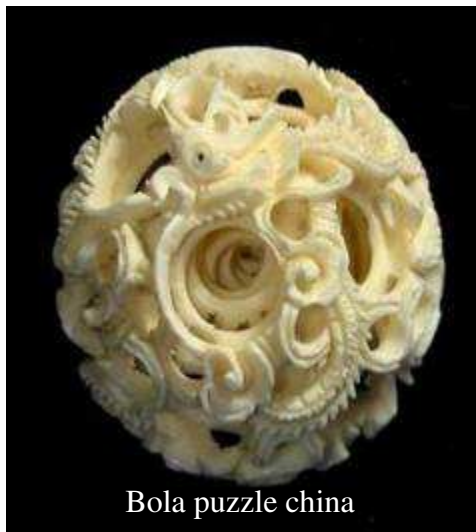
¡La ciencia ficción es literatura!

En busca del lado oculto de Los Altísimos

Para el iniciado es evidente que *Los Altísimos* es una obra plena de símbolos esotéricos. La novela describe, a la manera del ingeniero, un planeta errante espacial que cruza el universo a velocidades superiores a la de la luz. Al cruzar el límite de la velocidad de la luz, *Correa* habla de saltos, quizás pensando en los viajes por el hiperespacio a lo *Asimov*, aún cuando el autor no se detiene en los detalles técnicos.

El planeta errante llamado Cronn fue construido por los Altísimos en una remota antigüedad, y sirve de morada y de prisión a una raza humanoide muy similar a la humana, condenada a vagar por el universo en busca de conocimiento. Cada una de las nuevas civilizaciones y planetas que descubre es informada a los Altísimos, seres de un universo de magnitud mucho mayor que el nuestro, y quienes mantienen vivo a Cronn sólo para recabar datos sobre el nuestro.

La música de las esferas y el infierno de Dante



Bola puzzle china

La novela dedica una gran parte de la historia a la descripción de la arquitectura de Cronn, donde se nos muestra como un mundo compuesto de nueve esferas concéntricas, cada una de ellas habitada tanto en el casco exterior como interior, con excepción de la superficie externa de la esfera mayor, y de la esfera central. La esfera exterior tiene el diámetro de la Tierra y cada una de las interiores es un poco más pequeña, hasta llegar a un núcleo central donde sólo reside una mente artificial que controla el sistema y que está en contacto telepático permanente con los Altísimos.

¿Pero de dónde viene esa idea de esferas unas dentro de otras? Esferas ordenadas a la manera de las bolas puzzle chinas, como escribe **Hugo Correa**, o de esas muñecas rusas metidas una dentro de otra, que es quizás un ejemplo más conocido por nosotros. Hasta donde se sabe, la idea de un cosmos organizado en niveles es antiquísima y presente desde la más remota antigüedad. Todas las culturas antiguas tienen una división del mundo en jerarquías verticales, siendo quizás la trilogía cielo-tierra-infierno la más común de todas.



Sin embargo, es en la astronomía griega donde nos encontramos por primera vez con el arquetipo de las esferas concéntricas, las que quizás inspiraron a nuestro autor. Los griegos se imaginaban los planetas como pequeñas canicas incrustadas en la superficie de esferas transparentes que rotaban alrededor de la Tierra. Una esfera dentro de otra y una para cada planeta. De acuerdo a los pitagóricos, los movimientos de las esferas estaban regidos por una armonía matemática comparable a las relaciones musicales, de ahí que hablaran de una «música de las esferas».



Grabado: música de las esferas

Pero mucho más cercana a la idea de Cronn es el modelo del infierno que **Dante Alighieri** presente en *La Divina Comedia*. Siguiendo el patrón establecido por la astrología y la teología de su tiempo, **Dante** narra un viaje a los infiernos, descrito por él como un mundo estratificado en nueve esferas concéntricas. No se trata del primer viaje al inframundo de la literatura pues ya en las tablillas de Gilgamesh, que tienen más de 4 mil años, se narra un descenso al infierno. Sin embargo, es interesante notar que el infierno de Dante tiene nueve niveles, al igual que Cronn, y no pareciera ser coincidencia que los habitantes del mundo de Correa estén condenados tanto como aquellos regidos por Satán.



Lamina: Satán en el centro del infierno

Hay incluso otra coincidencia importante: en el infierno de **Dante** Satán está condenado en el mismo centro del infierno, misma posición que tiene la mente artificial todopoderosa que tortura a los esclavos de Cronn. Hay incluso una relación teológica en ambas ideas, pues si bien Satán rige el infierno, todavía tiene una posición subordinada en un universo dominado por Dios (ver Job), en Cronn la mente artificial cumple una función similar pues obedece a los Altísimos.

una función similar pues obedece a los Altísimos.

Es más, **Correa** nos relata un tiempo en que los cronios eran libres y orgullosos, en pleno proceso de conquista de su Sistema Estelar. Fue aquella misma ambición la que llamó la atención de los Altísimos, los cuales les subyugaron al destruirles su estrella nativa y forzarles a sobrevivir en el mundo-cárcel de Cronn. Es más, Correa nos advierte que vivir en Cronn (o ser condenado al infierno, que es lo mismo) es el castigo por el pecado de tratar de dominar el universo. Castigo por querer ser dioses.

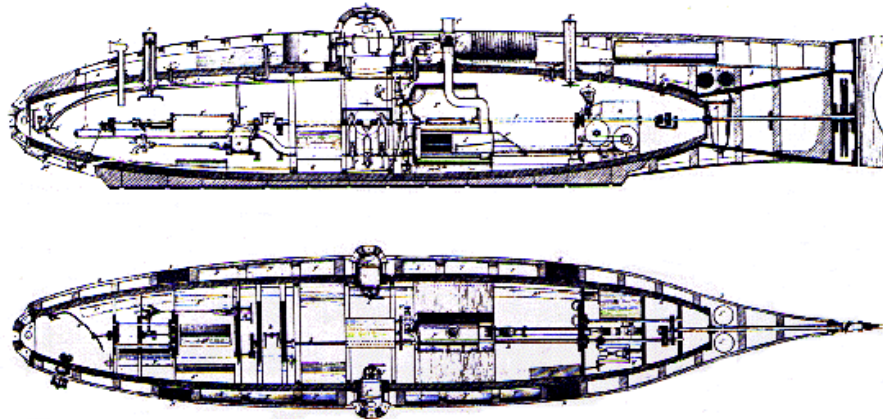
Hasta este punto, pareciera ser clara la analogía entre el Infierno de **Dante** y Cronn de **Hugo Correa**, pero hay más relaciones curiosas que saltan a la vista en esta historia.



Para entenderlas debemos tener en cuenta que la imaginación no nace en el vacío, sino que es el fruto de variaciones sobre influencias de larga data. Ideas que pasan de generación en generación y cuyos orígenes se hunden en las profundidades de la prehistoria. La obra *Los Altísimos* no es la excepción a esta regla, pues se puede ver en sus ideas el reflejo de antiguas cosmologías y tradiciones.

Viaje al centro de la Tierra

En su obra, Correa menciona explícitamente la obra de **Julio Verne** *Viaje al centro de la Tierra* (1864). No es extraño que esto sea así pues **Verne** fue el escritor de CF más influyente de todos los tiempos. De ahí que referencias a Verne puedan encontrarse en obras de muchos autores de CF, mientras que esa novela en particular ha influido en varios autores chilenos, incluyendo *Colmo* de **Juan Antonio Bley**, una excelente historia de CF dura, basada en la geología y, por supuesto, en *Los Altísimos* de **Hugo Correa**.



Submarino Ictíneo de Narciso Monturiol, que Verne conoció

Julio Verne fue un autor muy especial a quien algunos le atribuyen poderes casi sobrenaturales para predecir el futuro. Pocos saben, sin embargo, que muchas de las ideas que incluyó en sus «Viajes Extraordinarios» provienen de otros autores. Se sospecha, por ejemplo, que la inspiración para su primera novela *Cinco semanas en globo* (1863) estuvo en un cuento de **Edgar Allan Poe** llamado *El Engaño del globo* (1844) y que la inspiración de *20.000 leguas de viaje submarino* (1869) le llegó al ver un submarino español fabricado por **Narciso Monturiol** en 1864, el *Ictíneo*, que fuera el primero propulsado un motor. Es más, el concepto de una nave voladora más pesada que el aire era algo a lo que **Verne** era escéptico. Sólo bajo la presión de sus amigos aeronautas y visionarios entusiastas del vuelo pudo crear el helicóptero *Albatros* de *Robur, el conquistador*.

La novela *Viaje al centro de la Tierra* tampoco fue creada en el vacío, sino que estuvo basada en la ciencia, como también especulaciones científicas de moda en la época de **Verne**. A mediados del siglo XIX la estratigrafía estaba revolucionando la arqueología y develando la existencia de mundos más antiguos que el nuestro. Mundo pleno de animales exóticos y gigantescos que se fueron del mundo para no volver más. Cuando se cavaba en busca de restos arqueológicos y fósiles siempre los restos más recientes



aparecían a menor profundidad. Mientras más profundo se cavara, se llegaba a una mayor antigüedad. ¿No era obvio pensar que quizás en las profundidades de la Tierra todavía sobrevivían mundos primigenios ya extintos en la superficie?



La estratigrafía y paleontología fueron las bases de *Viaje al centro de la Tierra*

Verne nos describe en su novela un viaje a las profundidades de nuestro planeta, pleno de cavernas gigantescas, poblado de criaturas arcaicas como plesiosauros e ictiosauros. Curiosamente esa idea de mundos perdidos siguió repitiéndose una y otra vez, como en *El mundo perdido* de **Arthur Conan Doyle**, antepasado directo *Jurassic Park* de **Michael Crichton**.

Pero, ¿de dónde sacó **Verne** la idea de una Tierra hueca? Después de todo, no estamos aquí ante la idea religiosa del infierno, sino simplemente se trata de una especulación científica contemporánea. Veamos, pues, los nobles orígenes de una de las teorías científicas más descabelladas de todos los tiempos.

La Tierra Hueca

Edmund Halley, científico descubridor del período del cometa que lleva su nombre y amigo personal de **Isaac Newton** fue también el iniciador inesperado de una hipótesis alucinante que ha trastornado la mente de muchos, hasta nuestros días. Se trata de la idea de que la Tierra es hueca.

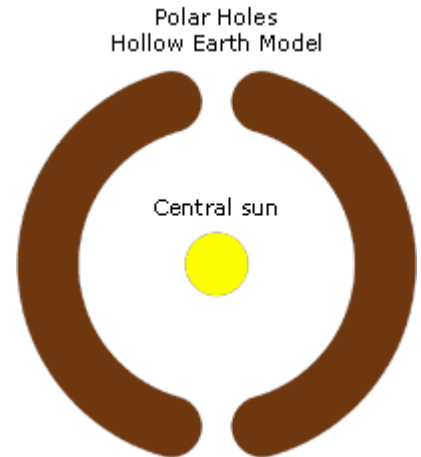


Diagrama de la Tierra hueca de Halley.

Todo comenzó cuando Halley estudiaba la naturaleza del campo magnético de la Tierra en 1692. Para poder comprender los complejos movimientos del campo, Halley propuso que la Tierra se componía de cuatro esferas concéntricas con sus propias propiedades magnéticas. El movimiento de cada esfera con respecto a la otra permitía que porciones del campo magnético vagaran libres por la superficie del mundo. No sólo eso, él mismo propuso que en el interior de la tierra había vida y que la luz en el interior provenía de una atmósfera luminosa. Él pensó que las auroras boreales eran producidas por el escape de ese gas a la atmósfera, a través de la delgada cáscara polar.



Si bien se trataba de un concepto interesante, propio de un científico, tiempo después dio origen a teorías más excéntricas. En 1818, [John Cleves Symmes](#) sugirió que la tierra era una cáscara hueca de 1.300 kilómetros de espesor con aberturas de 2.300 kilómetros en ambos polos, y con cuatro cáscaras internas, todas ellas abiertas en los polos. Uno de sus seguidores, **James McBride** escribió el libro *Teoría de las esferas concéntricas* en 1826, donde quedó establecida la teoría. En 1913 **Marshall Gardner** dio un giro más fantástico aún al publicar *Viaje al interior de la Tierra*, donde la Tierra Hueca tiene un sol en su interior. Finalmente, [Vladimir Obruchev](#), escribió la novela *Plutonia* (1915) donde el interior de la Tierra tenía un sol central y estaba poblada de antiguas especies.



La Tierra Hueca de Gardner

La idea de la Tierra Hueca fue muy popular en el siglo XX y persiste hasta nuestros días en grupos ocultistas. Además, tiene una extraña relación con la mitología Nazi del Tercer Reich. De acuerdo a algunos autores, los nazis creían que nuestra Tierra no era convexa sino cóncava, y que viviríamos en la parte interior de la esfera terrestre en vez de la exterior. Otros mitos dicen que muchos criminales nazis escaparon del castigo llegando en submarino a la Antártida, para luego ingresar al interior de la tierra por los polos. Ideas tan exóticas se pueden encontrar entre autores chilenos como **Miguel Serrano** y sus seguidores. Por otro lado, conceptos parecidos a la Tierra Hueca han reaparecido en la ciencia regularmente, siendo una de las más interesantes la *Esfera de Dyson*. Se trata de que civilizaciones avanzadas podrían cubrir completamente una estrella con una esfera para aprovechar toda la energía emitida.



Con lo visto hasta ahora, es evidente que las ideas de la Tierra Hueca fueron conocidas por Hugo Correa en su tiempo. Los habitantes de Cronn viven en tierras huecas concéntricas conectadas por sus polos, en un mundo artificial creado por los Altísimos. No sólo eso, la iluminación de los mundos interiores proviene del propio aire, tal como lo dijera Halley al proponer por primera vez la idea de la Tierra Hueca.

Hugo Correa no intenta disfrazar en absoluto los orígenes de esas ideas. Es más, en su novela nos hace creer inicialmente que la trama transcurre en el interior de la Tierra, para sacarnos del engaño sólo al final de la obra. ¿Por qué lo hizo así? Quizás porque el concepto de la Tierra Hueca era familiar al lector del tiempo de la publicación y parecía más creíble para éste que una sociedad alienígena viajando por el universo.

La gravedad de las esferas huecas.



Dejaremos algunos párrafos para las ideas científicas presentadas en *Los Altísimos*, en particular las relacionadas con la gravitación. Resulta que la idea de habitar la superficie interior de una tierra hueca es impráctica, simplemente porque en ella no existiría gravedad. Esto fue demostrado por **Newton** en su *Teorema de la cáscara*, que predice una fuerza gravitacional cero en el interior de una esfera, sin importar el grosor de la cáscara. Pequeñas imperfecciones en el grosor harían que la gravedad no fuera precisamente cero, pero sí insignificante. Por otra parte, la fuerza centrífuga de la rotación de la tierra crearía una microgravedad medible, más sólo de 1/300 de la gravedad terrestre.

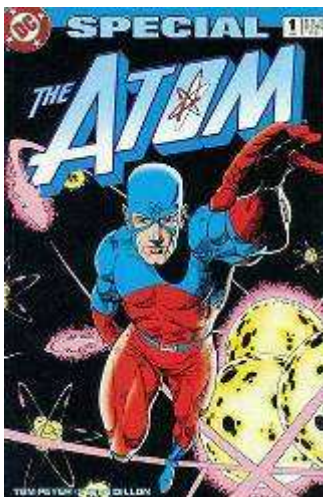
El *teorema de la cáscara* puede ser estudiado en éste sitio: http://en.wikipedia.org/wiki/Shell_theorem

La falta de gravedad hace que la idea de habitar el interior de una esfera sea imposible. Esto contradice a **Correa**, quien nos explica en su novela que la masa de la cáscara es suficiente para generar gravedad normal. Quizás nuestro autor desconocía el teorema de **Newton**. Sin embargo, cuando el autor describe la caída libre a través de un túnel que cruza Cronn, lo hace en perfecta armonía con la Mecánica Newtoniana. Esto me lleva a pensar que Correa no desconocía las particularidades de la gravitación en las esferas huecas, sino que sólo se tomó ciertas libertades literarias a favor del efecto estético.

Otros conceptos en la obra de Hugo Correa

Máximos y mínimos

La idea de cambios de escala es central en esta novela. No se trata de una idea nueva, ya que el contraste entre mundos miniatura y gigantescos se encuentra en muchas obras fantásticas, tales como *Los viajes de Gulliver* de **Jonathan Swift** y en *Alicia en el país de las maravillas* de **Lewis Carroll** los cambios de tamaño por medio de ingerir hongos son cosa de rutina. Sin embargo, la forma como **Correa** usa esa idea en su obra es muy original.



Primero, **Correa** nos explica que los habitantes de Cronn saben cómo alterar las dimensiones de la materia, siendo capaces de crear unos seres de tamaño descomunal y otros en miniatura. Un ejemplo de máquinas de miniaturización es la película *Viaje Fantástico* (1966), donde los protagonistas y su submarino son miniaturizados por una máquina, e inyectados al torrente sanguíneo de un enfermo. Una de las primeras películas que muestra máquinas reductoras es *Dr. Cyclops* (1940), pero quizás el más conocido personaje miniaturizado es *Atom* de DC Comics (1961), un superhéroe que tiene una lente que concentra materia de una estrella enana y que le permite alcanzar la escala subatómica.

Hoy en día sabemos que la miniaturización es un proceso



imposible, pues la física es diferente a distintas escalas. El mundo de la mecánica cuántica es distinto al macroscópico e impide que los cambios de tamaño sean continuos. Sin embargo, en el tiempo de *Los Altísimos* no se sabía mucho de aquellas limitaciones. Es así como encontramos en la novela de **Correa** a seres gigantescos que ayudaron a construir Cronn y también a rebeldes en miniatura que viajan en exóticos platillos voladores, y que se ocultan en los rincones inaccesibles de ese mundo esclavo.

Dioses y superdioses

Quizás siguiendo concepciones hinduistas, **Hugo Correa** nos describe un universo gobernado por seres de distintas escalas. Un dios no es más que un ser que se mueve a una escala mayor que sus criaturas subordinadas. Así, los seres de nuestra galaxia serían insignificantes si de pronto aparecieran en ella potestades más grandes que la Vía Láctea o que el universo entero, con poderes para controlarlo todo y para jugar con las galaxias como si fueran espuma en el mar.

Los Altísimos no son dioses en el sentido sobrenatural del término. No se trata de seres infinitos ni de criaturas eternas o sagradas que estén por sobre las leyes físicas de nuestro universo. Se trata simplemente de seres de una escala mucho mayor, capaces de abarcar espacios y dimensiones más allá de nuestra imaginación, e interferir en las vidas de los inferiores a voluntad. No se trata de seres ideales o perfectos, sino falibles, egoístas y malvados, y tan mortales como nosotros mismos, pero que nos superan sólo por su escala.

Las resonancias de estas ideas son muchas. Pareciera que **Hugo Correa** describe dioses mortales a la manera hindú, o imperfectos y falibles al modo griego. Sin embargo, no se trata de dioses sino de meros seres superiores a la manera de Lovecraft. Tema al que volveremos luego.

El diluvio

Cronn tiene una red de dispositivos capaces de envenenar en forma masiva todos sus billones de habitantes. Quizás no sea más que un recuerdo triste de las crueldades de las Guerras Mundiales, donde se gaseó a tanta gente en los campos de batalla y de exterminio. Se trata, además, de la metáfora de dioses crueles que crean y exterminan la humanidad a su antojo, tal como lo fue el dios del Génesis, al causar el exterminio de toda la raza humana en un Diluvio Universal.

¿Quiso acaso **Hugo Correa** transmitirnos ese mensaje? ¿El mensaje de un Dios intolerante y cruel? No lo sé y no quisiera malinterpretarlo. Lo que sí es evidente en la trama es el grito desesperado de Correa por la libertad del hombre, a quien concibe como tal tan sólo en una sociedad libre.

Son interesantes las referencias que hace **Correa** al comunismo, en auge en plena Guerra Fría, que es cuando se escribió la novela. Nos habla de Polonia y de las sociedades totalitarias donde el hombre no puede ser pleno, sino sólo la abeja obrera de



un enorme panal. No es extraño entonces que Correa percibiera que los literatos de izquierda no lo quisieran. Interesante mensaje que reverbera en nuestra conciencia, en particular después de haber sido testigos de tanta arbitrariedad totalitaria en el Chile de tiempos recientes, paradójicamente provocada por un régimen de derecha.

Influencias literarias en Hugo Correa

Tenemos la certeza que **Hugo Correa** admiraba a **H. P. Lovecraft**, a **Wells** y varios otros autores del género, tal como lo dijo en una entrevista de 1973 a la revista *Que Pasa*, publicada en *Puerto de Escape* (www.puerto-de-escape.cl)

—¿Le causó Julio Verne un impacto fuerte de pequeño?

—Sí, leí mucho a Verne, lo mismo que a Salgari, pero no crea que sólo me gustaba ese tipo de literatura. A los nueve años me fasciné también con Dostoievsky, Thomas Mann y Allan Poe.

—¿Diría usted que son ellos quienes marcaron en su trayectoria literaria una huella más profunda?

—Destacaría los nombres de Poe y Dostoievsky, sumándole aquellos de Wells, Kafka y Lovecraft.

Nada cabe agregar. El propio **Hugo Correa** mencionó sus principales influencias. En *Los Altísimos* en particular, es **H. P. Lovecraft** quien pareciera predominar. Este autor norteamericano, seguidor muy particular de **Poe**, trabaja en forma recurrente la indefensión del hombre ante su destino, característica también del pueblo de Cronn. La principal temática de **Lovecraft** fue el horror cósmico, del que fuera su inventor. La idea es que la vida es incomprensible para el hombre y que el universo es extraño. En muchas de sus obras, el mal está representado no por seres sobrenaturales propiamente tal sino por alienígenas todopoderosos, como el famoso «Cthulhu» de *La llamada del Cthulhu* (1926). Además, la idea de razas antiguas latentes, de creaciones y extinciones de civilizaciones, y de ruinas de culturas extintas, están siempre presentes en la obra de Lovecraft.

Lovecraft fue el creador del cosmicismo, doctrina literaria que clama que no existe Dios, y que los humanos somos insignificantes ante el universo. Afirma que al pensar en un orden superior sólo estamos proyectando nuestra insignificancia al cosmos. Es más, estamos en riesgo de perecer en cualquier instante ante los peligros de fuerzas y seres desconocidos. **Lovecraft** creía que el hombre y otras razas aparecen y desaparecen con regularidad. El cosmos es indiferente a los deseos humanos y éstos a quienes percibimos como dioses quizás sólo sean antiguas razas alienígenas.

Analizando *Los Altísimos* a la luz del cosmicismo, resulta evidente que la novela estuvo fuertemente influida por las ideas del autor norteamericano.

El mundo anillo: ¿plagio o mera coincidencia?



Se ha discutido mucho si la obra de Correa influyó en *El mundo anillo* de **Larry Niven** (1970) y en *Encuentro con Rama* (1972) de **Arthur Clarke**. Si bien una relación causal es difícil de demostrar, lo que sí es claro es que esas obras, junto a Los Altísimos, forman parte de lo que se ha llegado a llamar en forma humorística la literatura de los objetos condenadamente grandes *Big Damn Objects*, o de megaestructuras a escala planetaria. Estas ideas no son recientes, pues ya **Olaf Stapledon** en su *Hacedor de Estrellas* (1937) habla de planetas artificiales.

Antes de continuar con una breve referencia a las colonias espaciales, debemos hacer notar una diferencia notable entre las obras de **Niven** y **Clarke** con respecto a la de **Correa**. En el caso de los autores de habla inglesa, ambos mundos son cilindros que tienen gravedad artificial adquirida gracias a la fuerza centrífuga. Nuestro autor no consideró esa posibilidad. En cuanto a la factibilidad de los proyectos, se demostró que el mundo anillo de Niven es inestable, por lo que se saldría de órbita. Además, las fuerzas de ese anillo serían tales que no existe material alguno que pudiera soportarlas, por lo que se desintegraría. Por contraste, la nave *Rama* de Clarke bien podría ser construida hoy día por nuestra especie, si tuviéramos los recursos económicos para hacerlo.

Creo que la leyenda de que al escribir *El mundo anillo*, **Niven** plagió a **Correa** carece de fundamento. Me parece que es más lógico pensar que ambos escritores bebieron de fuentes similares, y en consecuencia sus obras son parecidas. En ambos casos tenemos mundos artificiales creados en una remota antigüedad por razas desconocidas. En ambos casos se trata de mundos inmensos, similares a la Tierra, con mares, desiertos, bosques y ciudades.

A continuación trataremos de encontrar las influencias comunes en **Correa**, **Niven** y **Clarke**. Es evidente que muchos autores del género influyeron en ellos. En particular íconos como **Poe**, **Verne** y **Lovecraft**, además de los escritores de *Space Opera*. Por eso es obvio que temáticas tales como las de *antiguos creadores de ciudades* y *dioses desconocidos* derivan de influencias directas de éstos. Menos obvio es de donde surgió la idea de las colonias espaciales, tema que examinaremos a continuación.



Luna de ladrillo de
Edward Everett Hale

Historia de las colonias espaciales

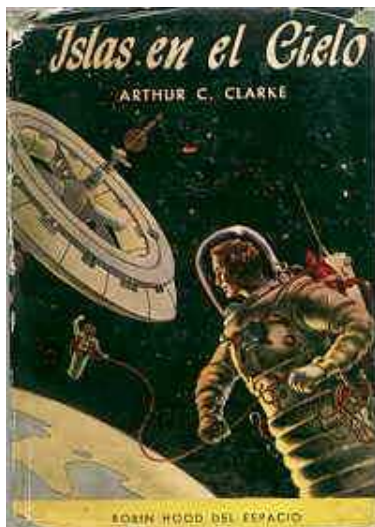
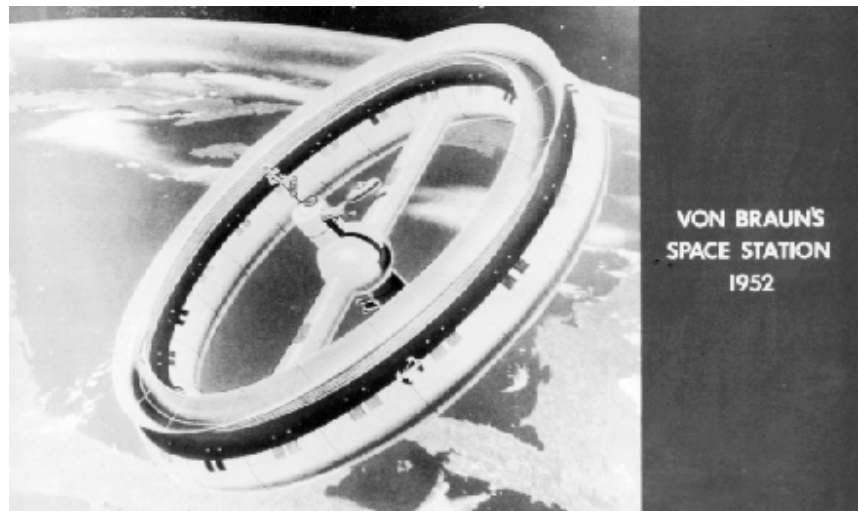
La primera colonia espacial en literatura fue descrita en el cuento largo de **Edward Everett Hale** llamado *Luna de ladrillo* (1869), escrito sólo cuatro años después que la popular novela *De la Tierra a la Luna* de **Verne**. En el cuento, los científicos se proponen resolver el problema de la determinación de la longitud enviando una luna artificial a una órbita polar. De esta manera, los navegantes podrían calcular la longitud simplemente midiendo el ángulo con



respecto al nuevo satélite. Se trata quizás de la primera vez en que alguien pensó en usar satélites artificiales para calcular la posición, prediciendo la función del GPS. La enorme esfera de ladrillos sería lanzada al espacio por medio de una catapulta rotatoria gigantesca. Sin embargo, antes de que todo estuviera listo, ocurre un accidente y la luna de ladrillo es enviada a órbita con algunos obreros y sus familiares dentro. Al final, los observatorios detectan que la gente sobrevive y se adapta a la vida en aquel mundo artificial.

En *Héctor Sarvadac* de **Julio Verne** (1878) y *En dos planetas* de **Kurd Lasswitz** reaparece el tema de mundos espaciales autosuficientes. La segunda novela fue muy popular en Alemania y es importante por su influencia en pioneros de la exploración espacial, tales como **Wernher von Braun**.

Poco después, el pionero de la astronáutica **Konstantin Tsiolkowski** publica dos libros básicos en el tema *Sueños de la Tierra y el Cielo, la Naturaleza y el Hombre* (1895) y *El cohete en el espacio cósmico* (1903). En el último describe una estación espacial habitada que incluye gravedad artificial por rotación, uso de energía solar e invernaderos de ecología cerrada. En 1923 **Hermann Oberth** y en 1928 **Guido Van Pirquet** expanden el concepto de estación espacial y finalmente en 1929 **Herman Noordung** publica el libro *El problema del vuelo espacial*, donde aparece la idea de una estación espacial llamada *Wohnrad*, con forma de rueda de 30 metros de diámetro que él sugiere poner en órbita geosincrónica.



La idea de la estación espacial fue popularizada en Estados Unidos por **Wernher von Braun**. Cuando en 1952 publicó el libro *Cruzando la última frontera*, amplió la rueda de **Noordung** a 76 metros y sugirió ponerla a 1730 kilómetros de altura. En ese mismo año, **Arthur Clarke** publica *Islas en el Cielo*, una novela que habla de grandes estaciones espaciales en órbita. Finalmente, en 1956 **Darrell Romick** propuso poner en el espacio un cilindro de 1 kilómetro de longitud y 300 metros de diámetro poblado por 20.000 personas.

Por su parte, los planetas artificiales aparecen ya en 1929 en obras de **J. D. Bernal**, **Olaf Stapledon** y otros. En



1941, **Robert Heinlein** escribe *El universo y el sentido común*, que junto a los trabajos de varios otros autores de *Space Opera*, explicaron el concepto de arca interestelar, mientras que los detalles técnicos del mismo fueron trabajados por **L. R. Shepherd** en su libro *Vuelo Interestelar* (1952). En éste, **Shepherd** nos presenta una colonia esférica de un millón de toneladas, propulsada por energía nuclear, llamada *Arca de Noé*.

De lo anterior se desprende claramente que el concepto de colonia espacial no era nuevo en el tiempo en que **Hugo Correa** escribió *Los Altísimos*.

Cronn y las futuras colonias espaciales

Un aspecto interesante de la colonia Cronn es la manera en cómo la gente vive en su interior, con mares, montañas y un ambiente artificial. La descripción que Correa hace de ese mundo artificial es conmovedora.

Ante mis ojos se extienden redondeadas colinas y bosques que comienzan a menos de doscientos metros, dejando de por medio una franja de césped. De nuevo me choca la originalidad del territorio. Semeja un escenario artificial y no el producto de fuerzas naturales. Como si un jardinero ciclópeo hubiese trabajado durante siglos en hermoear la inmensa comarca. Y es su inmensidad la que me saca del embobamiento. ¡Toda ella ofrece un aspecto ficticio!

Hugo Correa, *Los Altísimos*.

Al ver las ilustraciones de las propuestas sobre colonias espaciales de la actualidad, la descripción de **Correa** nos impacta por lo precisa.

En la actualidad, el proyecto más realista de una colonia espacial es el propuesto por el físico **Gerald O'Neil** en su libro *La frontera alta* (1977) donde se expone la manera de colonizar el espacio en grandes ciudades rotatorias con gravedad artificial. Los detalles técnicos de ese proyecto fueron

trabajados cuidadosamente de acuerdo a las leyes físicas y a la ingeniería contemporánea, y nos muestran la factibilidad de llevarlo a cabo. La mayor barrera para emprenderlos es la limitada capacidad que tiene la humanidad en el presente para llevar carga al espacio.





Ahora bien, es notable que las descripciones que correspondan casi exactamente a lo que un visitante vería o sentiría en un cilindro O'Neil. Al leer por primera vez el párrafo que cité arriba no pude menos que asombrarme por la perspicacia que tuvo Correa para visualizar el futuro de mundos artificiales.

Legado de Hugo Correa

¿Existe influencia de **Hugo Correa** en la CF chilena? Muy a mi pesar me parece entender que ésta no existe o es menor. Lo que ocurre es muy simple: los autores nacionales de CF, de hoy y ayer, siempre buscaron sus modelos literarios en la CF internacional, principalmente norteamericana y europea. Existen excepciones a la regla, por supuesto, pero parece ser una constante que las principales influencias vengan siempre del exterior.



Interior de una esfera de Bernal

Sin embargo, aún cuando la propia obra pudiera no influir de manera directa, es la vida de su autor quien sí inspira sobremanera a los escritores actuales de CF chilena. Hasta hoy, **Hugo Correa** sigue siendo el autor local cuya obra llegó más lejos, marcándonos el rumbo a seguir.

Leer *Los Altísimos* hoy día sigue siendo un ejercicio maravilloso para nuestra imaginación. La grandiosidad de la escala de la obra abrumba y asombra. Toda crítica racionalista de su novela, y la presente no es excepción, tenderá a degradarla. Por eso, si bien el lector puede usar este análisis como una guía a las fuentes de inspiración de la novela, es mi consejo que se procure un ejemplar de *Los Altísimos* y juzgue por sí mismo. Sólo entonces comprenderá porqué es considerada la mejor novela de CF que produjo Chile en el siglo XX y una de las más grandes de Iberoamérica, de todos los tiempos. La ciencia ficción es literatura, y se escribió para leerla, por lo que hágame caso y léala.

© Omar E. Vega

Omar Ernesto Vega (1958-2050) es un escritor, ingeniero en computación y profesor Chileno. Con una familia de compuesta de su esposa, 3 hijos, una gata y un conejo, vive una vida relativamente tranquila en un suburbio de Santiago, Chile. Dado que no tiembla, por supuesto. Omar ha colaborado con diversos esfuerzos para la difusión de la CF Chilena histórica, y su proyecto más importante fue promover la publicación de estos clásicos en el sitio del gobierno chileno Memoria Chilena

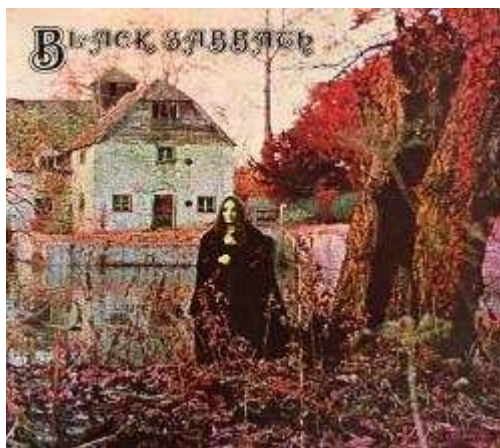
(http://www.memoriachilena.cl/temas/index.asp?id_ut=literaturadecienciaficcionchile).



CIENCIA FICCIÓN, FANTASÍA, TERROR, Y MÚSICA ROCK/ HEAVY METAL, por J. Javier Arnau

Es frecuentemente reconocida la influencia de la literatura en diferentes géneros musicales, y viceversa. Desde el rock a la música cyberpunk, a diferentes autores les ha servido de inspiración para las canciones de muchos grupos. Y muchas películas contienen en su Banda Sonora composiciones de estos estilos, ya sean creadas exclusivamente para la película, o tomadas de discos publicados previamente.

En este artículo conoceremos un poco más sobre esta relación del género fantástico con la música rock/heavy metal.



Portada del primer disco
de Black Sabbath, 1969

A finales de los años 60, principios de los 70, podría decirse que grupos como **Deep Purple**, **Black Sabbath**, y **Led Zeppelin** crearon un género nuevo de música, que perdura hasta hoy en día: el Rock Duro y/o Heavy Metal. En sus primeros discos podemos encontrar canciones como *Child in Time*, *Space Truckin* (Deep Purple), *Planet Caravan*, *The Wizard* (Black Sabbath), etc.

Continúan actualmente esa tendencia a incluir elementos fantásticos en sus discos dichos grupos – sí, aún existen– y los surgidos de ellos: p. ej. **Rainbow**, una escisión de Purple, comenzaba sus conciertos con *Over the Rainbow*, de la BSO de la película *El Mago de Oz*. También **DIO**, ex de Rainbow, ex de Black Sabbath, utiliza totalmente la fantasía y la CF para sus discos. Por cierto, a menudo Dio vuelve a juntarse con los ex Black Sabbath, bajo el nombre de Heaven and Hell, y estos mismos ex BS pueden reunirse con su cantante original, Ozzy Osbourne, retomando el nombre de Black Sabbath. (NOTA; justo mientras este artículo se encontraba en fase de corrección, se produjo el fallecimiento de Ronnie James Padovana, es decir, de DIO)

También **Led Zeppelin**, aunque sus letras iban más en temática folklórico-romántica, crean canciones basándose en temas de ficción, además de ser Jimmy Page, su guitarrista, un seguidor de las doctrinas de Aleister Crowley, el gran brujo inglés; es más, una pelea en el seno del grupo se debió a que Robert Plant, el cantante, achacó un grave accidente automovilístico que sufrió con su familia a las prácticas satánicas de Jimmy. Y, como colofón, su canción *Starways to Heaven* es la primera de la que se dijo, y aún hoy en día más de treinta años después se sigue comentando, que escuchada al revés contiene una invocación satánica. Pero esto se ha dicho hasta de canciones de los Beatles, por lo que la credibilidad que le damos es básicamente nula.



Portada de Hall of the Mountain Grill, 1974, de Hawkwind

Otro grupo de los setenta que ahonda en esta temática son los

Hawkwind –según la Wikipedia: «fue una de las bandas pioneras del llamado rock espacial. Sus letras contienen temáticas acerca de lo urbano y la Ciencia Ficción». Incluso protagonizan un libro de fantasía – bastante malo, desde mi punto de vista–, pero con su nostalgia y cierta *gracia* escrito por Michael Moorcock, el afamado escritor de fantasía –*El Bastón Rúnico, Hawkmoon, Elric de Melniboné*, etc–, dado que él tocaba en un grupo amigo, incluso les escribía las letras de algunas de sus canciones. El libro se titula *El Tiempo de los Señores Halcones*. Además, una constante en sus conciertos de principios de los setenta era la inclusión de una bailarina representando a la Madre Tierra.

De este grupo surgió gente como Lemmy Kilminster, que lleva ya casi treinta años al frente de sus **Motorhead**.

Con el paso de los años, surgen nuevos grupos que ahondan más en la vena fantástica para sus discos: recordemos a **Iron Maiden**, con su disco *Seven Son of a Seventh Son*, –el mismo tema que años después utilizaría Orson Scott Card para su serie de *Alvin Maker*–, o con el tema *To Tame a Land*, sobre el planeta Dune/Arrakis, así como el tema *Out of the silence planet*, basado en los libros de C. S. Lewis, o la portada de su primer directo *Live After Death*, en el que sobre una lápida puede leerse la frase de Lovecraft «no está muerto aquello que yace eternamente, y con los extraños evos, incluso la muerte puede morir...» (**Lovecraft**, *Mitos de Cthulhu*).



Portada de Live After Death, 1985, Iron Maiden. Disco en directo.

Al mismo tiempo, ¿qué decir de **Kiss**?; sus letras tal vez no fueran muy de fantasía, pero sus personajes: *El Dragón que vomita fuego*, *El Hombre venido de las estrellas*, *El hombre gato*, *El chico espacial*... más fantasía, imposible.

De marcada influencia de **Iron Maiden** y **Judas Priest** (esto daría para un artículo entero, las influencias de los grupos en las generaciones siguientes, puesto que éstos podrían considerarse una evolución de, por ejemplo **Deep Purple**), surge el grupo alemán **Halloween**, al que se considera, junto con los también alemanes **Running Wild**, los padres del *Power Metal*, del que enseguida hablaremos.

Entonces llegan el speed, el trash, el black, que podemos considerar descendientes directos del heavy clásico, tocado a más velocidad, más *sucio* en su manera de interpretarlo, en contraposición de las bandas anteriores, pero todavía reconocible. Estos géneros fueron derivando en varias vertientes; una consistente en acelerar el



sonido y olvidarse de las melodías y los solos de guitarra; otra que redujo la velocidad de la música, haciéndola más pesada, más *agobiante*, seguidores de la escuela de **Black Sabbath**; otros más sugiriendo atmósferas infernales, voces de ultratumba, a veces mezcladas con voces angelicales, y varias tendencias más. Surgen grupos de marcada tendencia al terror: **Necronomicón**, **Death**, **Mekong Delta**, **Celtic Frost**, uno de cuyos discos empieza con una invocación a *Cthulhu*, (**Metálica** también ha utilizado la figura de *Cthulhu* en alguna de sus canciones; como vemos, la figura de *Howard Philips Lovecraft*, su círculo de escritores afines, y su mitología –*Los Mitos de Cthulhu*– está muy presente en las discografías de los grupos heavy).

Bien, sigamos. Aparece el *black*, el *gótico*, el *doom*, y todas sus variantes, procedentes en su mayoría de grupos como **Venom**, **Bathory**, etc. que, en honor a la verdad, dieron origen a los arriba mencionados; aquí entramos en el reino del terror y del gore, que continúa hoy en día con grupos como **Dimmu Borgir**, **Cradle of Filth**, **Mandrake Scream**, y un montón más.

Algunos de estos grupos se declaran abiertamente practicantes del satanismo, como **Venom**, lo que años después, ya a finales de los ochenta, dio origen al death/black metal escandinavo. Esto representó una bocanada de aire fresco, pero al mismo tiempo, un tema de controversia dentro de la música: algunos de estos grupos estuvieron involucrados en la quema de iglesias, palizas a homosexuales, y otros delitos.

Algunos atribuyeron estos hechos a la naturaleza extrema de estos países, de su clima, o a simples locuras de juventud, y también a una resurrección de las creencias paganas, la restauración de los antiguos dioses vikingos y la supresión de cualquier idea judeo-cristiana; de ahí, de la mitología escandinava, sacaban inspiración para sus discos. Por supuesto, no hay relación entre la mitología y los asesinatos y demás delitos. Como en todo, hay grupos que se han *excusado* en esto, y otros que no tienen nada que ver con esas prácticas. Podemos verlo, como queda dicho un poco más arriba, como *locuras extremas de juventud*, que en este caso concreto se han asociado a la música, igual que en otros casos lo hacen con el deporte, o con cualquier manifestación donde se congreguen masas.



Liar Flag, álbum del
año 2006. de Runic

Surge así el *viking metal*, que se considera un subgénero surgido del black metal con influencias vikingas y folk. Grupos que podríamos nombrar de este género serían de nuevo los **Bathory**, **Enfiserum**, **Amom Amarth**, **Tyr**, y la representación hispana en la figura de los castellanenses **Runic**. Aquí también surgen subdivisiones: *Pagan Metal*, *Celtic Metal*, *Troll Metal*...

El metal gótico se originó a comienzos de 1990 en Europa como una encarnación del death/doom, una fusión de death metal y doom metal. Las letras son generalmente melodramáticas y fúnebres con inspiración de la *ficción gótica* así como las experiencias personales. Aquí podríamos nombrar grupos como **Paradise Lost**, **My Dying Bride**, **Tristania**, etc.



Como hemos dicho antes, también aparece lo que hoy en día se denomina Power Metal *alemán*, de los que como ya comentamos, se consideran padres a Helloween y a Running Wild, aunque muchos grupos son italianos, y algunos españoles: **Gamma Ray**, **Rhapsody**, **Edguy**, **Blind Guardian**, **Avalanch**, **Dark Moor**, **Pandemonium**,... Todos ellos utilizan en mayor o en menor medida la CF/F. Veamos unos cuantos ejemplos:

–**Blind Guardian** desde el principio han usado temas como *Blade Runner*, La saga del Señor de los Anillos, *Babylon 5*, El Mago de Oz, llegando a basar todo un disco en El Silmarillion, de Tolkien.



Nighthfall in Middle Earth. Disco de Blind Guardian dedicado al Silmarillion, de J. R. R. Tolkien. 1998.

–**Rhapsody** (ahora *Rhapsody of Fire*) han escrito una auténtica novela de fantasía en sus discos –en total 4 para este tema– con la saga de *La Espada Esmeralda* y *Las Crónicas de Algador*, y su guitarrista, **Luca Turilli** ya ha editado su trilogía *Virtual Odissey*.

–**Avantasia**, de Tobias Sammet –vocalista de los germanos **Edguy**–, ha creado una epopeya totalmente fantástica con druidas, poderes extraterrestres, brujas, inquisición, un mundo paralelo –Avantasia– con duendes, elfos... De momento, van por la cuarta entrega.

–**Avalanch** ha hecho su disco conceptual *El Ángel Caído*, con el tema de la discusión entre los ángeles, Dios y los hombres. Ahora parece ser que ha cambiado la temática de sus discos, y el testigo fue recogido por un grupo surgido de ellos, **Warcry**.

–Y qué decir de los americanos **Virgin Steel**, con su barbarian opera rock, en tres CDs, sobre la maldición de la casa Atreus–Agamenón, Orestes, dioses del Olimpo; Básicamente, podemos reconocer que la saga Dune de Frank Herbert está basada en la mitología de la casa Atreus (Atreides); y además, la Banda Sonora de la película *Dune*, de **David Lynch**, está compuesta por **TOTO** y **Brian Eno**.



Finisterra, de Mago de Oz. 2000

–**Mago de Oz**, con sus discos conceptuales, uno de los cuales, *Finisterra*, habla de un futuro dominado por las máquinas y los tecnócratas, donde se encuentra un CD–Rom narrando los viajes por el Camino de Santiago de un peregrino en compañía de un espadachín –el Capitán Alatraste– al que finalmente mata. Dicho peregrino, que es realmente el diablo, se encuentra finalmente con Dios, y llegan al acuerdo de repartirse el mundo; como testimonio, el diablo deja un CD-R en la catedral de Santiago: el que se descubrirá siglos después...

–**Grave Digger**, que después de varios discos conceptuales sobre la mitología medieval, editó uno totalmente inspirado en los relatos de Edgar Allan Poe.

–Y más y más grupos cuya inspiración está totalmente, o al menos en varias de sus



canciones, en este tipo de temática, lo que a veces nos ha llevado a preguntarnos si algunas discográficas no se están aprovechando de este boom, sacando grupos que a lo mejor no tenían nada que ver, en principio, con este estilo y temática, pero que han actualizado su sonido –inclusión de teclados, coros, letras relacionadas con la literatura fantástica y de ficción– para aprovechar el interés de los compradores, europeos en su mayor parte.

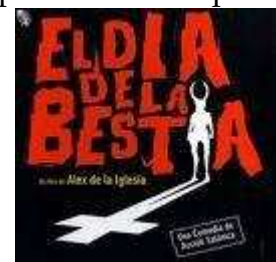
También hay que añadir que las acotaciones temporales como *posteriormente*, *con el paso del tiempo* y similares son sólo aproximativas, para el desarrollo del artículo, y por supuesto sin ánimo de establecer una verdad absoluta.

Cabe reseñar también que todos estos grupos, en mayor o menor medida, utilizan elementos de música clásica, llegando a llevar coros y cantantes de ópera e instrumentistas clásicos; es más, casi todos reconocen entre sus influencias a los clásicos: **Rhapsody** –al que ya hemos mencionado anteriormente–, totalmente influenciado por la música clásica, utiliza incluso fragmentos de *Antonin Dvorák*, *Vivaldi*, y otros, a la vez que utiliza todo tipo de instrumentos clásicos como címbalos, violines, flautas, y cantantes operísticos y barrocos; **Therion** –que utiliza cantantes de ópera, coros, y cuyos discos siempre orbitan en torno a la mitología y la fantasía; **Secret Sphere** –que en un disco utiliza el *Caprice #5* de Paganini, disco en el que utiliza una temática totalmente de ciencia ficción: una esfera que desciende a la Tierra, tomando el cuerpo de diferentes humanos, a los cuales va controlando para poder ser testigo y partícipe a la vez de la historia; y así infinidad de grupos: **Mob Rules**, **Freedom Call**, **Iron Savior**, **Demons & Wizards**, **Iced Earth**, **Sonata Arctica**, **Beholder**, **Pandemonium**, **Dark Moor**, **Red Wine**, etc.

También es de destacar la labor de los portadistas, creando en ocasiones verdaderas obras de arte de temática fantástica o, en otras ocasiones, cediendo sus obras –previo pago, claro está– para portadas de discos heavys: éste es el caso del español **Luis Royo**, cuyas obras pueden verse en discos de grupos tales como **Avalanch**, **Norhtwind**, y otros internacionales.

Hasta ahora básicamente hemos estado hablando de grupos europeos. En los EEUU se da otra tendencia: el nu-metal y el metal industrial, con grupos como **Fear Factory**, **Korn**, **Limp Biizzkit**, **Linki Park**, **Soufly** –brasileños–; estos grupos son los que se han llevado el gato al agua en cuestiones de Bandas Sonoras de películas de ficción/fantasia, tales como *El Cuervo* –toda la saga–, *Días Extraños*, *Matrix*. También, en la actualidad, suelen ser los que hacen las bandas sonoras para las películas de súper-héroes. Asimismo, tanto norteamericanos como europeos, crean las canciones para algunos videojuegos, o ceden los derechos para juegos como el *Rock Band*, *Guitar Hero*, etc.

Aquí en España, también hemos utilizados grupos rockeros para las aún escasas películas de ficción: *El Día de la Bestia*, *Acción Mutante*...





Además, también se puede dar, y de hecho se da, la situación inversa: escritores, y directores, de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror, a los que les guste el Rock, e incluso lo utilicen para sus obras. Sin ir más lejos, me viene a la memoria **Stephen King**, un gran seguidor sobre todo de **The Ramones** y de **AC/DC**, a los cuales –a ambos– nombra en varias de sus novelas –*Cementerio de animales*, *Maximun Overdrive*– e incluso les pidió permiso él personalmente para incluir canciones suyas en las bandas sonoras de las películas basadas en sus libros; también **Darío Argento**, el director italiano, colabora en sus bandas sonoras con este tipo de bandas, así como Arnold Schwarzenegger que en su época de actor, llegaba a aparecer en los vídeos de los grupos heavys que colaboran en las bandas sonoras de sus películas, siendo él mismo a veces el que escogía las canciones –véase el video de **Guns & Roses** para *Terminator*, o el de **AC/DC** para *El último gran héroe*.



Póster de la película *Heavy Metal*, con los nombres de los grupos de la BSO. Año 1981.

Ah, y se me olvidaba mencionar otro ícono de la fantasía: la película de animación *Heavy Metal*, basada en los cómics *Metal Hurlant*, con banda sonora con grupos tales como **Black Sabbath**, **Sammy Hagar**, **Grand Funk Railroad...** y *Heavy Metal 2*, más violenta que su predecesora, y con música más cercana al metal industrial y al nu-metal.

También nombraré otras películas de animación basadas en libros de fantasía, como por ejemplo *El Último Unicornio*, con banda sonora de **América**, y los *Mangas japoneses*, que en sus versiones originales están estrechamente relacionados con bandas heavys/cyberpunk del país nipón.

Por supuesto, hay grupos que nunca han tocado ni tocarán esta temática, y muchos otros que no hemos ni nombrado, así como estilos de los que nada hemos dicho; pero como ya hemos comentado antes, este artículo sólo pretendía señalar la relación entre Ciencia Ficción y Fantasía, y la música Rock/Heavy Metal.

Nota 1: Como hemos dicho anteriormente, todos estos grupos, en mayor o menor medida, utilizan elementos de música clásica, llegando a llevar coros y cantantes de ópera e instrumentistas clásicos; es más, casi todos reconocen entre sus influencias a los clásicos.

Nota 2: El uso de etc y puntos suspensivos se debe a que este artículo no pretende ser un repaso exhaustivo de todos los grupos que han utilizado esta temática, sino un demostrativo de la influencia de uno en otro género. Para cualquier duda, sugerencia, o pregunta, podéis dirigirlos a la revista, o al blog, donde, en la medida de mis conocimientos, os atenderé gustosamente. <http://jjarnau1.blogspot.com/>

@ 2009 J. Javier Arnau

Una biografía suya puede verse en este mismo número en la sección de Poesía (*Poemario Dune: I, La Yihad*).

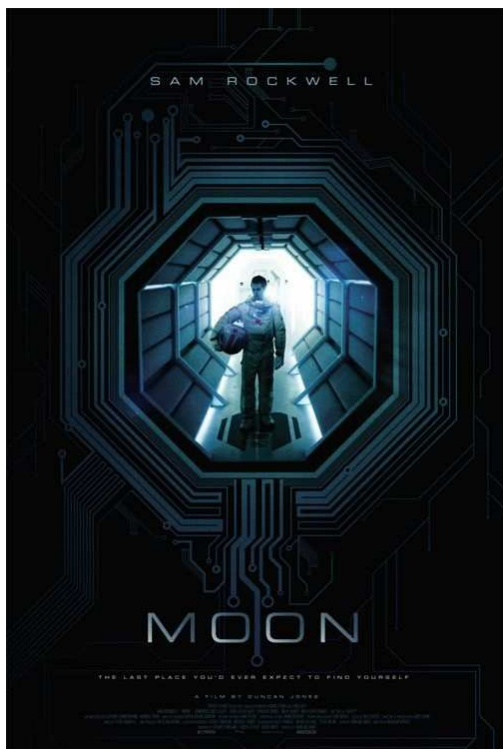


MOON: EL ECLIPSE

por Magnus Dagon

Con este subtítulo tan críptico, algunos se preguntarán si realmente ésta es la sección de cine de Alfa Eridiani. Bien, para aliviar a esos indecisos, en efecto, estamos de vuelta. Hacía ya mucho tiempo que no aparecía una nueva reseña. Y en el caso que nos ocupa, la película de la que hablaremos resulta ser también toda una sorpresa en el terreno de la ciencia ficción que se está haciendo en este momento.

Como ocurría con *Distrito 9*, *Moon* es una película que ofrece mucho más de lo que parecía a simple vista, y con unos recursos relativamente escuetos tratándose de este género. Parece que por fortuna se está regresando a una ciencia ficción de gran calidad en la pantalla grande, que lejos de ser un espectáculo destinado o bien a los jóvenes, o bien a los aficionados a sagas concretas repletas de acción —tales como *Star Trek* o *Terminator*—, está empezando a ofrecer un crisol de tramas y enfoques que por fin parece acercarse a la vertiente donde este género siempre ha brillado en ese sentido: la literatura. Recientemente hemos experimentado la sensación *Avatar*, donde se puede decir sin miedo a pillarse los dedos que la ciencia ficción toma tintes muy serios de fantasía, así como enfoca un argumento ya clásico de estos libros como es la invasión de un mundo alienígena por parte de los humanos, y cómo los oriundos del lugar no son tan terribles ni salvajes como en principio se hubiera uno imaginado. Tal vez un poco más de arrojó hubiera ayudado en el terreno argumental a esta película, pero ese no es el asunto ahora.



Por otro lado, *Distrito 9* nos ha ofrecido una ciencia ficción que es, claramente, de carácter sociológico y político. Ya otras películas han especulado con estas ideas en mayor o menor medida. Personalmente pienso, por ejemplo, en *Dune*, aunque cada uno tendrá su ejemplo. El interés principal de *Distrito 9* radicaba sobre todo en la rabiosa actualidad del tema a tratar, como eran los conflictos raciales, y también el escenario empleado para la historia, lejos de la ya estereotipada y cansina Nueva York, o San Francisco, o Washington, cualquiera de esas ciudades americanas que han sido ya invadidas, arrasadas o atacadas hasta la mismísima saciedad.

Moon se acerca a una ciencia ficción que es, personalmente, mi absoluta favorita: la de carácter psicológico. Nada hay para mí más fascinante que la especulación sobre la mente humana, un tema



que todos conocemos bien vivamos donde vivamos y sea como sea nuestro entorno o sociedad. Este tipo de ciencia ficción, de hecho, suele ser de difícil adaptación debido tanto a la manera de enfocarla en imágenes como a los gustos del mercado, no demasiado interesado en devaneos de los protagonistas. Pero cuando se trata este tema, han salido auténticas genialidades tales como *La Memoria de los Muertos* o *La Naranja Mecánica*, por poner un par de ejemplos.

Otras veces ocurre también que esta clase de películas es de difícil catalogación, e incluso muchas veces no se piensa en ellas como de ciencia ficción, lo que puede ser positivo o negativo, según se mire. Por ejemplo, catalogar *Memento* es, cuanto menos, complicado. ¿Es de ciencia ficción? Sin duda no hay chismes raros, ni estamos en otra época, con otras razas alienígenas. Pero la premisa matriz del género está ahí: especulación. ¿Qué pasaría si un hombre padeciera una enfermedad que le hiciera olvidar sus recuerdos aprendidos cada cierto tiempo? ¿Y si encima de eso estuviera buscando al asesino de su mujer? Ciencia ficción mezclada con género negro, otro clásico indiscutible.

En el caso de *Moon*, la psicología de la película es tan importante que la práctica totalidad del peso interpretativo recae sobre un solo actor: **Sam Rockwell**. A nuestro amigo **Sam** no le pilla de lejos la ciencia ficción, ni mucho menos: ha interpretado a (a ver si lo digo bien) el extraño personaje de Zaphod Beeblebrox en *La Guía del Autoestopista Galáctico*, y más recientemente ha hecho de uno de los grandes hombres de negocios sin escrúpulos de la Marvel, Justin Hammer (no, no me refería a Stan Lee ni



Joe Quesada). En esta película interpreta a Sam Bell, un pobre astronauta currifichante que debe permanecer por un tiempo prolongado en una base en la Luna, verificando aparatos, vigilando que todo esté en orden, esa clase de cosas. El lugar en el que está abastece de energía a la Tierra, y funciona de una manera, digamos, bastante automatizada en muchos sentidos, tanto que

un

solo hombre se basta él solito para la mayor parte de sus tareas. Cuando el nuevo relevo llegue, Sam se volverá al planeta azul y ahí acabaron sus ocupaciones. Por cierto que recientemente una empresa ofreció un plan preliminar, a larguísimo plazo, para hacer algo muy similar por medio de un cinturón gigante de paneles solares, lo que muestra hasta qué punto a veces la ciencia ficción puede confundirse con la ciencia a secas.

Para mitigar su soledad, y como ayuda al





espectador, Sam convive con una suerte de HAL llamado GERTY, doblado por *Kevin Spacey* en la versión original, que le hará compañía y expresará gran cantidad de emociones por medio de smileys que manifiesta a menudo en su monitor.

Como es de esperar, las cosas se pondrán complicadas en no mucho tiempo, pero aparte de eso el hecho de que, por un lado, Bell esté más solo que la una, y por otro, el de que somos perros viejos y sabemos que nada bueno puede venir de una situación así, nos hará sospechar de gran cantidad de pequeños y aparentemente inofensivos detalles que se nos irán revelando poco a poco casi desde el principio de la película. Uno de ellos, si no el que más, visible desde el mismo comienzo —por lo que no preocuparse nadie, no se está desvelando nada aquí— es que la comunicación con la Tierra no es en tiempo real, sino por medio de mensajes con imagen. Por supuesto no faltará el hecho de que Bell posee mujer e hija en la Tierra, para añadir más angustia al hecho de su prolongada ausencia del planeta.

A partir de este momento tengo que pedir que se haga un ejercicio de imaginación. Esto, básicamente, lo digo por un solo motivo: decir más acerca de la trama sería estropear la misma. Lo interesante de ella, eso sí, no es que sea una de estas películas digamos, sorpresa, en las que de repente descubres que al final todo pega un giro de ciento ochenta grados. No, en *Moon* lo interesante, lo que recomiendo a todo el mundo, es que la vea sin saber más que lo que he contado. A media película, un poco antes de la mitad, digamos que se presenta una situación inesperada. Una que focalizará la trama hacia ella de manera instantánea, y que tiene que ver con uno de los temas clásicos de la ciencia ficción de todos los tiempos. Pero lo interesante no es eso en sí —muchos habremos leído ya muchos libros hablando de ello—, sino cómo afectará eso al protagonista, y ahí es donde el elemento psicológico entra en juego. Aparte de eso, es también el momento perfecto para que el actor principal se luzca como pocas veces un actor puede hacerlo salvo en teatro, solo frente al público, y situaciones similares interpretativamente hablando.

Si desde el punto de vista de la actuación la película es un regalo a la vista, la escenografía es, por otro lado, excelente. Un detalle muy llamativo y agradecido es cómo se ha huido de manera deliberada de todo lo que supusiera oscuridad y sombras en la película. Los escenarios son tremendamente luminosos, tienen un algo de oficina, incluso. Algo que llega a parecer hasta inhumano en el sentido de que un ser humano tiene sus necesidades, y más parece que el lugar ha sido diseñado como si nadie fuera a vivir en él, sólo fichar y volver a casa al terminar el trabajo. Llegamos a conocer las distintas estancias con mucha fluidez, otro buen detalle, y las mismas evolucionan a medida que la película avanza y los conflictos mentales asaltan al habitante de esa fría prisión dorada, ni demasiado grande ni demasiado pequeña.

El director de la película, así como alma máter de la misma en términos narrativos, es **Duncan Jones**, y esta película es su opera prima si no contamos con un corto anterior efectuado en el año 2002 llamado *Whistle*. Este director, que en realidad es hijo de un muy famoso cantante y actor, se cambió el nombre para que, seguramente, no fuera



identificado con su padre en su trayectoria profesional. Lo dejaremos estar así, y el que tenga curiosidad, que investigue...



La película se llevó muchos premios, entre ellos un Bafta en la categoría de autor novel para **Duncan Jones**, así como las menciones de muchos festivales como el de Sitges, donde arrasó con mejor director, actor, producción y escenografía (nótese que son prácticamente los aspectos más enfatizados en este artículo). Las críticas especializadas no se quedaron atrás, y además se alabó el buen hacer de la película para contar una gran historia con relativamente muy pocos medios para ello. Sin embargo, y aquí el porqué del eclipse del título, fue apenas estrenada en los cines, y aquí en España se le dio una acogida como poco más que tibia. Tuvo además la terrible fatalidad de tener que competir contra un peso pesado como era *Avatar*, una película con infinitamente más medios de producción, y sin duda infinitamente menos cuidado en la trama y los pequeños detalles de la misma. Sólo esperemos que el tiempo ponga a esta película, que algunos críticos llegaron a comparar con *2001* en importancia y trascendencia, en su justo y merecido lugar.

Como espero que nos volvamos a ver en el próximo artículo. Aún no está decidido de qué película hablaremos, pero espero que sea de vuestro agrado, y sobre todo, mientras pueda, que logre acercaros joyas infravaloradas como la película de la que hemos hablado. Adiós, y no olvidar nunca que la ciencia ficción es la fantasía del científico, la fantasía es la ciencia del poeta, y el terror la pesadilla de ambos. ¡Nos vemos en un nuevo artículo!

© *Magnus Dagon*

Magnus Dagon: Seudónimo de Miguel Ángel López Muñoz. Nacido en Madrid en 1981. En el año 2006 ganó el Premio UPC de novela corta, publicada después bajo el sello de Ediciones B. Ese año fue finalista también del Premio Andrómeda, al año siguiente del Premio Pablo Rido y en el 2009 ganador del IX Certamen de Narrativa Corta Villa de Torrecampo. Ha publicado relatos en numerosas publicaciones digitales y de papel. Es miembro de la asociación Noche de escritores de terror. En abril de 2010 salió a la venta su primer libro, "Los Siete Secretos del Mundo Olvidado", con la editorial Grupo Ajec. Es cantante y letrista del grupo musical Balamb Garden, que se puede escuchar en <http://www.myspace.com/balambgardenmusic>.



POESÍA

POEMARIO DUNE: I, LA YIHAD

por J. Javier Arnau

En esta prosa poética de Javier Arnau encontramos frases desafiantes y algo angustiadas por el Universo decadente que devora sensaciones, o más bien sentimientos que devoran una vida de tristes realidades. El poeta está luchando contra sus propias pasiones.

Nos conmueve llevándonos a través de las secuelas de esta desolación, como son la revolución, la venganza, las violentas batallas y la lucha por la supervivencia.

Su rumbo está fijado en una nueva sociedad libre de máquinas pensantes, robots y ordenadores. En su teología mítica, se llena de dudas y desea reiniciarse de nuevo entre la sangre y la arena y empezar un nuevo Universo.

SUSTANCIAS (CYMEKS)

Sustancia que nace del deseo
De un cerebro perverso;
Cuerdas manteniendo unido
Un Universo a punto de ser derrotado
Por las Eternas Máquinas Celestiales
Que recrean Antiguas Formas de Vida
De las que guardan, tal vez,
Un corrupto deseo.

Los cuerpos de combate
Gobernando planetas,
Donde el paso del ser humano,
Efímero y desafiante
No es más que un recuerdo,
Una mala copia
De un anhelo apenas percibido
Entre las frías estrellas
Que conforman el corazón
De una raza esclava;
Y, con su sustancia destilada,
Su esencia concentrada,
Forman un corrupto anhelo



De Antiguas Formas de Vida,
Un deseo inabarcable
De destruir las Cuerdas
Que mantienen unido
A un Universo
Decadente en su evolución.

SENSACIONES

(Máquinas Pensantes/OMNIUS)

Protocolos, informes, memorias;
Todo ello conformando una vida.
Datos que se cruzan
En la infinidad cuasi estelar
De los circuitos gelificados de la máquina;
Procesos que definen un estado,
Una sensación,
Cruza ante la faz de la máquina;
Algo inaprensible, no procesado.
Y sus entrañas devoran
Cada dato, cada bit
Pero la sensación es fugaz
Incluso para ella.



Miles de millones
De procesos por segundo
Datos casi infinitos acumulados
En la vastedad de su cerebro
Y, sin embargo,
Basta una sensación fugaz,
Un pensamiento apenas atisbado,
Un soplo de aleatoriedad,
Para que su mente se derrumbe...
Y los procesos van ralentizándose



Los datos dejan de fluir
Las memorias empiezan a resetearse
Los protocolos van cayendo en desuso.

Y todo por un atisbo aleatorio,
Un pensamiento fugaz
Una sensación...
Procesos que conforman una vida
Protocolos que definen un estado
Y un sentimiento
Que devora toda aleatoriedad.

MUERTE (MANION)

Todo un Universo
Conmocionado en lo más profundo;
Su muerte, cruel experimento,
Su vida, triste realidad
Como Mártir,
Como excusa.

Aglutinó los sentimientos
De un pueblo agotado,
De una raza casi vencida.
En su nombre, mártires,
En su memoria, la Yihad
A su mayor gloria,
Un movimiento
Que afecta todo un Universo
De seres orgánicos.

Su Ancestros liderarán
La revolución,
En su nombre la Yihad,
A su mayor gloria, la muerte,
A su memoria, la guerra.
Miles, millones
De muertos por una causa;
Triste experimento,
Cruel realidad,
Como mártir
De un pueblo casi vencido.



COFRADÍA ESPACIAL: NAVEGANTES

Pequeños fragmentos
De una vida por recordar
De un sueño apenas intuido,
De un anhelo reconstituido
En formas y figuras
Conformando Constelaciones
A las que arribar.

Sustancia biológica mantenida
En un tanque de Especia
Recreando formas de vida
De las que guardan, tal vez,
Un leve recuerdo,
Un tenue suspiro.

Piensa en un camino
Entre las Estrellas,
Adivina un rumbo
Entre las Galaxias,
Abre un sendero
A través del Cosmos
Y guía a las naves
De la Memoria Colectiva
Hacia las Eternas Puertas Estelares
Donde se reconfigurarán
Para su nueva misión.

MENTAT

Procesos lógicos,
Pensamientos compartimentados
Y secuencias de datos.
Miles de operaciones por minuto
Mezcla de procesos mecánicos
Y sentimientos humanos.

Un ordenador en su cabeza
Décadas de aprendizaje;
La Yihad los vio nacer,
Productos de la prohibición
De robots y ordenadores



Pero creado por ellos,
Aprendiendo de ellos
Y finalmente, sustituyéndolos
En la nueva sociedad
Libre de máquinas pensantes.

Capacidad casi ilimitada
De proceso de datos
Pero, a veces,
Interferida por sentimientos
Todavía humanos.
Ordenadores biológicos
Al servicio de las Grandes Casas
Tras siglos de lucha
Contra las máquinas pensantes.

Protocolos no estandarizados
Procesos alterados
Por la relación con sus amos,
Las Grandes Casas
De la Liga de Nobles
Que los acoge;
Diversidad de resultados,
Secuencias estructuradas
En base a sus lealtades.
Y todo ello deviniendo
En airados altercados,
Violentas batallas
Que conducirán a un futuro
Aún no vislumbrado,
Todavía no proyectado.

Siglos de oscuridad vendrán
Pero las leyendas nacerán
Para reconducir lo que la guerra,
La política del Imperio,
La envidia y el odio
Entre las Grandes Casas
Destruyeron en unos pocos años.

Secuencias compartimentadas
Resultados corruptos
Por la lealtad a sus amos.



Procesos interferidos
Por la mezcla
De sentimientos y lealtades.

LUCHA (VORIAN)

Y mientras un mundo me observa,
Yo alineo mis hordas frente a él;
Una lucha constante
De poder a poder
Entre el planeta
Que nos vio nacer
Pero que nos despreció,
Que nos apartó de su lado
Considerándonos no aptos
Para sus planes futuros.
Pero sobrevivimos
Al vacío estelar
Al frío de las galaxias
Al viento entre los mundos
Y a un Universo
Que nos dio la espalda.
Y nos fuimos reuniendo,
Trazando planes
De venganza
Contra nuestro mundo natal,
Contra el Imperio forjado
Sobre la crueldad
Y la falta de sentimiento,
Contra un Universo que fue capaz
De mirar con indiferencia
Nuestro sufrimiento,
Nuestra agonía,
Pero que no consiguió detectar
Nuestra determinación,
Nuestra fuerza interior,
Nuestra lucha por la supervivencia
...y nuestras ansias de venganza.

NUEVO INICIO (XAVIER)

He chocado de frente
Con la Realidad Impuesta
Por ciertas mentes indefinidas



Entre el maremagnum de posibilidades
Que ofrece este Universo
Concertado entre sus creadores.

He servido con diligencia
A los preclaros Amos
De todas las Cosas y Tiempos,
Humilde Guardián
De las Puertas del Conocimiento.
Una falla en el tejido del Tiempo
Me arrebató de su lado,
Y ahora vago entre probabilidades
Que nunca se concretarán;
Mi esencia se define
Como no apta para esta realidad
Y los sistemas de seguridad
De este entorno por donde circulo
Se colapsan mientras intentan decidir
Si dejan paso franco, o no,
A lo que ahora represento,
Si soy una amenaza o,
Por el contrario,
Parte constituyente de sus sistemas.
Y la Eterna Máquina Celestial
Que vosotros llamáis *Universo*
Decide, ante la duda que le corroe,
Reiniciarse de nuevo
Sin que sus mantenedores,
A los que antaño serví,
Puedan hacer nada
Para remediarlo.

RELIGIONES (FREMEN)

Un duro impuesto a sufrir
Por las rígidas leyes
De su religión;
Los Dioses proveerán
Pero, mientras tanto,
Sufrimiento en la tierra y en el espacio,
Esclavos, carne de cañón,
Experimentos, muertos,
Todo por acatar las leyes de los Dioses



En una época en que Dioses y hombres
Se confunden en la Eterna lucha
Contra los seres mecánicos
Que asolan el espacio conocido.



Los Dioses proveerán,
Tal vez la tierra prometida llegará
Pero, en lugar de maná,
Su Dios/Diablo,
Shai-Hulud,
Los convertirá en los verdaderos dueños
De un Universo que los despreció,
Que los tiranizó y los esclavizó;
Y la historia se reescribirá
Contra las leyes de sus Dioses,
De arena y especia,
De agua y de sangre

J. Javier Arnau. Puerto de Sagunto, Valencia (España). Ha publicado el Poemario PAISAJES DE CIENCIA FICCIÓN en Ediciones Efímeras y PARAÍOS CIBERNÉTICOS con Carlos Daninsky en Ediciones Alfa Eridiani, la novela compartida AROMAS EN INFRARROJO en la revista Pulsar y en la revista belga De Tijdslijn. Colaboró además en el CD que NGC3660 regaló a los asistentes de la Hispacón 2008, en la Antología Poética CERCA DE TÍ, y en el volumen de relatos LUZ DE LUNA, de Ediciones Hidalgo/MegaGrupo de Relatos. Además reseñas, poesías, artículos, relatos y microrrelatos tanto en papel como en la red: Cyberdark.net, NGC3660, Alfa Eridiani, Cuentos para la Espera C30, El Parnaso, Tierras de Acero, Sedice.com, Queleoahora.com, Revista Cosmocápsula, Qliphoth, ezine Efímero, Axxón, Papirando, Necronomicón, Miasma, Químicamente Impuro, Breves No Tan Breves, Club Bizarro, PulsarFanzine, Portal de Ciencia Ficción, fanzine Título, La Biblioteca Fosca, Universidad Miskatónica, Rock Sonora, etc. En preparación el poemario Oscuras Verdades con Carlos Daminsky.

Más información en su blog: Por si acaso: previniendo desastres (<http://ljjarnau1.blogspot.com/>).

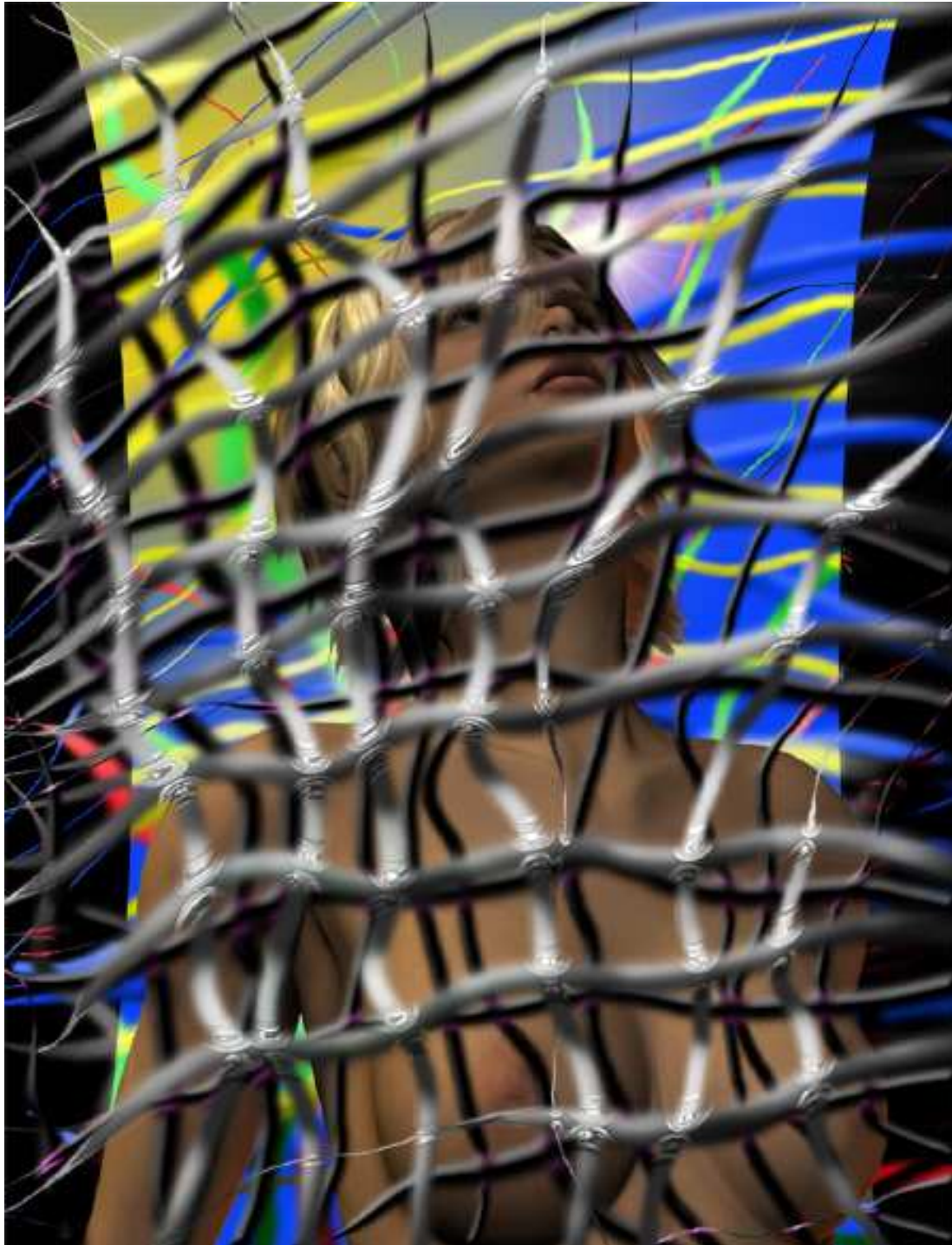


PORTOFOLIO

LUIS MAKIANICH



Mujer de arena



Ester



Cybergirls



Mujeres de papel

ANTECEDENTES



Luis Makianich es arquitecto, argentino, graduado en la UNBA (FAU) en 1978. Publicó su primer libro de relatos cortos *Figuras de Sol*, en 1972. Fue investigador del patrimonio urbano, en ICOMOS (International Council for the Preservation of Historical Monuments and Sites), 1976; Docente en la Cátedra de Historia de la Arquitectura Arq. J. Gazaneo, 1978 y Diseño Arquitectónico en las Cátedras Arq. H. Angeluchi, 1980 y Arq. J. Goldemberg, 1987-2001. Obtuvo diversos premios en arquitectura, literatura y artes plásticas. Exhibición del proyecto para el Nuevo Museo Nacional de

Bellas Artes, en el Palacio Errázuriz, y publicación en el anuario de La Academia Nacional de Bellas Artes, 1978; Alianza Francesa, Fundación Fortabat, 1986, 1987 y 1989 y C. C. San Martín, 1986. Premios literarios 2009: 1er Premio por *Desolación* en



LetrasKiltras; 1er premio narrativa, por *En el umbral*, en Parnassus; 1ra Mención en Arte y Narrativa agosto-septiembre por *Infierno* en Parnassus; 3er Premio en relatos de amor virtual, por *Virtualidad*, en La Barca de Las Palabras y la Imagen; 1er. Premio narrativa Certamen Felices Fiestas en Parnassus por *La Navidad Oculta*.

ORIGEN Y PROYECTOS

Desde siempre me he interesado por las artes audiovisuales. Esto me ha llevado a transitar por todos los caminos relacionados, como la arquitectura, la pintura, la fotografía, multimedia y el cine. En este punto fue donde se me abrió la perspectiva y decidí abordar la interrelación entre las artes y he descubierto que todas ellas convergen en una sola: La representación de una idea; pero muchas veces la idea está contenida en el mismo arte y uno debe hurgar en él hasta descubrirla, por lo que jugar con un lápiz en el papel, o tocar el piano puede ser el detonante que la genere. El permitir que un boceto o una pintura nos muestre el camino de la creación puede ser la llave que nos lleve a encontrar nuestra obra, y una vez allí descubrimos que esas técnicas son sólo el móvil que nos guía a expresar lo que llevamos dentro.

Un escultor se para frente a un bloque de mármol, e imagina la pieza que se encuentra oculta tras esas vetas y luego empieza a pelarlo como a una cebolla con un golpe aquí y otro allá, pero en su interior sabe que esa pieza sólo puede ser una cosa, y él sólo debe descubrirla aunque la técnica lo ayuda a leer al bloque e interpretarlo, de otro modo éste podría malograrse.

El estudio del arte en cualquiera de sus lenguajes es un compromiso de por vida y probablemente ésta no nos alcance para aprenderlo y tal vez sea por eso que la mayoría de los artistas se concentran no sólo en una disciplina sino que lo hacen en un aspecto ínfimo de ésta, para poder acercarse a su cabal conocimiento y en mi caso, no creo haber quebrado esa premisa sino más bien me he centrado en estudiar la relación entre esas disciplinas en el acto creativo.

De joven me preguntaba que debía ir primero en una canción, si la letra o la música, y con el tiempo pude ver cómo los grandes autores lograban una correspondencia perfecta entre ambas, pero a mí no me ocurría, y generalmente mis composiciones predominaban sobre las letras, y jugaba con los sonidos en la guitarra o el piano hasta que una idea se formalizaba, y para ese momento la letra surgía.

En mis años como arquitecto mi dilema fue, la forma o la función, y generalmente empezaba por la forma y trataba de encajarle la funcionalidad a como diera lugar, lo que nunca me pareció muy profesional, pero el resultado, muchas veces era bueno, y entonces me preguntaba, si fue casualidad o simplemente inspiración. Muchos congresos de arquitectos versaban en ese entonces sobre esta paradoja y en general la respuesta era asignarle la responsabilidad a *la caja negra*, algo que nadie se animaba a describir pero disipaba todas las dudas (algo así como el sombrero de donde salta un conejo).



Si alguien espera que ahora, en mi conclusión explique qué ha sucedido en esa investigación, lamento decirle que aún no la termino, y espero que mi vida me alcance para tener algunas respuestas, pero si ahora tuviera que recurrir a mi caja negra y sacar el conejo de esa galera, diría que todo está ahí, sólo hay que aprender a verlo, y para eso no hay como conocer las técnicas de representación visual que tenemos a nuestra disposición, para sentirnos confiados en que no vamos a quebrar el bloque de mármol donde nos espera nuestra obra maestra, y nos animemos a empezar a cincelar.

Si alguien desea ver en qué se ha convertido mi investigación, puede ver mis sitios, donde acumulo gran parte del material.

Mis pinturas digitales (*Electrographic Paintings*), en:

<http://luismakianich.blogspot.com>

Mis pinturas narradas (*imageNarro*), en: <http://makianich.blogspot.com>

Mis tutoriales sobre los programas digitales que uso en mis pinturas (*Makianich, El Artista y su Técnica*), en: <http://eayst.blogspot.com>

Mis cuentos y novelas basadas solo en la palabra precedente (*Cuentos Nunca Contados*), en: <http://cuentosnuncacontados.blogspot.com>

Mis obras de arquitectura (realizadas con mi esposa y socia **Myriam Mahiques**), en: www.architravedtc.com

Videos de mis obras, pinturas, arquitectura, arte digital en:

<http://www.youtube.com/watch?v=NT7l0mduxVc>

<http://www.youtube.com/watch?v=LlzPa8Chs8I>

<http://www.youtube.com/watch?v=5k1NpEI8gos>

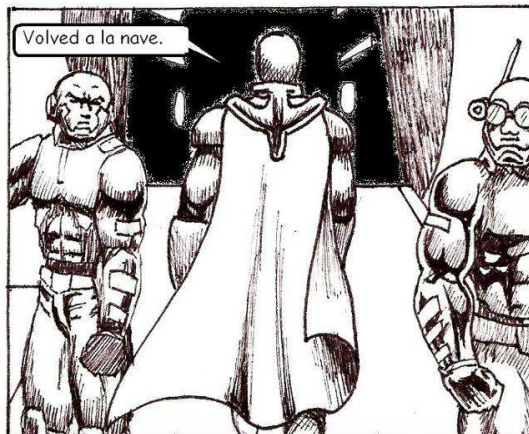
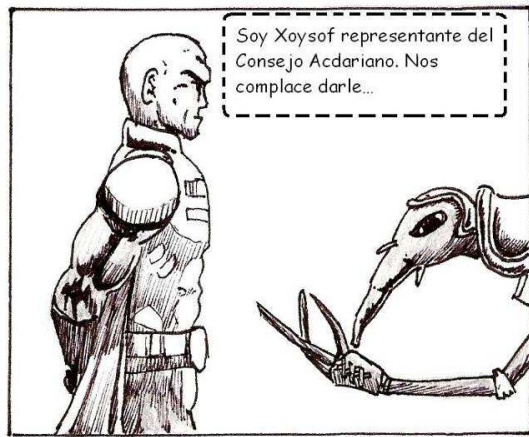
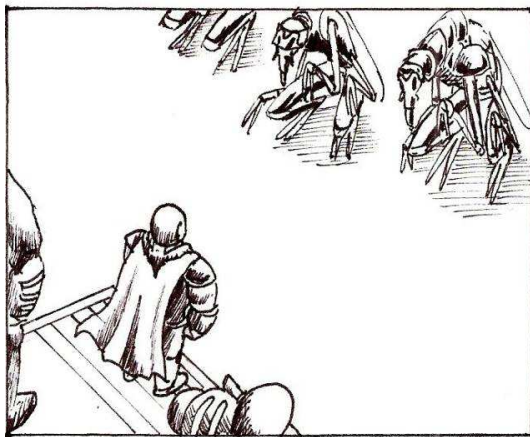
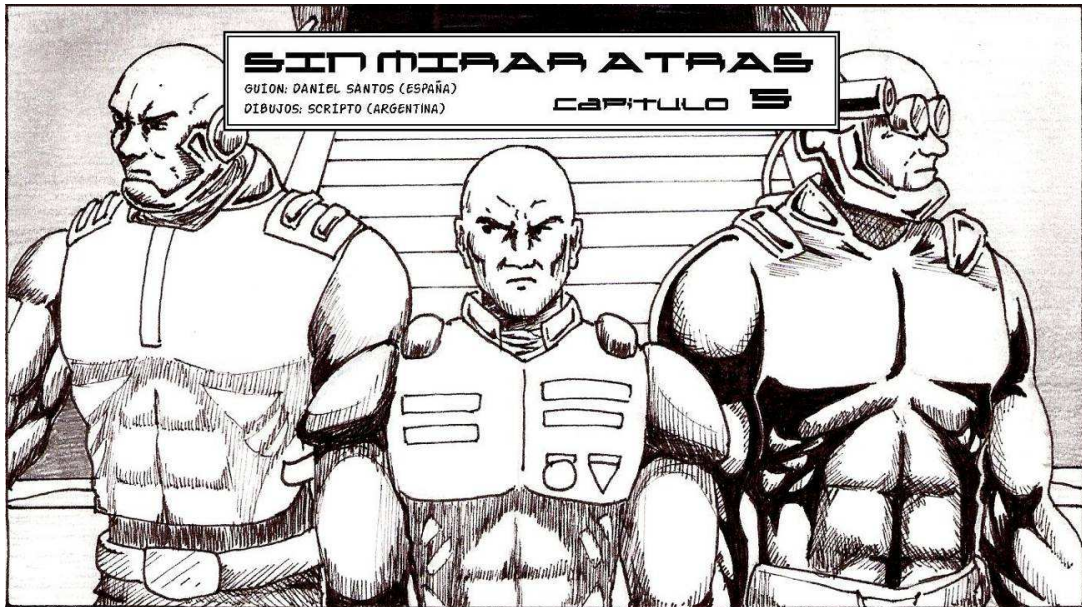
http://www.youtube.com/watch?v=640ls_m5WWM

Por último, si alguno desea unirse a la red de artistas que aún sigue buscando su «obra maestra», está invitado a participar en «Fusión de las Artes», en: <http://imagenarro.ning.com>.

© Luis Makianich

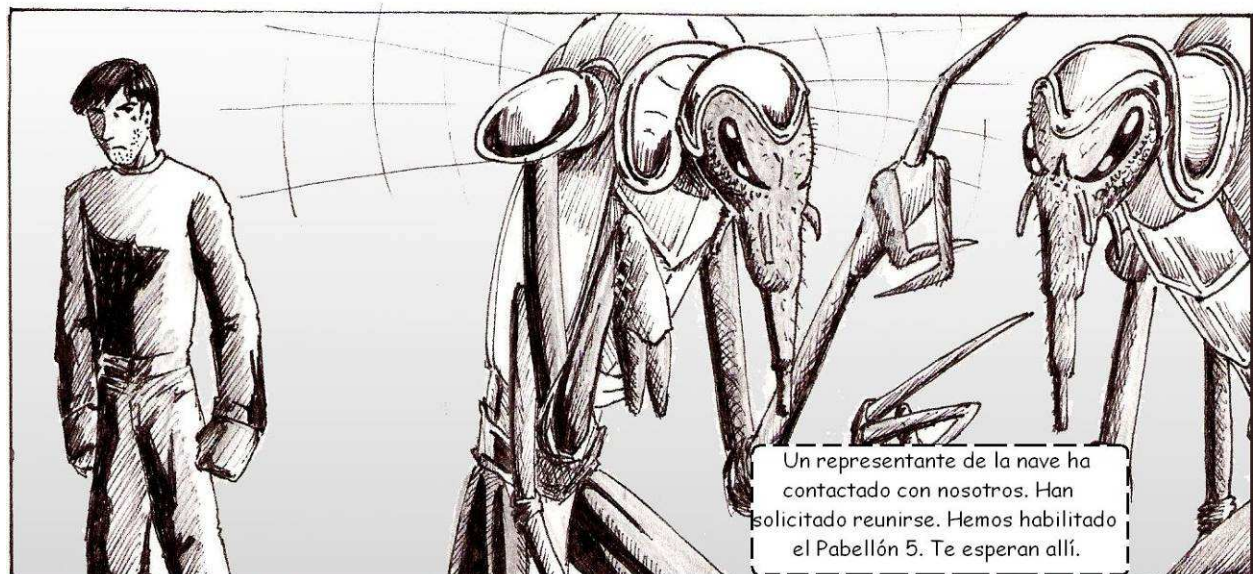
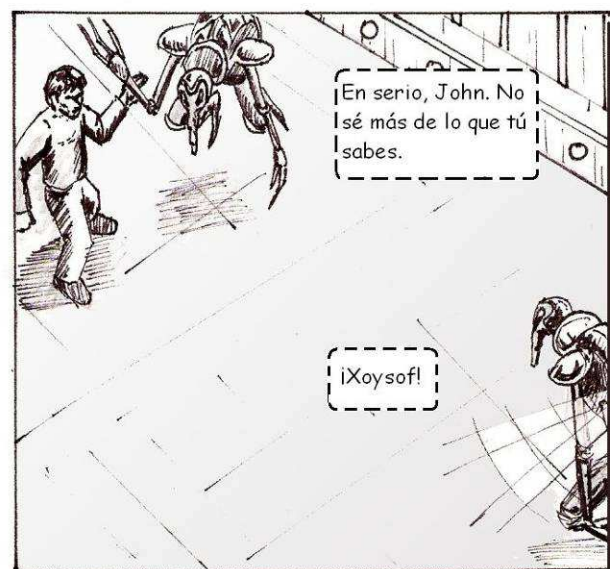


CÓMIC





Año III. Número 13, tercera época. Febrero-Junio 2010.





Año III. Número 13, tercera época. Febrero-Junio 2010.

